



Alonso Zamora Vicente

Al trasluz de la lengua actual

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

Al trasluz de la lengua actual

Presentación

Ya van siendo numerosos los homenajes, aniversarios, discursos y conmemoraciones de todo tipo, que a lo largo de mi vida universitaria he presenciado o en los que, desde más cerca o más lejos, he participado. El resultado en letra impresa de estas celebraciones, engordado por la colaboración del opositor de turno que se encuentra en el difícil trance de acopiar méritos para su futura cátedra, o por la circunstancial u obligada intervención del colega en honor del maestro agasajado, las más de las veces pasa sin pena ni gloria, diluido en el ajeteo de nuestra complicada vida. Los homenajes se arrinconan en las estanterías de nuestras bibliotecas, si no en las de los depósitos editoriales, condenados a la fotocopia del lector que por casualidad ha encontrado a través de cualquier repertorio bibliográfico la nota de erudición apropiada y oportuna para su doctísima investigación. Raro me parece encontrar en los homenajes páginas escritas con efusión, desde el rato de tibia soledad, de recuerdo cercano para aproximarse al maestro o al amigo. Es difícil, pues, esforzarse en demostrar que la retórica de los homenajes tiene algo de veraz, de justificadamente auténtico, de atracción hasta el calor de nuestra circunstancia del personaje motivo de la conmemoración.

-10-

Creo que el mejor homenaje que nuestra Universidad puede rendir a sus maestros es el de sacar a la luz su mejor fe de vida, hacer patente su permanente lección de trabajo tenaz y silencioso. Esfuerzo que apenas se percibe y que, por recatado y humilde, no suele valorar la sociedad en que vivimos, pero que constituye la mejor manifestación de cómo se han sabido dedicar, con tesón inquebrantable, horas y horas al quehacer intelectual, sacrificando el brillo social que podía ofrecer una situación en la cúspide de la vida académica. Por todo ello, creo que es obligado calificar de excelente la idea del Vicerrectorado de Extensión Universitaria de iniciar una colección con escritos de maestros de reconocido prestigio de nuestra Universidad de Madrid. Emprendamos, pues, en las páginas que siguen, homenaje renovado, la expedición solitaria cuya meta puedan ser unas palabras que ya no se olvidarán jamás. Busquemos en esta recopilación de escritos, publicados en lugares alejados unos, inéditos otros, el libro dispuesto siempre a hacernos compañía.

Quisiera quitar a mis líneas de presentación de este libro del profesor Zamora Vicente cualquier aire de forzado ritual, de obligado elogio. Tengo que decir que me acerco a esta tarea con indudable vacilación. Todas mis ideas confluyen en una sola dirección: la del

gozo que produce el encuentro con una persona que, con envidiable juventud a la par que con sencillez ejemplar, me ha enseñado muchísimo en estas lides del cotidiano oficio.

Conocí a Alonso Zamora Vicente hace ya unos cuantos años. Fue en una de esas aulas enormes del edificio que hasta hacía poco había ocupado la Facultad de Económicas y al que la avalancha de alumnos había desterrado a algunas Secciones de la de Filosofía y Letras. Zamora Vicente explicaba Lingüística Románica y Dialectología. Dibujaba en la pizarra mapas con fronteras lingüísticas, pintaba algún que otro objeto de la cultura popular y, a veces, escribía una transcripción fonética, o el nombre de un dialectólogo extranjero o un palabra en alemán, -11- ante el murmullo de los estudiantes que no habían entendido y preguntaban al vecino de banco. Nombres como el de Schuchardt, Krüger, incluso alguno tan nuestro como el de Américo Castro, métodos como el de «Wörter und Sachen», se iban desgranando al correr de las clases. Muchos los descubríamos por vez primera, aunque ya andábamos por los últimos cursos de una nueva especialidad que habían bautizado de «lingüística».

Cualquier pretexto era bueno para dejar reposar sobre la mesa las notas sobre la suerte de la e abierta en sardo o en retorrománico y recordar un soneto de Garcilaso, un pasaje del Lazarillo, una escena de Tirso o unos versos de César Vallejo. En los manuales de Filología Románica se podía encontrar todo sobre la diptongación o acerca de las palatales. Pero aquellas estupendas interpretaciones de los textos de nuestros clásicos, aquellas invitaciones a leer tal o cual libro, el comentario sobre una película de Berlanga, o la visita obligada que debíamos hacer para contemplar el cuadro o el retablo de una iglesia cercana..., no era precisamente lo que solíamos escuchar a los demás profesores.

Esta manera de enseñar no era siempre bien comprendida por muchos de nosotros, acostumbrados a que se nos dictaran unos apuntes, mejor o peor pergeñados, que luego tendríamos que vomitar el día del examen y que fácilmente habríamos olvidado pocas semanas después. Las clases de Zamora Vicente que yo conocí eran el mejor ejemplo de cómo abrir horizontes a los alumnos, la mejor manera de enseñar a discurrir por cuenta propia.

La universidad madrileña de estos años ya no se ajustaba a las medidas de Zamora, que había iniciado su andadura de catedrático universitario, en 1943, en la de Compostela, y años más tarde, en 1946, en la de Salamanca. Universidades mucho más familiares, y en las que se había formado toda una generación de discípulos suyos, hoy repartidos por el ancho mundo, a los que había tratado de inculcar el espíritu institucionista de la Facultad de Letras del Madrid de antes de la guerra.

-12-

Si repasamos la biografía de Zamora, todo parece indicar que dejó de sintonizar con nuestras formas de vida universitaria allá por el año 1948 cuando dejó su cátedra de Salamanca para marchar a la Argentina, donde dirigió el Instituto de Filología de la Facultad de Buenos Aires, en el que sucedió a Amado Alonso. Posiblemente esta etapa argentina fue una de las más fructíferas en el quehacer investigador de Zamora: funda la revista *Filología* (1949), edición de *Por el sótano y el torno*, de Tirso (1949), *Rehilamiento porteño* (1949), *De Garcilaso a Valle Inclán* (1950), *El dialectalismo de Gabriel y Galán*

(1950), Presencia de los clásicos (1951), Las Sonatas de Ramón del Valle Inclán (1951)... Y allí, en Buenos Aires, sus colaboraciones en el suplemento literario de La Nación, muchas de ellas a mitad de camino entre la creación y la crítica literaria, comenzaban a perfilar la que acabaría siendo su decidida vocación: la del cuentista -en el buen sentido de la palabra-, el narrador. Más tarde profesor en Alemania (Colonia, Heidelberg), Director de la Sección de Filología del Colegio de Méjico, Estocolmo, Copenhague, Puerto Rico, los Estados Unidos... y, de nuevo, España. En 1966 es elegido académico de la Española, y en 1967 lee su discurso de ingreso, Asedio a «Luces de Bohemia», primer esperpento de Ramón del Valle Inclán.

Por aquellos años da clases en la Facultad de Letras de la Complutense como «penene», circunstancia inusual entre los catedráticos de aquellos años que tan fácilmente conseguían la pertinente comisión de servicios o la creación de la plaza dotada «ad hoc». En 1968 sucede a Dámaso Alonso en la cátedra de Filología Románica. Zamora ya no podía entender cómo se podía dar una clase a un centenar de alumnos, o lo que era un Encargado de Curso nivel D. Tampoco podía encontrar el sentido -si es que tiene alguno- de una interminable Junta de Facultad, o de las múltiples normas, formularios, convalidaciones, horarios, oficios..., toda la burocracia -13- inútil que constantemente invade nuestros despachos.

Desde aquellos días nuestro trato ha avanzado, seguro, enriqueciéndose con matices, intereses comunes, entendimiento mutuo, también -por qué no decirlo- con alguna discrepancia, mínima. Pero siempre teñido de un afecto inquebrantable. En 1971 comencé a su lado mi camino de profesor universitario. Me encargó explicar, un día a la semana, un poco de gramática histórica y comentar los primitivos textos románicos. Cómo debieron de ser aquellas primeras clases, aunadas mi inexperiencia y mi ciencia diminuta, por más que siempre se pudiera encontrar su consejo oportuno, su generosa comprensión de la ignorancia ajena: «Te puede servir el Avviamento de Monteverdi..., tal vez te resulte útil echar un vistazo al libro de Bec». Siempre he encontrado en la cercanía de Zamora ese calor de persona que vive para enseñar, para compartir los saberes, para transmitir un hallazgo sin sobrevalorarlo ni adornarlo de una oratoria pulida y artificial.

Luego vendrían la tesis doctoral, los apuros de las oposiciones, el bregar continuo con los papeles del Departamento, con los innumerables proyectos de planes de estudios: «Pedro - me ha repetido una y otra vez-, tienes que familiarizarte con el tejemaneje administrativo de la casa..., en la universidad hacia la que vamos es necesario. Yo ya no sirvo para esto...». Seguí su consejo, y debo confesar que más tarde, desde la secretaría de la Facultad primero y en la dirección del Departamento después, más de una vez me he acordado de sus palabras y, por lo bajín, las he maldecido alguna vez al ver el tiempo estérilmente perdido en perjuicio de lo auténticamente universitario. Pero también tengo que reconocer que era necesario para sobrevivir en un mundo en el que para muchos la zancadilla amparada por la burocracia se ha convertido en algo esencial.

En 1980 Alonso Zamora comenzó a distanciarse poco a poco de la rutina cotidiana de la Universidad para dedicarse -14- más de lleno a su actividad en la Academia. Cursos de doctorado, algún que otro tribunal de tesis, cada vez más espaciados, hasta su jubilación en septiembre de 1985, unos meses antes de la fecha en que le hubiera correspondido. No

quiso aceptar ningún tipo de agasajo de despedida, ninguna solemnidad bajo la forma de última lección. Era comprensible. Muchos eran los cambios que se habían producido en las modas y, sobre todo, en los modos universitarios a los que estaba acostumbrado el maestro.

Tenemos en las manos unos cuantos trabajos de Alonso Zamora Vicente, que se apiñan bajo el común interés por la lengua. Una buena parte de ellos son muestra de su continuo trajinar con las tareas académicas, con las palabras del Diccionario, manifestación reiterada de su convencimiento de que la Academia es, debe ser, un lugar de trabajo y no la institución decorativa que representa para muchos. Ese ir y venir por las palabras de ayer y de hoy, por la lengua literaria, o por el español hablado y escrito en los más recónditos rincones del ancho mundo hispánico constituyen el mejor ejemplo de respeto, de amor por lo que es propio, de gratitud hacia la tarea realizada por sus maestros o amigos. No he encontrado en ninguna parte, por ejemplo, una interpretación como la que hace Zamora Vicente de nuestras primeras Glosas Emilianenses. Lejos de repetir tópicos tan traídos y llevados a la hora de considerar las primeras manifestaciones de las lenguas romances que encontraban en el francés de los Juramentos de Estrasburgo la lengua de la política, en el italiano de los Plácitos casinenses la lengua del derecho y, en fin, la lengua para hablar con Dios en el español escrito entre líneas que traducía la oración del manuscrito de San Millán, Zamora trata de explicar nuestras Glosas en su contexto sociocultural, desde el mismo hecho de hacerlas, como la pequeña trampa del escolar, del clérigo que tiene que manejar una lengua que no conoce bien. Una perspectiva que nos encarrila hacia la picaresca, algo que sí es de veras español.

-15-

En fin, creo que es necesario cerrar estas líneas de presentación («delantal» que diría Zamora). Tal vez la misión que me había encargado la Universidad Complutense tendría que haber sido la de hacer una detallada biografía de Alonso Zamora Vicente, o dar cumplida cuenta y realizar un análisis crítico de los más de quinientos títulos que componen hasta hoy su bibliografía. No hubiera sabido hacerlo. Leamos, pues, las páginas que siguen y tratemos de encontrar en ellas la mejor lección del maestro y del amigo. Tal vez éste pueda ser el mejor homenaje al catedrático que por el imperativo de la jubilación ha dejado las aulas universitarias, pero que sigue, seguirá muchos años, cerca.

Pedro Peira

-16- -17-

I. En torno al habla actual

Más palabras nuevas

Ha sido una idea excelente la de ir publicando poco a poco -casi al ritmo de su aprobación- las nuevas palabras que la Real Academia Española autoriza a figurar en el gran repertorio de la lengua. Una vez incorporada al Diccionario, esa palabra se convierte en un escalón más en la rápida mirada resbaladiza, la que persigue Dios sepa qué voz perdida en las columnas, revestida de anonimía. Pero en las listas que van apareciendo poco a poco, tales palabras tienen aún vivo el aliento que las ha hecho destacarse del acervo común, para, aunque sólo sea por una vez, provocar una mirada individualizadora. La misma que, por exigencias de un momento, las entresaca del fondo patrimonial y las dota de vida y autonomía.

Y las listas citadas, en consecuencia, reflejan vivamente algunas de las corrientes más significativas del vivir en esas mismas fechas. Una ojeada a las últimas voces aprobadas nos ayudará a entender lo que quiero decir.

Como fácilmente deducimos en cuanto nos asomamos al habla corriente, es la vida técnica, de las industrias, de las ciencias aplicadas, del nuevo y opulento desarrollo material, lo que nos acosa por todas partes. Palabrería -18- abstrusa, compleja, pronunciada con familiaridad no exenta de magia. Así se percibe en la nueva era de los plásticos. En la vieja forma de vida, hablando, por ejemplo, de la cerámica, sonarían como armónicos inexcusables barro, vidriado, albarello, horno... Ahora se dice, y con un alto grado de impasibilidad, acroleína. Esta palabreja (del latín *acer* más *olere*) es el «líquido volátil, sofocante, que procede de la descomposición de la glicerina y que se emplea para la obtención de distintas materias industriales, especialmente plásticos». Como persona ajena a tales procesos, confieso que la acroleína no me produce gran alborozo, pero me alegra verla dentro del Diccionario. Primero, para que no se lamenten los entendidos en esos procesos químico-industriales, y, segundo, para que, si llega el caso, no la confundamos con otras cosillas acabadas en -ína y bastante diferentes (aspirina, efedrina, moralina, etcétera).

Hace muy pocos días los periódicos hablaron a más y mejor de la antimateria. Las informaciones hacían equilibrios arriesgados para no sembrar un pánico colectivo. Se hablaba de apocalípticas calamidades: destrucción del universo, el caos, la desaparición absoluta de... de... de... En fin, que nunca mejor dicho, daba miedo. Para los que, desde la más pura inocencia veíamos eso, con las reacciones laterales asainetadas tan frecuentes en Madrid, ya veíamos la antimateria, bien organizada y dispuesta, para acabar con las injusticias y el desorden sociales, y, de paso, con todo lo demás. Pero parece que, según dirá el Diccionario, no será para tanto. La antimateria, deduciremos del léxico general, es «materia compuesta de antipartículas, es decir, materia en la cual cada partícula ha sido reemplazada por la antipartícula correspondiente». Esto obliga a definir antipartícula, que también pasará al Diccionario: «Partícula elemental, producida artificialmente, que tiene la misma masa, carga igual y contraria y momento magnético de sentido contrario que las de la partícula correspondiente. La unión de una partícula con su antipartícula, produce la aniquilación de ambas, dando lugar -19- a otras nuevas partículas». Y leemos esta definición con un suspiro de alivio. No me paro a ver eso de partícula y antipartícula. Me sosiega, en cambio, esa cauda final: «... dando lugar a otras nuevas partículas». Sí, es claro

que algo nuevo saldrá de ahí, de esa catastrófica conjunción de contrarios. Ahora, por lo menos, ya tenemos la esperanza, que no es cosa deleznable, ni mucho menos. Y luego... ¡Ah, ese «luego», quién podrá soñarlo!

Es natural que ante el empuje de las máquinas, asombrosas máquinas, que nos dan todo hecho, tales artefactos pasarán al Diccionario. Y así ha sido aprobado computador, -ra electrónicos. Ya es de la lengua corriente en multitud de casos (estudiantes con una matrícula irregular; casos de documentación no bien hecha en organizaciones, mutualidades, sanatorios, etc.) oír frases como «la maquina no me quiere»; «la computadora ha contestado no». Corre por ahí ya una copiosa teoría de chascarrillos (con cierta carpetovetónica adustez) sobre las contestaciones de la máquina. Pues bien. Ahí van de cabeza al Diccionario, explicadas como mejor se puede: «Aparato electrónico que realiza operaciones matemáticas y lógicas con gran rapidez». Lo mismo ocurre con memoria. Ya no va a ser solamente memoria ese torcedor hacia atrás que, para bien o para mal, conllevamos los humanos. Ya hay, por ejemplo, ascensores que tienen memoria. No, no es que se paren donde les dé la real gana, que va. Es que se paran donde se les ha dicho, y por un turno casi parlamentario de la mejor escuela. Así que, en lo sucesivo, figurará en el Diccionario una acepción de memoria, que, con la observación de Física dirá poco más o menos así: «Dispositivo electrónico en que se almacena la información sobre datos y procesos, para emplearlos en un momento dado». Y esto nos lleva de la mano a una palabreja muy representativa del desvivirse actual: informática. Leemos en todas partes, con caracteres epidémicos, esta voz, y se ofrecen o reclaman especialistas en informática, y hay ya instituciones que se ocupan y preocupan de esta felicidad amenazante... Informática (del francés -20- information y automatique) «conjunto de conocimientos científicos y técnicos que se ocupan del tratamiento de la información por medio de calculadoras electrónicas», es el exponente de nuestra vida de hoy, sometida a las máquinas, a la reglamentación rigurosa. El hombre como centro de la creación ha perdido muchos puntos. Es, sin más, una cartulina taladrada, pasada por una máquina perforadora, juguete de mil situaciones previstas, y pobre de quien pretenda escaparse de ese caudal de medidas. Ah, se me olvidaba: todos estos artilugios mágicos traen consigo nombres, profesiones, trampas, enfermedades... Pero, eso sí, en inglés. De ahí que la jerga de los que con ellos trabajan se salpique de anglicismos, que, paulatinamente, van buscando la calle, la tertulia, la conferencia, el periódico... Para estos casos, la Academia ha recogido y aprobado ya anglicanizado, anglicanizante, anglicista, anglohablante, anglomanía... He ahí un buen testimonio de una actitud colectiva ante el contorno cultural.

La nueva técnica nos hace matizar la lengua cotidiana cargando de nuevos matices semánticos la voz tradicional, o permitiendo la irrupción del neologismo en la intimidad de la vida casera. En ocasiones, se trata de voces ya algo viejas. El descuido en aceptarlas es disculpable: casaban tan bien con el ritmo general del habla que no había apenas preocupación por hacerles un hueco inalienable en el repertorio máximo de nuestro léxico. Así sucede, o sucedía, con aislador, «pieza de material aislante que sirve para soportar o sujetar un conductor eléctrico». Las viejas casas, las de nuestros padres, que tenían al aire los cables eléctricos, estaban acibilladas de aisladores de porcelana. Y en todos los pueblos españoles, más de cuatro pandillas de muchachuelos, organizaban, verano arriba, por la tardecita madura, su gran expedición de pedradas contra los aisladores altos, los de los postes del tendido. A esos aisladores, por su semejanza con cierto útil de la vajilla, se les

llamaba en algunos lugares júcaras. Muchas veces la diversión infantil derivaba en horas de malhumor casero ante la exhumación olorosa del viejo candil, o de la lámpara -21- de petróleo. Diversión ibérica, esa de las pedradas, que supongo ya extinguida. Aislador figurará en el próximo Diccionario. También era corriente la voz cruce. Había cruces de caminos, de vidas, de dedos, de ferrocarriles, de aburridos y cansados peatones... Pero faltaba el que quizá más se oye ahora: el de unas conversaciones telefónicas, el de una emisión de radio. Esas conversaciones, pintorescas al comienzo, desesperantes al ratito, que siempre nos salen al paso cuando hay que emplear el teléfono para algo importante, o cuando no logramos captar limpiamente la onda de un lugar anhelado. Todo eso tendrá en lo sucesivo su hueco en el Diccionario, y podremos llamarle cruce sin miedo a molestar a nadie. Mucho ojo con seguir diciendo palabras poco amables en los casos señalados. Cruce, nada más que cruce, y ya nos entendemos. Ah, y nada de darle porrazos al aparato, ¿eh?

El sentido jerárquico de algunos nuevos estilos de la sociedad actual es muy perceptible en la voz personalidad. Hasta hace poco, personalidad tenía exclusivamente sus valores jurídicos; ya se había comenzado a extender el uso de «cualidad destacada de una persona, diferencia individual»: Fulano tiene mucha personalidad, o bien: Una personalidad muy guasona, muy sentimental, etc. Pero ahora se lee por todas partes, y la televisión nos lo enseña, cómo se mueven las personalidades por la geografía nacional, es decir, los «personajes», «personas destacadas en una actividad, o en un ambiente social determinado»: Asistieron al acto tal o cual, diversas personalidades del arte y de la ciencia, y de la política, o de la milicia. Es decir, «jerarquías destacadas». Ese valor, relativamente reciente, pasará a la próxima edición del Diccionario.

Esas personalidades pululan en las inauguraciones de certámenes, exposiciones artísticas, conferencias, etc. El arte plástico se ha convertido en un procedimiento de inversión económica. Pero, si la pintura es cara normalmente, las otras artes menores pueden suplir, a veces con mérito, el hueco de los óleos. El grabado, por ejemplo. -22- La xilografía sigue teniendo su encanto, su valor. Y ya estaba recogida. Pero los grabadores se llamaban indistintamente, sin mayor determinativo. Ahora, xilógrafo vendrá a delimitar al artista que emplea determinada técnica (la del grabado en madera) y revestirá de erudición y complicidad sapientísimas la expresión del comprador de grabados.

En ese camino del neologismo de sentido, habitabilidad es un buen ejemplo. La tradicional «cualidad de habitable» es evidentemente cosa distinta a la idea encerrada en las modernas e inesquivables células de habitabilidad, o simplemente la habitabilidad, nombre del papelito oportuno. He ahí una gestión, una preocupación vivísima de todos los españoles que no estaba en el repertorio máximo. Pues ya va a estar: «Cualidad de habitable, que, con arreglo a determinadas normas legales tiene un local o una vivienda». Es lo menos que se podía hacer, el incluirla. Son muchas las horas de cola en las oficinas públicas, los desvelos y las ansias que los españoles pasan antes de tener el dichoso papelito en las manos, el papel milagroso que permite habitar la casa adquirida con mil afanes y penurias, papel-cédula-de-habitabilidad, verdadera llave de la casa. El calor, el latido, vendrá después, pero antes... El papelito, ea, el papelito. Si no...

Y ya instalados en la casa, el apartamento de los metros cuadrados tolerables, con sus largas recuas de recibos, averías, remiendos, que si el teléfono, que si la calefacción, que si

el ascensor, que si el jefe de casa o los niños, los repajoleros niños del vecino, llega el bienestar. Ah, bienestar, por dónde andarás, figura esquivada y pasajera. Bienestar es, a veces, un rato de siesta breve y sosegada, mientras voces alborotadas intentan remontar los muros por las hendiduras de la puerta, por el hueco de los patios, por la caja de la escalera. Pero, para la gente, hoy, el emblema de la felicidad está en el seiscientos, el utilitario (que no está todavía en el Diccionario), y el electrodoméstico: «Cualquiera de los -23- diversos aparatos eléctricos que se utilizan en el hogar, como refrigeradoras, calentadores de agua, planchas y cocinas eléctricas, etc. Ú. m. en pl. Ú. t. c. adj.» ¡Cómo chorrea por esa definición la nueva actitud de la vida ante el tradicional ajuar, hecho de horas de vela ante el encaje y los bordados, los hilos caros o las porcelanas exquisitas! Ya no queda sitio ni siquiera para las inevitables torres de cacerolas que las verbenas madrileñas pulían al sol y a los gritos de la rifa, fiesta del barrio adentro. No, ahora todo es mágico, eficaz, milimetrado, dotado de una peculiar anatomía, con pulso de vatios y recibo mensual indiscifrable. Lavadoras, batidoras, secadoras del pelo, tostadores de pan, cafeteras (por favor, que sea italiana, y comprada en Tánger, sacan el café de las piedras), mantitas para las noches de enero, tan frías, Dios mío, qué noches, y lavaplatos, y aspiradoras... Bueno, todo ese aluvión de níqueles brillantes y ruiditos más o menos tolerables. Apoteosis del electrodoméstico, con su secuela de plazos, ya envejecido el modelo antes de que llegue el último recibo, pero tan brillante, tan puestecito, tan melodioso el runrún de la nevera, y el de la trituradora de basuras, mientras la televisión pone el acorde de venturas o de tiros con que nos obsequia... Tranquiliémonos. Electrodoméstico ya está aceptado y figurará en el próximo Diccionario, y esta vez sin ruido alguno.

En este trajín sobre las palabras, creo que sobrenada, y muy nítidamente, una consecuencia. La Academia no descansa, sino que, al contrario, labora hora tras hora, día tras día. Se hacen huecos para voces totalmente nuevas, o se añaden valores inusitados a las viejas. Se repasan etimologías, se pulimentan las redacciones de los artículos (¡Algunos no se han tocado desde el siglo XVIII!, y aunque hoy disuenen, tienen su justificación y hasta su gracia). Etcétera, etcétera. Y de vez en cuando, como al pasar, los ojos se paran sobre artículos añejos, voces de hoy y de siempre, en las que se nota, una orilla ruborosa escoltando el tropiezo, la falta de algo que, por lo -24- usual y sabido, estaba sin ser recogido. Hay que añadirlo. El Diccionario no es sólo para los que necesitamos resolver con premura una duda, una interferencia, ni es exclusiva incumbencia del filólogo, sino que también está destinado al lector extranjero, al estudiante aficionado a cuestiones literarias, al hombre técnico (ingeniero, biólogo, médico, economista, etc.) que necesita, de vez en cuando, comprobar algo de su trabajo o del de los demás. Y puede notar las lagunas mejor que el especialista en lexicología. Así han surgido las vacilaciones ante algunos casos que van a ser corregidos o ensanchados. Son los matices de arrear, por ejemplo. Ya hace algún tiempo que los españoles medios no arreamos a las bestias. La misma interjección ¡arrea! parece que va de capa caída. No digamos lo que se refiere a los arrieros. Pocos españoles saben ya qué era un arriero. Y, sin embargo, todos los hispanohablantes seguimos arreando golpes, tiros, puñetazos, patadas, etc. Amabilidades, vamos. Los españoles tenemos fama de simpáticos, de amables, de... Bueno, de eso. Pues ese valor de arrear será incluido como acepción nacida, por extensión, de la relativa a las bestias. Pero, entendámonos. El que tal acepción pase al Diccionario general por la puerta grande no autoriza, en manera alguna, el ejercicio entusiasta de tal semántica. Tengamos la fiesta en paz.

Aunque parezca mentira, bodega, «almacén de vinos», «tienda donde se venden vinos», no estaba recogida. Aparecían, sí, otros valores próximos, pero ése no. Todos recordamos las tabernas populares, con sus flecos de sainete, que se llamaban o se llaman Bodegas de Camarena, Bodega del Cojo, Bodega del Sol, Bodegas manchegas. Todas tienen su mostrador de cinc, sus taburetes clásicos de pino, sus viejas frascas de litro, su herrumbre de tedio y de rumores alarmistas. Bodegas del norte y del centro, de la Mancha, y de Aragón, y de Andalucía, dispersas por toda la geografía nacional, casi siempre pintadas de rojo, todavía, en muchas de ellas, un ramo de pino o de laurel, como reclamo, secándose encima de la puerta, -25- mientras dentro, golpeteo de dominó, atmósfera hedionda de tabaco, fritangas y vino derramado, exulta, de vez en vez, el grito triunfal de haber ahorcado un seis doble, de cantar las cuarenta, o se desparrama, atenazante, la pesadumbre de la sequía o del hielo tardío... Ya están ahí las bodegas, en el Diccionario, entre bode, «macho cabrío», y bodegaje, «almacenaje». Y están sin el olor característico a comidas requemadas, a vinazo peleón y aceite rancio, a tarde de toros retransmitida y polémica.

Son muchas más las palabras que veníamos empleando casi abrumadoramente y que se habían escapado de las columnas diccionariles. La charla coloquial tiene eso, a lo que se ve. Se desliza, rauda, chorreante, de la comisura de los labios, y no queda tiempo, entre frase y frase, para observarla. Despilfarra, aquí y allá, ocasionales creaciones que caen bien, se convierten en imagen bruñida y no se nos ocurre jamás ir a buscarlas en la fila de nichos del grueso volumen. ¿Cuántas veces ante el reclamo de un delicado postre casero, o de una fiesta familiar, nos han hecho empapuzarnos de esa comida? ¿Y no ocurre eso en todas partes? Pues empapuzar estaba condenado a no ser más que de un uso localista. En lo sucesivo, podrán llenarse impunemente el papo, «la barriga, el buche» todos los hispanohablantes. Siento a priori una vaga lástima por esta voz tan expresiva, ahora que todo el mundo piensa en calorías, regímenes dietéticos, planes para adelgazar, etc. ¿Cuántos españoles, cada vez más, acuden, ingenuamente soñadores, a una Facultad? Mañana tras mañana, los jóvenes van a esa parte de la Universidad que llaman Facultad, y se matriculan, y se citan, y comen y se enamoran y no suelen estudiar gran cosa, en esa casa que llaman también Facultad. Pues, en este país, atiborrado de abogados, médicos, licenciados en letras, etc., esos dos valores no figuran en nuestro Diccionario. Verdaderamente, era cosa grave. ¡Con tantas como se están fundando ahora, casi epidémicamente!

-26-

Ya decía Cervantes que una cita latina viste muchísimo. Sobre todo si no se entiende. Pues allá va: Errare humanum est. Lo que significa no que sea sano ponerle herraduras al vecino, no, hombre, no, sino que viene a decir algo así como «cualquiera mete la pata». Lo importante, en esos casos, es sacarla de donde se haya metido. Así, por ejemplo, ocurre con malandrín. Es una voz que, la verdad, apenas se usa. Es cervantina, y, como aquí todo el mundo repite frases del Quijote, por aquello de matar moscas con el rabo y tal y cual, todos sabíamos la existencia de malandrín. «Deteneos y esperad, canalla malandrina», clama en una ocasión Don Quijote (II, 85). Pues a esa vocecita se la hacía proceder de muy lejano origen y a través de muy complejas encrucijadas. Desde ahora, más clarito, vendrá del italiano malandrino. La equivocación venía de muy atrás, y había sido sostenida por eminentes maestros de la filología románica, pero ahora nos parece más transparente su origen italiano. Debe decirse, en honor de nuestros abuelos, que el Diccionario de Autoridades, el primer repertorio académico, con muy buen sentido, la hacía derivar del

italiano. He aquí un caso en que la ciencia, la cacareada ciencia, se equivocó. Quede, pues, corregido.

Malevo, «malhechor; malévolo, matón» (y malevaje, «conjunto de malevos») es una voz rioplatense. Es el personaje dañino de tantos y tantos tangos de hace años, circunstancia que le hizo ser conocido en todas partes. No figuraba en el Diccionario. Entra un poco tarde. Muy tarde ya para los tangos, pura arqueología o divagación añorante. Pero a tiempo para los hablantes rioplatenses, donde sigue vigente, y donde ha tenido y tiene uso literario. Sale frecuentemente en la poesía gauchesca y en los más destacados escritores argentinos: «... calamidad de la mujer gritada y golpeada y del malevo que con infamia se emperrea...» (Borges, Evaristo Carriego). Del mismo lugar y autor, y como cita insigne: «El barrio era una esquina final. Un malevaje de a caballo, un malevaje -27- de chambergo mitrero sobre los ojos y de apasionada bombacha».

¿Qué español no habrá visto una feria, con sus desfiles, sus cabalgatas, sus conciertos de bandas militares? En el programa de mano, repleto de dichas proclamas y prodigios por poco dinero, de versos elaborados a brazo por los honrados comerciantes y por los aventajados alumnos del internado local, se encuentran las dianas matinales. Que nadie llegue tarde. Y la banda del regimiento despierta a trombonazos a todo el pueblo. Cohetes, gigantones, dinero en abundancia, celosamente ahorrado durante el año para gastarlo ahora, en un santiamén... Sí, sí, todo eso está muy bien. Pero ¿sabíamos que el director de esa banda militar se llamaba músico mayor? ¿Sí? Bueno, usted es del oficio, y, así, cualquiera. Pero, ¿y los demás? Pues ahora tendrán que saberlo, porque músico mayor, «director y jefe de una banda militar» pasará al Diccionario. Sí, ese militar serio que dirige a sus subordinados, que vigila que el metal suene a su tiempo y brille siempre, y que desfila rodeado de chiquillos el día de la Virgen patrona o del Cristo de septiembre, y pasa delante de su casita de descanso, que está para eso, para que usted no descanse, y para que usted cuide sus zinnias, estivales. Ahora, ya puede usted cuidarlas, ya, que zinnias, para no dejar solo al músico mayor, entrará también en el Diccionario. Y por triplicado: cinia, cinnia, zinnia. Yo prefiero la última: recuerda a Zinn, un naturalista alemán del siglo XVIII que les dio su nombre.

Aparte de las voces aisladas, con su cargazón semántica múltiple, quedan por recoger en el Diccionario multitud de expresiones, locuciones, frases hechas, etc., que, poco a poco, se irán incorporando. Señalo ahora muy pocas. Llevarse las manos a la cabeza, «asombrarse de alguna cosa» o «indignarse a causa de ella»; dar sopas con honda, «abrumadora superioridad de una persona o cosa sobre otra»; vivito y coleando, «que se creía muerto o desaparecido y está con vida y ahí». ¿No es verdaderamente admirable que en estos tiempos de invasión técnica -28- y anglosajona, aún podamos hacer un ratito para pulir nuestro Diccionario con la introducción de estas frasecillas? Sí, es un tantico milagroso. De algunas de ellas hablaremos otro día.

Contestación

En todo tipo de conversaciones, entendidas o no, con o sin autoridad para ello, oímos opiniones sobre las palabras que la moda y la realidad sociopolítica o económica van lanzando al aire, a veces con escandalosa profusión. Todo el mundo echa su cuarto a espadas: Que si competitivo no está bien, que si contenedor requetemal, etc. Y ¿qué hace la Academia, a ver esa Academia si se entera!... Yo no sé qué tiene la Academia que todo el mundo la acusa de los desaguisados que oye. A este paso, la Academia va a tener la culpa de ese español de los locutores, o de los traductores, o de las charlas crípticas de los afiladores o de los canteros, vaya por Dios. Lo mismo daría decir que también es la responsable del ancho de vía o de la pésima calidad de algunas ropas hechas... Con lo poquito que cuesta ponerse a leer un ratito y escuchar atentamente, y procurar arrimar el hombro una miaja, y no gritar que me lo den todo arreglado...

Una de esas voces machaconas, que suenan malhumoradas en unos círculos sociales y llenas de entusiasmo en otros -¡menos mal que aún quedan bríos en alguna parte!- es contestación (y contestatario). No es que se emplee en la lengua hablada, por ejemplo, así: «Exijo una contestación!», no, qué va. El que dice esto, jamás emplearía esa voz con su valor nuevo. Una contestación de ahora equivale a «protesta, réplica airada, casi violenta», es decir, se carga en realidad de «subversión». Tampoco los componentes o partidarios de la contestación la usarían así: «A ese voy a contestarle yo». En ese desajuste de sentido entre el valor tradicional de contestación, contestar y el nuevo, orlado de barullo callejero, de manifestación -29- protestataria y violenta, revolucionaria, etc., está el quid de la cuestión. Ese valor nuevo de contestación no figura en el repertorio académico, por lo menos con el ruido con que se nos presenta en la calle.

Sin embargo, ¿es eso nuevo, realmente nuevo? El diccionario, bajo «contestación» señala una acepción segunda, «altercado o disgusto», que no parece estar muy lejos de lo que hoy nos preocupa. Por lo menos, se percibe un claro parentesco, una soterraña cercanía semántica. Se adivina una base de la que ir arrancando para alcanzar el sentido actual. En efecto, si meditamos sobre la palabreja, veremos que su generalización en la lengua escrita y en la tímidamente pedantesca de la oratoria política o circunstancial, procede de las frecuentes convulsiones de carácter político-social, de los movimientos estudiantiles de protesta, etc. Revela siempre una situación conflictiva, que roe ya casi todas las esferas de la convivencia social, con lo que destaca un contorno más en la voz: el conflicto generacional. Es decir, hay una generación joven, ansiosa, intranquila, repleta de futuro, que contesta. Y hay otra, la generación vieja, sosegada, inmovilista y suficiente, bobamente suficiente, repleta de nostalgia, que es contestada.

La voz se usa de manera tumultuosa desde hace unos años, especialmente desde el mayo parisino, tan pródigo en clamores inéditos y en actitudes arrogantes. He aquí dos ejemplos de dos publicaciones españolas de muy diversa orientación.

Leo en ABC, 2 marzo, 1969:

«'Alberto Moravia ha dicho que en I pugno in tasca se consuma 'todo el mundo de la juventud'». Y nos quedamos perplejos. Porque la tragedia es grande, pero los sentimientos

que sugiere no están fundados sobre una acción y el carácter de unos personajes, sino que tienen otros fines que se llaman en lenguaje de hoy 'contestación' y 'rechazo del orden social'».

-30-

Y en *Ínsula*, núm. 267, febrero, 1969:

«Zeffirelli ha dado el *Romeo y Julieta* de la protesta y del inconformismo, la del mayo de París, la de la problemática existencial y la de la contestación generacional».

Repito: dos publicaciones con lectores de muy diversa orientación: ABC e *Ínsula*. Y en las dos, la contestación se nos ofrece clara: rechazo del orden social, inconformismo, lucha de una generación contra otra. En la base de ambas ¿no está el valor de «altercado, disgusto», que ya trae el Diccionario académico desde 1726?

La contestación-protesta ha invadido últimamente el territorio eclesiástico. La Iglesia Católica, solidaria con las transformaciones sociales, se ha hecho también, en una gran parte, contestataria. En lo que va de año, es raro el día que no oímos hablar de la contestación de la Iglesia, etc. El día de los Santos Inocentes -quede claro que no es broma, ¿eh?- del año pasado, *Ya*, periódico que se caracteriza por una exquisita ponderación en esta parcela de la vida nacional, decía, en un brevísimo articulillo, cosas como éstas (todas, reitero, en el mismo artículo): «1971, descenso de la contestación en la Iglesia»... «Un claro descenso de la contestación típica de los años 68-69...». «¿Abandono de muchos contestatarios? ¿Búsqueda de una contestación más subterránea y menos aparatosa?». «¿Asunción por parte de la jerarquía de los elementos más válidos de la contestación?». «Tendríamos que registrar una acentuación de la contestación conservadora...». (De paso, observemos esta última cita, donde contestación se aleja de una sólida muralla de combate tradicionalista...). Y ya, como era de esperar, la contestación, el contestar y los contestatarios han entrado en todo. Sigue en primer lugar, y esto sí que es lógico, lo universitario (¡pobre país aquel donde los universitarios no estén en primer lugar!): «Y ante ellos [los exámenes] se acentúan las tensiones, discrepancias y contestaciones en el ámbito universitario». (*Ya*, 3 junio, 1972). El adjetivo contestatario ha venido a sustituir, casi eufemísticamente a veces, a «alborotador, huelguista», etc. «... Las -31- fáciles tentaciones que excitan a la juventud a posturas que se nos antojan no contestatarias...». (*Ya*, 18 enero 1972). Incluso en un sitio del que cabría esperar -y no es otra la cosa- la máxima cordura, el Colegio de Abogados, alguien se expresa así: «La actitud, cada vez más contestataria, de las nuevas promociones de colegiados, claramente politizadas, augura, en las próximas elecciones, el asalto a las Juntas de Gobierno...» (ABC, 4 diciembre, 1972).

Es ya de tal forma intensa la huella de la «contestación de mayo» en París, que se lee contestación con el valor «período de revuelta social habido en Francia en tal y tal ocasión», es decir, algo así como la Revolución de fines del siglo XVIII, o como la Gran Guerra, o las pestes medievales. Está ya a punto de ser escrita con mayúscula. Un artículo puede titularse: «¿Vuelve la contestación?». De ese artículo se entresacan afirmaciones de este tipo: «Marcuse, el padre de la contestación» (frase hermana de «Robespierre, el héroe de la Revolución...»), «¿Contestación a la vista!». («¿Revolución al canto!», para variar). «La contestación ha sido reabsorbida, se proclamó tras el fracaso del mayo francés...». («El

Imperio reabsorbió la obra de la Convención», pongo por caso), etc. Estos ejemplos, procedentes de un artículo firmado por Julio Colomer (Ya, 13 febrero, 1972), van acusando, al lado de otros que ya nos son familiares («los periódicos nos vienen detectando el rebrote de la contestación...»). «Los procesos están agitando a una contestación que no quiere ser condenada...». «La contestación se fragmentó en una aguda crisis interna ideológica...») una derivación -32- semántica hacia «período histórico de revuelta, de crisis», «suceso revolucionario» entre tales y cuales límites y de tales características: No de otro modo hablamos hoy de la Revolución francesa, de la Comuna, de las Cruzadas, etcétera. Ante este muestrario, tan copioso y engolado, tan convencido de su enorme trascendencia, nada más fácil que caer en los extremos más pintorescos, y así podemos llamar contestación, sin que se nos provoque la menor alarma ni la más sosaina sonrisa, a una decisión de la señora Tellervo Koivisto, esposa del Presidente del Banco de Finlandia y ex jefe del Gobierno. (Noticia dada en Ya, 5 enero 1972). La señora Koivisto, al parecer, se ha negado, no sé con qué grado de reconcomio, quizá con vocerío, a zurcir los calcetines de su marido, de su importantísimo marido. Personalidad que tiene ella, ea, qué le vamos a hacer. Dejemos aparte que ya hace tiempo que no se estila remendar calcetines (a no ser en la inevitable frase contra las mujeres automovilistas o toreras, lo que, dicho sea de paso, sólo es típico de nuestro saladísimo país, y no de la seria Finlandia), pero el suelto periodístico, entre bromas y veras, es bien tajante:

«Está visto que la revolución femenina empieza por la contestación más o menos privada». ¿Bonito, no? ¡Qué genio se gasta esa señora! Así, cualquiera. Solamente me produce una delgada tristeza entrever que los niños finlandeses no jugarán -¡ellos tampoco!- con el huevo de madera que nuestras abuelas empleaban para reparar tomates, tan bien como sonaba por el suelo del pasillo adentro, carambola va, carambola viene, y hasta se atrevía, puntería reidora, a perforar los cristales, chillidos, desigual pelea resuelta en bofetones... Dada la clase social de la dama contestataria se echa de ver en seguida que en esa tierra nórdica hacen la revolución desde arriba. Es natural.

Pero volvamos a nuestro diccionario. Los sesudos y beneméritos académicos de 1726: «Contestación: Se toma también por altercación y contienda, por diversidad de pareceres. En esta acepción es voz tomada del francés -33- e introducida modernamente sin necesidad». Indudablemente al quejarse esos académicos, pensaban en el francés *contester*, en el que se documenta el valor «disputar, combatir o pelear a propósito de algo». *Contester* deriva del latín jurídico *contestari*, en el que había un valor claramente polémico. En la *litis contestatio*, había afirmaciones mantenidas por varios ante el Pretor. Cada litigante afirmaba, sostenía algo. Y la autoridad, después de imponer calma, resolvía. Así, *contestatio* era una afirmación opuesta a otra, como más o menos ocurre hoy, envuelta en brisas de discordia. Ese valor, todavía con la toga bien puestecita, se encuentra en La Fontaine:

«On en vient au partage, on conteste, on chicane,
Le juge sur cent points tour à tour les condamne».

(Fables, IV, Le vieillard et ses enfants.)

Pero ya va siendo otra su orientación en este ejemplo de Madame de Sévigné: «M. de Montmoron sait votre philosophie, et la conteste sur tout» (15 set. 1680). También en Sainte Beuve: «Puis, je ne conteste jamais; je ne réfute personne, j'admets toutes les opinions» (P. J. Proudhon, Sa vie et sa corresp.). Ejemplo nítido de vigencia en estas regiones de la especulación intelectual nos lo proporciona este texto de Marcel Aymé, el gran escritor contemporáneo: «Je trouve au contraire naturel que le génie s'impose avec cette autorité et ne soit contesté de personne» (Conf. intellect. IX).

Del francés, ya atestiguado en el siglo XIV, ese valor pasó al español en el siglo XVII. Como tantas otras cosas que se van extendiendo con los cambios sociales y políticos que el predominio de los Borbones lleva consigo. Ya la encuentro en los diccionarios de César Oudin (1607; contestación, disputa) y de Lorenzo Franciosini (1620: -34- contesto, disputa). En 1705, el Diccionario de Francisco Sobrino traduce contestation por «disputa». El posible valor francés estaba, pues, bien incorporado, como tantos otros galicismos abstractos que entran por esas fechas. Sin salir de la atmósfera de salón, de amable tertulia discutidora, respetuosa, se encuentra ya en Feijoo copiosamente: «La institución de los Electores es materia muy contestada». «Los eruditos no ignoran las contestaciones que hay y ha habido sobre la donación de Constantino». Estas citas nos llevan de la mano a una reunión, ya entre dos luces, al calor del brasero o de una buena chimenea (¡ay, espejismo de La plaza de Berkeley!), aromas de las Indias en el aire, gentes de casaca y prurito neoclásico, que dialogan plácidamente sobre las «antigüedades» de España y piensan, tímidamente, sobre los viejos mitos sin acabar de derrocarlos. Si la discusión va hacia la realidad social, parece teñirse de cierta violencia; eso sí, sin perder la sonrisa, entre complicidad y benevolencia escandalizada: «Y sin subordinación alguna al Metropolitano, como hoy gozan, sin la menor contestación». Cosas de clérigos, que en esa espectral tertulia, pondrían un gesto irreverente al intentar, vana ilusión, esquivar la autoridad del prelado.

Todos estos ejemplos citados arriba son, digo, de Feijoo. Todos de su Teatro crítico universal, excelente balcón al mundo y al pensamiento (1726-1760). En lo sucesivo, parece grande la familiaridad con la voz contestación «protesta, discusión, altercado», con límites un tanto borrosos entre estos significados. El Diccionario académico de 1780 suprime la apostilla de galicismo, con lo que ya la vemos incluida en el torrente del habla. La leemos en el Memorial literario, I, de 1784:

«Que enterados todos de lo que les toca [...] y reconociendo los respectivos límites, se contengan en ellos, y cese cualquiera contestación o competencia».

Jovellanos, excepcionalmente alertado en su tiempo, nos la ofrece en sus Diarios: «Se empieza a concurrir a las siete; hay mil contestaciones sobre excluir a los no -35- convidados; fuéronlo algunos clérigos, y abiertamente el cura de San Lázaro, que, sin embargo, entró» (p. 275).

La encuentro en Quintana: «Se le ve entrar en una vana contestación de palabras y de política con el ministerio» (Cartas a Lord Holland, 3). Por cierto, que, en una de las ocasiones en que el muy planchado y almidonado Quintana emplea la palabreja, ya me parece que estamos muy cerca de la contestación de la Ciudad Universitaria. «Después de algunas contestaciones en que hubo arrestos y animosidad bastante, los malcontentos trataron de sorprender a Vasco Núñez y ponerle en prisión» (Balboa). Esas alusiones a la animosidad y a los arrestos nos alejan, y de qué modo, del tono suave y comedido del XVIII. El valor de la tertulia amena y lentísima, nos vuelve a acosar en testimonio de Alcalá Galiano y de Martínez de la Rosa.

Y ya el siglo XIX la utiliza sin rodeos. Balmes («Estas reflexiones apoyadas en datos que nadie me podría contestar...»); Protestantismo, 151, 1842-44) y Menéndez Pelayo («Protestó Corro, y más de veinticinco meses duraron sus contestaciones con el Consistorio de la Iglesia Francesa de Londres...»); Heterodoxos, II, 487) son adeptos a ella, quizá por aquello de la legalidad, y la visten de su viejo valor jurídico. En la América que empezaba a balbucear su historia, la emplean, entre otros, Fernández de Lizardi («Después que hubo contestado con él, al despedirse observó el versito que os he dicho...»); Periquillo Sarmiento, I, 57) y Faustino Domingo Sarmiento («El gobierno, cuya autoridad era contestada de una manera tan indigna, intimó a Facundo...»); Facundo, 68, 1945).

Hasta el habla viva de hoy ha llegado, de forma disimulada, el valor dieciochesco. Lo encontramos en el familiar, -36- dirigido, por lo general, a los niños: «Haz, o hazlo y no contestes». Un niño no es contestón porque, feliz él, se sepa de carrerilla cuántas son seis por ocho, o las bienaventuranzas, los nombres de los barcos supervivientes en Trafalgar, o porque los días que recibe visita la abuela se empeña en recitar, venga o no a cuento y subido en una silla, El embargo, verdadera epopeya de lírica. No. Es contestón porque replica de mala manera, con peores gestos, en obstinada rebeldía (un encanto de nene, vamos), a cuanto se le dice o propone, y porque, después de ésta, digamos, amabilidad, no es prudente dejarle entrar en la sala donde las visitas van remendando el mundo como Dios les da a entender. Y contestón existe todavía en el habla popular y rural. Sí, claro, es muy coloquial, bueno ¿y qué? ¿Que recurra a palabras más dignas, menos de la calle y de la era? Pues ahí está incontestable, que rezuma erudiciones, y que está, pero que muy clarito: «Que no se puede discutir, que tiene la máxima evidencia». El Diccionario dice, campanudo (bueno, el Diccionario resulta un poco así, un poco pedantuelo, a ver, es tan gordo, sabe tanto): «Que no se puede impugnar ni dudar con fundamento». ¿No parece una réplica inmovilista?

Los contestatarios pueden, pues, ser contestones a la manera de nuestros niños mal criados, nuestros niños de pueblo que tanto tienen -¡todavía!- que rechazar y contestar. Pero no serán, en manera alguna, respondones. Responder exige ese sufijo, con su cenefa despectiva, para acercarse a contestar. Y estoy seguro, a nadie le gustaría ser confundido. La juventud universitaria, clamante por una estructura más limpia y eficaz, se sentiría mucho más humillada y reprimida si se le despachara con llamarla respondona. No, no, por favor, tengamos la fiesta en paz. Ya se le ha ocurrido a alguien el chistecito. Con su pan se lo coma. Es algo, por fortuna, bastante más vital y profundo, que encierra, por lo menos, el balbuceo de un nuevo estilo vital. Respondón, -na lo es el que dice necedades por no callar,

aventura verdaderamente -37- peliaguda y de difícil logro. En cambio, el contestón afirma su tenaz rebeldía, su no darle la realísima gana.

Contestación, con ese significado de polémica al rojo vivo, no figura en el repertorio máximo de la lengua. Examinados los testimonios que he aducido atrás, parece claro que no será muy oportuno censurar el uso de contestación, contestar con el fondo que hemos leído en ABC e Ínsula. Se trata de un neologismo de sentido, de una reactivación de un viejo valor olvidado que, al abrigo de nuevas corrientes de vida social, política y cultural, se ha henchido de eficacia. Me parece prudente suponer una enmienda a la acepción del Diccionario actual «alteración o disputa», o, mejor aún, soñar con una nueva que nos diga sobre poco más o menos: «Por extensión, polémica, oposición declarada y a veces violenta hacia formas de vida consagradas». Y hacer ver de alguna manera el influjo del francés *contester*, *contestation*, en este ensanchamiento del sentido original.

Insisto: esto debe hacerse en contestación, pero algo habrá que retocar también en contestar. La palabreja está a punto de convertirse en la voz clave de una actitud social de lucha, de protesta, por parte de unos grupos jóvenes que pretenden hacerse un hueco en lo establecido y quieren que su voz sea escuchada. Puede ser una voz «bandera», bajo la cual milite el descontento general ante el egoísmo natural de los viejos. También veo como muy probable que, al igual que la observación de los académicos de 1726, reveladora de la inutilidad del galicismo, la nuestra de hoy, por comedida que resulte, haya de desaparecer también en otra edición futura, hacia el año 1980, o el 1990, o cuando fuere. Quedaría, por lo menos, huella de nuestra vigilancia, de nuestro alerta en vilo. Pero también es verdad que la «inutilidad» del siglo XVIII no es ahora posible, cuando las lenguas se van pareciendo cada vez más, anuladas las diferencias localistas y sometido todo a la nivelación de los grandes medios de comunicación y a la identidad de los grandes -38- problemas sociales. No, no debemos asustarnos por esa contestación. En mesuradas dosis, puede resultar fructífero incluso el practicarlas...

Siguen palabras nuevas

Fiel a su costumbre de ir anticipando voces de las que, en sucesivas ediciones, pasarán al Diccionario general, la Real Academia Española ha hecho públicas algunas de sus decisiones en ese sentido. Las palabras que a continuación vienen consideradas responden a tareas del mes de octubre de 1971. Es decir, podrán presentar un certificado de nacimiento, una fe de vida o carta de trabajo, según los gustos. Por lo pronto, estas enmiendas y adiciones quedarán un período (que quizá resulta algo largo: lo que tarde en aparecer una nueva edición del Diccionario) en una especie de limbo, flotando en el aire, quién sabe si algo molestas al notar que algún curioso va a buscarlas en el Diccionario actual y no las encuentra... De todos modos, no les cae mal a las palabrejas un tiempo de aprendizaje, de prueba diríamos, ya que sería ése que van a estar sometidas a una forzada humildad. Reconozcamos que es medicina, la humildad, que no puede sentar mal a nadie.

He aquí algunos ejemplos de voces pertenecientes a esta lista de octubre de 1971.

Banal no estaba en nuestro diccionario. Y ya llevaba bastante tiempo en funcionamiento. Banal es un galicismo. En francés es palabra de buena prosapia, que, por diversos caminos, vino a significar «comunal, que está a la disposición de todos». Así aparece por ejemplo en Fromentin (Dominique, II, de 1863):... «Quelques prairies banales ou les plus gênés (les pauvres) menaient pacager leurs vaches». De ahí pasa fácilmente a valer por lo común, lo vulgar, lo general, lo desprovisto de personalidad. Con ese valor entra en la literatura española con -39- los modernistas. Todo español dice una vez y otra el verso famoso de Sonatina

0 Parlanchina, la dueña dice cosas banales...

Banal equivalente pues a trivial, anodino, insustancial. Para entendernos: algo al borde de la simpleza. Lo cual no autoriza a que nos entreguemos entusiásticamente a decir banalidades, palabra que, también desde ahora, figurará en el Diccionario. Corremos el peligro de que alguien diga, poco cortésmente, que no pasan de ser tonterías... Y a propósito: banalidades ya aparecía censurada por R. M. Baralt, en su Diccionario de galicismos (1855). Recomendaba que se dijera generalidad, perogrullada, etc. A pesar de su brillo literario, me temo que, dada la enorme abundancia de sinónimos coloquiales, le espere siempre a banal, banalidad un hueco impreso, y solamente de vez en cuando aparezcan en el habla.

En la nueva medicina, va siendo raro el humano que no tiene que ver con un cirujano. Ya a nadie se le oculta qué es un cirujano y qué límites tiene el ejercicio de su profesión. Pero todos hemos repetido, casi secularmente, que Miguel de Cervantes era hijo de un cirujano romancista. Y lo decíamos mecánicamente, sin saber muy bien hacia dónde apuntaba ese calificativo. Que no era muy lucida su interpretación aún nos lo acusa este ejemplo de José María de Paredes, en De tal palo: «Le mató la asistencia de cierto romancista que pretende curarlo todo con zaragatona». Desde ahora romancista estará muy claro en el diccionario. Un poco tarde, ¿no? Sin embargo, nunca es tarde si la dicha es buena. Y un cirujano romancista, por obra y gracia del hijo de uno de ellos, tiene perfecto derecho a figurar en el Diccionario: «Decíase del cirujano que no sabía latín». En una época en que el latín suponía la máxima distinción y prestigio, un romancista era algo perteneciente a una variante de segunda división. Y, sin embargo... Bueno, ahí queda. Ya los niños futuros, que tendrán que seguir recitando la vida -40- de Cervantes, no preguntarán por la profesión del padre (los últimos manuales, cortando por lo sano, decían que Rodrigo era, sin más, cirujano, lo que despertaría probables sueños en la cabeza infantil, sueños de fama, de dinero, de consideración social...). La definición que el Diccionario traía: «Decíase del que no sabía latín», no era muy buena. Se deducía de ella que cualquier persona que no supiese latín podía ser llamada cirujano romancista. No, no era eso. En lo sucesivo estará más claro, mucho más. Pero aún se me ocurre una pequeña duda. Nuestros cirujanos, ésos que

despiertan en la cabeza de los principiantes resonancias de fama, prestigio, aureola de grandes premios y ecos taumatúrgicos, éstos, ¿saben latín? ¿No tendremos que añadir dentro de poco una definición más a romancista? Mejor no pensarlo.

La vida actual, como venimos destacando de continuo, nos ha puesto en circulación una serie de palabras que obedecen al predicamento del dinero, de la banca, de la sociedad capitalista. Cheque es una de ellas. Entre nosotros, aún hay un cierto recelo a los cheques, a diferencia de otros países donde todo el mundo cobra por cheques y paga por el mismo procedimiento por pequeñas que sean las cantidades. Nosotros seguimos pensando que el cheque es reflejo vivísimo de la situación capitalista, y que solamente para cantidades respetables debe llenarse uno. A pesar de lo cual, los cheques van multiplicando sus cualidades y atributos: al portador, al titular... Y cruzados. Estos últimos son de distinta manera según los países, las costumbres, etc. Pues bien, los cheques cruzados va a «cruzar» ahora la barrera del Diccionario y figurarán también, ampliada su definición, en la próxima salida: «Aquél en cuyo anverso se indica, entre dos líneas diagonales paralelas, el nombre del banquero o sociedad por medio de los cuales ha de hacerse efectivo. En algunos países, bastan, en ciertos casos, las dos líneas diagonales paralelas, sin otra indicación».

Nuestros pobrecitos niños, acostumbrados a la felicidad nacional, debían de sufrir de una manera angustiada con -41- sus deberes. Yo pienso que el sufrimiento más bien era de los padres, que, heroicamente, se ven obligados a repetir, paso a paso, los escalones de su educación, las primeras letras, el catecismo luego, y el álgebra endiablada, y la química aquella de las cadenas y las valencias, qué demonios, tener que volver a aprender todo eso, y a repetir las clasificaciones botánicas. Hombre, eso de que al volver del teatro, o de comer con don fulano, jefe de tal y cual negociado, y que el dichoso niño esté con que si la regla de tres, los complementos predicativos, este lamelibranquio que no me sale... Hasta ahí podíamos llegar. Es que no hay derecho. Seguramente un clamor paternalísimo ha acabado con los deberes en casa. Nuestra sociedad no quiere complicaciones, necesita todo su tiempo para vivir, no para compartir las tareas de los niños, de los repajoleros niños. Que se larguen a la piscina, al campamento, a la porra, pero que no vengan con problemitas. (Quiero decir problemas problemas, de éstos de electricidad y todo.) Además, que las mamás no pueden retratarse con el ceño fruncido, chupeteando la punta del lápiz a ver si así se consigue resolver algo. Total, que se acabaron los deberes. Y con ellos, quizá horas de recogimiento en la camilla, vuelta a la infancia bajo el círculo cómplice de la lámpara, los mapas, las ecuaciones, composiciones más o menos poéticas, la incipiente colección de minerales o de mariposas, desterrado todo al rincón de lo inservible, a la leonera cerrada e intocable. Los deberes han dado muchos quebraderos de cabeza. Y, sin embargo, no figuraban en el Diccionario. Quizá los pedagogos, ahora tan en candelero, nos pudieran decir cuándo ha comenzado a circular esa voz en el campo de la enseñanza, y de dónde ha venido, con qué escuela se ha generalizado. La nueva redacción, que conoce el horror de los españoles al trabajo en casa, o fuera de las horas sacramentales, definirá así: «Ejercicios que, como complemento de lo aprendido en clase, se encargan, para hacerlos fuera de ella, al alumno de los primeros años de enseñanza». Es indudable que este deber también nos ha -42- venido de fuera. «Ce fut sans émotion, et comme mettant la dernière ligne à un ennuyeux devoir de classe, que je traçai sur l'enveloppe le nom», leo en Proust. Buen complemento de estos deberes escolares será el ejercicio que llena la vida estudiantil: ejercicio de traducción, de análisis, de comentario, de tal o cual cosa. No llega a la

trascendencia de examen, aunque algunas veces pueda confundirse con él, pero se emplea constantemente. Y ahí la tenemos, un poco rezagada también, pero boyante, felicísima. «Ejercicio: Trabajo práctico que en el aprendizaje de ciertas disciplinas sirve de complemento a la enseñanza teórica».

Y ya que vamos de niños, más o menos crecidos, se me olvidó, cuando unos renglones más atrás les mandaba a unos cuantos sitios, se me olvidó, digo, hacer con ellos lo más prudente: guardarlos. Van surgiendo por todas partes, ya en instituciones públicas, ya privadas (especialmente en sitios donde trabajan las madres) las guarderías infantiles: «Lugar o servicio donde se cuida y atiende a los niños de corta edad». Ya podremos dejar tranquilos a los peques en la guardería, sin necesidad de pensar recelosamente que les van a hacer algo malísimo allí dentro, lejos de su madre de su alma, etc. Si hasta el Diccionario se entera de que existen esas plácidas habitaciones, con jardín, cachivaches múltiples para la curiosidad primeriza, y dulces, dulcísimas caricias y buena sopa... Una delicia, vamos, un paraíso cerrado a los mayores, gente seria y sin sentido de la inocencia...

Hace ya muchos años que los españoles hablamos de moralina con un gesto cómplice, desencantado, con esa facilidad nuestra para encogernos de hombros ante problemas gravísimos, o para disculpar de antemano lo que no suele tener disculpa. Moralina ha sido empleada muchas veces como «falsa moralidad, semimoralidad». Parece que tiene antecedentes en el pensamiento de Nietzsche, y de ahí que los hombres del 98 la pusieran en circulación. Hoy está al alcance de cualquiera. Ha pasado el mar, y la encuentro en una novela de Eduardo Mallea, -43- La bahía de silencio. «Le importaba un bledo la moralina». «¿Qué quieren ustedes? Lo más triste de Londres no es la niebla, sino la moralina», dice Julio Camba en Aventuras de una peseta. Tarde, muy tarde llega al Diccionario. Repito la apostilla de hace unos instantes: si la dicha es buena... Y es evidente que lo es, que es buena, aunque ya no sea tan bueno que siga en circulación la evidente moralina, la falaz circunstancia que el alcaide resucita en el habla. (La gente joven tiene mucho menos de eso, la verdad, aunque vayan teniendo otros varios -inas). En fin, ya no habrá dudas. Moralina (a imitación de nicotina, morfina, cocaína, etc.) será un sustantivo normal, femenino y autorizado: «Moralidad inoportuna, superficial o falsa».

Todos los días (esos fines de semana, ¡Señor!) los periódicos nos abruman con las cifras del turismo y de los accidentes. En contra de lo que se le puede ocurrir a un mal pensado (¡pero, hombre, no hace falta serlo tanto!) esas cifras suelen ser verdad, aunque ya no estemos tan seguros de las consecuencias que de ellas se sacan. Sí, nos invaden por las fronteras gentes y gentes, vestidas de mil modos. De algunos, la verdad, no se adivina muy bien en qué parte del trajecillo breve llevarán escondidas las divisas que los periódicos nos lanzan también a la cara, con muchos ceros a la derecha, porque, vamos, ¿eh?, que ni bolsillos... Esas gentes suelen buscar dónde dormir, que también los turistas comen y duermen, y, a veces, hasta pagan esas minucias tan triviales. Y en el hotel suele haber una persona, ésa sí que repleta de ropa por mucho calor que haga, corbatísimo señor, pantalón a rayas, finolencias en cuatro o cinco idiomas, que hace sus quinielas a ratos perdidos y se sabe de carrerilla, el horario de los ferrocarriles y de los diferentes cultos... Este señor es el recepcionista. La palabreja es algo feúcha, me parece, pero yo no la he inventado. Y debe de tener ya consagración oficial en los medios laborales, y, hay que reconocerlo, queda muchísimo mejor que si dijéramos: «El tío ese del mostrador», o cosa parecida. -44- No,

además, suelen ser simpáticos, enterados de su quehacer y sufriditos con el cliente ceporro que siempre, vaya usted a saber por qué, encuentra todo mal, requetemal, que si el agua caliente, que si la ropa, que si las conferencias telefónicas, que si los kilómetros que han puesto hasta su pueblo... Todo, como se ve, cosas que no suelen tener mucho que ver con el recepcionista. Pues el recepcionista (que está en su sitio de trabajo, es decir, en recepción) figurará en el Diccionario, como hasta ahora, y con iguales o parecidos fundamentos, estaban mayordomo, conserje, encargado, etc.: «Persona encargada de atender al público en una oficina de recepción». Y recepción: «En hoteles, congresos, etc., dependencia u oficina donde se inscriben los nuevos huéspedes, los congresistas que llegan, etc.». Está patente que las relaciones públicas y el vaivén continuado de la gente viajera producen alteraciones en el Diccionario.

A prisita y para disimular, diré que revancha «desquite», tan abundante en el deporte y en otras competiciones y peleas, no estaba en el repertorio máximo de la lengua. Claro que esto de estar o no estar es de un elástico muy notorio. Siempre es mucho más lo que no está, pero revancha... ¡Si era muy vieja, si todos los españoles sueñan con ella alguna vez al día, vamos, con tomársela!... Pues ahora va a estar: «Del francés revanche: f. Desquite». Se ha venido usando todo el siglo XIX. Ya aparece en La Gaviota, de Fernán Caballero, novela de 1849: «Tiene usted... que tomarse la revancha». La usaron José Joaquín de Mora, Ventura de la Vega, Rodríguez Rubí, Gamero... Hoy la empleamos todos. Para aquellos que crean que no ha tenido prestigio literario, esta cita del Tenorio de Zorrilla podrá calmarles la duda: «... a jugar/vamos ahora el corazón. / ¿Le arriesgáis, pues, en revancha / de doña Ana de Pantoja?».

Hay quien tiene que hacer grandes esfuerzos para convencerse de lo bueno que resulta rectificar. A tiempo, e incluso un poco tarde. La rectificación revela amplitud de criterio, humildad, auto-observación... Cualidades que -45- no son muy usuales en una sociedad triunfalista, donde cada disparate se remedia premiando al dispartante. El Diccionario, más sosegado, se corrige ininterrumpidamente. Como viene del siglo XVIII, esas correcciones se imponen a veces por el simple decurso de las costumbres, las apetencias, los intereses, los inventos, los saltos de la vida pública, de las modas, de la economía... Del desarrollo en general. Pero yo quiero destacar cómo se cambia también en esos detallitos que revelan una mirada atenta y honda; detalles que no suelen tomarse en cuenta, y se consideran algo natural. Y no son tan naturales: hay que buscarlos, pasar una vez y otra la mirada sobre el diccionario, olvidándonos de nuestro hablar hasta pescar la errata, el quiebro anticuado, la exigencia de un matiz nuevo. Por ejemplo: peraltar es voz muy usada entre nosotros. Todos echamos la culpa al peralte de una curva cuando se sale el utilitario de la carretera, cosa que suele ocurrir (ya ahora recuerdo que hablé atrás de los accidentes) con más frecuencia de la debida, porque al conductor, hartísimo de oír las quejas familiares que le zumban al lado, o, porque, saturado de merluza a la vasca o de pimientos rellenos, se le antoja que el mundo es suyo, incluido el árbol lateral o el barranco agreste, tan bonito desde arriba y tan poco acogedor al precipitarse por él. Dios mío, con los líos que se arman luego en el seguro, que si llevaba diez personas más, que si a mí el alcohol no me lo mide nadie, etc. Heroísmo hispánico, qué le vamos a hacer. Pues ese peralte, que los niños del coche buscan sin acabar de encontrar cuando el papá, para justificar su impericia, acusa al Ministerio de Obras Públicas de no saber peraltar nada y, entonces, los familiares que van, desafiantes, domingo arriba, dispuestos a incendiar cualquier pinarillo latoso y a llenar de plásticos vacíos el

manantial aquel de allí, donde aquella vez..., y, hijo, sé prudente, que mañana tengo que ir a la modista... Entonces, digo, los de dentro, desafiantes, agresivos, buscan el peralte como si se tratase de un guardia civil mal encarado, o de un autoestopista -46- a medio peinar. Y, claro, qué va a aparecer. Pues ese peraltar ya estaba en el Diccionario, donde decía: «Levantar el carril exterior en las curvas de los ferrocarriles». Como quiera que por lo general no hace falta una curva para que un tren se estampe contra otro que viene de frente, el Diccionario muy comprensivo, amplía la definición. Hay que ayudar a los automovilistas en las campañas de prudencia. En lo sucesivo, dirá: «Téc. En las carreteras, ferrocarriles, etc., levantar la parte exterior de una curva». La apostilla de «tecnicismo» viste de una súbita elegancia a la mesocracia dominguera que llena los caminos. Es como si, tras un largo consejo de familia, se acordase ponerle al cuatroele o al sincamil una calcamonia más, un adorno más, a fin de hacer más llevadero el tortazo.

De todo esto vemos que ese cambio que se percibe en nuestro vivir, en la cara más externa de nuestras ciudades, también se perfila en el Diccionario. Todo tiene que ir armónicamente. Espigando en las enmiendas, he aquí una que es muy sintomática. Los periódicos andan a cada paso con la historia de las mujeres y su promoción, y que si hay mujeres que son esto y lo otro, y que si discriminaciones o no, y que si fue y que si vino. A veces se ha acusado a la Academia de discriminatoria, de ser enemiga de mujeres en su recinto. Pues en la lista de voces que hoy comentamos, encontramos una prueba de la falacidad de esas afirmaciones. En el Diccionario, y ya hace mucho tiempo, venía huelguista: «m. El que toma parte en una huelga de los trabajadores». Llevaban razón las mujeres. El Diccionario las ignoraba o poco menos. En lo sucesivo, desaparecerá esa m. de masculino y vendrá com. Es decir, que también las mujeres podrán declararse en huelga, no faltaba más. De todos modos, con cautela, ¿eh?, hasta ahí podíamos llegar. Y nada de echarle la culpa a la Real Academia Española del próximo movimiento revolucionario -si es que se deciden a plantearlo-.

-47-

Los olvidos del Diccionario aparentemente son graves por el uso, entre determinados especialistas, de voces que han sido recogidas por el habla general media. Los tecnicismos siempre estarán en esa cuerda floja, de difícil equilibrio. La dificultad estribará siempre en ver con diafanidad qué tecnicismos pasan a la lengua y cuáles se quedan en la conversación críptica de los iniciados. El especialista suele a veces molestarse si una persona de las que él considera lejanas a su oficio se permite emplear algún palabrejo de su quehacer. Lo considera una invasión. Lo que no le impide que después, en una sobremesa de esas aburridísimas y superpedantonas, acuse al Diccionario de no traer esa palabra (o palabron). (El palabron, suele ser, de propina, una trivialidad que cualquier estudiante aprovechadillo de finales de bachillerato puede descifrar: es lo más corriente). Un ejemplo muy suave: la Academia acaba de aceptar, para remediar un olvido, tenebrismo y tenebrista, aludiendo a ciertas tendencias pictóricas. Hasta hace unos años, eran palabras usuales en el léxico de los estudiosos de Historia del Arte, y se manejaban sin dificultad ni vacilación en ese ámbito. Ahora, quizá debido a la furia turística, que llena museos entre bocadillo y bocadillo y pone ante los cuadros tenebristas a una multitud fatigada y sudorosa, y lleva a los folletos la palabrita en cuestión, se ha generalizado y la propaganda es capaz de ofrecer como aliciente a sus planes y calmante de sus precios la visita de tales y tales cuadros tenebristas. Mucho

me temo que a esos viajeros el tenebrismo, mal dosificado, les cause algún malestar, una leve desazón. Tinieblas..., y en España. En fin...

Como vemos, repito, el Diccionario se va modernizando. Día tras día, y sin descanso. ¿Que queremos mercado común? Pues se incluyen cítrico, «planta que produce agrios, como el limonero y naranjo», citrícola (del latín citrus y colere, cultivar), citricultura... ¿Que diga algo más serio, para terminar? Pues allá va: el próximo Diccionario traerá = cida, elemento compositivo (de = cida, -48- de caedere matar) que, pospuesto a otro, entra en la formación de palabras españolas, con idea de matador o exterminador: fraticida, insecticida, ovicida, hormiguicida. Hombre, que si es serio el vocablo, si hasta viste de luto, no hay más que verle. Ahora ya, aunque no venga en el diccionario, el hablante podrá usar impunemente palabras como... Bueno, que diga las que quiera, pero, por favor, que no las practique sin ton ni son. Nos pueden llamar cargantes, adjetivo que (¡Dios mío, que no es vicio ni nada! y que no hay, que digamos) figurará también en la próxima edición: «Que carga, molesta, incomoda o cansa por su insistencia o modo de ser». Después de esto, lo mejor, sin duda, es poner punto final.

Voces recién estrenadas

Incansablemente, con la lentitud de los pasos ciertos, sigue la Academia poniéndole al Diccionario un acorde de adiciones, enmiendas, supresiones... He aquí otra lista más, como ya se nos va haciendo costumbre. Corresponde a la tarea llevada a término en el mes de noviembre de 1971. No son todas, repito. Entresaco solamente aquéllas que pueden, por una u otra razón, llamar más poderosamente la atención de un hombre de la calle, de ese hombre anónimo y preocupado, siempre dispuesto a arreglar el mundo (o, por lo menos, aquella parte del mundo que le caiga más a mano). Veamos alguna de esas palabras.

Llevamos ya algún tiempo entregados al reclamo sobrevalorador de las artesanías. Vemos en tiendas lujosas, de cuando en cuando, unos cacharros de cerámica popular, verdaderamente encantadores. Es frecuente tropezarse con uno que es un lebrillo o barreño de barro vidriado, que, en el borde, lleva unas pequeñas plataformas o ensanchamientos a manera de plato, sobre los que descansan unas jarritas. Suelen ser de color ocre claro, con adornos geométricos amarillos (a veces, florales). -49- Adornos muy abundantes en la cerámica popular española: así se ven (del color, quiero decir) cacharros de Alba de Tormes, de Úbeda, de Cuerva, de Consuegra. Otras veces, las más raras y, sin embargo, las que el turismo, gran destructor de las artesanías tradicionales, está poniendo de moda, son de un subido color, rojizo, con visos morados, con adorno de uvas en relieve en el costado, y alguna que otra inscripción llamativa y falaz. No sé cómo llamarán a estos venerables barros en los opulentos mercados y en las tiendas lujosas de decoración y caprichos, pero mucho me temo que sean muy pocos los que sepan que eso es una cuervera, y que el lugar de nacimiento de los más de ellos (de los más representativos por lo menos: ahora veo que hay multitud de cacharros parecidos, con variaciones más o menos estilizadas, que deben

de ser fabricados en cualquier lugar) está en Chinchilla, la bella ciudad que se encarama por un cerro en la orilla sureste de La Mancha, a pocos kilómetros de Albacete. En la travesía moderna de la carretera, un desvío al pie de la colina militar que sustenta la ciudad, aparecen, en el borde, destellando al sol, al pie del castillo, las cuerveras brillantes, alineadas en formación. Allí mismo las venden los alfareros locales. Y ese cacharro gracioso, evocador de la comida pastoril de los llanos, donde todo el mundo come o bebe del mismo recipiente, se llama cuervera porque en él se hace y bebe luego la cuerva, bebida típica de las tierras manchegas. La cuerva se hace con vino, agua, canela, trocitos de fruta... Lo más parecido a la sangría, nombre que, a pesar de figurar en el repertorio máximo de la lengua desde principios del siglo XIX, se ha ido generalizando desde hace unos años tan sólo, y eso debido al fomento que le han dado los viajes innumerables y el turismo arrollador. (La sangría lleva hielo, claro. Imposible pensar en el hielo, algo muy moderno, ya lo creo, en los campos manchegos, sobre todo hasta hace muy pocos años. Todo lo más, refrescar los ingredientes bajándolos al aljibe, lo que daba un excelente resultado). Pues bien, cuerva y -50- cuervera, cosas ya viejas y abundantes en el catálogo de las bebidas populares, no figuraban en el Diccionario. Ya tienen sitio con pleno derecho.

Otra palabra nueva es encuestar. El Diccionario recogía ya encuesta, «averiguación o pesquisa» (del latín vulgar *inquaesita* por *inquisita*, «busca»). Se añade ahora el verbo: «tr. Someter a encuesta un asunto. //: Interrogar a alguien para una encuesta. //3: intr. Hacer encuestas». Así se llena totalmente un hueco que el uso había ido haciendo, por su frecuencia, muy profundo. Especialmente entre dialectólogos, que se pasan la vida haciendo encuestas en el campo, a caza de voces y usos ya casi extintos, el verbo tenía una alocada urgencia por hacerse respetar. Así perderán ese sentimiento de culpa que proporcionaba estar haciendo algo que la Academia no reconocía, vaya por Dios, también era cosa. En lo sucesivo, sin duda alguna, serán más tranquilas y fructíferas sus expediciones.

Y ya que estoy hablando de dialectólogos (y lo hago por aquello de la vecindad personal con el oficio), judeoespañol hace tiempo que se viene usando en el campo de los estudios dialectales y literarios. Y, sin embargo, no estaba en el gran corpus de la lengua. Estará, desde ahora y con todos los honores. Ya todo el mundo podrá encontrar en el Diccionario la aclaración oportuna: «Judeoespañol, -la, o judeo-español, -la, adj. Perteneciente o relativo al dialecto judeo-español, o a las comunidades sefardíes que lo hablan. //2. m. Dialecto español hablado con variedades regionales, por los sefardíes, principalmente en los Balcanes, Asia Menor y Norte de África; conserva muchos rasgos del castellano anterior al siglo XVI». Judeoespañol entra en 1971 en el Diccionario y estaba en uso, y con grandes monografías que se ocupaban de él, desde que la Dialectología española comenzó a dar señales de vida. Claro que antes se hablaba de sefardíes, habla sefardí, etc.

Como siempre, los nuevos usos se nos destacan vivamente en todas las listas de novedades académicas. Estamento, -51- «estrato de una sociedad» definido por un común estilo de vida o análoga función social. Estamento nobiliario, intelectual, etc., y estamental, el adjetivo adecuado, se han generalizado mucho en la nueva Sociología. Al aceptar estos valores, el Diccionario relega a una zona de arcaísmo, o de historia añeja por lo menos, los valores que se registraban, correspondientes al uso antiguo de la Corona de Aragón o a los cuerpos colegisladores establecidos en el siglo XIX por Estatutos o Constituciones. A

caballo entre la ortodoxia positivista y los nuevos usos se mueve estrato, «capa o nivel dentro de una sociedad». Así lo leemos en Julián Marías: «... dentro de la lengua hablada, la vigencia está con frecuencia restringida a un estrato de la sociedad; a veces a una clase; otras a un grupo de edad...» (Discurso recepción Academia Española). «En la concreción del hecho lingüístico convergen distintos estratos de realidad, que importa distinguir...» (Ibidem). Se ve que la voz, de vieja inspiración geológica, ha hecho fortuna y ensancha su contenido.

Algunas de las nuevas acepciones han dado mucho que hablar antes de ser decididamente aceptadas. La ortodoxia obligaba a desecharlas, pero el uso, el sagrado uso... No hay que olvidar que la Real Academia Española muy raramente hace de sargento ordenancista, sino que se limita a atestiguar que las cosas «son así», o «han sido así». Si preguntamos a la mayor parte de los hispanohablantes qué es una jaca, solamente los entendidos en caballos, peritos por curiosidad, deporte o milicia, sabrán decir que jaca es «caballo de cierta alzada». Unos pocos más, muy pocos, quizá piensen en «caballo de montura», -52- es decir, no de tiro. Y la mayoría, esclava ya de la desaparición del prestigio del caballo en la vida cotidiana, nos dirá que una jaca es, sin más, «una yegua». Le añadirá garbo, juventud, pensará en los ágiles animales del rejoneo... Lo que se quiera, pero la condición femenina sobrenadará. La gente, qué le vamos a hacer, ya no entiende de caballos. La vieja sabiduría necesaria antiguamente para moverse por el mundo ha sido sustituida por los caballos = impuesto del automóvil, como antes lo fue por los de la locomotora. El valor «yegua, hembra del caballo» figurará desde ahora en el Diccionario. Ese valor faltaba, y en contra de las protestas de exactitud que el entendido pueda alegar, debía haberse incluido hace tiempo. Ya Cervantes (¡nada menos!) pensaba de las jacas así, y lo demostró en el Quijote: «Sucedió, pues, que a Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño...». Bueno, lo que sigue, ya lo recuerda el lector. Las jacas tenían más ganas de comer que de andarse con sentimentalismos, y le recibieron, desagradecidas ellas, a bocados y coces. «Pero lo que él debió más de sentir fue que, viendo los harrieros la fuerza que a sus yeguas se les hacía...» (I, 15). ¿Queda alguna duda? Los duchos en caballería pueden seguir protestando. Pero lo cierto es que para Cervantes, las jacas eran «yeguas», sin vacilación alguna, y es vano decir que se equivocó. Saquemos algo en limpio del libro inagotable, siquiera sea un articulejo nuevo para el Diccionario. Pienso que ya andaba por entonces, flotante en el aire de las conversaciones, el inevitable femenino que la forma de la voz despierta en el hablante.

Pero volvamos a esos nuevos hábitos sociales, «usos nuevos», para no llamarlos de otra manera. Nos encontraremos en la lista de hoy dos ejemplos exquisitos: marginar y motel. Desarrollo material y actitudes políticas o morales. Una voz muy frecuente en nuestro tiempo -y generalmente por desgracia- es marginar. Son muchas -53- las gentes que, aquí y allá, están marginadas. Individualmente o en grupos hay gentes que pagan, arrinconadas, tenazmente sometidas a un olvido o a una larga humillación, supuestos pecados propios o de sus antepasados. En estos momentos en que las doctrinas políticas suelen tener un excesivo miedo a los oponentes, ilusorios o reales, el marginar a los grupos parece que se practica incluso con febril entusiasmo (ojo, no hablo de eficacias, sino de torcidas voluntades...). Pues eso va a entrar en el Diccionario. Ya figuraba con algunos valores: Decía: «tr. Poner acotaciones o apostillas al margen de un texto. //2. Hacer o dejar

márgenes en el papel u otra materia en que se escribe o imprime. //3. fig. Dejar al margen a una persona, preterirla, prescindir o hacer caso omiso de ella». En lo sucesivo, las dos primeras seguirán igual. El resto se altera y añade: «3. fig. Dejar al margen un asunto o cuestión, no entrar en su examen al tratar de otros. //14. fig. Preterir a alguien, ponerlo o dejarlo al margen de alguna actividad, prescindir o hacer caso omiso de alguien. //5. fig. Poner o dejar a una persona o grupo en condiciones sociales de inferioridad». Esperemos que, en un par de ediciones, sea menester colocar a estas acepciones nuevas, hoy tan en candelero, la connotación de arcaísmo. ¿Se logrará?

Y siguiendo por ese camino de lo recién estrenado, recapitemos sobre motel. Motel está también «al margen». Al margen de la carretera. La palabra no es muy bonita, qué va a serlo, pero, en fin, ahí está y ya no tiene remedio. Nos la ha traído la mecánica, el turismo, -54- el ir y venir de gentes intranquilas, deseosas de marcharse en seguida, huidizas... Motel (del inglés motel, de motorist's hotel), esa construcción alegre, lejos de las ciudades, que brinda un reposo transitorio en el largo viaje, y que, forzosamente, ha de tener garaje, ya está incorporada a la vida y, por lo tanto a la lengua. No nos escandalicemos: por razones parecidas entró hace siglos mesón. «¡Mesón de los caminos y posada / de Esquivias, Salas, Almazán, Olmedo!», leemos hoy estremecidamente. ¿Ocurrirá lo mismo con motel? Todo se andará. Bastará con una voz así, delgada y temblorosa, y asunto terminado. Y será ella, inexcusablemente, insustituiblemente ella... ¿Podíamos llamar a estas construcciones, con frecuencia opulentas, posada, parador, venta, mesón, albergue...? Todos notamos un matiz, un regusto especial ante estas viejas palabras, un borde que aún no nos atrevemos a colocarle a motel. Sí, tiene algo de eso, pero es otra cosa. El garaje manda. Motel ya es nuestra.

Por si no fuera suficiente con motel, he aquí otra palabreja que ha ensanchado su contenido a expensas del léxico vivaz de ahora: el de los deportes: cubrir. Los gritos de los niños que se cubren en el solar próximo, o en la misma calzada, la delirante facundia del locutor de radio que explica al viento un partido, los periódicos que leen infinitos jóvenes en el aire viciado del metro, todos ya podrán utilizar gozosamente el verbo cubrir: el Diccionario añadirá un nuevo valor a los ya consagrados, tan numerosos: «En algunos deportes, marcar o vigilar de cerca a un jugador del bando contrario».

Vamos viendo, en consecuencia, varias palabras nuevas, -55- en muy diferentes provincias del idioma: el turismo, la sociología, la conversación ordinaria, los deportes, la equitación... Me falta por señalar aún otra que ha sido muy debatida. En las reuniones sociales, más o menos útiles o frívolas, la copa de cierta hora ha impuesto, desde hace algún tiempo, el whisky o el whiskecito, o el whisquito, o... el güisqui. La conversación va ensanchándose en cordialidad, familiaridad, expresividad... Y en güisquitos y güisquelitos. Un plano inclinado que no deja de tener sus peligros. Se trata de una voz inglesa, el nombre de esa bebida, whisky, que pronunciada a la española, suena güisqui. Y así se admite. Es cierto que, como se trata de una bebida, digamos, empingorotada, hay mucha gente que se resiste a esa pronunciación y se aferra a su sapiencia de etiquetas, empeñándose en mantener la pronunciación de la palabra escrita, y sigue diciendo whisky (o cosa parecida, claro). La letra impresa, en este caso, desempeña un importante papel. Pero la gente dice güisqui, con excelente sentido lingüístico, la gente que no tiene por qué saber hacia qué mano caen las Islas Británicas. La gente que tampoco se preocupa de dilucidar si el güisqui

es compatible con el té, otro de los mitos británicos en la conciencia popular española. La Academia pondrá whisky, a la inglesa, con su horrenda ortografía, pero remitiendo a güisqui, de excelente equivalencia fonética (donde vendrá explicada). Ya hace mucho tiempo que tal grafía, que, repito, responde muy de cerca a la pronunciación, existe por todo el mundo hispánico. Oponerse ahora al güisqui, como he visto en conversaciones de saloncillos o en bromas de algún periódico, no me parece sensato. Hay que someter a las normas del idioma todo lo que no sea patrimonial, y nada mejor, como en este caso, que el resultado del tacto fonético de la mayoría.

-56-

Queda por señalar, en la lista que nos ocupa, el apartado de las correcciones, de las enmiendas a los errores, leves unas veces, mayores otras. O el de los pulimentos aquí y allá. Dentro de este capítulo hay que recordar lo que se refiere a español (lengua, idioma), donde una leve precisión aclarará la situación en Filipinas. Ladino se amplía para aludir al judeoespañol y sus variedades: he ahí un olvido de gran calibre. Se arreglan por igual botar, bufar, morder y reventar en un común valor: el que reflejan las expresiones está que bota, está que bufa, está que muerde, estoy que reviento. Estas expresiones de la lengua coloquial, aunque sean de vida fugaz, deben ser recordadas y registradas, ya que, después, solamente el Diccionario podrá ser testimonio de su uso, y será la guía inexcusable para interpretar textos donde salgan, que serán muchos, dada la riquísima corriente contemporánea de utilizar la conversación espontánea y fluyente.

Y para terminar hoy, citaré una especie de espaldarazo que el Diccionario oficial va a dar al humor negro, tan típico de nuestros chistes, hábitos (o disimulo de nuestro auténtico pavor). En la próxima edición figurará necro- (del griego necrós, «muerto») como «elemento compositivo que se antepone en algunas palabras para relacionarlas con la idea de la muerte». Así se incluirán, o podrán incluirse, necrofilia, necrófilo, necrolatría... El avisgado hablante podrá dedicarse a hacer composiciones con necro-, «muerto», en los ratitos desocupados. Pero, ojito, háganse bien, no sea que el muerto acabe gozando de buena salud. Y entonces...

Otra lista de novedades

Durante mucho tiempo leímos en un periódico madrileño La academia trabaja. Allí nos encontrábamos casi -57- al día una información sobre la marcha de las tareas léxicas de la Real Academia Española. En parte y sin pretender ni anular ni sustituir aquella, estas líneas vienen a dar testimonio de lo mismo: La Academia sigue en el tajo, empeñosa, dando a cada día su afán. Voy a entresacar a continuación algunas palabrejitas de las estudiadas durante el mes de febrero de 1972, y a las que la Corporación dio el espaldarazo. Como siempre, nos encontramos ahí voces de muy diferente signo: unas son nuevas, traídas por vez primera al Diccionario; otras son acepciones nuevas, balbucientes aún y apoyadas en voces viejas, a veces ya de siempre en el patrimonio idiomático. Otras son americanas,

traídas por encima del mar, con sus ecos de vida diferente. Finalmente, abundan las correcciones, el pulimento, esos deslices que tanto hacen sonreír a los que leen diccionarios (óigame, también es humor, eh, con la cantidad de cosas llamativas que hay por ahí, por el mundo adelante), y los leen con lupa, a ver qué gazapo se le ha escapado al lexicólogo de turno...

Comencemos esta vez por lo americano. Aunque parezca extraño, la voz mate, evocadora de la famosa costumbre pampeana de tomar la infusión de esa planta, no estaba lo suficientemente clara en el repertorio oficial. Estaba, sí, hasta con cierta amplitud, pero no reflejaba, ni con mucho, la variedad y riqueza con que la infusión funciona en los medios rioplatenses. Le ha llegado la hora de ser puesta al día. Esta vez, la tarea de la Comisión permanente de la Asociación de Academias ha traído al Diccionario una amplia, a la vez que precisa, visión de cuantas variedades de mate pueden existir. Es muy posible que haya más, repartidas por la anchura del campo argentino o uruguayo, que grande es la geografía de esa costumbre, pero, por lo menos, ya no se encontrarán lagunas graves. ¿Cuántos hispanohablantes sabían que se puede hablar de mate sin que, en realidad de verdad, sea «mate» lo que se está tomando? La abundancia de la bebida ha hecho que se extienda su voz a otros contenidos, y así se llama mate a otras infusiones o tisanas, -58- hechas con hierbas medicinales: mate de cedrón, mate de menta, mate de poleo... Eso sí, deben tomarse, para llamarse así, con la tradicional bombilla, y hasta es probable que se exija la sosegada parsimonia con que se toma en la pampa semejante bebida, una especie de reposo ancho y húmedo, como el paisaje. Todos evocamos así la vieja casa de los abuelos, donde en paquetitos menudos, cuidadosamente envueltos y sujetos con cintas de colores, se escondían, en el arca de los tesoros, las hierbas milagrosas, el cantueso, la yerbaluisa, el orégano, la salvia, la mejorana... Un desfile de prodigios que estaban dispuestos a hacer nuestra felicidad. Por allá abajo, en las lejanas tierras australes, el mate ha venido a unificarlas, igual que la variedad vegetal de la llanura se ha convertido en pasto, sin más, anonadada por el infinito horizonte. Aparte de seguir en el Diccionario los viejos valores («planta», «calabacita», «infusión», «vasija»... incluso «cabeza humana», igual que nuestro muy acreditado melón), sabremos ahora qué es un mate amargo, o simplemente, un amargo («que se ceba sin azúcar») y al que también se llama cimarrón. Nos enteraremos del matiz, tan cuidado por los argentinos, que convierte el mate en cocido, que es el que solemos tomar los que no tenemos -59- calabacita para hacer el ritual uso de la bombilla, es decir, como si fuera un vulgar té en taza. Hay mate de leche, y dulce, que fácilmente sabemos qué son. Pero ¿y un mate lavado, o un lavado? Pues no, no es una cosa mala, es simplemente el extraído de una yerba que ya ha sido sometida a la acción del agua caliente alguna vez antes, y, claro está, hasta el mate acaba por quedarse exangüe, o, como dirían ahora los jóvenes tecnócratas, desfasado. La verdad es que entre el habla popular quedaría mucho mejor (y valga aún la imagen del lavado) decir que en vez de con mate, se hace la infusión con un vulgar estropajo. En fin, hay que tener mucho respeto a los hábitos culinarios.

Hay muchos mates más: yerbeado («cocido»), verde («amargo»), etc. Pero hay un ritual del mate, símbolo de la hospitalidad, en que, en un lugar y una sazón determinados, toman el mate por turno los presentes, tomándolo sucesivamente todos, en la misma bombilla. Símbolo de hermandad, atestado de seculares vivencias, y que muy fácilmente podemos poner en relación con otros muchos ritos de la vida rural. Una especie de pacto de sangre con infusión en lugar de la herida. Pues bien, a veces, alguien puede alterar el orden

consagrado del turno. De ahí la deliciosa expresión barajar el mate («tomar el mate, al pasar, la persona a la que no le toca el turno»), usual en Uruguay, y reveladora del descuido, de una falta de respeto a lo mítico y consagrado. Igualmente entrará ahora curar el mate, «preparar» la calabacita para el uso de la infusión y hacer que, ya dispuesta, tome el sabor oportuno que proporciona gratamente al paladar la bebida.

Pero no basta con esto. Cada acción de la vida cotidiana arrastra consigo una orla de voces auxiliares, una escolta de situaciones que no deben ser olvidadas. Y al tocar una de aquéllas en el Diccionario, es menester reforzar la atención sobre esa escolta: bombilla («la caña con que se bebe el mate») ha debido ser arreglada. El Diccionario decía, después de explicarla: «También las -60- hay de oro y de plata». La enmienda esta vez equivale a la seriación de la nueva vida masificada, y un sí es no es anticapitalista. Dirá en lo sucesivo: «También las hay de metal». Cebador, cebadora, «persona que ceba el mate», no estaba: pasará a engrosar la familia. Lo mismo cebadura, «cantidad de yerba que se pone en el mate».

Se amplía la localización de algunas acepciones que figuraban de otra manera en la edición XIX. Se aclara qué es copete, «porción de espuma o de yerba seca que corona la boca del mate bien cebado», cosa que antes no figuraba en el Diccionario. Se aclara que yerba del Paraguay es precisamente la «yerba mate», pequeño detalle que se había quedado sin decir en medio de una profusa explicación botánica. Mateada, «acción de matear, es decir, de tomar mate muchas veces», entra como voz nueva. Se ilumina que palo, voz tan vulgar, significa en ese léxico «pedacito del tronco o de la rama de yerba mate que se mezcla con la hoja triturada». Ha habido que rectificar alguno de los extremos de la definición de pava, «recipiente en el que se calienta el agua para el mate». Se ha corregido tereré, «mate amargo preparado por maceración con agua a la temperatura ambiente»; yerba, yerbal, yerbatero han tenido que ser revisadas y puestas en armonía con todo lo anterior. Y se incluye yerbera, «vasija donde se pone la yerba mate que se emplea en la casa. Suele estar dividida en dos compartimentos, uno para la yerba y otro para el azúcar». En fin, que, la verdad, después de este repasón a la tan representativa costumbre rioplatense, los celadores del Diccionario tienen derecho a un descansito, tomando un mate, un dulce o un amargo, según los caprichos personales para recuperar alientos, darse un respirillo y continuar.

-61-

Y ya que andamos por tierras hispanoamericanas, volvamos al tema de los americanismos. La Real Academia Española lleva ya una larga temporada dando vía libre a los americanismos, pero, eso sí, pulsándolos cuidadosamente antes de aceptarlos. Es indudable que los españoles hemos pasado a ser una minoría en el campo hispanohablante, y hasta incluso una minoría arcaizante. Hay todavía mucha gente que no es muy partidaria de la inclusión de los hispanoamericanismos en el Diccionario general, pero son los que viven en perpetuo contrasentido, los que aún se molestan cuando oyen hablar de «superioridad» de alguna otra lengua sobre la nuestra, y demás zarandajas parecidas. Conversaciones de Puerta de Tierra, sin más. El meridiano de la lengua hace ya mucho que no pasa, o no pasa solamente, por Madrid, sino que es una línea zigzagueante, Buenos Aires, Madrid, Méjico, Bogotá, Lima, Barcelona. Menudo meridiano... Menos mal que nunca se lo tropieza uno en realidad, por ahí, por el viento, al viajar, al asomarse a la ventanilla del avión, que si no... Y las variantes léxicas enriquecen el fondo común, qué duda cabe, y su uso literario va ensanchando la gran coiné hispánica. La permanencia en Madrid, durante el invierno, por

riguroso turno entre todas las Academias asociadas, de dos representantes hispanoamericanos, incorporados a las tareas académicas, hará que se vayan llenando lagunas y perfeccionando errores. En la reducida cantidad de palabras que pueden entrar en un mes, notamos muy claramente los procedimientos de creación léxico-semántica típicos del español americano. Abanico, por ejemplo, es en Ecuador nuestro «soplillo», utensilio que, hecho de esparto, o de otra materia vegetal, sirve para avivar el fuego. He ahí un caso de limpia acomodación de la voz antigua por la forma o por el destino del trabajo. La tendencia a la -62- composición de voces nuevas dentro de la norma rigurosa, la encontramos en abreboca, «aperitivo», usual en Ecuador y Venezuela. ¿Es que se le puede objetar algo a afuereño, «forastero, que es o viene de afuera»? Está dentro de lo patrimonial idiomático con pleno derecho: Así se usa en Colombia, Ecuador, Guatemala y Méjico. Por fin entenderá el lector curioso de la Península lo que quieren decirnos los americanos cuando hablan de una casa de altos: «Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay: Casa que además de la planta baja tiene otro u otros pisos». Quizá algún lector se quede ligeramente sonriente al leer esta definición, pero no se le ocurrirá pensar en lo que supone históricamente la aparición de los altos en las ciudades americanas, hechas a hilo y escuadra, con sus largas fachadas blancas, de casas de una sola planta, con rejas andaluzas o extremeñas, y donde el alto, o el altillo suponen ya un gran avance en la vida material.

Otro, quizá el mayor, venero de voces americanas está en los indigenismos. En la lista que hoy nos ocupa, nos encontramos con alguno muy significativo: poro, del quechua puru, «calabaza en forma de pera y con cuello, que sirve para diversos usos», y porongo del quechua puruncu, «planta de las cucurbitáceas», y también «poro» en la Plata. Pero, por si no bastaba con el posible pintoresquismo de la voz rara, he aquí que en la lista que nos ocupa nos encontramos con la vitalidad indígena en quiché. Estaba en el repertorio de la lengua, claro, pero aparece ahora matizado y detallado ampliamente. La historia del indigenismo podrá hacerse según las variantes -63- que se han ido recogiendo en los diccionarios peninsulares, será casi seguro. Quiché se transforma por completo: «Dícese del individuo perteneciente a un numeroso grupo étnico, de origen maya, que puebla varios departamentos del Occidente de la República de Guatemala. U. t. c. s. //2. Dícese del idioma hablado por este grupo étnico. U. t. c. s. //3. Perteneciente o relativo a dicho grupo étnico y a su cultura». Estamos ya muy lejos del tiempo en que Pedro Henríquez Ureña dividía el español americano sobre una ilusoria base de lenguas indígenas. Se va sabiendo bastante más que entonces, y el Diccionario va registrando esos avances en la medida en que van pasando a la lengua general.

Como siempre, otros americanismos se agrupan en torno a algunas voces comunes, pero que se revisten de una nueva capa semántica, una vestidura que no deja de tener sus peligros por lo que supone de diferenciación. Sin embargo, miradas con atención, revelan un fondo común, una base firme. Así pasa, por ejemplo, con tambor, «bombona donde se guardan gasas, algodones, etc., esterilizados». Así se usa en Argentina, por ejemplo. Abarcar, en Ecuador, es «empollar la gallina sus huevos». La base común de «ceñir, rodear, comprender» está bien clara en el nuevo matiz que se incorpora. Lo mismo ocurre con el ecuatoriano acompañado, «guarnición de una comida, por lo general de hortalizas». Achiote, voz náhuatl, «árbol de las bixáceas, de cuya semilla se saca un jugo tintóreo» que se empleó mucho y se emplea para teñir de rojo, era conocido desde los primeros días de la «americanización» de los españoles. Y se empleó enseguida entre nosotros. Lope de Vega

decía en un soneto incluido -64- en las Rimas de Tomé de Burguillos (Decía una dama que no hallaba a quién querer, folio 59 a):

Entre tantos sombreros capacetes,
ámbares negros, rubios achiotes,
lampazo, ligas, cuerpos chamelotes...

Sobre todo en la preparación de los guantes era muy utilizado entre nuestros clásicos. Pero el achiote ha seguido siendo cosa usual en los pueblos americanos, y de ahí su vigencia en la familia léxica. Achiotero, adj. pasará al Diccionario. Unas veces será el mismo árbol, y otras un «utensilio típico, de cocina, pequeña sartén de barro provista de un cernidor» (Ecuador), y otras, simplemente, «vasija destinada a guardar achiote» (Puerto Rico). Como vemos, no se pierde ocasión de ir cubriendo vacíos y de ir ensanchando el área y determinación de las voces.

Será rara la ocasión en que no quede entrevista la condición de las Canarias como antepuerto americano en las listas léxicas que, ya feliz costumbre, van saliendo. Abracar, «abarcacar», estaba documentada como americanismo. Ahora se registra también su uso en Canarias. Alegar, «disputar», «altercar», era considerada también americanismo (y sus parientes alegador, alegato). Hoy se ensanchan también a Canarias, donde son corrientes y vivísimas. Estas y otras voces (y realizaciones fonéticas varias) contribuyen fuertemente a dar esa sensación de anticipación americana que las islas producen en el oído peninsular.

Y nos queda, como siempre, considerar esas minúsculas voces, expresiones, etc., del habla coloquial nuestra, las creaciones momentáneas que pasan a ser generales, o los olvidos por aquello de estar tan cerca que ni siquiera nos damos cuenta de que están ahí. Estas voces que -¡por fin!- entran en el Diccionario por la puerta grande son numerosas, y nunca dejarán de aparecer algunas. Como muestra, sobra con un botón: Los canales se -65- han cegado desde que existen: por fin entrará esa acepción de cegar en el repertorio máximo: «Disminuir el calado de un canal, puerto o rada por los acarreos, tierra o limo, hasta quedar impracticable para la navegación». No es una broma inocente. Desde ahora las dragas de los puertos y sus servidores podrán hacer sin preocupaciones su tarea, ya que antes, desde el punto de vista académico, estaban haciendo algo casi ilegal, de contrabando. A trabajar tranquilos, ea. Claro que no es consecuencia que debamos sacar, así, sin más, de estas voces nuevecitas. Porque va a entrar también butrón, «agujero que los ladrones hacen en techos o paredes para robar» (claro que con la connotación de germanía, para que no haya errores), butronero, «ladrón que roba abriendo butrones», y buitrón (también germanía), «bolsillo de grandes dimensiones que la tomadora lleva colgado debajo de la falda para guardar lo que hurta». Esta acepción nueva, en todo caso, no hará más que avivar la vigilancia en los grandes almacenes, esos kafkianos almacenes ruidosos de nuestras ciudades, donde siempre hay señoras revolviendo en las mercancías y, algunas por lo menos, llevarán ese bolsón que ahora sí que vamos a saber llamar por su nombre.

Por igual camino y con igual resultado de enriquecimiento, podremos leer en la próxima edición palabrejas como burricie, que tanto y tanto se ha prodigado estos últimos años; se echa de ver enseguidita que debe de ser cosa frecuente y hasta barata: «calidad de burro, torpeza, rudeza». Aunque parezca mentira, no estaba bien recogido tren botijo. Es verdad que ya no hay trenes botijos, o por lo menos no los hay con la abundancia con que, aún hace unos pocos años, se vertían sus contenidos sobre el Madrid de San Isidro, gentes alegres, que venían empeñados en gastarse ruidosamente sus parcos ahorros, a ver bajar la bola de la Puerta del Sol, y a comer rosquillas bobas y listas a granel. (También se llamaban así otros trenes, con pasaje barato, que iban del interior a las costas, especialmente las levantinas.) Ya -66- está ahí ese tren, tan utilizado en la literatura teatral del cruce de los siglos XIX y XX y que fue un lugar común en el habla popular de toda España, y aún lo sigue siendo ocasionalmente. Era un grave olvido. El habla quitó el sustantivo a tren botijo (como en peso duro o en medias calzas y redujo la expresión a botijo. Al no estar bien puesto, parecía que la gente iba, según el Diccionario, realmente dentro de un botijo, acreditadísimo cacharro para demostrar la extranjería del que no sabe más que beber chupeteando. Ahora ya estará clarito, lo que no está nada mal. Algo es algo.

Otra frasecilla parecida es a todo meter. Esa locución que hace la locura de nuestras juventudes en las carreteras o en el baile moderno, o en todo lo que suponga una muestra de valentía ocasional, impulso violento y rapidísimo, etc., no estaba. Ahora podremos encontrarla en meter: «a todo meter, loc. adv. Con gran velocidad o con gran ímpetu y vehemencia». ¿Cuántas veces la habremos dicho? ¿Qué tenía de especial para que fuese indigna de estar al lado de los otros valores dignísimos de meter? Nada, simplemente que la veíamos todos los días. Era una amiga excelente y no la teníamos en cuenta al hacer algún plan de vida extraordinaria, estaba ahí, en casa, sentada a la mesa. Ahora ya tendrá puesto fijo, y no tendrá que quedarse en la mesa de los niños. Pero ¿y como si nada? ¿Quién, hablando español, no la ha dicho alguna vez, o muchas veces? Verdaderamente era un olvido raro. Ahora estará. Busquémosla en nada: «como si nada. loc. Sin dar la menor importancia». Bueno, así está mejor, bastante mejor.

Si no estaban bien el botijo, como si nada, a todo meter, ¿qué tiene de raro que no estuviese actualizado el quedarse de una pieza? Pero hombre, por Dios, mira que no estar eso. Ahí se suele ver, mejor que el olvido académico, la mala voluntad o lo que ustedes quieran llamarle que aflige a los lectores de diccionarios, los que siempre andan diciendo que si la Academia tiene la culpa de los letreros extranjeros, del retraso de los trenes o de la música -67- beatle. Nadie buscaba eso, porque a nadie se le planteaba el menor problema cuando se quedaba de una pieza, cosa que solamente a los experimentados y con gran soltura no les ocurre. Estaba quedarse de una pieza o hecho una pieza «fr. fig. y fam. Quedarse sorprendido, suspenso o admirado, por haber visto u oído una cosa extraordinaria». Ahora dirá: «de una pieza, loc. fig. y fam. Sorprendido, suspenso o admirado por haber visto u oído alguna cosa extraordinaria o inesperada. U. m. con los verbos dejar y quedar o quedarse... // hecho de una pieza, loc. fig. y fam. de una pieza», y se suprimirá lo que había. Ganaremos en exactitud, y nos quedaremos de una pieza con más derecho.

Las variaciones de la vida nuestra, apresurada y siempre dispuesta a la leve trampa que disimule las premuras, hacen cambiar alguna institución venerable. Por ejemplo, el puente.

El día puente. Las ediciones en vigencia dicen que el día puente es el «laborable situado entre dos festivos». No, no, no vamos a estropear el puente. Ya se hundieron solitos los otros, los puentes de veras. Ahora se corregirá más en armonía con el desbarajuste de las carreteras y las preocupaciones de la Dirección de Tráfico, etc., etc.: «Día o días que entre dos festivos o sumándose a uno festivo se aprovechan para vacaciones». Y la expresión hacer puente, tan usual, será: «loc. Aprovechar para vacaciones algún día intermedio entre dos fiestas o inmediato a una». Esto es más exacto, parece un puente tan sólido por lo menos como el del viejo folklore, que siempre está firme, aguantando mareas, guerras, avenidas, camiones, etc. Se nota en seguida que es una auténtica obra de romanos, y así, cualquiera.

Hay una breve lista de voces donde la realidad circundante se hace muy presente, como ocurre con la violación santificada del puente-fiesta. Así sucede con bombona «recipiente de metal, cilíndrico y de poca altura, en el que se guardan gases y algodones por lo común esterilizados»; climatizador, -ora «aparato para climatizar». No nos gustará mucho esta palabreja, pero lo cierto es que se dice -68- en muchos sitios: cohetería, en este país de moros y cristianos, de palabrería vana y fluyente, pues ya ven, lo que son las cosas, no estaba. Aún se nos quedará prudentita y tímida la nueva definición: «Cohetería. f. Taller o fábrica donde se hacen cohetes. //2. Tienda donde se venden. //3. Disparo de cohetes. //4. Conjunto de cohetes que se disparan juntos. //5. Arte de emplear cohetes en la guerra o en la investigación espacial». No deja de ser una broma un tanto pesada que haya sido la última acepción la que ha empujado a las anteriores, tan inocuas y ruidosas, a entrar en el Diccionario académico.

También es de nuestro hablar cotidiano enfocar, «abordar o considerar un asunto desde un determinado punto de vista». Es voz de que se usa y abusa en problemática de estadística, sociología, etc. No basta con los tradicionales considerar, mirar, ver, observar, etc. Por lo visto, las nuevas técnicas piensan ya cinematográficamente, o con una cámara fotográfica en la mano, y colocan el foco para iluminarse más. Lástima que a pesar de eso sigan naciendo problemas nuevos, irresolubles incluso en el enfoque novísimo y potente, qué le vamos a hacer. Aunque parezca mentira, y ahora sí que no es retórica, motorista, «persona que conduce una motocicleta» no estaba. Bueno, ahora va a estar. Desde ahora, esos niños de buena familia a los que su papá premia el haber aprobado el Preu al sexto asalto comprándoles una moto, podrán impunemente arruinar nuestras vacaciones con el estrépito insufrible de su memez, ya consagrada por el léxico oficial. También es cosa, hombre. Esperemos que en una próxima edición se distinga, en el Diccionario, entre el hombre llano que se gana la vida de aquí para allá, con su moto, incluidos los carteros de urgencia, y el semiculto de colegio elegante, también motorista, qué duda cabe, que tiene como meta el fastidiar al prójimo con los decibelios hiperbólicos ...

Tampoco figuraba en el Diccionario, nudo con el valor «lugar donde se cruzan varias vías de comunicación». Ahora hay muchos nudos de esos, a veces nuditos simplemente, -69- y casi siempre ciegos, es decir, de los que no se desatan así como así. Antes, nudo evocaba las estaciones con trasbordo en la madrugada, trenes con caloríferos y retraso impresionante, mientras los carteles inexpresivos de números quiméricos se emborronaban solitos bajo las primeras claridades de la amanecida. Estaciones de Medina del Campo, de Venta de Baños o Chinchilla, siempre con hielo, con anuncios de países y ciudades

brotando de la prolongada vigilia para pregonar felicidades con billete de tercera clase, y viajeros tristes, de éstos de «No salgo desde lo de la pobre Enriqueta, y merienda con tortilla de patatas...». No, ahora los nudos son mejores. Quizá por eso se han atrevido a entrar en el Diccionario, sexta acepción. No menos viejas eran las pistolas. Ya de niños nos traían siempre los Reyes la pistola inevitable del «Todo a 0,65», con la que se disparaban pistones para asustar a todo el mundo, reventárselos en el oído a los que dormitaban al abrigo del brasero y salir corriendo enseguida por lo que pudiera pasar, siempre el bofetón amenazando... Ahora entrarán otras pistolas más eficaces y pacíficas: «Pulverizador de forma semejante a la de una pistola». Las que sirven para pulverizar, pintar, etc. Será para contrarrestar un poco las pistolas de la televisión, tan empeñadas en hacernos pasar mala noche, caramba, qué modales. Estas últimas son de gente que posee mucha política, «orientaciones o directrices que rigen la actuación de una persona o entidad en un asunto o campo determinado», acepción que tampoco estaba: la política de las órdenes religiosas, de las empresas eléctricas, etc.

Potencial, «fuerza o poder disponibles de determinado orden», es también muy actual hoy: Potencial militar, económico, industrial, etc. Es voz que está en la vanguardia de la soberbia contemporánea. ¿Es que no están en primera línea en estos días sexología y sexólogo? No hay más que pararse un instante en un quiosco de periódicos y ver si es o no verdad. ¿Será posible que rotonda, «plaza circular» no estuviese? Pues va a estar. Bien que añadamos sopesar, «examinar con atención el pro y el contra -70- de un asunto», y supeditar, «subordinar una cosa a otra, condicionar una cosa al cumplimiento de otra»; tan abundantes, pero es indudable que había un olvido que quizá no era olvido. Probablemente al Diccionario, que bueno o malo se hace en Madrid, le producía espanto la palabreja que tanto y tanto ha salido de nuestros labios en los últimos años: socavón, «hoyo que se produce por hundimiento del suelo». Si aún estuviera vigente la crítica lingüística de cultura y lengua, de vida y lengua, podríamos pensar que la ausencia de esta palabra estaba basada en el miedo de los redactores a ser devorados por ese enemigo soterrado, que aparecía cuando menos se esperaba y se tragaba autobuses, gentes, pacíficos paseantes, y daba lugar a bromas, caricaturas, malos humores, atascos indecibles. Ahora el subsuelo de Madrid también podrá hundirse con todos los carismas necesarios.

Y para terminar por hoy, digamos que también va a entrar por la puerta grande secante, «fastidioso, molesto», valor que se desprende en plena sazón de los anteriores: «que empapa, que seca, que deja sin jugo» e incluso de secar, «fastidiar». Es voz muy coloquial. Ahora, a esperar otra lista.

* * *

En el cruce de 1972 y 1973, han entrado en el Diccionario general nuevas palabras. Una mirada a las elegidas nos pone, como de costumbre, al descubierto la trama del vivir. Llegan ahora al Diccionario palabras ya muy viejas, pero que solamente el nuevo contexto social ha hecho que todos, entendidos o no, las usemos. Varias son, por ejemplo, las relacionadas con el automóvil y sus entrañas. En el siglo XVII, al decir de numerosos testimonios de nuestros escritores clásicos, todo el mundo se pirraba por tener un coche. Los coches iban y venían por las calles de Madrid de manera agobiante, tumbo arriba, tumbo abajo. alguna de esas calles fue -71- llamada por Lope de Vega «Magallanes de

los coches», clara alusión a las dificultades de la navegación por aquellas lejanas tierras, casi míticas, y que, al parecer, se reproducían en inacabables atascos o baches en el centro de la corte. El mismo Tirso de Molina inventó el verbo cochizar (¡no, hombre, no, cómo va a estar eso en el Diccionario, eso solamente lo dijo Tirso!). La manía cocheril fue tan destacada que quien no tenía coche lo pedía prestado a los amigos para menesteres a veces bien practicables a pie: es el caso de Lope de Vega pidiéndole el vehículo al Duque de Sessa. Vamos, que pasaba -72- lo mismo que ahora. Hoy, la gente se siente ya muy desdichada si no posee un coche, si no puede hablar de marcas, de adelantamientos, de supuestas heroicidades en la carretera. (Y esto debe de ser indiscutible verdad, a juzgar por lo mal que van la mayoría, sin la menor idea de las velocidades, jugando a pisar raya y tercamente empeñados en embestir al compañero de tarea). El léxico del automóvil se ha generalizado, incluso para los que no son propietarios de un seiscientos, de un simcamil, etc. De ahí que ahora, después de tantos años de automóvil, entre en el Diccionario general, marcha: «Mec. Cualquiera de las posibles posiciones en el cambio de velocidades». Como es natural, esta nueva acepción acarrea la definición de su equivalente velocidad, que tampoco estaba. Así tendrá sentido la pregunta: «¿En qué velocidad ibas?, ¿en qué velocidad se sube tal puerto?», etc. Naturalmente, estas voces han provocado la enmienda a cambio, que figuraba con una explicación envejecida. Ahora dirá: «cambio de velocidades: Mec. Sistema de engranajes u otros dispositivos que permite cambiar, valiéndose de un mando o automáticamente, la relación entre la velocidad de un motor y la del órgano útil arrastrado por él».

Muchas y de ámbito muy variado son las palabras que corresponden al período que hoy nos ocupa, es decir, que han logrado su fe bautismal en ese cruce de los años 72-73. Hay algunas de los deportes, como no podía ser menos: despejar, despeje, desmarcarse. Son voces de la calle, del juego, que ya han invadido la conversación -73- ordinaria y pueden oírse con valores metafóricos incluso (¿Cuándo entrará ese echar balones fuera, pariente deportivo del antiguo salirse por la tangente?) Los niños de nuestras ciudades macizas, apelmazadas, que juegan al fútbol con una pelota improvisada, junto a las vallas de cualquier obra, siempre en obra y escombrera, grito va, grito viene, siempre un perro olfateando por las basuras, ya podrán tranquilamente despejar, desmarcarse, hacer un despeje. Podrán hacer cualquier jugada de ésas que colman de satisfacción al interesado. Lástima que las otras connotaciones de despeje, «abierto, inteligente, despejado», etc., sean tan poco prestigiosas...

Y como va siendo ya de rutina, tampoco puede faltar esta vez algo relacionado con el turismo. La palabreja es hoy el sésamo más sésamo de todos los sésamos: cheque de viaje o viajero. Ahí es nada. Todavía en el Diccionario se pueden perseguir las viejas cadenas de oro con que nuestros clásicos arreglaban sus cuentas en tierras lejanas, o los pagarés oportunos. Y más tarde las buenas peluconas, que desconocían las fronteras. Ahora es el papelito mágico: «El que extiende un banco u otra entidad a nombre de una persona y va provisto de la firma de ésta. Puede hacerse efectivo en un banco o pagarse con él en un establecimiento comercial, hotelero, etc., firmándolo el titular nuevamente delante del pagador o cajero». ¡Y pensar que, después de estos años de tejemaneje viajero, el dichoso papelito no estaba en el Diccionario! La verdad es que, para lanzarse a las carreteras y levantar el dedo en determinada dirección no hacía mucha falta. Pero si se tiene... Menudo prestigio ante una sociedad que, mal que bien, aún cuenta en reales, en pesetas flacas y

hasta en perronas. El papelito debe de tener un hueco muy calentito en el bolsón -74- de esas gentes variopintas que mascan chicle ante los Goyas del Prado, haciendo unas tés (¡qué inTeresanTe!!!) de no te menees, o devoran bocadillos por los claustros de El Escorial, sudorosas, pringosas, y, cómo no, checosas, es decir, bien resguardado el lomo con cheques de viajero. Desde ahora, ya podrán pedirlo anticipadamente todos los vendedores de cerámica falsa, de espadas toledanas de cualquier sitio, de sombreros de toda la etnografía nacional.

Pero todo no va a ser para los foráneos. También a nosotros nos toca algo. Y esta vez parece muy simbólico: abierto tendrá una nueva acepción: «Comprensivo, tolerante». Llevamos ya tanto tiempo dándole tientos a la apertura que casi está pareciendo un mito inasible. Cualquiera diría que se trata de un espantoso pecado, o de una plaga temible... No, no, nada de eso. El Diccionario empieza a poner un poco de orden en el tumulto y, modestamente, nos dice que un hombre abierto no es ningún monstruo dañino, qué va a serlo, hombre, qué va a serlo. Un hombre abierto, en el peor de los casos, no va más allá de ser un poquito despistado. No es grave, ¿no verdad?

Frente a este rasgo deseable, se nos cuela hoy en el repertorio máximo del idioma, otra palabreja de signo muy diferente: cenizo. Había ya algo parecido: aguafiestas. Pero ahora lo encontraremos más adecuadamente: «Dícese de la persona a la que se atribuye mala suerte»; también, «el habitual pesimista». Ya podremos llamar de alguna manera a esas personas que tienen el cenizo (frasecilla que aún no está en el Diccionario, pero todo se andará), éstos que, en medio de una general alegría, nos desconciertan con su tristeza, su pesimismo, su humor alarmante... ¿Aguafiestas? Bueno, sí, pero decimos más frecuentemente cenizo. Y nos parece que es más representativo, más justo, más ceñido a lo que realmente se piensa.

Algunas de las voces que hoy nos ocupan han sido muy usadas. Se trata de olvidos, en la mayor parte de -75- los casos disculpables, por ser palabras fáciles, bien hechas, expresivas, de contenido indudable. Y se pasaba por alto sobre ellas, seguros de que ya estaban. En estos casos, el pasmo del que las eche en falta es verdaderamente morrocotudo. He aquí algunos ejemplos:

Carbonear, «embarcar carbón en un buque, para su transporte o para su consumo», la hemos leído miles de veces en la literatura de viajes, de expediciones juliovernescas. Hemos carboneado con los ojos cerrados en infinitos puertos remotos, con esos libros de premio colegial en la mano, libros con barcos que aún tenían una monumental rueda en el costado y un largo penacho de humo acostándose en las riberas de un río de nombre extraño y evocador, Nilo, Mississipí, Rhin, Volga, y sabíamos del ruido de las grúas y las minas de Cardiff... El Diccionario sólo registraba el valor, muy de tierra adentro, «hacer carbón vegetal». Ya está remediado. Algo muy parecido ocurría con cisterna. Familiarmente, el depósito de agua de retretes, etc., se llamaba, sin más, depósito, pero la verdad es que cisterna era voz vieja con ese valor. Y no estaba. Lo mismo ocurría con camión cisterna, barco cisterna, etc., nombre que se aplica a esos gigantescos depósitos que se llenan y se vacían por toda la geografía nacional (o ultramarina). Artilugio, que figuraba ya en su lugar, no estaba muy preciso. Lo estará de ahora en adelante: «Mecanismo, artefacto, sobre todo si es de cierta complicación: suele usarse en sentido despectivo». 2ª (y es nueva por

completo): «Ardid o maña, especialmente cuando forma parte de algún plan para alcanzar un fin». 3.^a (ya figuraba): «Herramienta de un oficio». Desde ahora, artilugio puede ser empleado, con tranquilidad, por los niños mimosos, los enamorados solícitos, los vicios caprichosos y, por qué no, algo maniáticos... Ea, a disfrutarle.

-76-

Más, más olvidos remediados. ¡Cuántas veces hemos oído en las crónicas de los sucesos que alguien disparó su arma con silenciador? Hemos visto ese adminículo en la abundante pólvora del cine y de la televisión. El asesinato se siente mucho más cómodo, más respetuosamente tratado si le atizan unas docenas de tiros con silenciador, a ver, si no. Pues bien, tal chismecito no aparece en nuestro Diccionario, que resultaba así muy ruidoso. Ahora se portará mejor: silenciador: «Dispositivo que se agrega a un arma de fuego para disminuir el ruido de su disparo». Menos mal. Ya que matan, que, por lo menos, no molesten.

Tampoco estaba recogida, y hoy vamos de ruidos, trompetilla, «instrumento de esa forma que los sordos empleaban para oír mejor, aplicándolo al oído». La verdad es que ya no debe de haber mucho de eso. Pero la estampa tradicional de Beethoven, con su gran trompetilla y su cuadernillo de notas, ¿no puede quedar más redondeada, más próxima? Creo que sí, naturalmente. Es verdad que trompetilla estaba, pero como de uso actual, y solamente «de plata o de otro metal», cuando las había también de madera. Queda mejor ahora, dejando en suspenso el material de que estaban hechas, y definiéndolas en pasado.

Ingresa ahora -y ya era tiempo- en el Diccionario, fuchina, la voz popular para designar los colorantes que se llaman fucsinas, forma esta última que también se enmienda: «Materia colorante sólida que resulta de la acción del ácido arsénico u otras sustancias sobre la anilina. Se emplea en laboratorios biológicos y en la industria, para teñir de rojo oscuro fibras, tejidos, papel, pieles, etc., para colorar los vinos y para otras aplicaciones». Cuando los tintes se hacían en casa, con el jolgorio de un acontecimiento familiar, ya iban los niños a la droguería a comprar fuchina... Ahora, que ya no irán, entra la voz en el repertorio general. Nunca es tarde si la palabra es buena. Y en este caso, lo es; no hace falta gesticular.

-77-

Una voz americana muy usual es abra, «claro en un bosque, calvero». Es una de tantas voces marineras como penetraron en el habla general de aquellos territorios, debido al peso de las complejas y largas navegaciones. El lenguaje acabó por teñirse de marinería. He ahí una prueba: abra. Otro olvido remediado. Es usual en la República Argentina, Uruguay y México. Y usual desde que se habla español por allá. Bien venida sea esa voz.

Pero hay olvidos que, a veces, producen cierto asombro. Una frase muy usual entre los hispanohablantes, sea cual fuere su condición o su cultura, es subirse a la parra. Entre nosotros, por menos de nada, vemos a la gente encaramarse a este linajudo vegetal, y, a veces, es cierto, también vemos a los trepadores, y no sin regocijo, despeñarse desde lo alto de la planta. El Diccionario traía ya una acepción: «montar en cólera». En lo sucesivo, vendrán dos acepciones más, las más frecuentes y significativas: «Darse importancia, enorgullecerse», y «tomarse algunas atribuciones que no le corresponden». La sabiduría popular ha acertado al llevar a la planta madre de tantos y tantos mareos, la propina del

desvanecimiento, la grotesca pedantería, el ciego entrometimiento. Subirse a la parra, ¿quién no lo ha hecho centenares de veces? Pues ya está ahí, para que no sea solamente algo casero.

¿Palabras nuevas, de esas que, rarillas ellas, nos salen al paso en la conversación cada vez más culta y uniformada? Pues, sí, las hay, hay algunas. Por ejemplo: abertura, hablando de esa cualidad de las vocales, término tan vigente en lingüística o fonética; acoplar, «encontrar acomodo, trabajo, etc.»; alexia, «ceguera verbal»; cadena fónica, cadena hablada, «sucesión de elementos lingüísticos en el habla»; capuchino, «café con leche de cierta -78- manera». (Hombre, claro que se trata de algo muy culto. Si sólo lo dicen los que saben lo bien que hacen el café en Italia, o los que saben que en el habla argentina hay un discreto porcentaje de italianismos, hasta ahí podíamos llegar). Entran, por fin, contestación y contestar, y contestatario, como ya esperábamos hace unos meses. Enrolamiento, «acción y efecto de enrollar», ya tendrá su hueco. Lo mismo sucede con especie, en química, «sustancia de una sola y determinada composición química»; filmador, «el que filma» y «aparato para filmar»; fisiopatología, «rama de la patología que estudia las alteraciones funcionales del organismo entero o de alguna de sus partes»; fotoluminiscencia, «emisión de luz como consecuencia de la absorción previa de una radiación. Casos particulares son la fluorescencia y la fosforescencia»; neutrónico, «perteneciente o relativo al neutrón»... (y luego dicen que el Diccionario es alérgico a la ciencia). Se hacen ampliaciones a deshidratante, lingüística (aplicada, comparada, evolutiva, general), con lo que se actualiza el aire del léxico en esas parcelas del conocimiento o del trabajo. Se reestructura todo el artículo cambullón, «cambalache», con diversas connotaciones y matices, tan conocido de los canarios y de algunos países americanos. -79- En fin, que el Diccionario, sin reposo, se va puliendo aquí y allá. Precisamente, las listas de estos dos meses, con una Navidad por medio, son ejemplo bien claro de la asiduidad con que la Academia se entrega a sus tareas. El muchacho que hace años estudiaba Historia de España tenía que hablar de los pueblos primitivos, cosa bien natural en esa área, y acababa muy prontito. Se decían cuatro vulgaridades sobre iberos, celtas y celtíberos y a vivir. En realidad, muy poquito más. Pues bien, las listas que nos sirven hoy de materia traen transformadísima esa vieja enumeración, puesta al día según las más adelantadas teorías sobre nuestros lejanísimos abuelos: nos encontramos corregidos a los arévacos (de tierras de Soria y Segovia), los autrigones, los bastetanos (de Granada, Jaén, Almería), carpetanos, celtas celtíberos, caretanos (de Cerdeña), contestanos (Valencia, Alicante y Murcia), los edetanos (en Teruel, Zaragoza...), los iberos, los ilergetes (en Huesca, Zaragoza y Lérida), los iliberitanos (de Granada, la antigua Iliberris), los indigetes (de Gerona), lacetanos (de Barcelona, Lérida, Tarragona), los lusitanos (de los territorios portugueses al sur del Duero y norte del Tajo, Cáceres y Badajoz), los oretanos (de Ciudad Real, Toledo y Jaén), los tartesios (del occidente de la actual Andalucía), los turdetanos (del valle inferior del Guadalquivir), los túrdulos (de la Andalucía central), los vacceos (de Valladolid, Palencia, y tierras vecinas), y los várdulos (de Guipúzcoa y tierras vecinas). Y nos toparemos por vez primera con otros ilustres e igualmente remotos antecesores en esta tierra de nuestros pecados: los baleares (de estas islas), los bástulos (vivían en el sur, desde el Estrecho hasta Almería), los berones (habitaban por la actual tierra logroñesa), los caristios (de Guipúzcoa y Vizcaya), los célticos (del sur de Lusitania y norte de la Bética), los ilercaones (vivían en la Tarraconense, en las actuales tierras de Tarragona y Castellón), los jacetanos (en la región de la actual Jaca), los mastienos

(antiguos pobladores de la costa meridional desde Cartagena al Estrecho), -80- los pelendones (en las fuentes del Duero), los turmódigos (de las actuales tierras burgalesas)... Y finalmente, nos enteramos de que los vetones habitaban parte de los territorios que hoy pertenecen a Salamanca, Ávila, Cáceres, Toledo y Badajoz. La población antigua queda así puntualizada y puesta en orden en nuestro repertorio máximo, y los sufridos padres podrán echar una manita a sus desventurados retoños, en las peleas manu militari con los manuales de Historia...

Voces, voces, voces de todas las provincias del idioma. Poco a poco hila la vieja el copo, es decir, no basta con echar en cara a la Academia que tarde en recoger los términos de los deportes o de la física moderna. Las lagunas tienen, todas, su sazón y su luz especiales para ser desecadas...

Abril-junio 1973

Un eslabón más en la cadena de los días: abril-junio, 1973. En esos meses, la Real Academia Española ha incorporado al Diccionario usual unos centenares de voces que, como ya viene siendo casi ritual en estos breves comentarios, responden a la cara actual del idioma (en su mayoría), escoltadas, aquí y allá, por correcciones, enmiendas, pulimento o adaptación de algunas definiciones. Ocupa un lugar muy destacado en la nueva lista (aparecida en el Boletín de la Corporación, número CC, último cuatrimestre de 1973) el apartado referente al mundo científico, la gran avalancha de nuestros días. La entrada de los términos científicos en el Diccionario es siempre terreno resbaladizo. El Diccionario no debe ser una mera enciclopedia, un montón de conocimientos múltiples y donde el curioso encuentre al día la marcha de la ciencia. No, el Diccionario no es eso. Solamente deben pasar al Diccionario usual aquellas voces que, siendo características del habla científica, adquieran una difusión notoria, destacada, figuren -81- en la conversación ordinaria o en el acervo lingüístico de las clases educadas, pertenezcan o no como especialistas a aquella parcela de la cultura en la que viven esas palabras. Así, y tras los visados necesarios, entrará, en la próxima edición del Diccionario, actínido (referido a los «elementos químicos cuyo número atómico está comprendido entre el 89 y el 103»; y, usado en general, «grupo formado por esos elementos»); aerofobia («temor al aire, síntoma de algunas enfermedades nerviosas»; también, como es natural, aerójobo). Podremos leer audiofrecuencia, «cualquiera de las frecuencias de onda en la transmisión de los sonidos». Algo más extraña, pero que ya va sonando copiosamente, es bioluminiscencia, «propiedad que tienen algunos seres vivos de emitir luz» o «esa misma emisión». Con este vocablo, que va penetrando en la conversación general, por la extensión cada vez mayor del ámbito cultural, perderán su magia tantos destellos luminosos que antes nos fascinaban en el vuelo de algunos insectos, o que rutilaban torpemente escondidos entre las briznas de la hierba.

De la misma área son cuantificar, «expresar numéricamente una magnitud» o «introducir los principios de la mecánica cuántica en el estudio de un fenómeno físico». He ahí una voz

que aún hace muy poco tiempo pertenecía a la lengua casi críptica de los especialistas, pero que ya ha desbordado esa barrera y puede oírse frecuentemente en boca de las nuevas generaciones. Y dicha con familiaridad, con espontaneidad. Lo mismo ocurre con lantánido, dicho de «los elementos químicos cuyo número atómico está comprendido entre el 57 y el 71», o, en plural, «grupo formado por estos elementos, llamados también tierras raras». Seguramente, en el ánimo conservador de nuestra tradición idiomática, estas palabrejas son verdaderos palabros, qué le vamos a hacer. Pero, ¿es que no comienza a oírse y a leerse en las vallas, en la gritería de la publicidad, liofilizar? Ya había sido incorporada al suplemento de la edición de 1970, pero, ahora, pasará muy reformada, con alusión muy detallada -82- al proceso químico (o como sea, Dios mío) que la liofilización encierra. Así se podrá leer... Bueno, que lo busquen allá. Para mí, hombre de letras al borde de la viejera, liofilizar será siempre algo que le hacen a algunas cosas (¿al café?), Dios sepa con qué intenciones. Sí, sí, claro, hombre, claro, muy buenas, quién lo duda. Si no, la propaganda...

Pasa ya al repertorio máximo, y con el aire más vivo posible, el del elemento compositivo o prefijo, radi- o radio-. Con él se da idea de radiación o radiactividad en la formación de palabras españolas. Lo que es de la historia contemporánea ha avanzado hasta ponerse al nivel de los viejos componentes latinos. Así se hacen más próximas y peculiares radiofrecuencia, radioterapia, radiactivo, radisótomo, radiotelescopio, etc. Lo mismo, y reconozcamos que en este caso ha ido más rápida la aceptación académica, ha ocurrido con video (del latín video, «veo»), que también funcionará como prefijo. De ahí, videofrecuencia, videocinta, etc. Por este procedimiento se han generalizado, y entran con todos los honores en el repertorio general, voces formadas con termo-, ya incluido hace algún tiempo: termostable, «plástico que no pierde su forma por la acción del calor y de la presión», y termoplástico, «el plástico que se ablanda por la acción del calor y puede moldearse entonces mediante presión». Como vemos, las ciencias experimentales y la técnica van penetrando el área de la conversación, igual que nos han invadido la vida, la intimidad, el sueño... Es natural que la nueva valoración del contorno haya traído, de la mano diríamos, a culturizar, «civilizar, incluir en una cultura», a futurología, «conjunto de los estudios que se proponen predecir científicamente el futuro del hombre» (y futurólogo, no faltaría más, ahora hay que ponerse un prestigioso marchamo, ahí es nada, el alcance de tal dedicación). No sé si tendrá que ver con estos afanes, aunque presiento que sí, la cada vez más amplia trayectoria semántica de cosificar «convertir algo en cosa, considerar cosa algo que no lo es, por ejemplo una persona». No -83- tendrá nada de extraño, si seguimos adelante con nuestros actuales hábitos, que acabemos siendo una quisicosa, un papel más, una póliza o una fotografía más, un número complicado y mágico para un ordenador, escasamente un tristecillo elemento para el tejemaneje de una novela de ciencia-ficción. Por lo pronto, cosificar pasará al Diccionario. ¿Será casualidad? Entra a la vez que la expresión asomar la oreja, que no figuraba. Una secreta ironía empalma las dos nuevas entradas en el léxico general.

Todo lo que vengo señalando revela la honda renovación de la vida circundante. Nuevas técnicas, nueva actitud científica. La Lingüística no se ha quedado atrás. También se trasforma el léxico gramatical y filológico tradicional, enriqueciéndose con las nuevas valoraciones semánticas. En el período que hoy nos ocupa, se hacen serias adiciones o enmiendas a agente, caso, complemento, declinable, declinación, declinar, fraseología,

paradigma, paradigmático, predicado, sintagma, sintagmático... A todos se les hacen correcciones necesarias, o se les añaden nuevas acepciones. Esta labor de bruñido va poniendo al Diccionario al unísono con las nuevas corrientes lingüísticas. (Sin olvidar la acomodación de la terminología empleada en el Esbozo de una nueva Gramática, recién aparecido.)

Los deportes, ya lo demuestran las sucesivas listas, van a la cabeza de las preocupaciones actuales. En el metro, en el tren, en las barras de bares y cafeterías, todo el mundo habla de deportes. Los nombres de los grandes héroes van de boca en boca. Los pequeñuelos ya no recitan los reyes godos en hilera, para admiración de las señoras que vienen de visita, ni los cabos de España, sino que, con una seriedad cómica, largan las ristras de los once, y se saben, muy solemnes, las cifras de los traspasos... En la lista que hoy comentamos, hay, no podía ser menos, léxico deportivo. Así, área, tan familiar en otros campos semánticos, se ensancha con otro valor: «en determinados juegos, zona marcada delante de la -84- meta, dentro de la cual son castigadas con sanciones especiales las faltas cometidas por el equipo que defiende aquella meta». Ahora se podrán lanzar las faltas con toda tranquilidad, porque se les da la ocasión de tener dónde poder hacerlo, y, además, se recoge esa expresión, lanzar una falta, que tampoco estaba (en falta, naturalmente, es donde se añade, no es simplemente un chistecito).

Otras voces de esta área (área en el valor de «recinto, campo») son, por ejemplo, banda, para designar esas zonas laterales de los campos deportivos; barrera, «la fila de jugadores que se aprietan ante la meta para protegerla»; batear, bateo y batazo, términos del béisbol, etc. En esta ocasión, el Diccionario da entrada a alguien que suele estar fuera: el juez de línea, tan necesario y eficaz, con su banderita en alto (y su poquitillo de riesgo, que todo ha de decirse). Y ya que andamos de «dentro a afuera», digamos que el Diccionario registrará también la expresión fuera de juego, «posición antirreglamentaria de un jugador, y que es sancionable». Línea de meta se incluye asimismo, como «cada una de las dos líneas que delimitan los campos de fútbol y de otros juegos, en la cuales se encuentran las porterías».

Para esa cháchara frecuente y vana que no deja de interesarse por la entrada de las mujeres en la Academia, el Diccionario va señalando caminos. La verdad es que no hay, en absoluto, prejuicios previos, sino la palpable realidad de que es ahora cuando la mujer se va incorporando a las formas culturales de la vida. Todavía hay muchas mujeres, dedicadas muy noble y eficazmente a un quehacer intelectual, que no quieren que su ocupación sea designada en femenino. Ya lo creo que las hay. No hay más que leer algunas placas anunciantes de abogados, médicos, etc., con nombre de mujer. (No, hombre, no; lo de poetisa es harina de otro costal.) Sin embargo, el Diccionario va limitando la tradicional exclusividad masculina y, en la próxima edición, leeremos copiosas actividades de mujeres que, hasta hace muy poquito, eran propiedad de los barbudos señores: antropólogo, contará -85- al ladito con su antropóloga. Y lo mismo harán astrónomo, -ma; bacteriólogo, -ga; etnógrafo, -fa; etnólogo, -ga; farmacéutico, -ca; futurólogo, -ga; lexicógrafo, -fa; librero, -ra; etc. Ése es el camino. A trabajar se ha dicho. Y, luego, después de una fecunda tarea, quizá se pueda hablar de los votos, de la elección, del discurso reglamentario, del problema que va a plantear el vestidito de la recepción, del reparto de invitaciones.

Fiel a la política de «puerta abierta» a los americanismos, política que es el signo del actual entendimiento estrecho y leal colaboración con los hispanohablantes del otro lado del océano, esta lista es rica en nuevas voces hispanoamericanas. Entran huipil, la hermosísima prenda femenina de las mujeres guatemaltecas; huisquilar y huisquil, planta cucurbitácea y su fruto; irupé, nombre guaraní de la Victoria regia, la gigantesca planta flotante, tan recordada en la vida y el folklore de los grandes ríos meridionales; jocote, «fruta» parecida a la ciruela; mamboretá, también guaraní, la «santateresa», Mantis religiosa, también usadísima en los países del Plata. De la Argentina, mazorca y mazorquero, aludiendo a la temida organización del tiempo del dictador Juan M. Rosas (y a sus miembros), se había olvidado. Ahí estará, para que pueda encontrarla el estudioso de ese período. También es argentina patriar, «cortar a un caballo la mitad de la oreja derecha, designándolo así como propiedad del Estado». (Recordemos, de paso, la increíble riqueza del léxico del caballo en la tierra pampeana.) De Guatemala y México procede miltomate, minúsculo fruto parecido al tomate. Esperemos que este apartado de las listas continúe siendo productivo y tenaz.

Y viene, como siempre, el copioso barrio de las voces usuales, familiares, cotidianas, ésas que, ahí, al borde seguidito de la existencia, se han quedado descuidadas. Rectificar, rectificar, qué buena costumbre. He aquí, entre muchas, unas cuantas de las rectificaciones y correcciones que, para escarmiento de ligerezas, aparecerán en la próxima edición: claretiano, «perteneciente o relativo -86- a San Antonio María Claret», «religioso de esa orden», etc. La tan destacada y discutida figura (y obras) de la España isabelina no estaba en el Diccionario. Pero, hombre, en qué estaban pensando... Tranquilidad al canto. Igual suerte había corrido compartimentar «proyectar o efectuar la subdivisión estanca de un buque»; coquería, «fábrica donde se quema la hulla para obtener el coque» (¡con la cantidad de años que hemos luchado contra el frío con aquellas venerables estufas de coque, o cock, como decían las facturas!). Al igual de claretiano estaba ausente cordimariano, «religioso de instituciones que llevan en el título el nombre del Corazón de María». Aunque parezca mentira, no figuraba en nuestro repertorio la corona fúnebre, ni la floral ni la literaria. Si por no figurar tanta y tanta cosa femenina se ha podido hablar de discriminación, por la ausencia de corona se podía, quizá, rastrear la calificación de «inmortales» que se cuelga, con excesiva retórica, a los académicos. Pues, no, nada de eso: ahora se pueden morir tranquilitos, que ya tienen corona: «ofrenda floral con figura de círculo, que se dedica a un fallecido como prueba de afecto y estimación» y, también, «colección de escritos y discursos producidos con ocasión de la muerte de una persona y que vienen a constituir su panegírico».

Otras novedades: corraleta, andaluza, «corral pequeño adicionado al caserío, destinado a guardar útiles, etc.». Crisis que se moderniza con el uso actual, tan frecuente, «situación dificultosa o complicada». Es de la conversación y del coloquio cotidiano chaqueteo, «que chaquetea o cambia de opinión o partido por conveniencia», y también «adulador, tiralevitas». Faltaba en nuestro catálogo el chico de las tiendas, comercios, oficinas, etc. Y más raro aún resultaba que no estuviese chica como «criada, sirvienta». ¿Hay alguien que no haya dicho esos chico, chica? Se redondea escenografía como «conjunto de decorados», y se incluye flexibilizar, «hacer flexible alguna cosa», y fraseología, «conjunto de frases hechas, etc., existentes en una lengua, en el uso individual o en el de un -87- grupo». Buen arreglo se lleva interpretar, en el que destacan los valores usuales («representar un texto dramático», «ejecutar una pieza musical», «ejecutar un baile con alcance

coreográfico», «expresar la realidad de un modo personal»). No figuraba la tan socorrida manga de hornos y cocinas, el instrumento con que se añade nata a algunos preparados. Mayo y maya con el contenido de la fiesta tradicional, tan rica en nuestra geografía, pasa ahora, con varios valores («reina de las fiestas» y «su acompañante»; «el palo adornado para el ritual»; «la canción oportuna para la celebración de la misma fiesta»). Mimo, con su significación teatral o de espectáculo no estaba recogido. Ya podremos asistir cómodamente a sus representaciones. El fácil y socorrido pasodoble se había escamoteado y perdido entre los otros valores de la voz. Primitivismo, tanto en su valor recto como en el limitado artístico, se podrá leer desde ahora. El abrumador y tan necesario tañar, «adivinar o descubrir las intenciones o cualidades de una persona», pasará a partir de esta lista a ocupar su indiscutible vacío. Y pasa por la puerta grande, con todas las exigencias cumplidas. Nuevas acepciones remachan el contenido de zarabanda, tan ruidosa o tan musical («danza del siglo XVII que se convierte en una parte de la sonata de cámara». Aparte queda su significado local de Guatemala, «baile y jolgorio populares»).

Y, como en otras ocasiones, queda por recordar la aceptación de algunas frases familiares, esos rictus del habla coloquial que, a fuerza de conocidas, nunca hemos buscado por las densas columnas del Diccionario. Llamarse a altana, «acogerse a sagrado», no figuraba; a bodas me convidan, «expresión de alegría, de gozo», entrará también. No estaba a cuerpo gentil, tan traída y llevada, tan expresiva de una actitud y un garbo especiales. Algo semejante ocurría con ser o estar alguien chaveta, «haber perdido el juicio». ¿Es posible que esto, tan desoladoramente frecuente, no estuviera? Verdaderamente era un descuido de peso. Ocurría que figuraba en otra forma, algo más arcaica, ya apenas vigente. Descuido revela -88- también la ausencia de asomar la oreja, que ya he citado por otra causa, «revelar cualidades que no se esperaban, generalmente malas». Estaba descubrir la oreja, que ya apenas se oye. También se incluirá en la primera edición del Diccionario, sacar faltas, «achacar a alguien faltas reales o imaginarias, murmurando de él», frase copiosamente utilizada y aún más frecuente ocupación. Todas estas frases, además de su uso vivo, tienen respetable autoridad literaria. Son, como si dijéramos, un hecho consumado, «acción que se ha llevado a cabo adelantándose a cualquier evento que pudiera dificultarla o impedir la», locución, o frase, que también entrará -¡ahora!- en el léxico oficial de la lengua.

Las palabras son noticia

En los últimos días del pasado mes de mayo (escribo en julio de 1974), ha atravesado por los medios informativos españoles un verdadero repeluzno de espanto. No era para menos: la Real Academia Española se había atrevido a gastar su tiempo con la voz braguetazo. Ahí es nada, con el turbión de asépticos cultismos que nos está invadiendo, ir a ocuparse de palabreja tan popular, tan expresiva, aureolada de pícaras connotaciones sociales,

sentimentales, etc. Estos académicos, Señor, en qué diablos estarán pensando... Los periódicos, con varia fortuna, echaron su cuarto a espadas sobre la oportunidad de la palabreja, que, dicho sea de paso, brindaba mil aristas a la bromita pasajera y facilona. Bien, cada cual hace de su capa un sayo. (¿O no puedo emplear esta frase popular por mi condición académica?) Hubo para todos los gustos y disgustos. En TVE, para cerrar el - 89- tedio del día (las inevitables peleas, los accidentes de carretera, el hundimiento catastrófico de una casa, quizá una librería agredida en nombre de Dios sepa qué falacia, etc.), se aludió al vocablo de marras, se le situó entre el esfuerzo agotador de la Academia (algo así como haber aprobado unas seis palabras en un largo período: ¡Ah, descansada vida, ¿dónde estás, que no te veo?), y, lo que es peor, se rodeó de un ingenioso comentario sobre el lema de la Corporación, el famoso Limpia, fija y da esplendor, que todo el mundo se sabe y casi nadie parece entender. Al comentarista de turno, quién lo diría, le evocaba algo así como un «detergente», aunque reconocía (¡menos mal!) que se trataba de otra cosa. No sería malo. Lo cierto, en cambio, es que, cada cuatro meses (y lo hacemos así por ser el período de aparición del Boletín académico, me atrevo a afirmar que es la rarísima revista científica de nuestra especialidad que nace al día en nuestro pedazo de tierra), sale a la luz una copiosa lista de nuevas transformaciones en el Diccionario. La lista en que aparece la palabra que tanto ruido ha hecho va acompañada discretamente: cerca de seiscientas reformas o añadidos. Indudablemente, al comentarista le escamotearon los ceros por el camino. Y debo añadir que alguna de esas voces añadidas o enmendadas son riquísimas de ámbito geográfico y de polisemia, lo que, bien mirado, elevaría mucho el número de voces estudiadas. En fin, que, por una vez, lo de ser noticia ha cojeado bastante. Menos mal que la vecindad del comentario disculpa la ligera lectura: la reformita ya apareció publicada en el número CXCVIII del Boletín de la Real Academia Española, (enero-abril 1973), es decir, un año antes (un muy largo año antes, ya que las voces de esa lista corresponden al anterior, 1972) del comentario que nos ocupa. Muy muy actual, la verdad, parece que no lo es. De entonces a hoy, han salido tres números más del Boletín referido, cada uno con su correspondiente lista de «novedades», alguna, por cierto, mucho más abundante que de ordinario. Sí, decididamente, lo de las seis palabras debe -90- de ser una errata bastante atravesadilla... Y en cuanto al comentario sobre el lema... ¿Habríamos podido oír algo parecido sobre el lema de una organización militar, o sobre el de un pontífice, pongo por caso? Hombre, hombre, un poquito de seriedad... El humor, el buen humor emplea recursos muy diferentes.

Es lamentable el acorde en la tardanza. Porque podría ocurrir que de ahí hubiese salido el error generalizado: de una audición, ya a última hora del día, cansados, los primeros calores en el aire. O quizá, por qué no, de un retraso en el reparto de las listas (se suelen enviar separatas de ellas a la prensa, ritualmente). Pero, de todos modos, suele ser muy sano enterarse de por dónde van los tiros antes de sembrar ideas entre la masa anónima de lectores. Leo en un periódico de provincias (Córdoba, 31 mayo 1974) un artículo muy significativo. Se llama, cómo no, «El braguetazo». Una pluma femenina se despacha a propósito de tan delicado tema. De sus argumentos se deduce, a grito pelado, que la Academia sigue siendo misógina, ya que limita el significado de la «nueva voz» al hombre que por interés se casa..., etc. La articulista aprovecha el quite para hablar sobre las formas de la educación pre-matrimonial de muchas señoritas españolas -«prolongados inmovilismos», dice- y bromea a costa de la sufridita Academia misógina: «¡Por cierto! La Academia ha incluido los vocablos inmovilismo y sexualidad. ¡Progres que son!».

En el batiburrillo que se maneja, no habría sido un desatino leer un poquito sobre el asunto, informarse, embarcarse en una leve cautela. Creo que la ligereza puede ser un pecado capital, sobre todo si se ejercita sin sanción alguna y a costa ajena. En primer lugar, el braguetazo en cuestión ya figuraba en el Diccionario. Era palabra veterana. Y documentada, además. Lo que la Academia -91- ha hecho ha sido, precisamente, salir del posible «inmovilismo» y arreglarla. Se decía: «aumentativo de bragueta». Lo cual, nadie lo discute, es gramaticalmente puro, pero... Eso sí que sonaría ordinario y chabacano, matices que parecen afligir patéticamente a la articulista. Se sustituye por «Casamiento por interés con mujer rica», ya que la formación con el sufijo -azo, correcta a no poder más (una cosa son los pudores y otra la marcha normal de la lengua), no produce, en realidad, un vocablo, sino una variante cargada de otros valores, acarreados por el sufijo. En segundo lugar, se corrige la vieja definición no de la «palabra», sino de la locución dar braguetazo. Se venía diciendo: «fr., fig y fam. Casarse un hombre pobre con una mujer rica». Ahora dirá: «Casarse por interés un hombre con una mujer rica». Con lo que, me parece, al no reducir al hombre a la pobreza como requisito para tal boda, se extiende al aire de censura subrepticia que la expresión conlleva, y se extiende, precisamente, al hombre en general. Haría falta revisar la misoginia académica en este caso. Simplemente hay un lícito anhelo de pulimento y corrección. Y nada más. La Real Academia Española no se dedica a catalogar mal (léase «vituperar, enjuiciar peyorativamente», etc., como parece acusar el artículo) cosa alguna que ocurre. Se lo dan ya todo catalogado. En fin de cuentas, y yendo a la raíz de la voz, si se generaliza bragueta para los pantalones femeninos, y se dieran claramente las circunstancias del -92- actual braguetazo popular, y si se usara libremente con ese valor por las bocas hispanohablantes, puede estar segurísima la articulista de que la Real Academia Española redactaría una definición válida para los dos sexos. Pero, por hoy, nos basta con la que existe: es la documentada en el uso y en el habla cotidiana. Así no mezclaremos inmovilismo y sexualidad como inclusiones nuevas, y no llamaremos con ironía progres a quienes lo son hasta donde pueden y deben serlo. Inmovilismo, aprobado en 1972, ya hace más de dos años, no creo que tuviese mucha circulación antes de esas fechas, o, por lo menos, no la tenía tanto como para ser causa de un rasgado general de vestiduras por el retraso en aceptarla. Y en cuanto a sexualidad, tampoco es nueva: ya figuraba en el Diccionario con cierta ranciedad. Lo que se hace en 1972 es añadirle una acepción nueva, muy acorde con las nuevas conductas socio-eróticas que escoltan su contenido. No; palabras fáciles, no. Es conveniente extremar el rigor. Braguetazo hoy; ayer, los contenedores; en otra ocasión, el güisqui, o el mercadeo... Y venga barullo. ¿Qué pasaría aquí, si, como acaece en Francia, se ordenara, desde la más alta boca ordenadora, la palabra que debe usarse en casos de duda, para mantener el aire «nacional» de la lengua? Mucho me temo que nos lloverían los artículos eruditísimos, protestones, etc. Y, sin embargo, el amor por el propio idioma, creo yo, debería tener sus exigencias, su devoción, y no frívolas apostillas mal informadas.

No sé en qué secreta relación, más o menos cartesiana, podrá estar el artículo que proclama los braguetazos femeninos con el recentísimo problema que ha desencadenado la existencia de una mujer en la Presidencia de la República Argentina. ¿Presidente? ¿Presidenta? En la lista de voces nuevas correspondiente a octubre-noviembre de 1973, la Real Academia Española ha incluido una copiosa relación de femeninos que no figuraban antes por la sencilla razón de que no existían en la vida -93- real. La enumeración, que coloco en nota

para evitar en lo posible tan médica letanía, nos revela el auténtico y noble camino que la mujer tiene delante, y que ya va subiendo, en algunos casos con notoria brillantez. En otro lugar de estos comentarios he aludido a ello. No, no había discriminación, puesto que no había qué discriminar. En ese quehacer puede y debe colocarse presidenta, ya admitida hace mucho tiempo: «la que preside». Pero es curioso ese afán de protesta mantenida, y, cuando se ha logrado algo, entonces resulta que hay quienes se consideran disminuidas por la forma femenina: así, las poetisas no quieren serlo (habrá que empezar a poner en circulación poeta, para los desventurados varones de dudosa lírica, a ver qué pasa); hay decanas que se obstinan en seguir siendo decanos; hay abogadas que se pirran por llamarse abogados. Y así sucesivamente. ¿No hay por ahí, escondidilla, una segunda forma, una forma satélite, de la discriminación?

Es, naturalmente, el prestigio social del cargo, de la fachada, o un prurito de distinción, de superioridad equívoca, que, a veces, puede llevar a extremos de amena parlería: es el caso de alcaldesa, que también llenó bastantes columnas de los periódicos. ¿Qué tal nos sonaría hablar de la tradicional fiesta de Santa Águeda, citando a las alcaldes de Zamarramala? Todo esto, ¿para qué? ¿No sería una poco meditada concesión a la «noticia»? ¿Justifica eso el plantear una duda, por remota que sea, -94- a la más noble tradición del idioma? Presidenta existe. Como existe reina. Como hablamos de las presidentas de ciertas asociaciones (Cruz Roja, cofradías de tal o cual, organizaciones benéficas, etc.). En el caso concreto de la República Argentina (donde también hay presidentas) será el uso, el buen uso del pueblo argentino el que haga la elección sobre la manera de designar a la persona que ocupa el más alto puesto de la nación.

He aludido antes a las palabras aprobadas en octubre-noviembre de 1973. En esa relación, hay voces nuevas. Dominan las médicas: alergista, ángor, cancerología, fisioterapeuta, hematología, psicoterapeuta, quinesiología, radioterapeuta, reumatología, sexología, tisiología, traumatología, urología, venereología... La agria especialización médica tiene que ir notándose en el léxico corriente. Nos quejamos, con razón, de la desaparición del viejo médico de cabecera, consejero y amigo, y confidente... Cada vez que ensanchamos esa terminología (de la que doy un breve muestrario) echamos más paletadas de tierra sobre la antigua concepción del médico siempre dispuesto a venir a casa, a saberse de carrerilla los problemas de las -95- tres o cuatro generaciones del apellido que convivían bajo el mismo techo... ¡Ah!, se me olvidaba. Sí, claro, alguna de esas palabras que pasan ahora al Diccionario existían hace tiempo, es verdad. Pero estaban encerradas en el ámbito de sus propios especialistas, eran fríos carteles de hospital o críptica erudición del oficio. Figuraban tan sólo en los diccionarios de tecnicismos, en los glosarios médicos. Solamente ahora nos llegan, por debajo de la puerta, los folletos repletos de fabulosos especialistas, portadores del secreto de la vida y de los innumerables paseos a la consulta... Ya que él no viene a casa, iremos nosotros a buscarle. Crece, crece toda esta provincia de cultismos, tanto como va disminuyendo la vieja terapéutica a base de hierbas milagrosas, de recetas caseras unguadas de portento.

No sería imprudente llamar repetidamente en esa puerta tan abierta hacia la ciencia y la técnica, que, nunca lo diremos bastante, son los apartados más necesitados de renovación y ensanche dentro del léxico mayor. Añadamos, como vía de ejemplo, algunos testimonios más: autótrofo, -fa, cultismo con el que se designa el organismo capaz de elaborar su propia

materia orgánica partiendo de materias inorgánicas (las plantas clorofílicas, por ejemplo); complemento, «sustancia existente en el plasma sanguíneo y en la linfa, que queda destruida por temperaturas superiores a los cincuenta y seis grados centígrados y es indispensable para que dichos líquidos ejerzan su actividad inmunitaria». Es explicable que, al lado de autótrofo, ingrese heterótrofo. Homeóstasis u homeostasis es también nueva adquisición: término biológico para designar un «conjunto de fenómenos de autorregulación», complejidad que se me escapa por demasiado técnica, pero que ya leo en muchos sitios. Al campo de otras actividades pertenecen ecología, «una parte de la sociología»; autognosis, «conocimiento de sí mismo»; holografía, «cierta técnica fotográfica»; univocidad, «calidad o condición de unívoco»... Como vemos, el nuevo humanismo avanza sin obstáculos.

-96-

Los espectáculos teatrales, ya serios, ya frívolos, dejan en la lista que hoy comentamos, fuertes testimonios: conjunto, «orquesta pequeña, con cantantes», o «grupo que actúa bailando y cantando en revistas, variedades, etc.»; frívolo, aplicado a ciertos espectáculos, no figuraba en nuestro léxico oficial: desde ahora se encontrará. La definición de conjunto arrastra consigo la inclusión de revista y variedad. Las representaciones dramáticas salen enriquecidas con encarnar «representar un personaje», y reparto, «relación de personajes de una obra dramática» y «de los actores que los encarnan». Reestrenar y reestreno (de reestreno), tan usuales en nuestros cines, pasarán también al repertorio.

¿Olvidos remediados? Como siempre, los hay. Albarelo, italianismo con que los ceramistas designaban y designan el tarro o bote de farmacia, saldrá del olvido. Sabremos así cómo llamar a esos bellísimos potes de las viejas farmacias, la del Monasterio de Silos, o la del Hospital Tavera, con nombres latinos en su lomo, ruibarbo, salvia, menta, ruda, mirra, y tantos más, olorosos y prometedores de eterna juventud. Más extraña era la ausencia de archipiélago con el valor de «conjunto de islas»: ahora se remedia. Influenciar, tan combatido por los puristas partidarios del tradicional influir, será admitido ante la abundancia de su aparición en excelentes autores. Póney, poni, «caballo de poca alzada», muy discutida, pasará al Diccionario, definido en la segunda de esas formas, con un plural pónis. Finalmente, destacaré, en este -97- reducido repaso, las nuevas acepciones de redundancia («Comunicación: Cierta repetición de la información contenida en un mensaje, que permite, a pesar de la pérdida de una parte de éste, reconstruir el contenido del mismo»), y segmento («Lingüística: Signo o conjunto de signos que pueden aislarse en la cadena oral mediante una operación de análisis»).

Repito: no hablo más que de una ligera muestra. En esta lista, correspondiente a dos meses, octubre-noviembre de 1973, hay bastantes más voces, nuevas muchas, otras reformadas o ensanchadas. Para terminar, citaré dos frasecillas coloquiales que no figuraban y que, con todo derecho, entran por la puerta grande: capear el temporal y ¡Tierra, trágame! o ¡ábrete, Tierra! Las dos frases han asomado o asoman alguna vez en los labios de todos los hispanohablantes. No estaban en el Diccionario. Apuntemos solamente la satisfacción de corregir un descuido injustificable.

El Diccionario de 1970

La Real Academia Española acaba de publicar la 19 edición de su Diccionario de la Lengua. Innumerables manos de hispanohablantes se habrán lanzado ansiosas sobre sus páginas, buscando, costumbre ya inveterada y renacida a cada tropiezo con el grueso e ilustre volumen, las palabras que, de seguro, siguen sin estar. Sonrisa cómplice por todo comentario, gesto de suficiente desencanto, equivalente a un «Ya lo sabíamos, Era de esperar, Estos académicos», y mil agudezas así. Qué le vamos a hacer. Sin embargo, confiemos en que a alguien se le haya ocurrido pensar en la muy valiosa aportación que este volumen trae consigo. Y que vamos a intentar decir, siquiera sea muy ligeramente.

Siempre que nos encaramos con una obra de este tipo, anclada en circunstancias muy lejanas (nuestro diccionario -98- viene ya desde el siglo XVIII, lo que no es corto camino, reconozcámoslo), creo que lo primero y más oportuno que nos conviene hacer es comparar lo que tenemos en la mano con la última aparición anterior. Es un buen supuesto metodológico, ya lo creo. Y en este caso nos tropezamos con numerosas diferencias. Primera: Las ediciones anteriores escribían con mayúscula todas las palabras registradas. En ésta, solamente van de ese modo aquéllas que ortográficamente deben llevarla. He aquí un largo repaso, un muy largo camino que ha sido necesario llevar a cabo. Segunda: Han sido suprimidas las referencias a acepciones numeradas que figuraban en la anterior edición, y han sido sustituidas estas referencias por una escueta (a veces demasiado escueta), definición de la numeración suprimida. He ahí otra muy copiosa revisión, un largo viaje a través del diccionario. Y un viaje que no es precisamente de vacaciones o de ameno paisaje. Tercera: Se han aclarado de manera directa y extensa numerosísimas voces que en la anterior edición aparecían definidas por un sinónimo, lo que hacía quizá más fácil el manejo, pero, la verdad, no solía responder con rigor en gran número de casos. Eso de la sinonimia es una fiebre endiablada, que estilísticamente puede acarrear muy serios tropiezos, vaya si los acarrea. Y, lo que es más importante, -99- cuarta diferencia: La nueva edición presenta un muy copioso Suplemento, en el que se refugian (más de cincuenta páginas) las enmiendas y adiciones que han sido estudiadas y acordadas por la Academia durante la espaciosa impresión del diccionario. Añadamos lo que ha supuesto la revisión de etimologías, la modernización de muchos aspectos léxicos del texto, y la supresión de todos los refranes que aparecían en las ediciones anteriores, y a los que la Academia piensa dedicar un tomo especial, y nos daremos cuenta de que no está tan mal el nuevo diccionario como nos quieren hacer ver muchas gentes que, indudablemente, lo manejan alguna vez, buscando, por lo general, lo que ellos quieren que esté. Deseo que, entre nosotros, rara vez coincide con el del vecino más próximo...

Sí, porque no pasa día sin que alguien nos diga con aire compungido y desencantado que hay «algo que no va» en el Diccionario. Que si tal término de la teoría de los conjuntos, o de la modernísima Biología, o de la Economía dichosa, no está. O, lo que es peor, está mal definido. Y a estos se les suele olvidar que el Diccionario es, ante todo, un diccionario usual. Es decir, están las cosas tal y como suelen ser empleadas. A veces, claro está, se pone también la definición más técnica y especializada, pero no es forzoso ponerla, ya que

para eso existen otros diccionarios, tan gruesos o más que el académico, en los que se desmenuza, detalladísimamente, el habla, casi al borde de la jerga críptica, de un quehacer especializado. Solamente se hace figurar en el diccionario usual, desde el punto de vista técnico, aquella parte de ese lenguaje que tiene un uso o expansión suficientemente vigentes entre todos los hablantes como para ser necesariamente utilizada. Es evidente que todo el mundo maneja ya apendicitis, e incluso hepatitis (dónde ha ido a parar la vieja ictericia?), y no digamos misil, que los periódicos hacen pasear todos los días sobre nuestras cabezas, indudablemente para recordarnos el felicísimo mundo en que habitamos. (Ahora mismo, mientras escribo -100- una radio me llega a través del tabique, y habla de una base de misiles que ha sido bombardeada Dios sepa dónde...). Y así, esas palabras, de origen diverso y contenido variadísimo, pasan al diccionario. Pero no creo que debamos buscar en él macrogrametofito, isopropil-nortropenmetansulfonato, fotoelasticimetría, cosas que, muy señor mío, parece que existen... Me consta que ha habido quien ha ido a buscar al Diccionario qué es azol, palabreja que responde a algo muy diferente de lo que debe ser una palabra... Lo que son las cosas, tampoco estaba. En cambio, aspirina, por las mismas razones que acabo de señalar, pasó al diccionario ya en la edición de 1939.

Volviendo al Diccionario. Como el preámbulo editorial dice, las enmiendas y adiciones registradas en el cuerpo de su texto (es decir, sin el suplemento, y referidas a la edición anterior) han alcanzado la cifra de diecisiete mil. No está mal. Y, sin embargo, y aun teniendo presente el gran acervo del suplemento, hay que considerar que son relativamente pocas. Y tocamos con esto la realidad de las amenazadoras circunstancias que hoy envuelven a la lengua española, Es la primera manifestación el peligro de su enorme geografía. Somos ya muchos millones de hombres los que hablamos español, y es inútil pensar que el meridiano de la lengua pasa solamente por Madrid. No, ahí están Buenos Aires, Méjico, Lima, entre otros sitios de ya noble prestigio cultural, literario o científico, y con enorme industria editorial por añadidura, que necesariamente han de ser tenidos en cuenta y reflejados en el Diccionario. Los americanismos tienen derecho a figurar en un Diccionario de la lengua española. Y están entrando a raudales. Pero no por una compuerta desvencijada -101- o de matute, no. Existe, y esto lo sabe muy poca gente de esa que inevitablemente está dispuesta siempre a entonar patéticos trenos ante el Diccionario, una Asociación de Academias de la Lengua española, en la que la Academia madrileña no es más que una afiliada, que cuenta con el respeto y la veneración de las demás por existir determinadas razones históricas o afectivas. Pero es una más, con sus compromisos y sus limitaciones. Tampoco se sabe, o se sabe muy medianamente, que funciona en Madrid, todos los años, con turnos diversos entre sus miembros hispanoamericanos, una «Comisión permanente» de esa Asociación, que discute y elabora la aceptación del léxico americano. Esa Comisión está en constante contacto con las academias del otro lado del mar, y no toma decisión alguna sin que haya sido antes muy cuidadosamente sopesada y meditada. Los americanismos entran ahora, pues, en abundancia, sí, pero después de haber sido meticulosamente aquilatados y debidamente comprobados los matices de su uso. Nadie podrá ya quejarse de si están o no, pues a medida que vaya pasando el tiempo y se afiance esta colaboración, será más vigilada y reglamentada su inclusión. Dada la enorme vitalidad (entre otras razones) de la literatura hispanoamericana en estos momentos, es de capital importancia que el lector de cualquier país hispanohablante pueda tener cerca y muy a la mano ese repertorio, que, naturalmente, no podrá ser definitivo, pero se acercará lo más posible a la imagen real de la lengua. La diferencia entre esta táctica de colaboración y la

tarea de hace unos pocos años, cuando la Academia madrileña se veía obligada a fiarse de informes incorrectos, obra de aficionados con virus purista muchas veces, y, en ocasiones, ridículamente nacionalista (¿qué es peor?), para acabar incluyendo americanismos que han tenido que ser rechazados después, es muy notoria. Por lo que es necesario andar con más seguro paso. Sí, ya lo sé, la Academia es muy cauta, mucho. ¿Qué hay de malo en ello? ¿Nada? Pues entonces...

-102-

Es indudable, se quejan por ahí, que la lentitud de las ediciones del diccionario académico (como si se pudiese hacer un libro así cada año o poco menos), deja en una zona penumbrosa las voces aprobadas. Es decir: imaginemos una palabra aprobada dos días después de la aparición del suplemento de la última edición, la 19; no figurará en el diccionario hasta que aparezca la edición 20, que parece que no va a ser pasado mañana, aunque la Academia ya esté preparándola (ya ha comenzado la reestructuración de la 21). Y entonces, el interesado en el planto (que, cosa curiosa, suele muy frecuentemente tener gran vocación inédita de académico) vuelve a sus lamentos: ¡Qué lentitud, qué barbaridad! ¡Esos académicos, cuándo se decidirán a correr un poquito! ¡Y...! ¿Estamos? Lo de siempre). Esa persona hará muy bien en leer los boletines académicos, tanto el de la Corporación como el de la Asociación de Academias, donde periódicamente (cada cuatro meses, y el Boletín de la Real Academia Española suele salir al día) aparece la lista de las voces aprobadas o de las enmiendas hechas. Y así podrá estar, si no al día, sí por lo menos al cuatrimestre, lo que no está del todo mal.

Pero estamos hablando de peligros, peligros... He aquí el más grave riesgo que nos ciñe hoy. Nuestro diccionario necesita aceptar multitud de tecnicismos. Ésta es la faceta más voluminosa que espera su inclusión. Las ciencias (y ahora sí que resulta verdad indiscutible) adelantan que es algo más que una barbaridad. Sí, muy aprisa. Tan deprisa que mañana no se dirá lo que hoy decimos. La humanidad ha entrado en una nueva era, de sentido y contenido tecnológicos, científicos. Por todas partes y en casi todas las ramas del quehacer humano, las tradicionales maneras de trabajo, de pensamiento, etc., han envejecido de modo casi súbito. Un nuevo humanismo, qué duda cabe, pero ¡qué difícil aventura vivir el momento de la fricción, del choque! En la tradición humanista, renacentista y literaria en que aún vivimos, o mejor, de la que nos despedimos, creo que la lengua española -103- posee un valiosísimo pasado, como quizá no lo posee ninguna otra lengua románica. Pero desde el punto de vista de esta nueva vida... No creo útil ni fructífero lamentarse o justificarse: no tenemos nada o casi nada. No nos llamó Dios por los caminos de la ciencia experimental. Sería necio creer que nuestra aportación a la historia humana es menor por eso. Ha sido de otro signo, y es suficiente. Pensar en superioridades es, en el fondo «complejillo», como dicen los estudiantes -o decían-, que ese pequeño argot está sin estudiar y es de lo más inestable y fugitivo. Lo cierto es que la lengua española se encuentra indefensa ante la invasión de la moderna técnica sajona, y que las cosas se traen su nombre consigo. Nos falta ahora léxico de la moderna Biología, de la Bioquímica, de la Física nuclear, de las Matemáticas, de la Economía, de las casi milagrosas máquinas actuales, de la televisión, de las diversas vertientes de la electroacústica... Y de tantas cosas más. Informática, cibernética, cosmonavegación, publicidad... Pues bien, sí, a los que acusan al Diccionario de ignorar estas cosas, les diremos que la Academia no lo ignora. Falta también (y los filólogos lo sabemos muy cumplidamente), toda la terminología de la moderna

Lingüística, desde -104- los fonólogos de Praga a la lingüística de Chomsky. Y digo esto porque es de mi oficio. Y falta actualizar todo lo referente al lenguaje religioso, litúrgico, etc. Es curioso. Si se pudiera pulsar la realidad íntima de los españoles por esas fobias antidiccionariles, podríamos deducir quizá algo muy notable. Los ataques mayores proceden del campo científico. Cualquiera diría que se pretende aprender una ciencia manejando el Diccionario académico. Es evidente que muchas definiciones científicas son, o parecen estar, anticuadas, a veces ridículas, sí. Pero se le olvida a la gente que así las califica que alguna vez se han dicho así, con ese contenido mítico o de trasfondo legendario o divino, y que hasta se han escrito así por egregias autoridades literarias, y que, por lo tanto, no hay que eliminarlas (o no eliminarlas aún, por lo menos), sino que hay que aumentar las definiciones con la acepción nueva. Actualizarla, y nada más. Y eso en cuanto haya entrado o adquirido la circulación necesaria. Para lo cual, la Academia pide siempre colaboración. Bueno, y un poquito de paciencia, virtud recomendable, de muy buena familia.

Pero como digo, la mayor parte de las quejas proviene siempre de ese campo de la moderna técnica. Y yo supongo que también habrá un léxico entre los espiritistas, los prestidigitadores, los tachistas y demás gentes envidiables que -¡ojo, tachista no figura en el Diccionario, hasta ahí podíamos llegar!- aún siguen cultivando la capacidad de ensueño y de asombro del hombre. Y de esto no se protesta nunca. Tampoco he oído protestas (aquí al menos) sobre lo anticuado de las descripciones de materia religiosa. ¿Será que los españoles, los arriscados héroes tridentinos, no tienen ahora preocupación religiosa? Hombre, no está bien maltratar así la propia historia.

A pesar de todo, la Academia encara estos problemas por igual. Tiene una Comisión de Vocabulario técnico que trabaja, y vaya si trabaja. Y no hará falta encarecer la apremiante urgencia con que algunas zonas hispanoamericanas -105- necesitan reaccionar en español ante el peso de sus vecinos del norte. Y existe otra Comisión encargada de revisar, quehacer perentorio y verdaderamente sobrecogedor por su enorme trascendencia, las traducciones de los textos litúrgicos, traducciones que se pondrán en circulación en el ámbito católico del habla hispana. ¿Saben los que protestan que ya se reza el Padrenuestro de manera diferente en varios lugares hispanohablantes? ¿Se han parado a pensar lo que puede ser semejante divergencia para la unidad de la lengua en el mundo hispánico? ¿O es que vamos a poder reducir a fórmulas todo cuanto existe? Estamos aviados. Por favor, no me digan que sí. Para estos problemas tan variopintos, lo que la Academia madrileña pide y ha pedido siempre, repito, es colaboración. La gran herencia que los españoles hemos salvado de nuestra azacaneada peripecia histórica es nuestra lengua, y hemos de cuidarla como la mejor hacienda, el pegujal más acariciado y mimado. Y me parece que no lo hacemos. Y al decir esto no caigo en travesuras puristas o de preocupación de exquisitez. No, estas cualidades las considero necesarias, sí, pero solas, también las creo inoperantes y hasta perjudiciales. Conducen a una muerte embalsamada. Es necesario estar atentos al fluir del idioma y ayudar todos un poquito. Un profesor de la más alta matemática o de la más abstrusa metafísica, si explica en español, es, antes que profesor de eso, un profesor de español. Y si no, mejor será que explique poco. El hecho de hablar español nos obliga a una serie de compromisos hacia todos los que hablan como nosotros, por lejanos que nos parezcan. Hemos de considerar la velocidad a que hoy se hacen los cambios, y disculparla, porque es nuestro hábitat, queramos o no. Radio, televisión, reactores, imprenta

sobreabundante ponen en poco tiempo al alcance de todos lo que bocas descuidadas o afectadas pueden decir (y escribir más tarde) en muy variadas ocasiones. Hay que tener, pues, cuidado. Mucho cuidado. La Academia está consciente -consciente y abrumada por su conciencia- -106- de la gravedad y de la acucia de estos múltiples problemas. Pero no puede convertirse en un unguento amarillo que remedie todo taumatúrgicamente.

¡Ah, se me olvidaba! El Diccionario tiene muchas erratas. (Me refiero a esta edición recién salida.) Después de haberle dado varias vueltas a sus entrañas, no me parece raro. ¿Qué impreso no las tiene? Vamos a ser formalitos y a gesticular un poco menos. Es mejor agarrar un papelito y ponerse a escribir: «Sres. Académicos (o señor Secretario, o como mejor nos salga, o sea, nuestra costumbre, que todo vale en estos casos): ¿Saben ustedes que en el artículo revocar, acepción 5.^a, dice 'Incluir o pintar de nuevo...', y que no, que no es así, sino 'enlucir o pintar de nuevo...'? ¿Han notado que en liso, acepción 2.^a, se define: 'Aplicase a las telas que no son palabras y a los vestidos que...'. Hombre, hombre, claro que las telas no son palabras, sino labradas, pero qué cosas. Anden, sean buenos y corríjanlo. Suyo afectísimo...», etc., etc.

Y como en la Academia son pero que muy muy buena gente, se pondrán enseguidita a corregirlo. Estoy seguro.

Y más palabras

Nuevas palabras, sí, que a veces son muy viejas, y que, por esas cosas que pasan, se han ido quedando atrás en la mecánica de los días. La Academia no recoge las voces en el cuerpo de su diccionario hasta que no está suficientemente documentado su uso. Toda cautela es poca. A veces, y esto ha pasado con frecuencia a determinadas voces americanas o dialectales, se han recogido vocablos atestiguados por una autoridad (por qué no, indiscutible), y que ha habido que eliminar después, por su poco uso, su casi ignorada existencia y su ausencia de la lengua escrita. Esto es lo que hace que ahora, en muchas ocasiones, aparezcan a lo largo de la lista de voces aceptadas, algunas que ya eran de uso corriente -107- en la lengua, y que, eso, eran voces traspapeladas. Echando una miradita a las últimas listas de adiciones y enmiendas (que, por si alguien no lo sabe, se publican regularmente en el Boletín de la Corporación, a fin de que toda persona interesada en la pequeña historia de las palabras pueda estar documentada), podremos encontrarnos con algo muy curioso. Un lector ingenuo se quedará asombrado de que en el léxico oficial no hubiese entrado todavía bombardear, «arrojar bombas desde un avión», palabra tan usada y sufridilla en estos últimos años. Sólo estaba recogido el sentido tradicional de «cañonear». Pues ahí está. ¿Qué ha podido motivar su retraso? En primer lugar no debemos olvidar la transformación académica de los últimos años, posterior a los de la Guerra Civil española. Antes, el diccionario se había limitado a registrar lo que buenamente se heredaba, y muy poco más. En las últimas revisiones, a nadie se le había ocurrido mirar cuidadosamente esa voz tan ruidosa. Y ahora, una mirada sagaz descubre su imperfección. ¡Adentro, pues! Ya

podemos bombardear impunemente -si nos dejan, claro-. Algo muy parecido ha ocurrido con gorgotear. El ruido del agua en determinadas circunstancias (o de otro líquido) estaba olvidado en su forma más vulgar. Había otros muchos: borbotar, borbotear. Existía el sustantivo gorgoteo... Pero esa voz, la de la calle, la de los periódicos, la de la literatura infantil, ésa no estaba. Corrección al canto. Y ya está dentro, por la puerta ancha.

Algunos olvidos parecen más extraños, y sin embargo, son bien lógicos. Empleamos muchísimas veces voces extranjeras, de ésas que nos traen la industria o la técnica de fuera, y que nos hartamos de emplear sin olvidar su extranjerismo durante mucho tiempo. Piénsese en el léxico de los deportes. ¿Quién que tenga la cabeza sobre los hombros, pensará que es una radio española la que transmite un partido de tenis? Estos extranjerismos van entrando, entrando, hasta que llega un día que son tan connaturales y usuales que ya nadie -108- piensa en su lejano origen, con sus documentos, su pasaporte, su peaje. Éste es el caso de somier. Ya deben quedar pocos de los viejos colchones de muelles por ahí. Somier se ha encargado de arrinconarlos al almacén de la chatarra. Sin embargo, durante mucho tiempo, el habla vaciló. Se le llamó colchón de muelles, aunque no tuviera muelles, o el metálico, deliciosa evasiva, o de malla, lo que no estaba nada mal. Pero... La Academia esperaba a ver qué ocurría con el foráneo. Y ha ocurrido que ha adquirido carta de naturaleza, y hay fábricas de somieres, y en los mercadillos de barrio hay un hombre de aspecto jovial, con mono azul de mecánico, que piropea a las muchachas y les ofrece sus servicios para reparar somieres, asientos, butacones, y lo que su señoría sea servida, y en las callejas alledañas al Rastro se pudre, bajo el cartel repleto de somieres con enloquecida ortografía, un triste regusto barojiano de metales, gritos, martillazos... Somier acaba de ser aceptada, y ya era hora, es verdad, pero es buen ejemplo de lo que hay que hacer con las voces extrañas.

Otras veces es más curiosa la transformación. Porra, la popular porra de los desayunos, de la masa del churro, no estaba en el diccionario, o necesitaba al menos un arreglo. No hay que escandalizarse. Los términos de la comida, como los de los juegos o los de la moda, suelen ser locales, muy inestables, escurridizos y transitorios. Hay que esperar. La voz buñuelo adquirió en determinados ambientes una matización por la forma, por la ocasión, y nadie esperaba que tal hecho metafórico de la lengua coloquial fuera a generalizarse (como de hecho no se ha generalizado, ya que no se emplea en toda España, sino más bien es algo de ámbito madrileño). Sin embargo, esta vez, y dada su aparición en diversos contextos, porra pasa al diccionario en la acepción «fruta de sartén semejante al churro». (Que sí, hombre, que sí, que tejeringo ya lleva mucho tiempo incluida.)

Todos los españoles andamos siempre preocupadillos con las perras. Su ausencia o su presencia tiene la sin -109- par virtud de alterarnos el humor, la sonrisa, la apetencia de porvenir. Y hay perras chicas y perras gordas. A mucha gente se le ha olvidado que esta denominación procede del león que sostenía el escudo en la cruz de las viejas monedas de cobre. Ese león le pareció a la gente poco fiero, y le llamó siempre un perro. Perro gordo y perro chico, según fuese de diez o de cinco céntimos. Y he aquí que en una época, no sabemos bien cuál, ese perro cambió de sexo, quizá empujado por el hecho de ser una moneda, es decir, cosa femenina. Pues bien, esas formas habían llegado al diccionario de manera irregular, desnivelando la ordenación y simetría rigurosas del diccionario. Pero faltaba el valor general «dinero, riqueza». Tener perras, cuestión de perras, etc. He ahí unos

ladridos muy bien soportados en esta sociedad del desarrollo. Ya está admitida, sancionada totalmente (y cuando ya no hay perras en la moneda) y la podremos leer en la edición XX.

Si es curiosa la marcha de estas voces que proceden del habla cotidiana, no lo es menos la de algunas otras que marcan la vida española con un sello muy claro, y que también, a fuerza de familiares, se habían quedado en la puerta del olvido, uno de esos parientes que corren y recorren las galerías largas de la casa familiar, que nadie les pregunta nada, y que, en fin de cuentas, resulta que no figuran entre los apellidos del clan. España está corroída por el funcionarismo, por el papeleo. No somos más que papeles. No se ha nacido ni se ha muerto nadie si no tiene un papel para demostrarlo, póliza va, póliza viene. Llegará, y pronto, el día en que a los cadáveres se les impondrá un buen repertorio de timbres móviles por si al llegar «allí» queda descalificado por falta de quince céntimos, como ocurre en tantas y tantas listas de opositores a esto y a aquello. Cada vez que en uno de nuestros múltiples papelitos se hace una gestión, que se apunta allí, que se fecha, y de la que da solamente fe un señor secretario, que, naturalmente, no ha visto nunca ni conoce de nada al dueño -110- del papelito, un ascenso, un cese, un traslado, esa dinámica lentísima de los escalafones y los funcionarios, etc., esa gestión, digo, se llama diligencia. Una diligencia. (No creo que aluda burlescamente a la velocidad de ciertos vehículos que ya no se llevan.) Pues bien, en un país de diligenciados, esa voz no figuraba en su diccionario. Ya va a entrar. Y con ella, diligenciar, diligenciamiento. Se añadirá, pues, ese valor a los consagrados ya.

Pero, como era de esperar, el capítulo más largo lo constituyen las voces que surgen con las nuevas maneras de vida, las exigencias de la técnica, del azacaneado vivir actual. Agarrotar, con el sentido de «inmovilizarse un mecanismo», que tanto empleamos ahora que la felicidad humana se condensa en tener unos cuantos cachivaches más o menos eléctricos o móviles, condenados a agarrotarse, va a ser definido con cuidado en el Diccionario; lo necesitaba. Estamos ya hartos de ver correas sin fin, que, «por fin», van a entrar. Se añadirá una segunda acepción a sin fin, «correas, cadenas, cintas, etc., que forman figura cerrada y que pueden girar continuamente», etcétera. Descuidillos. Lo mismo pasará con el bobinado. Pero al lado de estos deslices, y para que no todo sea una especie de mea culpa, hay que registrar la viveza con que entran otras voces. Crudo, hablando de los petróleos, representa muy bien una de las preocupaciones más claras de la ciencia y la técnica actuales. Ha sido enmendada en vistas a una mayor exactitud científica. Por todas partes leemos polígono con el valor de «unidad urbanística de diversos fines» y lo mismo polo. La geografía nacional se llena de polígonos urbanísticos, industriales, sanatoriales, etc. Pues ya va a entrar. Y con polo, la voz que está viniendo a representar la manía del desarrollo, va a pasar lo mismo. He aquí dos casos de dos voces antiguas a las que un neologismo de sentido ha ensanchado atrozmente en la conciencia de los hablantes. Al lado de éstas, urbanización, esa felicidad pregonada en los alrededores de las grandes ciudades, con su regusto de banderas, altavoces, la inevitable piscinita y el -111- bar de coca-colas. Santa palabra: urbanización. ¿Quién no ha soñado con eso, con un rincón en una de esas paradisíacas demarcaciones, ahí, al borde del ruido y del humo? Palabra que expresa muy bien el ansia de sosiego del hombre de hoy, casi como lo representaban en el XVI los prados de la novela pastoril, los castillos encantados de la caballerescas. Pues urbanización pasará a la próxima edición del diccionario. Y ya está vigente y aprobada por la Academia, que, en este caso, no se ha quedado tan atrás como otras veces.

¿Y psicodélico? No sé yo si no será, y muy pronto, vencida por otra palabreja que revele los afanes de una juventud apresurada y descontenta, de unas nuevas maneras de entender el aspecto externo de la vida y de sus tejemanejes. Psicodélico va a entrar, mejor dicho, ya está autorizada. Alguien se preguntará: Si es posible que sea sustituida por otras formas de vida, ahora que todo va tan aprisa, ¿por qué aceptarla? Pues porque ya se ha escrito mucho, y puede tropezársela cualquier lector varias veces. Y cuando se haya olvidado (si es que se olvida, no profeticemos), el diccionario tendrá que dar fe de vida de que se usó en la lengua media culta y en la popular, y podrá ser entendida en sus alusiones, implicaciones y recovecos. Psicodélico estará, pues, muy bien puesta en las columnas del diccionario como «perteneciente o relativo a la manifestación de elementos psíquicos que en condiciones normales están ocultos, o a la estimulación intensa de potencias psíquicas». También se registra la acepción «causante de esa estimulación» aplicada sobre todo a drogas como la marihuana y otros alucinógenos.

Los españoles hemos ido siempre al médico a sufrir o pasar un reconocimiento. Decíamos también una consulta. Pero reconocimiento era lo normal, lo ortodoxo, lo que todos entendíamos y sabíamos muy bien hasta dónde podía llegar. Pero ahora la gente se somete a un chequeo. (Y se dice incluso el verbo chequear). Chequeo, todavía en muchos casos, evoca solamente una idea confusa, -112- vagamente bromista, relacionada con los cheques. ¡Oh, infinita avaricia humana! Sin embargo, chequeo (del inglés check «computación») se está generalizando extraordinariamente. Lo dicen, desde luego, los médicos, lo generalizan los numerosos estudiantes hispanoamericanos que andan por España, y se lee en multitud de sitios. No vale la pena decir que no es un reconocimiento a la manera antigua, porque también valía el viejo vocablo. Y en los cuarteles supongo que tardarán mucho en tocar a chequeo, ese toque largo, triste, del qué malito estás... Pero chequeo, como tantas otras cosas procedentes del inglés, está ahí, y ha sido menester abrirle la puerta. Los modernos métodos que ahora rigen han hecho que figure al lado de las palabras más corrientes la voz aerosol, determinado procedimiento de administrar medicamentos convertidos en sutil niebla. ¡Qué lejos los caseros vahos de eucalipto, tapada la cabeza, los ojos llorosos, con que, aparte de no curarse las afecciones bronquíticas, se inoculaba un respetable sentido mítico, pavoroso, a los niños de la casa!

También las técnicas nuevas son las culpables de transvasar y transvase (ahora hablan del transvase Tajo-Segura hasta los rapaces que pregonan el resultado de los partidos) y trasplantar, con otra nueva acepción, la del parchecito fisiológico que hará que se pueda vivir un poco más gracias al bondadoso donante de un riñón, un corazón, Dios sepa qué resorte en caliente. (Personalmente acuso mi malestar ante la idea de tener que llevar las vísceras de algunas personas que conozco, que no, hombre, que no, tengamos la fiesta en paz.) Pero, en fin, se hace, y ya la gente alude a ciertas fotos donde los divos de esa cirugía pasean por el mundo, acompañados de los poderosos, o suben y bajan las escalerillas de los aviones en las revistas de las peluquerías, y no dicen sus nombres, quizá demasiado difíciles para la fonética castellana media, sino que se le despacha: «¡Ah, el del trasplante!». Ahora sí que nuestro Juan Ramón no se -113- atrevería a rezongar aquello de «¡Valiente billetito falso éste de la gloria!».

Baremo, escala de valores, méritos, derechos, etc. He ahí otra voz de nuestro tiempo, de gentes que corren tras algo, permisos, premios, pisos, traslados... Pues baremo, que tan bien retrata la sociedad actual, ha sido aceptada y ahí la tendremos. ¿Hay algo que refleje mejor que droga, algunos de los aspectos de la sociedad moderna, ansiosa de cambios, necesitada de ensueños, de engañarse a sí misma? ¿Cuántas veces se habla de drogas en los periódicos, en la radio, en la conversación ordinaria? Pues droga necesitaba el retoque que la adaptase a esta angustia que provoca. La fecha del retoque (adición del valor «alucinógeno») marcará en el diccionario el momento en que esas sustancias, que han llenado el trasfondo vital de tantas gentes, se han convertido, de pronto, en una plaga. Y ahí está. En el futuro, el historiador del léxico español podrá ver, sociológicamente hablando, cómo la aparición de esa enmienda coincide con la aparición de una nueva delincuencia, de una progresión de formas de vida diferentes, con costumbres diversas, etc. La lengua es siempre espejo de la realidad social en que se habla, y resulta, bien observada, su mejor exponente.

Un capítulo muy importante en la historia de las palabras son las acepciones nuevas que surgen amontonándose sobre la palabra vieja. Ya hemos citado algún caso atrás. He aquí otros más: hostelero, el hombre del hostel, ya nos era conocido. Hace unos años, todo Madrid recitaba (qué digo todo Madrid, todo el país) aquellos versos del Tenorio: «¿Está en casa el hostelero?». Ese sustantivo, de «tabernero, persona que tiene una posada o negocio», se ha convertido, por esta furia turística que nos envuelve, en un adjetivo digno. Y hay legislación hostelera, y se estudia hostelería, y hay quehaceres muy o poco hosteleros. Es decir, que ha nacido el valor adjetivo de la voz, dignificada, ascendida diríamos, en aras -114- de una nueva manifestación social de la vida. Esa acepción no figuraba en nuestro repertorio máximo.

Idea, palabra más bien abstracta, ha pasado a significar «creencia, convicción, especialmente religiosa o política». En nuestro país, de tan larga y enrevesada historia por la lucha de estas «ideas», esa manifestación no figuraba en el diccionario, que seguía tan pancho parado en el sentido filosófico de la voz, en el psicológico, etc. Ha sido menester incorporarla. Ahora se puede ser mártir de las ideas, o por las ideas, y se tiene una ideología, etc. Y las gentes de ideas avanzadas se sentirán muy felices al verse consagradas en el léxico general de la lengua. Como vemos, el diccionario se enriquece a costa de la vida. De dónde, si no.

Quizá en ambientes de cultura no muy escogida se viva más intensamente la necesidad o el prestigio de una cultura bien llevada y asimilada. De eso es vehículo excepcional el libro. Nada como un libro para dar índice de cómo es la gente. Las ediciones, en número o en modelo, la frecuencia con que un texto llega al público, dan certera fe de vida de una colectividad. Pues bien, la palabra edición se ha puesto delirantemente de moda. Pero, eso sí, sin tener que ver con los libros. Hay ediciones de campeonatos, de juegos, de romerías, de exposiciones artísticas o industriales, de carreras de coches antiguos, de concursos de belleza femenina y de moda masculina. Dios mío, qué lujo de edición sin imprenta. La palabreja anda al borde mismo de la ruina, de tanto emplearse, es decir, ha comenzado a deshojarse ese libro. En fin... Ahí está. ¿Nos parece medianejo ese uso? Sin embargo, ya los viejos juegos clásicos se contaban por ediciones... Lo que me temo es que no haya estado en la mente de los propagadores de este uso el venerable testimonio ...

De este capitulito de las voces que parecen nefandas o mal empleadas, por criterios puristas o simplemente por caprichos personales, y que, no obstante, deben ser aceptadas porque históricamente o culturalmente son, -115- han sido o pueden ser españolas, hablaré otro día. Hoy basta. Me he limitado a llamar la atención sobre cómo en la Academia se da, pasito a pasito, cuerda al habla, y se registra, hasta donde se puede, el latido lingüístico de la colectividad.

Se me olvidaba... Alguien puede decir que solamente entran palabras nuevas, extranjeras que acomodamos, o ampliamos sentidos a las viejas, o qué sé yo. No, no todo es así. Ya ven, también ha sido aprobada ahora, en el mes de octubre de 1970, hispanismo. No está mal, ¿no? ¿O será que nos hemos vuelto ya simple materia de estudio, más o menos fosilizada? Ojo, mucho ojo...

Sobre el género gramatical de pueblos y ríos españoles

Llego, mi querido amigo, un poco tarde al diálogo entablado por «Azorín». Pero no quiero que si dejo de contestar a su amable invitación pueda quedar por descortés. En realidad, después de lo que ya se ha dicho, yo no puedo añadir nada. Sin embargo, quiero hacer ver cómo en esta rápida duda de «Azorín» está él, entero, gran maestro y dueño del idioma, encarándose -¡tantas veces le habrá sucedido!- con la vacilación típica de este caso, esa vacilación que, repentinamente, hace levantar la pluma del papel y ceñir la atención agudamente, amorosamente, sobre el río o la ciudad en que estamos pensando.

No, no vale la pena machacar sobre esto. Todos los corresponsales encontrarán, segurísimo, un cauce femenino que alegar (casi siempre diminuto y sediento), y encontrarán razones suficientes para llamar a los topónimos con el o con la. (Dependerá de si piensan en pueblo, lugar, ciudad, villa, etc.) Otros, y con muy buen sentido, se aferrarán a esa terminación en a, que lleva fácilmente a hacer femeninos: Coruña, Pontevedra, Sevilla, Salamanca, etc., y dejarán para el masculino los en o y todos -116- los demás. (Sin embargo, «Azorín» dice Argamasilla entero, el propio Argamasilla, en La ruta de Don Quijote, capítulos III y XV.) Quizá otros, pensando en el énfasis, el amor, el empeño o el cariz especial de las situaciones (medio Madrid, todo Barcelona, medio Zaragoza, la nueva Santander, etc.), pretendan justificar su personal preferencia desde laderas extragramaticales. En fin, no cabe poner puertas al campo. A mí, y aparte de la clara vacilación (cada vez más restringida vacilación, ya que el uso va lentamente petrificando las estimaciones colectivas hasta elevarlas a norma), me gusta ver en esta inseguridad una manifestación del ideal artístico de la lengua, tan desdeñado por lo general. Detrás de esa predilección por masculinos o por femeninos, o de la especial visión del apelativo que condiciona el género gramatical, se entrevé la creación permanente del hablante, que trae, en ese momento, a las palabras que le preocupan su personal visión, intocable, y la expresa poniendo toda una carga emocional, sentida, viva. A los acostumbrados a un Madrid inevitablemente villa, coronada, limpita, simpática, etc. (póngase aquí una copiosa lista de femeninos desgastados por la literatura

madrileñista), les parece que el gran Madrid tendría que ser forzosamente incómodo, desmesurado, ingrato. Cualquiera persona de edad avanzada seguirá añorando la primera tanda de adjetivos; los jóvenes se decidirán también por ella, pero en masculino: simpático, limpio, etc.

Sí, ideal artístico de la lengua, detrás del que caben infinitas variedades concretas. En este caso determinado, «Azorín», que, como nadie, nos ha ido descubriendo, a lo largo de su ejemplar tarea, la hondura del vivir español, se habrá planteado mil veces el problema. Y lo habrá resuelto, en ocasiones, mecánicamente, oyéndose, pero en otras, las más, lo habrá hecho después de sopesar agudamente, inédito fulgor del descubrimiento, la luz, la silueta, las torres de un pueblo contra el cielo de España, el sesgo del río con género en litigio. Recuerda esta duda azoriniana aquella otra de Pío Baroja, nuestro -117- gran novelista, cuando -lo cuenta Ortega en El espectador- se vio, de pronto, fuera del idioma, al no saber qué hacer con Aviraneta, en ese momento tan poco heroico en el que el héroe avanza mal calzado. ¿Cómo decir, Dios mío? ¿En zapatillas, con zapatillas, de zapatillas, a zapatillas...? El ideal colectivo nos suprime la última construcción, ¿no es así?

Vacilación, inesquivable y perentoria, resuelta por una oscura razón súbita, deslumbradora sin embargo. La excelente Gramática de Salvador Fernández Ramírez, que tantas preguntas nos contesta, registra la vacilación de Gabriel Miró al designar a Tárbenas unas veces alta, callada, y otras, ceñido. Al lado de esa vacilación, contenida en Años y leguas, Miró dice, al ver al pueblecillo trepando por las sierras: «Ahora se daba cuenta de la femineidad del nombre y de la imagen que siempre le inspiró este pueblo». «Pueblo = mujer hacendosa, firme, limpia...». «Los nombres de los pueblos -añade- son concretamente ellos en su profundidad; profundidad máxima, que es la del lenguaje. Estos nombres equivalen en su fonética y evocación a ese alguien -hombre o mujer- tan intensamente él o ella, que no dejamos de mirarle hasta muy lejos, y siempre queremos saber quién será y cómo será».

Algo muy cercano le ha pasado ahora a «Azorín», asombradamente sonreído ante Nuevo Alcalá. Me emociona verle en esta coyuntura, que no revela, en último término, otra cosa que amor por el idioma, al que él, «Azorín», ha dado tanto empuje, tan excepcional dimensión.

En el milenario de la lengua

Se está celebrando el milenario de la lengua española. Un milenario que no tiene día o año precisos como arranque, sino que conmemora un amplio período, la segunda mitad del siglo X, en que, con bastantes opiniones -118- encontradas, se vienen fechando las Glosas Emilianenses, primer texto románico de la Península Ibérica. Ese texto está formado por una corta oración y unas cuantas apostillas de estudiante de latín, que, para ayudarse en la interpretación del texto, escribe entre los renglones o al margen la traducción o la aclaración que juzga necesarias. Es decir, una pequeña trampa de escolar, tal y como

todavía practican los que se inician en la lengua latina. (A veces, el anónimo escritor utiliza signos o letras que le pongan en orden románico el hipérbaton latino.) De una u otra manera, la lengua romance peninsular reflejada en las glosas participa de los caracteres del dialecto aragonés, riojano, con voces vascas escoltándolo. Nadie podía presentir, en aquella remota ocasión de la vida monástica, el espléndido futuro que la lengua vulgar alcanzaría, extendiéndose por el territorio de la vieja Cantabria, ensanchándose a costa de sus vecinos, penetrando en ellos, produciendo durante siglos una literatura deslumbradora y, finalmente, saltando el mar para crear en la otra ribera una nueva Romania hispánica de enorme extensión geográfica y de ambiciosa voluntad de futuro. Ésa es la lengua que hoy, más o menos exactamente, cumple los mil años de existencia y que varias entidades y organismos provinciales y locales de las tierras que algo tuvieron que ver en su más lejana historia con la Cantabria celebran con decidido entusiasmo.

Siempre me ha gustado, ante las reiteradas preguntas que se desparraman sobre el milenario de la lengua, la lengua misma, los rasgos y la salud de ésta, etc. (y que pueden encontrarse resueltas en multitud de lugares, en vez de martirizar a oyentes y lectores con algo que debería ser ya un valor sobreentendido), destacar el carácter eminentemente popular del español. Popular no quiere decir, ni muchísimo menos, populachero. Se trata de algo que hacemos entre todos, el alto y el bajo, el letrado y el artesano, y a lo que solamente pone linderos el famoso buen gusto, actitud que sirve de fiel a un equilibrio que, voluntariamente, se somete al consenso -119- general. El rasgo a que aludo se acusa vivamente al comparar nuestra lengua con sus hermanas digamos mayores, el francés y el italiano, lenguas que tienen en su base raíces cultas, palatinas, pulimento de gramáticos y cortesanos (el francés) o decididamente literarios (el italiano). En la producción más destacada de nuestra historia, el peso popular es muy notorio. Mana agazapado de los textos aparentemente más universitarios y cultos, atraviesa de refranes y experiencia colectiva las páginas más solemnes y canturrea abiertamente, emocionadamente, en toda la escena clásica, y lo hace en los mejores momentos, despertando así la complicidad y entrega totales del espectador. Nombres como Gil Vicente, Lope de Vega, Lorca, son difícilmente equiparables en lugar alguno. Y no digamos de las corrientes popularistas de la lírica en general. Todos reciben del pueblo lo mejor de su arte y se lo devuelven reinterpretado, disfrazado bajo un ropaje aún más popular, falsamente popular, pero repleto de armónicos colectivos. Circunstancia que torna en popular legítimo lo que hasta ese momento es acto individual.

Esta vuelta a la lengua viva y general es perfil muy definitorio en la historia de la lengua española. Citaré dos casos evidentes, de ambas orillas del Atlántico. Uno, nuestro: en el siglo XVI, Juan de Valdés, estudiante en Alcalá, tenía que conocer la Gramática de Nebrija. Nos es muy fácil suponernos que Valdés vería, más de una vez, pasear por las calles de la ciudad al famoso humanista, quien andaría con todo el prestigio de profesor ilustre y de autoridad universalmente reconocida a cuestas. La Gramática de Nebrija supone un hito fundamental en la historia de las lenguas románicas. Pues bien, cuando Juan de Valdés necesita exponer su teoría de la lengua se olvida del Arte de Nebrija y se inspira en la lengua hablada, en los refranes, en lo coloquial. El escribo como hablo, con la natural selección obligada ante la general exigencia de entendimiento y de respeto y de belleza asequible son las únicas leyes que acata. El otro -120- ejemplo es el de la actual y brillantísima literatura hispanoamericana. Durante todo el siglo XIX, el primero de vida

independiente, la literatura hispanoamericana fue una voluntad de existencia, una prolongación de la lengua de Cervantes, el lugar común de las inauguraciones solemnes, las primeras piedras, discursos de circunstancias, etc. Hubo incluso un afortunado y fino escritor que escribió un libro titulado Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ha sido ahora, cerca de nosotros, cuando los escritores han descubierto la existencia de una colectividad a la que dirigirse, y han hablado con ella sin reparos, y han logrado el éxito que nos asombra. He ahí dos ejemplos excelsos de vuelta a la voz de la calle, y los dos con idénticos resultados de brillo y eficacia.

Muchos se preguntan a estas horas por la salud, el porvenir de la lengua española. Es pregunta un tanto capciosa, mezcla turbia de inseguridades, nacionalismos e intereses macroeconómicos. Yo creo en el porvenir brillante de nuestra lengua. Considero muy sano y operante el purismo; creo que es un medicamento que no está mal emplear de tarde en tarde, pero no lo considero el único ni el mejor remedio. A los hablantes que se preocupan, hasta el clamor, por la invasión de tecnicismos y voces extranjeras en general, no hay que enseñarles otra cosa que la necesidad, cada día más apremiante, de que la lengua se estudie, y se estudie con pasión de conocimiento. Lejos de oportunismos y de anecdotario facilón. Es verdad que la lengua que se oye en los círculos de la cultura media está bastante descuidada, desmaño y ligereza escandalosamente aunados. (En este sentido, la responsabilidad de los medios de comunicación es enorme.) Y no vale la pena emplear lenguajes mezclados, no; eso no sirve más que para disimular la ignorancia o la escasa preparación, cuando no exhiben un fleco de ingenua cursilería. Es menester crear en el hablante español, hoy sometido a un abandono total de la norma lingüística (olvido que han sufrido, por otra parte, todas las normas durante unos largos años en que no ha sido precisamente -121- lo auténtico lo que latía bajo la palabrería retórica de una gran mentira orquestada), hay que crearle, digo, la conciencia de un amor por su propio idioma. Una colectividad que pierde parte de su lengua, pierde una parte aún mayor de su propia identidad como pueblo. Ya nos lo dijo Miguel de Unamuno hace bastantes años:

«La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuene
soberano su verbo, que no amengua
su voz por mucho que ambos mundos llene».

Sí, hay que convencer al hispanohablante de que nuestra lengua es la más noble y valiosa herencia que hemos recibido y que, al usarla dignamente, estamos acrecentando el patrimonio hacia un futuro en el que, y no importará que nuestros nombres no resuenen, nos veremos prolongados, palpitantes, ya por encima de todos los cambios momentáneos y de todas las vacilaciones. No hay que celebrar milenarios más o menos hipotéticos y orillados por la opulencia de festejos y pompas ocasionales. La mejor manera de conmemorar esos mil años será la de crear, crear arte o ciencia, que, al ser creadas, inventadas en español, dilatarán la fabulosa herencia, nuestro común idioma. La cosa es

mucho más importante y grave y trascendente que unas improvisadas charlas sobre el pulso, el futuro o el cómputo de palabras y de hablantes, zarandajillas que nos están acosando peligrosamente en las esquinas del hoy perentorio.

Significación de las Glosas Emilianenses

Cúmpleme hoy representar a la Real Academia Española en este acto en que, por varias razones coincidentes, recordamos, una vez más, que, en este Monasterio de San Millán de la Cogolla, en este o su anejo antecesor mozárabe, se escribieron hace mil años las primeras -122- palabras en la lengua que hoy llamamos española, la lengua de nuestra comunicación diaria, la que, por los azares históricos, ha adquirido mayor extensión geográfica entre sus hermanas y mayor consideración y empuje literarios.

Asombrosa herencia

Es realmente asombrosa la herencia, la caudalosa herencia que de esas mínimas palabras se ha desprendido. Con razón puede ponerse hoy en esa lápida que, desde hace unos instantes, brilla en las paredes de esta casa. Lo que a mediados del siglo X se nos presenta como un penoso balbuceo es hoy la lengua de más de doscientos millones de hombres y tiene a sus espaldas el haber creado, única entre las lenguas modernas, mitos de universal valía: La Celestina, Don Juan, Don Quijote no supieron nunca, en la anchura generosa de su personal vuelo, nada de su humilde antepasado, aquí, en la raya del vasco, en una situación conflictiva entre la huella de las legiones y la administración romanas y una cultura de signo popular, rural, vitalista, apegada al terruño. De una conjunción tan dispar ha salido como resultado el ademán español ante el mundo. De ese ademán recordamos hoy, aquí, su primera manifestación escrita, tímida, acobardada, recelosa casi, agazapada entre el prestigio religioso de las palabras latinas, las palabras ungidas por la cultura superior, por el mito, por la relación con lo insalvable.

Lenguas romances

Toda persona que se acerca al campo de las ciencias filológicas tropieza más de una vez con estas pequeñas advertencias, vocablos sueltos, alguna frasecilla breve que un monje probablemente vasco o, por lo menos, bilingüe, escribió en el cenobio de San Millán a mediados del siglo X. La Lingüística románica, ciencia que avanzó -123- a una rapidez de vértigo en el siglo XIX y la primera mitad del XX (tan aprisa que está hoy moribunda, exangüe), tuvo que encararse con este testimonio. Y se destacaron de mil maneras, con esa afición pedantesca del hombre de ciencia a ordenar todo según su personal capricho, los rasgos de las voces contenidas en el rancio documento. Y, como era de esperar, se comparaban con sus parientes no españoles. Sobre todo con los testimonios franceses e italianos, ya que otras lenguas eran poco conocidas (el caso del portugués, del rético), o había aparecido muy tardíamente sobre el papel (el caso del rumano). Se destacaba siempre

que el primer texto escrito en francés, los Juramentos de Strasburgo, del año 842, era un texto político, y que el primer texto escrito en italiano (Plácitos Casineses), de hacia 960, era un texto jurídico. Y se proclamaba que el nuestro, el español, basándose especialmente en la traducción final de un sermón agustiniano, era una oración.

Nada más fácil que deducir de ahí casi la prefiguración total de la historia subsiguiente en cada una de las lenguas. El francés, la lengua de la política, de las cancillerías, la lengua de los salones, hábil con especial empeño para dirimir cuestiones de límites, de peleas dinásticas, de política, en una palabra. El italiano salía de esas confrontaciones hecho la lengua del derecho, la de los sesudos estudiosos de Bolonia. (El otro texto primitivo, más primitivo aún, puesto que es de fines del VIII o principios del IX, L'indovinello veronese, es una adivinanza, con lo que nos llevaba al camino de la astucia y la arteria renacentistas, y salían los Borgias al retortero, claro está, pero olvidándose de que los Borgias tenían su mucho de valencianos). Y el español, en esta ruta, era la lengua del rezo, de la conversación con Dios. Realmente, era difícil hallar una solución más oportuna para explicar, ya en los años del siglo X, los místicos del XVI, la frase del Emperador en la archifamosa reunión italiana, incluso la evangelización de América o los Ejercicios de San Ignacio; pero...

-124-

Todo esto es verdad. Es, además de verdad, extraordinariamente subyugador. Yo veo prefiguradas en esas palabras iniciales la verdadera historia íntima de los pueblos, la Historia que en estos momentos parece estar en descrédito, ahora que los historiadores se lanzan de preferencia por las interpretaciones económicas de la conducta humana, e incluso de la Literatura. (Hay ilustre profesor que piensa que los judíos fueron expulsados de España a fines del siglo XV por razones económicas: ahí tenemos un ejemplo de la falta de seriedad a que nos pueden llevar nuestras opiniones partidistas). Todo eso, digo, es verdad, pero la Historia no puede ser solamente una cosa, una sola cosa, de entre las muchas que el hombre hace. Al hablar de hombres no podemos reducirlos a simplistas esquemas, sino que conviene replantearse la situación de cada cosa, de cada sucedido, para ver cuál es el que más se repite y extraer de ello consecuencias estructurales, formales, que nos sirvan para algo más. Y las Glosas, como sujeto histórico, también nos dan ejemplar enseñanza.

Juramentos de Strasburgo

Es verdad que los textos francés e italiano son así, son lenguas que yo me atrevería a llamar de estadios superiores de la vida (y entra, naturalmente, la realidad económica que los historiadores actuales buscan). La gente que jura en Strasburgo los límites de las tierras del Rin son gentes de salón, nobles, palatinos, gentes con el riñón bien cubierto, y está fuera de toda duda que pertenecen a la casta directora, son los que pueden repartir sobre el mapa sus heredades, sin contar para nada con los repartidos. Ahí está la realidad de una Historia secular, el eterno litigio, ese ir y venir de un lado a otro las tierras de Alsacia y de Lorena. Y las gentes que lo hablan y escriben son siempre aristócratas en el bueno y único sentido de la palabra, aunque pueda coincidir con el más usual. Una transformación fonética del -
125- francés, incluso casual, puede hacerse general si ha sonado bien en los oídos cortesanos o si ha sido pronunciada por los labios de una amante del rey. La lengua se impone de arriba abajo, cortesantemente, ayudada por los gramáticos. En toda la larga historia, larga y brillante, de la lengua francesa, tan sólo un hecho evolutivo es obra del

pueblo, de la comunidad, y para eso hay que llegar a la Revolución, a los años de la Restauración borbónica en el siglo XIX. Lengua, pues, superior, dirigida desde arriba por los socialmente mejores, y aceptada por los de abajo, por el predicamento intocable, mítico, que los de arriba ejercen.

Plácitos casineses

Algo parecido, incluso más extremista, ocurre en el italiano. Los Plácitos de Montecasino revelan el imperio de la Ley, de la mejor herencia romana: el Derecho, así, en abstracto. Se tiene un sentido reverencial de la legislación, lo que no excluye el uso de trampas. El hecho de las testificaciones de Capua lo demuestra. Pero esas personas son también de la tradición culta, son de salón, jueces, magistrados; incluso las palabras populares que suelta el labriego en el juicio están teñidas de leguleyismo, son acomodadas del ritual consagrado y acatado. Los jueces marcan una diferenciación entre su habla, saturada de latines, y la del labriego ignaro. La lengua literaria misma, por encima de las infinitas variedades dialectales, es un invento superior, el resultado de una laboriosa contienda entre el hombre, creador y artista, y la lengua común. Esa lengua se la han sacado de la manga, un buen día de la Florencia del XIV, tres hombres egregios: Dante, Petrarca y Boccaccio. Y esa lengua sigue pesando sobre todo nacido en la península italiana, una lengua exquisita, pulidísima, que sirve de fácil espejismo de coterraneidad, pero que, en realidad de verdad, no lo es. Tan fuerte es o ha sido su fuerza sugeridora, que acabó con las posibilidades literarias de otros dialectos, -126- con el veneciano, por ejemplo, o con el romano, vivo aún en el XVI, extinguido a pesar del enorme relumbrón de la corte pontificia. El halo cortesano del francés es aquí el deslumbramiento de la personalidad creadora, pero el primer impulso es muy parecido.

Las glosas, mística y picaresca

Vengamos ahora a nuestras Glosas y a nuestra habla castellana. Nos encontramos con una lengua hecha totalmente al revés que sus hermanas, el francés y el italiano. Es una lengua que no sabe de salones, que está hecha de abajo arriba. Se va imponiendo en su historia como la obra de todos, colectivamente, en quehacer común, el del pueblo, y al decir pueblo no quiero decir plebe, que es otra cosa, digo pueblo, la organización sociocultural en la que todos entramos, donde habita por igual el prelado, el noble de sangre, el artesano, el villano, el sometido, el delincuente, el santo... Una lengua que alcanza sus cimas expresivas sin otra ortopedia que el «escribo como hablo», que defendía Juan de Valdés, o el «buen gusto» de la Reina Católica. Una lengua como la vida misma, en tumultuoso devenir, dejando a cada paso su huella imborrable.

Este anónimo glosador es un monje que probablemente no tiene el castellano como lengua materna. Desliza voces de claro aire aragonés, con las oclusivas sordas sin sonorizar; no está muy seguro todavía en lo que a las vocales finales se refiere. Su peso latinizante le hace respetar siempre la «f» inicial latina, pero es muy probable que le llamara, y mucho, la atención el que muchos hablantes no la pronunciaran, y quizá eso fuese ya para él un testimonio de vulgarismo intolerable; tiene las formas arcaicas del artículo y diptonga algunas formas del verbo ser (que ya aparece invadido por sedere), como solían hacer los mozárabes en muchos sitios... Ha dejado escapar entre sus Glosas algunas en vasco, y en -

127- un vasco algo difícilillo, que participa de caracteres de varias variantes de esta lengua. En fin, se tiene la impresión de estar oyendo a un mozárabe que se empeña en adiestrarse en un latín olvidado.

Es un poco maestrillo, por otra parte, que necesita, por alguna razón, allanarse dificultades en el texto fuente. Este monje emilianense, que no pudo nunca calcular qué flaco servicio nos hacía al tener que estar desentrañándole, me produce la impresión de un estudiante actual, que va a los exámenes con alguna minúscula, inocente trampa, donde van escritas las contestaciones a las temidas preguntas, la resolución a las fórmulas de los horripilantes problemas. ¿Que no sabemos traducir Et ecce repente? Pues escribo entre líneas lueco; ese luego que significa «inmediatamente», como lo significó hasta la lengua del XVIII, y como todavía se puede perseguir en América. ¿Que suscitavi es rarillo? Pues escribo al lado levantai y ya está resuelto. ¿Que pecuniam es confuso? Nada más fácil que poner al lado ganato.

En fin, si mirando las Glosas desde el punto de vista del contenido y el contexto hemos llegado a explicarnos los místicos, mirándolas desde el hecho mismo de hacerlas, nos encarrilamos hacia la picaresca. Qué le vamos a hacer. Y esto sí que es español, de veras español: un sentido integral de la existencia, una mezcla extraña y absurda de dignidad y satanismo, de bondad generosa y de roñosería inequívoca.

Y digamos, para concluir, que lo que el monje anónimo está haciendo no es otra cosa que escribir lo que habla. Palabra romance, familiar, o vasca aún más familiar y limitada, igual que, andando el tiempo, Santa Teresa recurrirá a tachar cualquier voz que le parezca seria o erudita para sustituirla por otra del mercado o de la conversación, incluso por un regionalismo agresivo. Así va penetrando en nuestros mejores hitos esa voz de la calle, la del que canta en la esquina, la que resuelve, rapidez y buena intención, los problemas del desvivirse cotidiano. Eso son las Glosas, nada más, nada menos.

-128-

Palabras que congregan

Sin embargo, no debemos hacer generalizaciones peligrosas. Se han podido perder muchos documentos que alterarían esta visión con que la Filología románica nos ha venido atrayendo a sus filas. Han podido ocurrir tantas y tantas cosas... No olvidemos que estamos en 950, que aquí, en esta tierra, no hay ni siquiera españoles, que la palabra español es un provenzalismo, que los que aquí habitan son gentes en una constante lucha religiosa, enajenada, enloquecida. Para un europeo, lo que hay en la Península Ibérica, en la vieja Hispania, son gentes de tres tipos... Cristianos, moros y judíos.

Esas tres palabras no añaden al hombre una connotación terruñera o geográfica, sino que aluden a una peculiar manera de resolverse los problemas de esta vida y de la otra. Y aquí sí que las Glosas, con su papel de aclaración de unos textos piadosos, cumplen con un papel muy del tiempo. Los españoles hemos sido, de entre todos los pueblos modernos, los únicos que hemos confundido, a veces muy peligrosamente, las fronteras de la vida política con las fronteras de la creencia. De ahí también que este monje anónimo de San Millán, que hoy recordamos, tenga todavía la fuerza necesaria para congregarnos, para hacernos ir una vez y

otra a rebuscar en las palabrejas sueltas que intercaló sobre un texto ya entonces venerable. Lo que no pudo prever cuando escribía cuidadosamente, seguro, seguro, muy despacito, y paseando la lengua de extremo a extremo de los labios, para que saliera bien su grafía, lo que no pudo prever, repito, fue esta formidable descendencia que, en voz, en letra, en aliento, ha vivido el español, en aquella lengua de su pequeña trampa de latinista mediocre: una literatura incomparable, que participa, no podía ser menos, de lo que tienen otras, es decir, de lo que acarrea consigo el hecho de ser hombre.

La Real Academia Española, que ha tenido el acuerdo de designarme para representarla aquí, no podía estar -129- ausente en este acto, en el que se recuerda el primer balbuceo, a mil años vista, de la lengua cuya custodia le está encomendada.

Se habla mucho del idioma

En cuanto un purista se acerca a la lengua, con sus problemas actuales, especialmente los que se derivan de la pertinaz interferencia de otras lenguas, inmediatamente comienzan los tonos elegíacos, las profecías amenazadoras. Se habla de escisión y de ruina, de vasallaje, de pérdida de una tradición valiosísima. Sí, hay de todo eso en la presente coyuntura, pero conviene poner en claro previamente muchas cuestiones.

Por todas partes es muy perceptible que se tiende a una integración en unidades superiores. Me atrevería a decir que uno de los rasgos de esta sociedad contradictoria, opulenta y esclava a la vez de sus brillantes logros, es el afán de hablar de grandes estructuras supranacionales (en la economía, en la política, en los medios culturales). Por todas partes surge grandioso este juego de macroestructuras. Es reconocible incluso en los discursos de propagandas políticas aún teñidas de paternalismos. Y detrás de esto se adivina la uniformidad seriada de un estilo de vida que nos hace parecernos extrañamente, sin las acusadas y a veces hostiles diferencias de antaño, de aún no hace, por ejemplo, medio siglo. Para muchos humanos, estas situaciones se desarrollan en un ambiente conflictivo, por lo menos en sus inicios y hasta lograr su madurez. En ese clima de lucha, de esfuerzos por imponer una supremacía, es indudable que uno de los componentes, el más fuerte, será el que lleve la voz cantante. Y lo será el país o la sociedad que, dentro de los reunidos, logre arrastrar a los demás por el prestigio que fuere, su cultura, su potencial económico, su desarrollo material, cualquier otro motivo que le haga estar a la cabeza de la nueva agrupación. Y aquí hemos llegado a la cima de -130- nuestras cuestiones: esa comunidad, dirigida, quiérase o no, por uno de sus miembros, necesitará de una lengua, un medio de comunicación inconfundible, eficaz y aceptado por todos y que, a la fuerza, ha de responder ceñidamente a las también nuevas necesidades y urgencias de la naciente comunidad social.

En esta orilla del mundo que llamamos civilización occidental (cosa que, la verdad, cada vez se va entendiendo menos, a pesar de su rancio peso proselitista) son tres las lenguas que

aspiran a ejercer, por diversas razones, la dirección de estas comunidades o a ser vehículo de una comunicación de grandes proporciones: el inglés, el francés y el español. Constantemente, dentro de las fronteras de estas lenguas, asistimos a la tenaz exhibición de sus millones de habitantes, de su pasado literario, de su ámbito geográfico, oímos una vez y otra la pueril discusión sobre el número de voces que caben en sus diccionarios, etc. Argumentos adobados con no poco lirismo y con efectista suficiencia y, sobre todo, con no disimulado desprecio de las unas hacia las otras. Que si Lope es mejor o peor que Shakespeare, que si Racine o Descartes, que si los místicos españoles están mandados retirar, que si Cervantes era o dejaba de ser... Alejandrinas discusiones que no pasan de circunstanciales ejercicios de retórica verbal, orillada de concienzuda ignorancia. Todos esos valores existen y no deben suponer jamás un menosprecio para los de una lengua ajena, sino que se debe ensalzar la particular aportación al acervo general y, en especial, la circunstancia histórica en que se han producido. Ni el teatro español es inferior a ningún otro, ni los místicos son desdeñables porque sí, ni el teatro francés ha sido tan tedioso y engolado como muchos quieren. Han sido así, y qué le vamos a hacer. Y, siendo así, han satisfecho las apetencias de una sociedad que se reconocía en ellos y veía así compartidas y disculpadas sus ilusiones y aliviados sus desencantos.

Y ahora, esas actitudes, ¿pueden satisfacer la problemática que se nos viene encima? La contestación es algo -131- difícil y no pasaría, de hacerla tajante y repentina, de ser palabrería. Entristece un poco ver que, en el ámbito hispánico, todo se reduce a hacer oral proclamación de calidad, reconocimiento más o menos gritón de algo que ya hace mucho que fue reconocido, vistiéndolo hoy, arrojándolo de momentáneas razones políticas. Se lucha porque el español pase a ser lengua oficial en congresos y reuniones internacionales del más alto rango; sí, está muy bien, pero ¿para decir qué? Tal deseo, ¿tiene que ver con las capacidades de comunicación de nuestra lengua? ¿Estamos seguros? ¿No será más bien el deseo de no perder del todo situaciones anteriores que fueron conquistadas por el acendrado prestigio de una presencia política directora, por el indiscutido peso de un trabajo y una creación artística que no son los que ahora dominan? Y si es así, toda esta lucha por seguir sonando en las nuevas estructuras, ¿no será un canto de nostalgias bastante aguadas? Mirémoslo con cuidado, que quizá nos pongamos de acuerdo. Todo lo más es una simple cuestión práctica, que tiene su meta en sí misma, y quizá se justifica por una sencilla comodidad. En el mejor de los casos, no representa más que una mínima vertiente del problema: la lucha por el poder, el mando, la dirección en estas nuevas sociedades en proceso de amplísima fusión.

No, no se trata de un recreo emocionalmente encarado. A pesar de nuestra riquísima tradición (ignorada, con frecuencia redondamente, por los que claman por la presencia del español en el concierto internacional de hoy), nuestra lengua, en el tipo de sociedad hacia la que vamos o, mejor dicho, en la que ya estamos, no crea (bueno, no nos enfademos: apenas crea). Nuestra lengua es, entre las románicas, la de mayor herencia humanista y literaria. Pero, en lo que se refiere a la lengua científica, nuestra tradición es mínima. Hoy, la aportación científica en español no puede ser divulgada en español, sino que necesita, inmediatamente, de un rodrigón en inglés. El investigador se encuentra constantemente sometido a la cuesta arriba de una comunicación que no puede hacer -132- desde su lengua materna, necesita de unas muletas porque se ha quedado atrás. Esto provoca la natural introducción de anglicismos. Con las cosas advenedizas llegan las voces de la

colectividad que les ha dado vida, que las pone en marcha, las propaga y mitifica. Así, nos van entrando tantas y tantas voces que no figuran en nuestros diccionarios, que colman el léxico críptico de los especialistas (biólogos, físicos, ingenieros, economistas). Ante el aluvión de estas voces, claman y claman los puristas, los amantes de una tradición añeja. En nuestro dominio lingüístico las academias nacionales han comenzado, después de tomar conciencia del peligro de invasión, una especie de defensa dirigida, a base de comisiones de vocabulario técnico, que, en algunas academias (Madrid, Bogotá, Buenos Aires) funcionan con empeño y de acuerdo con las tareas análogas de las instituciones meramente técnicas, ya no literarias. Estas comisiones proponen el término español capaz de sustituir al inglés o su castellanización más correcta (sancionada finalmente por la Academia Española), pero la mayor parte de las veces llegan tarde. La Real Academia Española parte del principio, secular en su estructura, de consagrar lo que el uso pone a sus puertas ya maduro. Y ahora el problema ha de encararse de otra forma: todo va mucho más de prisa de lo que ha ido hasta hoy, y la novedad, unida a la movilidad de la moda y de lo llamativo, lanza sobre el mapa idiomático el neologismo, a veces hiriente, con una gran facilidad. Se trata de un problema que no es meramente lingüístico (lo que sí sería soluble por unas academias en vilo o alerta), sino de algo más profundo, que debe considerarse manifestación de la sorda pelea por la supremacía política o económica, fenómeno que va paralelo a la cultura de las masas y a un estilo de vida bien visible ya en toda la redondez de la Tierra.

De ahí la penosa impresión del purista al verse derrotado, es decir, al sentirse inferior en algo tan inalienable y querido como su propio hablar. Pena y lamentos -133- que se recrudecen alarmadísimos ante la inconsciencia general de los no educados en su lengua, que aceptan alegremente lo que les llega, convencidos, de añadidura, de que se ennoblecen al emplear frívolamente lo extranjero. De otra manera: el purista llora por una cultura que ya no está vigente y el irresponsable adaptador mecánico (y por qué no decirlo: cursi, desteñidamente cursi) se engalana de cultura ajena para disfrazar la falta de educación profunda. A unos y a otros habría, sin más, que encarrillarlos por un amoroso y constante quehacer en pro de un idioma henchido de futuro.

Es verdad que la lengua española no está amenazada, pero sí acosada. ¿Cómo luchar contra esta penetración, contra esta forma subrepticia de colonialismo?

* * *

Visto el problema desde la calle, con una mirada poco exigente desde el punto de vista filológico, resalta en seguida un carácter muy típico de estas luchas por el prestigio, por la permanencia de una lengua en el lugar que parece querer arrebatarse otra: nace el prejuicio lamentoso de creer que una lengua sea inferior a otra. En este sentido, los franceses, orgullosos de su lengua (y reconozcámoslo, no sin razones) no han querido o no quieren reconocer que en toda lengua se pueden presentar lagunas, vacíos para actividades humanas (recordemos la escasa tradición técnica del español, y creo que a nadie con la cabeza sobre los hombros se le ocurrirá pensar que es inferior por eso la lengua de La Celestina, del Lazarillo o de Ortega, por citar un poco a salto de mata), actividades que no han figurado entre las preocupaciones o quehaceres de sus hablantes. Y, naturalmente, la lengua se ve obligada a tomar prestado de otra lo que necesita conocer, amar o convivir. Y no es que sea la lengua extraña la más poderosa, sino, simplemente, la que, en ese momento de la

convivencia histórica, posee una mayor creatividad en determinados campos. Tácitamente, -134- se reconoce su superioridad en ese instante y en esa cuestión, lo que no puede considerarse, ni mucho menos, una situación de oprobioso vasallaje. Lo importante sería embarcarse en el torbellino de los hallazgos y añadirle notas nuevas en la lengua propia, y dejarse de hablar, de una vez y para siempre, de imperialismo, como se suele hacer en determinados lugares.

Los hispanohablantes han reaccionado ante la avalancha de anglicismos, poniendo en marcha, ya lo recordamos antes, sus comisiones de vocabulario técnico, es decir, han interpretado el hecho como un suceso asépticamente lingüístico. Quizá ha sido una prueba más de la hondura de sus calidades innatas, la del español, lengua que, desde la vertiente de lo técnico, no ha sido víctima de preocupaciones excesivas. ¿Que hay muchos anglicismos raros, deformantes? Vamos a sentarnos ante una mesa, discutir, sopesarlos, estudiar nuestra tradición y ver qué hacemos luego con esa mercancía. En la mayor parte de los casos no habrá voz patrimonial con que sustituir la nueva, pero los académicos se sentirán muy satisfechos de haber hecho tantas y cuántas exploraciones por una lengua espléndida, y acabarán reconociendo lo nuevo, sometiéndolo pacientemente a su fonética, a su sintaxis, a sus peculiares rasgos. No otra cosa pasó con la enorme entrada de galicismos por el camino de las peregrinaciones a Santiago, en la Edad Media, o con los numerosos del siglo XVIII. Una soterrada ley los acomoda y hermana con lo nativo, y pasado algún tiempo, tan de casa como el que más. En Francia, en cambio, ha sido muy diferente la actitud. Ha sido el Estado todopoderoso quien ha decidido que su lengua está en condiciones de bautizar perfectamente lo que llega de fuera, y por medio de leyes especiales, recuerda a sus súbditos el empleo de determinadas palabras y se escalofría ante el uso indiscriminado de las foráneas. Una lengua como la francesa, hecha de arriba a abajo, con el visto bueno de gramáticos y palaciegos, ha dado un paso más en esa trayectoria y ha dictaminado, desde las más altas instancias -135- de la nación, cuál ha de ser la reacción ante el extranjerismo que se cuele por casa en forma de palabra inglesa. Unas comisiones de terminología tienen la obligación de destacar cuáles son las zonas pobres del francés, y de decir cuáles han de ser las palabras patrimoniales que se hayan de emplear ante las realidades nuevas: Sí *crédit-bail*, no *leasing*; sí *noyau*, no *hardcore*; sí *minimarge*, no *discount-house*; sí *revelance*, no *royalty*; etcétera. Para la normal ciencia lingüística del francés medio, educado en el amor a su lengua, la medida se acata sin vacilaciones. Para espectadores ajenos, se trata de un rasgo de imperialismo. La lengua que ha cesado de ser la directora (como lo fue en la diplomacia, en la política, en tantas y tantas manifestaciones de la vida artística e intelectual) no quiere considerarse inferior en provincia alguna del habla. Pero lo cierto es que coloquios, reuniones, disposiciones del mayor rango, cuidan oficialmente de la lengua francesa, para protegerla del anglicismo imperante.

¿Sería concebible entre nosotros una estrategia así? Mucho me temo que no. Una medida de este alcance revela un temor ante lo que se avecina y un resto de soberbia lícita. Existe, además, una línea fronteriza confusa, donde los límites de la soberanía, de la conciencia nacional, se entremezclan apasionadamente con los de una cultura. Y es un hecho fuera de toda discusión que, en las sociedades modernas, las colectividades invadidas por una cultura diferente, por una economía ajena, incluso por algo tan aparentemente inofensivo como unas modas pasajeras (en el comer, en el vestir, en el divertirse o en las maneras de henchir el ocio) tienen que ser también agredidas en su conciencia lingüística. Entre

nosotros, parece que una de las cosas más vigentes es el desconocimiento de la propia lengua. Y eso que se nos plantean problemas de extraordinaria dimensión y de enorme trascendencia, debidos al gigantesco espacio geográfico donde el español se asienta, y a la diversidad de situaciones conflictivas que, por esa misma razón, nos asaltan. -136- Todo esfuerzo que se haga por mantener la unidad de la lengua debe ser fervorosamente acogido y ayudado. (Habría que prescindir de actitudes líricas, puristas o tradicionalistas.) Una postura como la francesa sería en el mundo hispánico una medida dictatorial, calificada con adjetivos denigrantes. No podemos aspirar más que a una política de colaboración y entendimiento, tendente a unificar las soluciones ante los problemas múltiples. Y a fomentar en los hispanohablantes, dirigentes y dirigidos, la conciencia de su habla como valioso vehículo de una cultura, que no es sólo manifestación de dominio, económico o político, sino algo más profundo y duradero. No son leyes especiales, con su trompetería de preámbulos, promulgaciones, articulado, sanciones, etc., las que armonizan la conciencia defensiva de un hablante, sino simplemente, la superioridad interior del mensaje, superioridad que se conquista minuto a minuto con el trabajo consciente y la apasionada actitud ante el idioma. Pasión y serenidad sabias, no asociadas a circunstancia alguna. Una lengua que se añade voluntariamente a una circunstancia humana, política o económica, se está encadenando a algo caduco, perecedero, transitorio. Puede fácilmente encontrarse un día vacía, sin saber a dónde mirar, cubierta y recubierta de fórmulas muertas. Y tampoco se debe mirar con hostilidad lo que traiga lo nuevo, sino procurar adaptarlo a lo tradicional. Un renacimiento es, siempre, una fecundación de lo nacional y autóctono por lo extranjero.

Por ahora, la amenaza no es tan grave desde fuera como desde dentro. Domina una total falta de gravedad ante el idioma. No voy a hacer un catálogo de disparates o chocarrerías, que no haría más que hacerme pasar por algo diametralmente opuesto a lo que verdaderamente soy: un fervoroso partidario de la sana evolución lingüística. Pero... es fundamental crear la conciencia colectiva de que hablamos con muchísimos más, que no es nuestro horizonte un aldeano y cabañero charloteo, y que nuestro descuido puede llevarnos a serias escisiones -137- en la gran comunidad hispanoparlante. ¿Leyes, sanciones exigencias oficiales? Hace escasas horas, la publicación oficial del Estado recoge algo que, por el lugar de su aparición, no debería ser una alegre fiestecilla pasajera. Allí se habla reiteradamente de singles de longplays, de cassettes... Ni siquiera se les ha ocurrido traducirlas, o plantearse el problema, o comprobar si alguna estaba ya adaptada, hispanizada (ocurre con casete, que se hermanó con carrete, volquete, etc.). Estaba publicada su oficialidad. ¿Sanciones? En Francia, como todo en su lengua, la sanción vendría de arriba a abajo. Aquí, como todo en nuestra Historia, de abajo a arriba. ¿No sería excesivamente subversiva la sanción, o por lo menos, el procedimiento? Es urgente actuar contra esta dejadez casi delictiva, campo abonado para cualquier tipo de infiltraciones anómalas. Nada de medidas puristas o coercitivas, sino clara conciencia de una actitud plástica, de intercambio de mutuos valores y mutuos respetos, en la que debe sobrenadar la necesidad de mantener la lengua española en trance de creatividad constante, lo que será la mejor prueba de su buena salud. Sin necesidad de calcar las aguerridas (y tan nobles) medidas francesas, algo podríamos aprender de ellas, digo yo...

II. La Real Academia Española

Una preocupación que no debe abandonarnos nunca a los hispanohablantes es, sin duda, la de la pureza y expresividad de nuestra lengua, la gran herencia común. Hoy habla el español una colectividad de más de doscientos millones de personas. Y todos nos entendemos, todos podemos, en cualquier momento, establecer una estrecha comunicación de voluntad o de sentimiento. Eso se lo debemos al idioma. Pero, en tanta y tan variada geografía donde se habla español, y con tan larga memoria ya, es natural que surjan, aca y allá, algunas variaciones, disidencias, modas, actitudes diferentes ante el hecho lingüístico. ¿Cómo compaginarlas para que el idioma siga constituyendo el nexos espiritual más fuerte? He ahí súbitamente, la necesidad de una codificación, de una supervisión consciente. Eso es la tarea de la Real Academia Española y de las Academias hispanoamericanas.

Hoy todos utilizamos, sin ninguna vacilación, la palabra adoquín, «piedra labrada en cierta forma de prisma para el pavimento y otros usos». La palabra era ya usada en el período clásico, aunque no fueran exactamente iguales los adoquines a lo que hoy nos imaginamos al decirlo. Pues bien, adoquín no figura en el primer Diccionario, sino que no es recogida hasta 1770, es decir, cuando la -140- voz ha comenzado a extenderse con el valor que hoy tiene. Nos lo demuestra su uso en las Ordenanzas de Madrid, de Teodoro de Ardemans, ilustre arquitecto urbanista (1719). Y así llega a nosotros. Es evidente que el trabajo de poner las piedras en el suelo ordenadamente, etc., se llamó adoquinado («acción y efecto de adoquinar»). Así aparece en textos muy diferentes: en las Lecciones de arquitectura, de Portuondo, en 1877, y en Pequeñeces del Padre Coloma (1891). Pues bien, no es recogido por el Diccionario hasta 1899. Los académicos obraban cautelosos, sí, pero seguros. La cautela llega a hacer que no aparezca todavía la acepción figurada de adoquín «hombre necio, testarudo, torpe, ignorante», que se viene empleando normalmente desde mediado el siglo XIX (mucho en el género chico; también en América). Figurará en la próxima edición, ya que la Academia decidió su aceptación en 1960. Es de esperar que también entre el valor «caramelo de gran tamaño», usual en algunas comarcas españolas y en general en el habla popular.

Otras ocasiones, al surgir un trabajo nuevo, la voz necesaria se busca en algo análogo, que tuvo el prestigio suficiente para designar una forma de vida. Así, azafata, que todos usamos hoy normalmente unida al avión, fue antes una doncella o camarera escogida, que se encargaba de las ropas y joyas de la reina. La voz ha surgido nuevamente para designar, sin duda con mucho acierto, a las agradables muchachas que trabajan en los aviones.

Todas estas palabras han tenido un uso cuajado de vacilaciones, imprecisiones, hasta que han adquirido el beneplácito del uso y del consenso. Es entonces cuando la Academia madrileña interviene para darles carta oficial de ciudadanía, incluyéndolas en el Diccionario usual. Esa inclusión lleva un proceso bastante sosegado y consciente. Tanto para estas palabras como para otra cualquiera que esté llamando a las puertas del Diccionario, la Academia tiene previstos unos cauces bastante eficaces y acertados.

Lo primero es comprobar que efectivamente existe tal palabra en uso. Se buscan todos los testimonios posibles de ello, escritos u orales, traídos a la Academia por los académicos de número o por los correspondientes, quizá también por personas o instituciones que tropiezan con problemas lingüísticos (profesores, escritores, redacciones de periódicos, etc.) y se examina cuidadosamente el posible origen o etimología de la voz. Si se trata de un extranjerismo, la Academia procura buscar si en la tradición hispánica existe palabra que pueda representar adecuadamente el contenido de la voz nueva, etc. Se discute ampliamente las posibilidades de existencia o de matices que esa palabra pueda conllevar, etc. (A veces, de las discusiones salen otras varias palabras, olvidadas, o insuficientemente explicadas en el Diccionario), y, finalmente, después de un período de un mes largo para que se medite sobre su aceptación o su rechazo, y después de haber pasado por una comisión especial, en la que figuran los filólogos más destacados con que cuenta la Academia, esa voz es admitida definitivamente, o rechazada, bien mandándola a cuarentena, a ver qué giro toma su uso, bien condenándola. De todos modos, esa condena, en contra de lo que mucha gente ingenua cree, no es rotunda y total, ya que, si hay algún testimonio de su uso, la palabreja en cuestión, que no entrará en el Diccionario usual, sí entrará en el monumental Diccionario histórico de la Lengua española, que ha de ser testigo de la presencia de multitud de hechos léxicos que no han pasado a la lengua general.

Lo que quizá no puede sospechar el medio ambiente, poco informado, y dado en general a la broma y al chiste fácil, es que la Academia trabaje infatigablemente en innumerables casos como el que acabo de decir. No hay que olvidar que los académicos son, todos, otra cosa, la que es su ocupación o profesión (un académico no es un ente de ficción, ni muchísimo menos), y a la que han de dedicar sus horas más densas. Y sin embargo los académicos se enfrentan constantemente con largas listas de -142- palabras que pretenden entrar en el Diccionario. Miles y miles de palabras son estudiadas anualmente. La Academia celebra sus sesiones los jueves por la tarde, durante todo el año. A fin de tener un mínimo de vacaciones y de no perder los jueves en los que haya que guardar fiesta, los tales jueves sin sesión se recuperan en otro día de la semana. Y, por añadidura, en lo que al Diccionario se refiere, se celebran otras sesiones suplementarias, dos veces semanales, por la llamada Comisión de Diccionarios, que se encarga de preparar y analizar las condiciones de vida, buena o mala salud, origen, expansión, etc., de cada una de las palabras estudiadas. En eso consiste la realidad del lema académico: «Limpia, fija y da esplendor».

La Real Academia Española tiene su sede en Madrid, en la calle de Felipe IV. Es un palacete neoclásico, con airoso frontón al frente. Ya es centenario. En ese edificio están las salas de juntas, la biblioteca y el Seminario de Lexicografía. En esa casa se trabaja puntualmente todas las tardes del año en la elaboración de las tareas académicas. Como es natural, esas tareas han cambiado mucho desde la fundación de la Academia. La Academia como tal institución nació en 1713, bajo el reinado de Felipe V, el primer rey de la Casa de Borbón, quien pretendió así equiparar algunos aspectos de la vida española con la de Francia, su país de origen. Se la dotó de tantos sillones de número como letras tiene el alfabeto español. Hoy hay algunos más (se han repartido, en sucesivas transformaciones, en

letras mayúsculas y minúsculas), y en la actualidad los sillones de los académicos de número son 36.

Entre los argumentos fundamentales para justificar la creación de la Academia, figura el de redactar un Diccionario que pudiese demostrar la fortaleza y hermosura de la lengua. Si así se pensaba en 1726 (fecha en que empezó a publicarse el Diccionario de Autoridades), cuánto -143- más será necesario hoy en que el ámbito del quehacer humano ha ensanchado prodigiosamente su radio de acción, y en que, especialmente en el campo de las ciencias y de la técnica, nos entran tumultuosamente palabras y acepciones nuevas, que han de ser sometidas, como todas, a escrupuloso examen. La transformación del horizonte cultural ha colocado a la Academia en una necesidad de renovación radical. La lengua española posee una tradición humanística y literaria como no la tiene ninguna de las otras lenguas románicas, pero en el aspecto descarnadamente científico, no ocurre así. Además, en estos momentos, las lenguas sajonas son las que dan la pauta. Y necesitamos incorporarnos al nuevo clima con la mayor dignidad. La Academia, pues, tiene delante un trabajo agotador y verdaderamente extraordinario.

El laboreo académico se refleja en sus numerosas publicaciones. Unas muy conocidas del público y otras absolutamente ignoradas por el lector medio. Entre las más usadas y divulgadas figura en primer lugar, como era de esperar, el Diccionario usual. El Diccionario usual es el continuador del primer diccionario que publicó la Real Academia, el que llamamos de Autoridades, tarea verdaderamente colosal para su tiempo, de un aliento lexicográfico de primerísima categoría. Apareció en varios tomos, y todas las voces que se recogieron fueron atestiguadas por el uso en los grandes escritores, especialmente del período clásico. Como ese Diccionario se elaboró precisamente en la circunstancia en que la lengua clásica quedaba ya terminada, como si dijéramos, rotunda, el valor del Diccionario de Autoridades es inmenso: no podemos acercarnos a los textos del siglo XVI y XVII sin tenerle al lado. Es una guía certera e inexcusable. Los académicos, silenciosos, modestos, que llevaron abnegadamente a cabo tal tarea, merecen todo nuestro respeto y nuestra admiración. Ese Diccionario supuso un adelanto enorme, en materia de lexicografía, a la Europa de su tiempo. Un impulso así no lo ha reanudado la -144- Academia hasta hace muy poco, en que ha comenzado la publicación del ya citado Diccionario histórico.

Otra de las publicaciones más usadas de la Academia es su Gramática. Toda persona que hable español ha de tenerla próxima a su mano, para resolver dudas, problemas, insinuaciones, etc. La Gramática académica no es un libro de alta doctrina filológica, ni debe serlo, sino el auxiliar insustituible ante las dudas, y el orientador imprescindible para conocer la estructura del idioma. En estos momentos la Academia trabaja denodadamente para renovar su Gramática con arreglo a nuevas tendencias lingüísticas, de forma que, sin perder su aire de consejera eficaz, penetre, a la vez, en una nueva zona de conocimiento lingüístico.

Aparte de los Diccionarios y Gramáticas, Ortografías, etcétera, editadas por la Academia, la Institución publica asimismo otros libros de capital interés para la Historia de la Lengua española. Tal es su colección de ediciones facsímiles, en la que se van reproduciendo libros rarísimos, apenas conocidos, pero que suponen mucho en la evolución del español. Como la

Academia no tiene fines lucrativos, estos libros, muchas veces joyas de artesanía editorial, suelen valer muy poco dinero.

Quizá en estos momentos la publicación más importante en que está empeñada la Real Academia Española es la edición de un Diccionario histórico de la lengua, tarea que avanza con gran dificultad y mayor empeño, para la que se han calculado treinta años de trabajo. Va publicada la mitad, aproximadamente, de la letra A. En esos volúmenes se recogen todas las voces de que se tiene noticia que hayan existido o existan en español, y se documenta su uso desde la primera aparición en la lengua hasta hoy. Se trata de una labor verdaderamente titánica, en la que se esfuerza un grupo de académicos seguido por un escogido y eficaz grupo de colaboradores.

Como ya se puede ir apreciando, nada más lejos del concepto vulgar que existe sobre el ser «académico». -145- Nada de un señor apoltronado, que fuma y dormita, firma copiosas cartas de recomendación, y que no habla más que de sus achaques de la edad. La Academia es un Centro de trabajo, quizá el de más responsabilidad entre todos los de nuestra habla, ya que, en cierta forma, depende de su vigilancia la unidad espiritual de la comunidad hispanohablante, lo que no es cosa de juego, ni parece que vaya a serlo. Las gentes que hablan español crecen en número de día a día, y el aliento de la literatura hispanoamericana ha puesto en primera línea a los novelistas del otro lado del mar. Y siempre, la voz de la Academia, o su consejo callado, están detrás de tanto y tan grande prodigio.

¿Cómo se hace un académico? Es un problema que suena y resuena, cada vez que hay una vacante en la Corporación, y sus ecos llenan la prensa diaria, y las opiniones se dividen, y hay «hinchas» de éste o de aquél. Lastimosamente, esos hinchas no suelen estar muy enterados de las necesidades de la Academia, ni de los (condición primera) méritos de los aspirantes. Antes de explicar cómo se fabrica un académico, yo me atrevería a aconsejar a la gente en general, que no tome partido ostensiblemente por nadie. La Academia no suele obrar con ligereza, y, a veces, se trata de candidatos cuya tarea (filólogos, biólogos, economistas, filósofos) no ha llegado al gran público, ni éste tiene patrones con qué juzgarla. Puede tratarse de una persona que, en un folletito de pocas páginas, haya subvertido el estado de una cuestión hasta entonces considerada inmutable. Y eso, la gente que discute en tertulias, paseos, cafés, etc., no tiene autoridad para juzgarlo. Hay en cambio personas que no paran de publicar, como si fueran niágaras de papel impreso. Y sin embargo, a nadie con mediana sensatez se le ocurriría llevarlas a la calle de Felipe IV. En fin... Prudencia, prudencia que suele ser cosa fructífera.

El ser académico es, en realidad, premio a una vida dedicada al trabajo y a la gloria de las letras españolas en cualquiera de sus manifestaciones. Tres académicos -146- de número presentan, en cierto plazo legal, la candidatura del nuevo nombre, para lo cual se tienen en cuenta las necesidades de la Academia y, en especial, el currículum del candidato. La Academia estudia parsimoniosamente, también dentro de otro plazo legal, esas candidaturas, y, llegado el fin del plazo, vota. Es necesario reunir cierto número de votos, sobradamente definitorios, para ser elegido. Una vez electo el nuevo académico, ha de leer su discurso de entrada, en solemne sesión pública, para ser considerado como tal académico y poder participar en las tareas de la Academia. Ese discurso, que suele leerse en una tarde de domingo, se edita a expensas del nuevo académico, y ha sido en ocasiones un trabajo

fundamental en la investigación literaria. Recordaré solamente uno: el de don Miguel Asín Palacios, el gran patriarca del arabismo español, sobre la Escatología musulmana en la Divina Comedia. Después de ese discurso, leído en la casa madrileña el día 26 de enero de 1919, todo el conocimiento de Dante ha cambiado de signo. Como éste, podríamos citar otros muchos.

Como es natural, por la Academia han pasado las más destacadas figuras de las letras españolas. Leer el índice de sus nombres es leer la mejor Historia de España. Es verdad que siempre ha habido personas egregias al margen, que no fueron académicos. Pero no es por razones tenebrosas, sino, modestamente, por razones de reglamento. Hubo una época en que era forzoso residir en Madrid para pertenecer a la Academia. Por eso quizá no lo fue Clarín, por eso tardó tanto en serlo Miguel de Unamuno. Y por eso hubo que hacer una leve trampa administrativa para que lo fuera José María de Pereda. Hoy esa condición no existe, y hay varios académicos que residen en provincias. Como criterio heredado de otros tiempos, la Academia no aceptaba a gentes de conducta un tanto fuera de lo normal (la Academia es una institución humana, histórica, y, por tanto, participa de las cualidades de la vida humana y de la circunstancia histórica, y pobre de ella si así no fuera), -147- y por eso quizá no entró Ramón del Valle Inclán, hombre al que le gustaba la vida ruidosa, estrafalaria, divorciado de su mujer en una España obsesa con los valores tradicionales de la familia. Pero eso no obsta para que la Academia haya admirado y siga admirando la tarea de ese escritor incomparable, e incluso ha habido académico posterior que dedicó su discurso de entrada a analizar, públicamente, la obra más escandalosa de Ramón del Valle Inclán. Otras veces, las ausencias se deben a voluntad del interesado, que prefería seguir disponiendo de su tiempo libremente, y no encadenarse a la disciplina académica, exigente y nada lucrativa.

Una de las críticas que, entre bromas y veras, suele oírse sobre la Academia es la de que allí no hay mujeres. Como es natural, las mujeres son las que más hablan de eso. Y se llegan a oír palabras como discriminación, odio, etc. Todo eso es cháchara inoperante. En la Academia no se practica discriminación alguna. Lo que ocurre simplemente es que el número de puestos es limitado, y que siempre, hasta ahora, ha habido un número bastante alto de personalidades varones que ha llenado ese hueco, y que no tenían equivalente ni rival femenino. No debemos sacar las cosas de quicio. Y ahora menos que nunca: Avanzamos hacia una cultura de tipo técnico. Pues bien, ¿dónde están las biólogas, las técnicas en sonido, las creadoras de ciencia en español? Y en el campo de las letras puras, ¿no hay todavía nombres eminentes que esperan su sitio en la Academia? Además, no se ha planteado nunca la cosa en serio, con todo rigor. Cuando esa ocasión se presente, la Academia, estoy seguro, considerará la candidatura de la forma más aséptica posible. Se enjuicia siempre una obra, nunca una persona determinada.

Pero, y volviendo a lo que nos atraía, hay que decir que las personalidades más destacadas de la vida nacional han pasado por la Academia. Académicos fueron, y solamente cito nombres muy recientes y conocidos de todos, Zorrilla, Castelar, Menéndez Pelayo, Echegaray, -148- Galdós, Pereda, Benavente, Unamuno, Pérez de Ayala, Azorín, Machado, Pío Baroja, Gregorio Marañón... La lista sería interminable, y arriesgado el dejar de citar algún nombre importante. Pero el que no puede dejar de citarse es el de don Ramón Menéndez Pidal, el creador de la escuela filológica española, gran patriarca de nuestras

letras, muerto en noviembre de 1968. Menéndez Pidal fue Director de la corporación entre 1925 y 1936, y luego desde 1947 hasta su muerte. La dirección de Menéndez Pidal es probablemente la causa del enorme prestigio que la Academia disfruta en el mundo entero de las letras y de la investigación literaria.

Bajo la dirección de Menéndez Pidal se creó la Asociación de Academias de la Lengua Española. No debemos olvidar que en esta tarea de hablar y escribir español no estamos solos los españoles: estamos, por el contrario, en franca minoría. Los países de los antiguos virreinos ultramarinos hablan y escriben y sienten en español, y en todos ellos hay una academia de la lengua. Nacidas en el siglo XIX (alguna más moderna no altera nuestra exposición), son casi todas correspondientes de la Real Academia madrileña, y trabajan en estrecha colaboración con ella. La Asociación ha creado una Comisión permanente con residencia en Madrid, en la que figuran representantes, por turno, de las academias americanas. (El Secretario de esa comisión es actualmente don Luis Alfonso, académico argentino.) Esa comisión estudia y encauza las propuestas de las academias americanas con solicitud e interés, lo que dará como resultado primero la inclusión en el Diccionario de numerosas voces americanas, con la natural indicación geográfica aclaratoria, y sobre todo mantiene vivos los nexos y los problemas, única forma de encarar el futuro con seguridad y acierto.

-149-

Probablemente sería curioso decir aquí la historia de alguna voz americana que haya sido discutida por esta comisión. Sin embargo, es mucho más ilustrativo observar la próxima edición del Diccionario usual en la que figurará un suplemento de varios miles de palabras, en su mayoría americanas. La lengua ya no es patrimonio exclusivo de Castilla, sino que nos pertenece por igual a todos los que hablamos español. Y en esa área en la que se reparten ciudades gigantescas como México y Buenos Aires, forzosamente el meridiano del idioma ha de ser una línea quebrada que abarque esas grandes aglomeraciones humanas. Sin embargo, citaré un ejemplo para que se vea en qué consiste la tarea de la Comisión de Academias.

Por todas partes se va generalizando el uso (en barcos, en ferrocarriles) de recipientes de medidas fijas para llevar cargas. Como en tantas otras cosas de la técnica moderna, nos faltaba en español medio la palabra oportuna. El inglés *container* era lo que se iba poniendo en marcha a la vez que la cosa. Pues bien, esfuerzos aunados, opiniones compartidas, etc., después de numerosas consultas (centenares de cartas de aquí para allá, con pareceres razonados) han decidido que lo mejor es llamar a ese artefacto contenedor, y así se ha propuesto. Falta ahora solamente que el uso lo vaya generalizando, para lo cual serán muy útiles el periódico, la radio y la televisión. Habrá, pues puerto de contenedores, tren o barco de contenedores, etc. Y se olvidará la fea palabra extraña *container* (o *tanque*, o *furgón*, y otras parecidas con que el sentido vital de la lengua había ido intentando designar el nuevo artefacto). La unidad de la lengua queda así protegida, escudada, en la opinión y el esfuerzo de unas cuantas personas responsables y apasionadas en su trabajo. Lo mismo cabe decir con las necesidades de las versiones de los textos litúrgicos, ahora que van a ser dichos en la lengua vernácula, etc., etc.

Toda persona interesada de verdad en problemas del idioma tiene un poco la obligación de colaborar con tan -150- enorme trabajo. Puede mandar sus fichas a la Academia y puede sobre todo acudir a los concursos que la Academia convoca periódicamente, y en los que suele pedirse el vocabulario de una técnica, de un oficio, de un escritor, etc. Son de gran variedad. Esas fichas pasan inmediatamente a engrosar el caudaloso, el casi fantasmagórico fichero académico (pasa ya de los nueve millones) y deja constancia de algo que han dicho labios españoles alguna vez. Se trata del mejor tesoro de nuestra tradición y de nuestra existencia como colectividad. Para esto, no hace falta ser un consumado especialista, sino que basta con ser un discreto observador, y repetir fielmente lo observado. Viejas palabras perderán así su sello de arcaísmo, si sabemos que aún se usan; algunos dialectalismos pueden pasar a la lengua general; podemos saber nuevos valores de palabras antiguas, etc. Si la Academia recibe y escucha amablemente consultas que pueden ser resueltas con una simple y cortés lectura del Diccionario o de la Gramática, ¿cómo no va a aceptar complacida un enriquecimiento de sus materiales? Esos materiales pueden servir para aclarar una etimología, para resolver un problema ortográfico o de localización geográfica, etc., etc. No se olvide que la Academia es consultada desde muy diversos sitios y por muy diversas gentes. Y siempre sobre el español, es decir, sobre lo que es de todos, no sobre caprichos personales o circunstanciales.

Creo que después de estas líneas el lector medio no seguirá lanzando bromas inocuas sobre la vida académica. El trabajo de la Corporación es inmenso y a todos nos toca de cerca. Vigila nuestra lengua, lo que nos hace ser lo que somos en el mundo. Todo hispanohablante debe tener conciencia clara de que en unas salas de la calle de Felipe IV, un grupo de hombres pacientes, abnegados, laboran por su mejor rasgo espiritual, la lengua de Machado, la de Cervantes, la de nuestras necesidades cotidianas.

-151-

Congreso en Lima

Terminadas las tareas del Congreso, ha llegado el momento de la dispersión. En mi condición de presidente de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española he de decirles unas breves palabras de despedida, el «hasta luego» ritual a que el constante asedio de los problemas de la Asociación nos somete. Nos diremos, pues, hasta luego. Hasta luego, porque será muy corta la pausa en nuestro trato. Dentro de pocas horas comenzarán de nuevo las comunicaciones, las consultas, los envíos de una a otra Academia, es decir, se reanudará la constante relación que nuestra Comisión representa y que, a pesar de su complejidad y agobio, nos llena de una sana, profunda satisfacción.

Desde que supe la necesidad de dirigirme al Congreso en esta ocasión he estado rumiando lo que podría ser el contenido de mis palabras. Lo primero que en estos casos debe hacerse es manifestar la gratitud a la Academia invitante por su generosa y cordial hospitalidad. Creo que no falto a la verdad si la proclamo en nombre de todos los asistentes, y así se la expreso a don José Jiménez Borja, presidente del Congreso y director de la Academia Peruana de la Lengua, como cabeza visible de tantas y tantas manos solícitas que nos han atendido estos días. Le ruego que haga llegar nuestro agradecimiento, con el acento de

verdad que la coincidencia entre fórmulas y realidades proporciona, a las autoridades y colegas peruanos que se han desvivido por hacernos gratos estos días de Lima. A todos. Y una vez cumplida esta tarea, queda hacer el recuento de nuestros trabajos en el Congreso. No lo voy a hacer, sin embargo. Sería un vano machacar en hierro frío repetir aquí lo que ha pasado ante nuestros ojos y más aún ante la presencia de los que hemos sido sujetos históricos de la reunión. Las Actas del Congreso, cuya publicación anhelamos, serán el mejor testimonio de nuestras discusiones y tanteos. Deseo vivamente que todo cuanto hemos acordado se convierta en brillo creciente -152- para esta lengua nuestra, nuestro grande y común tesoro, y sea fértil llamada para sucesivos encuentros. Ha habido, en estas discusiones, pasajeras preocupaciones, satisfacciones no disimuladas, desazones, inocentes altercados por cuestiones aparentemente insignificantes... Un Congreso suele ser, en pocas horas, una reducción apretada de la vida, con su escolta cimbreada de síes y de noes, de pros y de contras. Gozo máximo es, al llegar al final, mirar esa tempestad en un vaso de agua como manifestaciones de una pelea familiar (en este caso la gran familia hispanohablante), donde todas las discrepancias, olvidándose de su eventual animosidad, se alían, súbitas, en pro de la común meta de felicidad y convivencia. Un Congreso sobre problemas de nuestra lengua es, queramos o no, un desfile de problemas de familia, que sabemos previamente se resolverá en limpia claridad.

Mis palabras, al llegar a esta despedida, habrán de ser breves, ya que todos estamos con el hormiguillo del viaje a cuestas, la desazón de los últimos toques y retoques a la fluencia de estos días. Mis palabras, además, han de ser afectuosas, a fin de eliminar, con el reconocimiento del trabajo fructífero, la vana retórica que con facilidad suele acosarnos. Cualquiera de los presentes, que ya me conoce de sobra por los sucesivos Congresos en que hemos coincidido, sabe muy bien que una intervención mía no puede ser de otra manera. Breve, porque -¡ay!- se me acaba la cuerda muy pronto. Me gusta mucho más oír que hablar. Y han de ser a la fuerza palabras afectuosas: siempre es un placer impagable el encontrarse de nuevo con leales y añejos amigos, amigos de esos que, aunque no tengamos un trato directo continuado y la geografía nos imponga distancias y climas, nos sabemos ahí, al ladito, entregados a una preocupación de signo semejante y a una finalidad acordada. Ninguno de los que estamos aquí hoy nos sentimos, estoy seguro, ajenos, lejanos, en visita. Hemos cruzado tierras y estructuras diferentes, países diversos, y, al llegar, nos vemos anclados en algo profundo y sólido. Esto es posible por la lengua -153- común. Y cuando la razón de ese acercamiento es un importante acontecimiento de la historia de nuestra lengua, hemos de destacar imperiosamente cuánto de trascendencia encierra la convocatoria que hoy clausuramos.

Hace ya mucho tiempo que Rufino José Cuervo temió una disgregación de la unidad lingüística hispanoamericana. Detrás de él, filólogos de diferentes escuelas y de formaciones encontradas echaron también su cuarto a espadas sobre la posible diversificación del español americano, amenaza que consternaba a los lingüistas, que velan en ella una mundial y desmesurada calamidad. Muchas y de muy diverso alcance fueron las manifestaciones desplegadas a este propósito en los varios países hispanohablantes. Hubo que llegar a los tiempos maduros de la escuela de Menéndez Pidal para sentar la nueva actitud: la unidad de la lengua, férrea unidad espiritual bajo la que caben infinitas variantes locales, regionales o nacionales. El peligro que amenabaza y consternaba a nuestros

abuelos, el que hacía sufrir a nuestros viejos casticistas un escalofrío de alarmado espanto, ha desaparecido.

Así nos hemos venido desarrollando durante unos cuantos años, en los que ha progresado ampliamente el conocimiento de las variedades múltiples del español, tanto en la Península como en América. Frente a una dialectología (y empleo la voz dialectología en un sentido quizá excesivamente lato) que se emperraba en encontrar diferencias, nos asomamos hoy a otra en la que observamos cómo cada diferencia es, en el fondo, una ligazón más. Frente a una dialectología apenas esbozada en los años treinta y apenas presentada por Cuervo, hemos pasado a un estado de información, si no total y amplísimo (en estos casos nunca se alcanza la meta deseada, sobre todo porque la lengua está siempre, gracias a Dios, en perpetua ebullición, y un trabajo o un punto de vista lingüístico envejecen muy deprisa), si no a una información total, repito, sí por lo menos a un estado de notoria familiaridad, y en ocasiones de amplio conocimiento. Han progresado extraordinariamente los centros -154- de trabajo y de investigación, se han emprendido o continuado obras capitales de la Lingüística hispánica, y hoy tenemos al alcance de la mano elementos de juicio abundantes, valiosos y fidedignos. Esto nos ha iluminado, aparte del estado vivo de la lengua y de su ambiente sociocultural, amplias zonas de su historia y de su evolución y de la realidad vital de que fue y es portadora. Pero, a la vez, ha despertado, con caracteres de extrema urgencia, la necesidad de ensanchar el horizonte del trabajo y la inaplazable premura con que hay que desprenderse de viejas concepciones, aún vigentes en muchos casos, y lanzarse por una metodología acorde, emparentada estrechamente en todos los países de habla hispánica y esgrimirla frente a una nueva circunstancia sociocultural.

Porque hemos de dar una importancia extraordinaria al estudio sociológico de la lengua. Ya no más una dialectología como la que hemos venido haciendo, convencidos casi de que el día anterior a nuestras pesquisas se habían marchado las legiones romanas, dejando el campo libre a nuestra investigación. Sí, eso hay que tenerlo en cuenta, y, en algunos casos, será inexcusable recurrir a la herencia latina directa. Pero en la nueva circunstancia, y muy especialmente en la Romania Nova, los soportes del arranque investigador han de ser otros. Sin perder de vista el remoto origen común, habrá que hundirse de rondón en el estudio de avatares socioculturales y antropológicos muy diferentes. Cada cultura tiene su idioma y cada fase evolutiva de esa cultura tiene sus variantes y sus debilidades, y sus fobias. Y sus aciertos. Los hispanohablantes somos propietarios de una lengua de extraordinario valor humanístico, literario, poético, etc. Pero de pobre además científico. Y las nuevas formas de la vida avanzan sobrecogedoramente aprisa por un sendero plagado de técnicas nuevas, casi milagrosas, descubrimientos científicos alucinantes. Y estas cosas se suelen hacer en lengua diferente de la nuestra. Estas técnicas, por añadidura, progresan y cambian día a día, me atrevería a decir -155- que de hora en hora, sufren un violento proceso de fulgor y de desgaste. La física actual, la bioquímica, la tecnología petrolífera, la televisión y el cine, la cirugía, la publicidad, la economía, la comunicación, la política, la astronáutica. Ahora, la fascinante informática, esa tortuosa amenaza de extinguirnos los secretos... Todo está sometido en nuestro mundo a una monumental edición crítica, sólo comparable, por su ambición y hondura, a la que afligió a la Humanidad renacentista. Y todo eso se está haciendo en lenguas que no responden a las cualidades de la lengua española ni, en general, de las lenguas románicas. Hemos de sacudir toda asechanza de modorra y estar dispuestos a revitalizar el idioma con lo nuevo.

Porque de cuanto nuevo venga de fuera, como fuerza fecundante, surgirá, estoy seguro, un renacimiento. No hay que temer invasiones perniciosas. La mejor solución es crear, crear, crear, procurar añadir algo a todo cuanto nos rodea. Y que ese algo recién estrenado se diga, se llame, se bautice en español. Para la enorme aventura y la formidable conflictividad que caracterizan el momento actual, es claro que, aisladamente, si nos obcecamos en un pueril taifismo, no hacemos otra cosa que ofrecer flancos fácilmente arrollables. De ahí la necesidad de un aliento común, de aunar esfuerzos y encarrilarlos hacia una sola diana. De ahí también la necesidad de la Asociación de Academias de la Lengua Española y la ingente tarea que nos hemos impuesto. A través de los sucesivos Congresos de la Asociación, se ha ido tomando conciencia de las exigencias del contorno. Se ha comenzado a laborar en las Corporaciones a base de Comisiones de Vocabulario parcelado, especialmente el técnico, comisiones que, desgraciadamente, no rinden lo suficiente ante la dimensión atroz de las transformaciones que nos envuelven. Por lo menos, se logra así mantener la unidad, o mejor: la vocación de unidad ante el peligro inmediato. Impedimos así que los tecnicismos se disgreguen, dando una solución en un país y otra en el vecino. Las Academias que, desoyendo -156- las recomendaciones de los Congresos, no cumplen con la creación y subsiguiente faena de estas comisiones técnicas, contribuyen ingenuamente a mantener viva la trasnochada visión que de las Corporaciones corre por el mundo de los desocupados y semicultos. Esas Comisiones han de existir, son muy necesarias, pueden hacerse incluso con auxiliares especializados no académicos... Hemos de crear un talante nuevo, fomentar un alerta en vilo. Y una vez seguros de ellos, ensancharlos y divulgarlos. Divulgarlos ante todo. Para muchas gentes de ambas riberas del mar, las Academias son -¡todavía!- algo muy decorativo, más o menos elegante y tolerable en el contexto social. Se consideran algo así como una condecoración relumbrante, muchas veces no muy batalladoramente conseguida. Y punto redondo. Pues no, no, no es eso. Pero, si alguna vez ha sido así, ya no lo es. No puede serlo. Las Academias de la Lengua son, ante todo, lugares de trabajo, centros que se ganan su prestigio día a día, en situaciones laboriosas y trascendentes. Sus publicaciones, las oficiales de la Corporación o particulares de sus componentes, el laboreo constante en una palabra, es lo que ha de dar su nueva faz ante las gentes. Necesitamos salir a la calle, donde están hoy todas las cosas, y decirle al amigo y al enemigo cuáles son nuestros propósitos, nuestros planes, nuestras limitaciones también. Y aceptar, naturalmente, el consejo ajeno. Coloquios como éste que hoy termina son arma inestimable para tal fin.

Éste será el único procedimiento para conseguir que la soñada unidad de la lengua se mantenga. Y aquí viene mi pequeñísima corrección a la teoría tantas veces expuesta por Menéndez Pidal y su escuela. Unidad, sí, pero no unidad de la lengua a secas, sino unidad de la lengua culta. Unidad cada vez más compacta. Las personas cultivadas, las buenas conocedoras en su quehacer, seguirán entendiéndose, dando jornadas de brillo a la lengua común. Pero mucho me temo que en los recovecos del habla popular, aquí y allá, y muy especialmente en la entonación, -157- las diferencias se vayan acentuando. Tampoco es para rasgarse las vestiduras. En todas partes estamos asistiendo a un mantenido empeño por elevar el nivel cultural de las masas. Y claro está que, al elevar ese nivel, también la lengua asciende. Pretender otra cosa, sería convertir la unidad en estéril inmovilidad. Dos cosas bien diferentes.

Esto me lleva a destacar la actitud que la Real Academia Española ha adoptado ya hace algún tiempo. En Madrid, sabemos muy bien que el meridiano de la lengua no es exclusivamente español. Están ya muy lejos los años en que, por razones conocidas de todos, el ideal de lengua procedía de Castilla y de las clases cultivadas de esa tierra (la mejor lengua está en el cortesano discreto, aunque haya nacido en Majadahonda, nos señalaba Cervantes). Ahora, las cosas han cambiado mucho. El meridiano de la lengua es una línea quebrada, muy quebrada, que cimenta sus coordenadas en ciudades muy diversas: Buenos Aires, Bogotá, Madrid, Santiago de Chile, México, La Habana, cruza las grandes ciudades bilingües de España y se detiene en Barcelona, vuelve a América, recalca en Lima... En cada uno de los lugares donde surge una gran agrupación humana, rectora de formas de vida envidiables para el común de las gentes, allí surgirá un nuevo ideal de lengua que arrastrará enérgicamente a los hablantes de su contorno. Lima, con su población creciente, con su especialísima vocación de gran colectividad, es uno de esos polos, y de los más destacados además, por su peculiar situación fronteriza con otras circunstancias vitales y culturales.

Y reconozcamos que nada puede enorgullecernos tanto, como hablantes de español, como ese increíble cambio. El nombre del lugarejo madrileño, citado por Cervantes con el artilugio de cubrir graciosamente su rustiquez, ha de sustituirse por otros de muy diverso tamaño, estilo, condición, fisonomía y rango. La consecuencia es muy clara. Ante la natural diversidad, la urgencia de obrar -158- con una disciplina común se agrava. Y también es claro que el purismo, el viejo, noble y envarado purismo no es ya un arma recomendable del todo.

La Real Academia Española, consciente de esta realidad, pide, ya hace muchos años que lo viene repitiendo, pide colaboración. Su actitud está patente en el Esbozo de una nueva Gramática, publicado recientemente. Ese Esbozo pasará a ser la Gramática normativa el día que tengamos las observaciones oportunas, provinientes de cualquier lugar hispánico, observaciones que engrosarán y matizarán su texto, con tal que vengan bien razonadas y documentadas. Ahí está la labor del Diccionario usual, labor callada y anónima, nada brillante ni destacada en esta época de las figuras refulgentes. A través de la colaboración con las Academias (y la de otras personas interesadas en el problema) el Diccionario va enriqueciendo su caudal de semias, especialmente las americanas, y ya sin las vacilaciones que le atenazaban en tiempos pasados. La Real Academia Española ha decidido la transformación total de su Diccionario y, después de una nueva edición de urgencia, cuya preparación está adelantadísima, edición que, ante todo, pretende corregir los errores deslizados en la última (errores debidos a una reestructuración del material, notoriamente distinta de la edición anterior), la Corporación publicará un Diccionario que, sin olvidar la añeja tarea de acarreo, procure estar al unísono con las últimas corrientes de la lexicografía moderna, y sin perder por eso su condición normativa. La existencia de una copiosa y excelente literatura común nos hace a todos un poco responsables de ese Diccionario en el que ya trabajamos y en el que hemos puesto muchas esperanzas. En la edición de urgencia a que me refería hace un instante, se añadirá el fruto de la colaboración de estos años a través de la Comisión Permanente: el número de americanismos será sencillamente abrumador. Y ya es afán que me llena de estímulo la revisión de todo lo que con un criterio excesivamente historicista hemos llamado y el Diccionario llama arcaísmos. Todo eso, y ya estamos -159- en ello, será revisado y depurado en la mayor parte de los casos. No

podemos seguir llamando arcaísmo a lo que, siendo patrimonial de la lengua clásica, esté vigente en cualquier lugar americano o en cualquier comarca española. Muchas veces he dicho, y me gusta repetirlo hoy, aquí, que la Edad Media está vivita y coleando, ahí al lado, a sólo treinta quilómetros al oeste de Madrid.

Todo esto será posible ordenarlo, ponerlo en firme ruta clarificadora gracias al esfuerzo y la colaboración entre las Academias de la Lengua Española y a la voluntad de servicio de la Comisión Permanente de la Asociación. Los Congresos, que ya van siendo historia escrita, pueden servirnos de estímulo y acicate. Fue primero el de México, en 1951, y siempre será de justicia recordar la llamada de aquella Academia en la citada circunstancia. Vino detrás el de Madrid (cuánta, cuánta aspereza suavizada) y se sucedieron los de Bogotá, que formalizó la Asociación, y el de Buenos Aires, que dio vida a la Comisión Permanente. Y los subsiguientes, Quito, Caracas, Santiago de Chile. Cada uno de esos Congresos se trajo y resolvió su propio afán, un torcedor que ceñía la reunión desde los preparativos iniciales y alcanzaba el desenlace, no siempre a gusto de todos, tras un despacioso intercambio de opiniones y una democrática exposición de afinidades y oposiciones. También en este Congreso de Lima hemos tenido ocasión de contrastar la solidez de nuestra Asociación. Me refiero al ingreso en ella de la Corporación llamada Academia norteamericana de la Lengua Española. Sus representantes habrán podido observar que en el logro de su deseo de incorporarse a la Asociación, no todo el monte ha sido orégano, sino que, por el contrario, ha habido claras manifestaciones adversas, una copiosa exposición de dudas sobre su condición jurídica y hasta discretas, pero significativas, abstenciones. Y, sin embargo, no ha faltado nunca, por parte de representante o delegación alguna, una justa simpatía por los propósitos de la nueva Corporación. Tuve ocasión de manifestar, en el desarrollo de las discusiones, cómo la Comisión -160- Permanente no tiene otro deseo que el de colaborar estrechamente con las delegaciones y personas que el Congreso nos envíe, y lo repito aquí. En la mano de los recién incorporados, a los que doy gustoso ahora el abrazo de bienvenida, en su mano, en la más diestra de sus manos, está el conquistarse la total confianza, eliminar cualquier resquicio de sombra, tapar cualquier leve fisura... Es decir, les estoy pidiendo, y estoy seguro de lograrlo, una leal, tenaz y alegre colaboración.

Ponemos hoy punto final a otro Congreso, acogidos por la Academia Peruana de la Lengua, corporación que ha sabido acudir a todo generosa y atinadamente. Pensando en la hermandad que nos une, recordando los nombres ilustres que pueblan las actuales Corporaciones (o las han poblado con el inextinguible brillo de su quehacer), saboreando la decidida vocación de porvenir que mana de nuestros trabajos, me he permitido recordar aquí algunas de nuestras más acuciantes tareas, para decir, machaconamente incluso, cuánto espera la Comisión Permanente de las Academias, y, con la Comisión, la vida toda de nuestra lengua. Hemos celebrado hace poco, por esas coincidencias de situaciones, caprichos y realidades, el milenario de nuestra lengua. Hagamos, como dejaba entrever hace un par de tardes el director de la Real Academia Española y maestro de todos, don Dámaso Alonso, que, ante los milenios futuros, ese milenario pasado sea una escandalosa, una agresiva juventud. En nuestras manos tenemos muchas armas para lograrlo. De tanta y tan esplendorosa savia joven como la producción científica y literaria de muchos países hispanoamericanos vierte (y no cito nombres por no caer en una vacua pedantería o en peligrosos olvidos circunstanciales) nuestra lengua espera mucho, muchísimo. América, con su gran producción editorial, sus escritores excelentes, su situación de frontera de

culturas poderosas, su seductor y latente trasfondo prehispánico y su vibrante voluntad de futuro, tiene que ocupar, indudablemente, un lugar de vanguardia en la lucha por la unidad de la lengua española. Tendrá que -161- convertirse en el instrumento imparable que, como presuponía el verso de Vallejo, se gane en español toda la Tierra. Sé que ésa es la preocupación y el norte de miras de cuantos me están escuchando. Al despedirme hasta el próximo Congreso, que esperamos y deseamos sea en la querida Guatemala, les hago presente a todos mi fe en el mañana y mi agradecimiento como hispanohablante por la abrumadora riqueza con que contribuyen a engrosar la común herencia de nuestro idioma.

-162- -163-

III. Publicidad, publicidad

Estoy aquí por la gentileza de ustedes para participar en unas tareas provocadas por el común interés de nuestra lengua. Una posible alarma ante las intromisiones que en el idioma pueden provocar las íntimas relaciones (cada vez más íntimas y ceñidas) con otras esferas de lengua o de cultura, ha hecho que un puñado de hombres de buena voluntad se hayan reunido en estos momentos para poner al servicio de esta problemática sus mejores esfuerzos. Tal empresa debe contar desde el primer momento con nuestra máxima simpatía, con el mayor interés. No tanto ya el interés del oficio (yo no soy más que un modesto aprendiz de filólogo), como un interés de dimensiones totales, de lo que yo me atrevería a llamar, si no pudiese parecer desafortunado, un problema de supervivencia. Una colectividad se retrata fielmente en la lengua que habla, en los giros cotidianos y profusamente empleados, y, dentro de esa zona, está su más profunda, inalienable condición. A veces, esa zona se ve obligada a presentar fisuras, grietas por las que se va introduciendo otro estilo vital: son las épocas de cruce, de simbiosis o de conflicto, de las que, no hay por qué asustarse, siempre sale algo nuevo. Pero hasta que eso nuevo aparece perfilado y asimilado, la lucha es notoria y la desazón permanente. Esto comienza a ocurrir en nuestro momento, -164- en que la invasión de una técnica concebida y llevada a la práctica bajo el signo de otras lenguas, amenaza con llenarnos el paisaje de nuestra ciencia y de nuestra técnica con giros extraños, con voces nuevas, con construcciones desusadas. Prevenirlo en la manera de lo posible era una excelente razón para que nos reuniéramos hoy.

Sí, es indudable que cada lengua es vehículo de lo que sus hablantes hacen, y expresión vivísima de la circunstancia histórica en que las cosas se hacen. La comunidad hispanohablante tiene que estar preparada para afrontar el nuevo caudal de vida que se nos avecina, caudal en el que la voz hispánica, portadora de otros valores diferentes, no ha tenido una destacada presencia. Además, en la vida moderna, las lenguas se proyectan ruidosamente hacia afuera, en multitud de reclamos, de llamativa gritería coloreada, vivamente diversa y atrayente, que se desgrana ante nuestro asombro con la pretensión de allanarnos la vida, suprimirnos las dificultades, sembrarnos de felicidad el espinoso camino. Somos víctimas de un ininterrumpido consejo, que va desde la salud hasta las diversiones.

El porvenir, el trasmundo todo se encierra bajo la pasajera amonestación de la radio, la televisión, los anuncios encendiéndose y apagándose ante nuestros ojos fatigados. El periódico se llena de anuncios, los envoltorios de lo que compramos pretenden tranquilizarnos cualquier posible duda por si lo hubiéramos comprado apresuradamente, sin el necesario respiro... Y sin darnos cuenta repetimos ya mecánicamente, quizá hemos empezado con una broma motivada por una situación ocasional o parecida, los anuncios sin rostro de la radio, los gestos familiares del locutor o del artista que pregona excelencias desde la pequeña pantalla... Ya no leemos lo que reza al costado del autobús, o los cartelones del metro o del tranvía, porque un color, un muñequito familiar nos hacen repetir la frase hecha y augurante, a ciegas, sin pararnos a pensar que quizá la misma cosa, exactamente la misma, la hemos llamado hasta hace muy poco con otra expresión más clara y diáfana, la que emplearon -165- nuestros padres, la que quizá diríamos nosotros espontáneamente si no interfiriera ese insidioso reclamo que alguien ha pensado para nosotros, apoyándose en que lo íbamos a recordar mejor así por Dios sepa qué oscuro camino del espíritu... Y lo repetimos, claro. Y así va entrando poco a poco un lenguaje rápido, sí, quizá cómplice, pero, indudablemente empobrecido, que va anulando, muchas veces, la facultad pensante de los individuos.

Todo cuanto se haga para evitar este despeñadero será útil, provechoso, fructífero. Bastará en ocasiones con una simple llamada a la atención, a la seriedad idiomática, pero otras veces habrá que tomar alguna medida, en la dimensión posible y escurridiza en que pueden tomarse medidas en este campo. Pienso en el caso de los container, palabreja para la que se han pensado muchos equivalentes. Contenedor parece la más apropiada. La Academia Española, después de consultar a todas las Academias hermanas, así lo aprobó. Ha habido quien ha pensado en contén (recordando el ten con ten), o quien se ha decidido sin más por la aceptación de la voz inglesa. Y lo cierto es que los contenedores ya van saliendo a todas horas, que ya hay trenes de contenedores y puerto de contenedores, etc. Magnetofón, a la francesa, ha prosperado bastante, y son muchas las gentes que lo dicen porque así lo han visto escrito o lo han leído en los prospectos propagandísticos, pero lo cierto es que será mucho mejor decir magnetófono como decimos teléfono o audífono, e ir nivelando la estructura general del idioma, de modo que el extranjerismo acabe por sentirse en casa, sin ese marchamo de voz extraña y advenediza.

En el caso concreto de la publicidad es aún más difícil, ya que la mayor parte de las veces la cosa pregonada no dispone de un asiento, de un espacio vital en la tradición idiomática donde lucha por imponerse. Y es necesario acudir a su lengua madre, a sus rasgos diferenciales para destacarla. Piensen en lo que ha pasado en gran parte de la nomenclatura del automóvil. Y una vez -166- que esa nomenclatura se ha adaptado, es necesario luchar entre los diversos tipos, de forma que cada cual se destaque en la estimación del público, del posible comprador o disfrutador. Se trata de transitar una calle llena de reclamos para atraer la atención del curioso, del desocupado, y, lo que es más, del entendido. Peleterías, cosméticos, ferreterías, zapaterías... Póngase en su lugar cualquier otro tipo de necesidad humana: libros, electrodomésticos, flores, restaurantes, películas, esas llamadas innúmeras de la vida cotidiana. Y de la muerte, pues ni siquiera las funerarias se libran de esta necesidad de exhibir sus admirables condiciones. Y esos reclamos se dirigen, en especial, a las peculiares condiciones de vida del momento en que nacen. Son el mejor termómetro de las apetencias, de las necesidades espirituales o materiales de la humanidad. Sí, el filólogo

tiene que contar con la publicidad en el futuro para hacer la historia de la lengua y la historia espiritual de la comunidad. Aparecen retratados con sesgos de increíble firmeza los rasgos típicos de un momento histórico detrás de esos pequeños, comprimidos gritos de la publicidad. Unos ejemplos me servirán para aclararlo.

Les invito a trasladarnos al Madrid de 1600, el Madrid aún fresca capitalidad de la monarquía austríaca. En aquel lugarejo entre serrano y manchego no había de nada. Había, eso sí, un magnífico alcázar-palacio, con sus bosques privados para la caza, pero nada más. No era ni siquiera una ciudad de abolengo eclesiástico. Ni obispado, ni universidad, ni un importante establecimiento de Justicia. Nada. Ni siquiera un río importante. Y ese lugarejo se vio obligado, por las necesidades de la inmensa máquina de la Administración y del Gobierno, a crecer rápidamente, sin ritmo ni concierto, casi como le pasa hoy, y tuvo que llenar sus huecos. Fueron naciendo los hospitales, y los teatros, dos cosas hermanadas en su origen, y las plazas grandes, y los paseos, y las innumerables casas de religión, y los ministerios... Por esas exigencias, iban llegando a la ciudad que se -167- desperezaba, viajeros de todas partes, viajeros de Europa, de América, de cualquier lugar o país. Y nacieron las posadas, los mesones... Tenemos que imaginarnos ese crecimiento, ese bullir posadas por todas partes, como asistimos hoy al bullir de paradores, hoteles, albergues, etc., emplazados en lugares escogidos del turismo o del descanso, o de las vacaciones organizadas. Todas esas posadas está fuera de toda duda que se valdrían de multitud de artimañas para atraer clientela, a pesar de que hubiese para todas. Eran la Posada del Sol, la de San Blas, la de la Oliva, la del León de Oro, la de los Militares franceses, la de las Damas. A los mesones y posadas de ese Madrid turbulento y enredado les acompañaba naturalmente fama de ser buenas o malas, pasables o indecorosas. Y nos encontramos en el teatro una forma de publicidad de ellas, en ese teatro menor de los entremeses y los bailes, hecho para rellenar los espacios entre los actos de las comedias normales. Hay un Baile de las Posadas de Madrid, de Margarita Ruano, escrito en 1692, en el que nos enteramos de que los barrios turísticos de Madrid estaban emplazados en la calle de Silva, de la que aún quedan algunos trozos, y en la Cava Baja de San Francisco, en la que todavía hay huellas de viejos paradores de trajinantes y arrieros, bullicio de los pueblos cercanos, de gentes que van y vienen a la ciudad desde sitios próximos, a comprar o a vender. Allí estaba el Mesón de la Miel, en el que hay que suponer que se reunirían los mieleros alcarreños, a los que todavía yo en mi infancia, próxima a ese barrio, he oído pregonar la mercancía por las calles, y que vivían en esas posadas: Mesón del Segoviano, Parador del León de Oro, Posada de San Antonio, Posada de la Cuesta. Las Guías y avisos de forasteros del tiempo hablan de la comodidad o incomodidad de estos lugares, con palabras que no están muy lejanas de las de hoy, encareciendo la baratura, las comidas, la limpieza de las habitaciones. También lo hace el Baile de los mesones, de que es autor don Francisco Lanini (su apellido hace pensar -168- si no sería un experimentado viajero). Este buen señor da remedios jugando con el título de los mesones, que, bien manejados ante el público de esta manera, equivalen, salvando las distancias, a los telones de boca repletos de ofrecimientos generosos, que hoy vemos en cines y teatros, o al desfile de anuncios que se derraman en los descansos, esos telones en los que todos hemos jugado alguna vez a adivinar la palabreja que empieza por tal letra, y acaba por tal otra... Don Francisco de Lanini dice a sus personajes, o les hace decir, cosas como éstas: ¿Es usted caballero con deudas? Debe mantener su aire de tal caballero. Viva, pues, en el Mesón del Caballero (probablemente del

Caballero de Gracia, barrio y calle aún existentes). ¿Usted estaba enamorado de una hermosa que se llamaba Clara? Viva en el Mesón de los Huevos:

Al Mesón de los Huevos
usted se venga,
que en él hallará claras
con muchas yemas.

¿Se trata de una mujer que ha perdido sus riquezas y se encuentra como desnuda? Pues en ese caso

Al Mesón de los Paños
usted se aloje,
donde en paños se ponga
mucho mejores.

¿Qué habría detrás de ese Mesón de las Damas, qué damas serían, y por qué se le citaba en el baile, obrilla encaminada a hacer reír? ¿Qué pensamientos despertaría en el público ese nombre? Y así, por procedimientos parecidos, desfilan el Mesón de Paredes, aún vivo en un nombre de la ciudad, el Mesón del Peine, todavía en funciones junto a la Plaza Mayor, el Mesón de las medias («medidas»), el del Toro, el de la Media Luna... Es -169- evidente que a la mayor parte de estos mesones citados en los bailes les rodea un ambiente de crítica que diríamos social, y que su propaganda está hecha a través de lo que hoy nos parecería ruidoso, caro, excesivamente llamativo y nuevo... Porque las relaciones de las posadas como tales negocios, es decir, lo que no es «literario», nos hablan de algo bastante distinto: Nos hablan infatigablemente de nombres del Santoral, en los que vemos los infinitos conventos o feligresías de la ciudad: San Francisco, San Blas, San Miguel, San Cayetano, San Pedro, de Jesús y María, de San Nicolás. Es muy posible que fuera confortable a la medida del tiempo esa Posada de las Ánimas, o de la Necesidad, o la eterna Posada de las Angustias, títulos que no son precisamente un éxito de reclamo, pero que aún están vigentes en muchas ciudades pequeñas de la meseta. Pero detrás de esos nombres se adivina la textura especial de un pueblo alucinado que confundía los límites de la creencia con los de la vida política, los de una sociedad que hizo posibles los místicos y las aventuras a lo divino (las aventuras y las irrespetuosidades, como las cometidas con obras capitales de la historia literaria). Posada del Sacramento, Posada de la Consagración, de la Cruz Dorada, del Ángel... El reverso pacífico de esta cara de la vida social nos lo ofrece la nomenclatura también llamativa de los mesones y paradores que agrupaban a las naciones de

provincianos: Mesón de los vizcaínos, Mesón de la gallega, Mesón de los Maragatos. Ni una ni otra ladera de esa nomenclatura nos valdrían para mucho hoy, en que a la gente le interesa pasar desapercibida o disimulada, y nos mezclamos en todas partes, a pesar de la existencia de infinitas casas regionales, o en que los hoteles lujosos se pregonan, como he leído en un libro de E. Ferrer, como un Girón del paraíso, un Rincón del paraíso a la orilla del mar, etc. No, definitivamente, hoy no le gustaría mucho a la gente ir a parar a la Posada del Infierno, que vaya usted a saber qué excelente atractivo tendría para nuestros abuelos.

-170-

Pero lo que sí está claro es que en ese repertorio encontramos una especie de tarjeta de visita del momento histórico, el ademán que les hizo ser como fueron, a veces con una inusitada claridad. En la España de fines del siglo pasado, en ese instante en que por la liquidación de una historia brillante y con la necesidad de mirar hacia dentro y hacer examen de conciencia, hasta los carteles anunciadores fueron reflejo de la preocupación colectiva. Pío Baroja nos habla de aquella mísera zapatería de La busca, que tenía puesto sobre la puerta un rótulo que decía:

A la regeneración del calzado

Y el propio Baroja añade estas palabras certeras: «El historiógrafo del porvenir seguramente encontrará en este letrero una prueba de lo extendida que estuvo en algunas épocas cierta idea de regeneración nacional». Todavía hemos alcanzado a ver carteles análogos en muchos sitios, y a todos nos evocaba siempre ese período de la historia nacional. Se trataba de una manifestación a flor de labios de algo que llenaba el quehacer nacional por todas partes, donde todo se sentía necesitado de una regeneración. Algo que no participaba de esa preocupación era sin duda el letrero de otro zapatero no regeneracionista, sino más bien todavía imperialista o triunfalista, alguien que desde la modesta tarea de remendar zapatos usados, no había percibido el cambio de los tiempos. El otro letrero decía:

El león de la zapatería

Y Pío Baroja nos añade: «Esto era aún tolerable, pero lo terrible, lo aniquilador era la pintura que en medio ostentaba la muestra. Un hermoso león con cara de hombre y melena encrespada, puesto de pie, tenía entre las garras delanteras una bota, al parecer, de charol. Debajo de la pintura se leía lo siguiente: La romperás, pero no -171- la descoserás». He ahí una auténtica afirmación de fe en el oficio.

Los dos anuncios se nos dan en manifiesto contraste con la necesidad actual de excitar la atención de una manera diríamos fugaz, sometida a un inminente cambio, seguros de que el reclamo de hoy quizá no sea necesario mañana, envejecido súbitamente. Bien a las claras lo dice, y sigo hablando de zapatos, ese titulillo mejicano de Para los mejores pasos. La corriente de viva simpatía, de gesto apicarado que el reclamo encierra, hace que la sonrisa nos lleve rápidamente a esos zapatos. Gesto supremo de la publicidad del porvenir está en conocer las debilidades y entresijos de la psicología humana, no afirmar rotundamente estados firmes de conciencia colectiva. Nuestra época habla muy directamente a las exigencias momentáneas.

Hay ocasiones en que las formas de publicidad moderna me han llamado la atención de manera vivísima. Citaré dos ejemplos, uno de un hispanohablante europeo, otro de un hispanoamericano. En Tarancón, ciudad de la raya manchega en tierras de Cuenca, hace todavía pocos años se atravesaba el casco urbano con las naturales dificultades en el callejero antiguo. Y en una esquina se podía leer un generosísimo cartel de una tienda, una de esas tiendas deliciosas donde se vende de todo al menudeo, tienda de regatón azoriniano. El cartel, de excelente loza regional, decía: «Embutidos, jamones, vinos, licores. Aceite, legumbres». Y añadía en renglón zaguero: «También se hacen fideos». Confieso que ese también me desconcertaba. ¿Era una tímida afirmación de habilidad notoria, de una personal debilidad? ¿Le avergonzaba al comerciante vender o fabricar algo tan poco solemne como las pastas de sopa? Lo cierto es que al evocar el nombre de esa ciudad, por encima de sus monumentos, de sus soportales, de su aire, surge en la memoria ese reclamo extraño, culinario, desconcertante. Un desasosiego sólo superado por este otro, leído en un periódico de Buenos Aires: Junto a una cabeza de galán -172- de cine, con los ojos cerrados, se leía: «¿Duerme? ¿Sueña? No: embalsamado por la casa...», etc. Bueno, pasemos de prisa la página.

También me han atraído siempre esos nombres que llevan colocados en el frente algunos camiones de transporte, como antes los llevaban los carros. Me ha gustado detenerme en la meditación de esos carteles por lo que suponen de autobombo, de exhibición particularísima de la personalidad. No es el marchamo que designa una empresa, o una asociación, o una circunstancia ocasional del trabajo o de la vivencia, sino una peculiar manera de autollamarse, de tomar posiciones frente a lo inalienable. Jorge Luis Borges dedicó unas deliciosas líneas a los nombres argentinos, y ha logrado uno de sus más finos análisis de la conciencia lingüística de esa zona hispanohablante. Entre mis notas de observación he visto unos cuantos títulos que me parecen admirables por lo que enseñan y por lo que callan o suponen. Los tengo agresivos, malencarados, como el de Apártate, Aníbal, que te mato. No sé qué Aníbal estaría en la conciencia de este nuevo atravesador de distancias cuando bautizó así su camión. Más claro me parece ver qué pensaba el anónimo creador de El vasallo de Cristo, o el descarado que no sé si piensa en las alas por la rapidez o por la ingenuidad, y puso a su vehículo el inefable título de Casi un ángel. Algunos son de una petulancia deliciosa, primaveral, absolutamente sonrosada y frutal: El solterito, y, por si no nos damos cuenta, añade: Camión. Indudable, digo yo, éste busca pareja. Estaría bueno que, por obra de este ignorado conductor, hubiera que reformar el diccionario y decir: camión, camion, m. y f. No quedaría mal, si lo consigue. Otro, en el límite de la ternura, puso en rojo vivísimo: El querer de Anita. Más encandilado estaba el que puso: La gloria eres tú. Los hay cineastas, como el Rebelde sin causa, o El gringuito. Ya no sé de dónde es (mis notas son muy rancias), si es de camión que reparte pan, o si es de una panadería, pero sí creo que lo vi aquí en Méjico, lo de Franceserías -173- españolas. Pero cuánto de concesión a la moda, a la acreditada prosapia del horno francés hay en ese membrete, y cuánto le salpican de orgullo al españolizarlo. Una auténtica manifestación de habilidad insuperable, quizá hecho por un emigrante que pensaba en su destreza más que en la realidad, destreza orillada seguramente de nostalgia. Y tantos y tantos más. Estoy seguro de que todos hemos meditado alguna vez en el largo alcance de estos cartelitos, a veces con una ortografía aproximada y vacilante, como erosionada por la emoción. Y sin darnos cuenta, hemos llegado a la raíz última de lo que llamamos publicidad. Una forma de

comunicación, de lazo que se nos tiende, cegador o persuasivo, o que tendemos, todas las mañanas, en busca de una nueva, rápida y sugestiva familiaridad. Desde el Conocida cosa sea, o el Sepan quantos... con que comenzaban las regias cartas medievales; desde el pregonero que aún vocea en las esquinas rurales, escoltado de chiquillos, hasta el deslumbrante anuncio luminoso en lo alto de una fachada, todo pretende hablarnos directamente, subyugarnos, hacernos más llevadera esta tierra de nuestros pecados. Y a un filólogo tiene que interesarle todo, desde el punto de vista idiomático. Si hemos podido rehacer buena parte de muchas cosas latinas relejendo las inscripciones que anónimas gentes pusieron en las paredes de las ciudades devoradas por los volcanes, es seguro que ahora, y bajo nuestra vigilancia, podremos ir moldeando mucho de nuestra vida actual, si ponemos en su habla más exteriorizada, ésa que nos grita desde los folletos, desde los medios de transporte urbano, desde la radio y la televisión, desde los altavoces ocasionales de una subasta o de una exposición de objetos mecánicos, si ponemos en ella, repito, nuestra dedicación. Para ello nos hemos reunido aquí, convocados por el Instituto Mexicano de Publicidad. Sí, sin falsos purismos ni prejuicios, de cara al futuro, publiquemos nuestra decisión de adoptar a nuestra habla corriente lo que la técnica de nuestro tiempo ha logrado. Todavía quedan por Madrid, -174- y veo en el repertorio de Eulalio Ferrer que también los hay en Méjico, negocios de bicicletas que se llaman, muy decimonómicamente, El caballo de acero. La actitud es la misma que hizo serpentear a los ferrocarriles o rugir a los motores. Solamente aquellas imágenes que fueron sagazmente encuadradas dentro de la estructura idiomática y mental existente al aparecer el nuevo producto en el mercado, siguen en pie. Meditemos, pues, sobre este grave problema. Ustedes, publicistas, y publicistas que hablan español, tienen la palabra. Y legaremos a las gentes del futuro una clara, precisa, certera visión de nuestra circunstancia. Nuestros caprichos, nuestros afanes, nuestras urgencias, nosotros todos y por entero estamos ahí, retratados en voz, en ruido, en deseos, en fugaz charla gráfica inestable.

-175-

IV. ¿Una lengua más pobre?

Creo que no hay una lengua pobre o rica. La lengua es como es, con sus horizontes personalísimos e infranqueables, y sus limitaciones. Una lengua es siempre espejo de la cultura y las formas de vida de la colectividad que la habla. Ya en esta cita: «que la habla», estamos marcando un distingio claro: no es lo mismo la lengua hablada que la escrita. En la escrita caben más aproximaciones a otros mundos, distintos del perentorio e inexcusable de todos los días y de todas las horas: esto se queda para la lengua hablada. Y es natural que esta lengua pueda parecer pobre a algunos. Pero también la escrita puede parecer ridículamente pobre a algunos de los que viven en el espacio humano de la lengua hablada. Un moderno ensayo sobre física nuclear, informática o mercadotecnia resulta grotesco a un hablante medio aburguesado, o al que proceda de una digna casta rural. Y probablemente un diálogo entre estas clases hoy marginadas resultará absolutamente ininteligible para el

hombre cultivado de las ciudades. No, no hay lengua pobre, y en el español mucho menos. Lo que creo es que hay una evidente confusión y un manejo jeremíaco de algo que no se puede negar o disimular: la mala lengua de unos cuantos, exhibida orgullosamente, jactanciosamente. Y coreada y divulgada por los poderosos medios de comunicación. - 176- El que la radio o la televisión o el periodismo medio empleen una lengua vergonzante en muchas ocasiones (conviene distinguir, no siempre: también hay en esos medios gente consciente, que lo hace lo mejor que puede, y a veces, con éxito), no quiere decir más que eso: que hay gente que no sabe bien su idioma y se empeña en demostrarnos su ignorancia o su falta de seriedad o de responsabilidad. Pero nada más. El hecho de que haya quien proteste ante los dislates prueba que la conciencia de la propia lengua está viva. Lo malo es el apoyo, la autoridad que se concede a esos medios o se autoconceden, lo que es nueva manifestación de arrogancia.

Llevamos una larga temporada que se nos habla constantemente de que el español está amenazado. De que la penetración del inglés es imparable, etc., etc. Los periódicos publican, más o menos pedagógicamente, largos y sesudos artículos sobre el mal hablar, el peor escribir. Se olvidan los que así hacen algo muy importante: de que ese matiz de dómine ilustrado no se corresponde con la ocasión. Para eso está la escuela, la formación rigurosa y paulatina, la constante dedicación. Aquello que Cervantes, en la cima de la ironía llamaba la «dedicación constante y virtuosa». Hechas las cosas así, parecería que lo que se censura en esos artículos, que suele ser cosa de alguno o de algunos, pertenece, como mal generalizado, a toda la lengua. De ahí que convenga distinguir. Sí, es muy necesario vivificar como quiera que sea el sentido de la propia lengua. Despertar un amor especial a la común herencia. Y a su papel en el mundo actual. Cosa que a los españoles se nos olvida.

En primer lugar, hay que dejar muy clarito que la gran amenaza que tenemos encima está favorecida por la peculiar actitud ante el trabajo de la comunidad hispanoparlante. Nos falta, en nuestra tradición más honda, un sentido de la preocupación científica aplicada verdaderamente llamativo. Poseemos una riquísima tradición (superior a la de las demás lenguas hermanas) que podríamos -177- llamar humanista-literaria. No en vano nuestra literatura ha sido la única de los pueblos modernos que ha creado mitos de universal valía, o que descubrió al hombre innominado, al hombre desnudo y desheredado de la calle, como gran personaje literario. Pero no podemos oponer a esa tradición una parecida en materia científica: no hemos descubierto el microscopio, ni los rayos tales o cuales, ni gran cosa de nada. Los grandes descubrimientos científicos españoles se han hecho un poco a contrapelo de la sociedad, como algo de raros, de tipos extraños, o se han hecho lejos de España, en medios donde ese trabajo no era considerado cosa de marginados o perseguibles. (Tal es el caso de nuestro Cajal, el raro; o de los hermanos Elhuyar, o de Servet, o en nuestro tiempo de Ochoa). Y ahí está el quid. Mientras los hispanismos en las demás lenguas responden a la forma de vida espiritual española (literatura, vida religiosa, conducta noble a todo riesgo), la lengua de la ciencia tenía que importarse. Mientras no tengamos una producción original en nuestra tarea científica como colectividad, tendremos que someternos, queramos o no, a esa llamada que llega de fuera. Hay que crear aquí, dentro de nuestras fronteras. Así, lo creado irá bautizado en español, y tendrá que ser aceptado por todos. Y con esto, tan evidente, queda aclarado todo.

En todos los momentos en que podemos volver la vista atrás nos encontramos con situaciones muy parecidas. Es curioso que la gran invasión de galicismos de la Edad Media, a lo largo del Camino de Santiago, disfrute de una gran cohesión: se refieren a aquellas cosas, hábitos, etc., que no era posible mantener en pie desde el meollo de la vida española, absorta como estaba entre cielo y tierra, en una mantenido cruzada. Una sociedad que vivía para la guerra, y para la guerra santa, tenía que importar palabras como *sen*, «sentido», «buen sentido»; *mesón*, *jardín*, no digamos *jamón*, que llegaba totalmente limpio de prejuicio religioso desde el otro lado del Pirineo; *vergel*, *palafrén*, «caballo elegantote». *Deleite* y -178- *manjar* son bien representativos. Otras serían, por ejemplo, *orange*, *gañán*, *adobar*, *batalla*, *desdén*, *solaz*. En el siglo XVIII, un hombre curioso, *Feijoo*, atento a su realidad próxima, se ve obligado a emplear innumerables galicismos. Y con él, todos los escritores que se sienten de su tiempo. Y todas esas voces, incorporadas hoy a la lengua general, pertenecen a cosas, a formas de vida que no tenían apenas hueco en la vieja estructura de los Austrias caducos: *modista*, por ejemplo. Los innumerables nombres de los tejidos, *satén*, *tisú*, *batista*, o de las prendas: *chaqueta*, *pantalón*, *corsé*. En la estructura del ejército, de la industria, etc., también entran los galicismos a raudales: hoy no los reconocemos, tan patrimoniales se han vuelto. En el siglo XIX se repite la invasión, esta vez a través de instituciones políticas, hábitos de convivencia y de administración, etc. La ampliación de las negociaciones comerciales, el trazado de los ferrocarriles, etc., aumentarán la penetración de voces extrañas. Nadie se lamenta hoy de eso. En el cruce de los siglos XIX y XX, el Modernismo, fundamentalmente cosmopolita, se llenó de giros, voces y hasta de espíritu francés. Frente a la chabacanería, al horizonte más que plano de *Núñez de Arce* o de *Campoamor*, o de otros numerosos (los citados por *Cossío* en su mirada a la poesía de ese tiempo) surge la voz de *Rubén Darío*, atestada de conciencia nueva. ¿Quién se atrevería hoy a comentar a *Rubén* desde ese punto de vista? Sin embargo, existe todo un libro, un importante libro, el del Prof. E. Mapes, que estudia el peso de lo francés en *Rubén*. Peso tan hondo y compenetrado que *Rubén* puede llegar a afirmaciones un tanto exageradas: «Demuestran más encantos y perfidias, / coronadas de flores y desnudas, / las diosas de *Clodión*, que las de *Fidias*. / Unas cantan francés, otras son mudas», texto que revela esta sobrevaloración del espíritu francés (*Divagación*, en *Prosas profanas*). Nuestro *Valle Inclán* no estuvo libre del «pecadillo». He visto una reseña, de un crítico al uso, de una representación de *Los reyes en el destierro*, de *Daudet*, -179- en la que la burla del galimatías galiparlante es la mar de divertida. Y *Valle* andaba metido en eso. Tenemos hoy una gran obra crítica sobre *Valle Inclán*: Casi nunca se habla de su galicismo interior, a veces muy visible.

Puede parecer que estoy de parte de las innovaciones, sin más, sin restricción alguna. No, en absoluto. Estoy de parte de la innovación fructífera, provechosa. Ni siquiera comparto la idea muy generalizada de que, si existe voz patrimonial, se vuelva a ella. No suele existir esa voz. Suena lo mismo, su realización fonética es igual, sí, pero su semia varía, se llena de un sentido que, como es muy natural no existía en el contexto social en que la voz tradicional ha crecido. Un caso excepcional es *azafata*. Los valores viejos, «*doncella de la reina*», «*servidora de nobles damas*», etc., está totalmente ausente de la nueva voz. Pero ha servido: bien. Algo parecido ocurre con *liberal*, por ejemplo. Los viejos valores se han perdido. No digamos la diferencia entre *burócrata* y *covachuelista*, entre el viejo *bóveda* y el moderno *túnel* (pensemos en el valor funerario de *bóveda*, que, de propina, aleja más su posible uso). ¿Quién se atrevería hoy a sustituir *jol* por *zaguán*, recibimientoo *vestíbulo*?

Creo que no son ya lo mismo, y que la humanidad que se mueve en un jol se sentiría denigrada de tener que vivir en una casa con zaguán, oloroso a retama y campo de pan llevar. Una vieja cocina tradicional española, con su escaño, su campana, sus grandes troncos de encina ardiendo, con lectura familiar en voz alta de periódicos, versos, etc., está muy lejos del office moderno. El mismo hielo de las neveras ya no puede llamarse nieve, como se hacía en la lengua clásica. En fin... Que hay siempre sus más y sus menos.

Hemos de procurar que lo que se importe responda a una realidad social, no al capricho o a la cursilería de algunos adaptadores fáciles: ahí está el peligro real hoy. Unas gentes poco menos que analfabetas, con sólida palurdez interior y con evidentes muestras de pereza mental -180- se asoman a los periódicos, a la radio, a la televisión y, bien repantigadas, pontifican. Y como el país está pésimamente educado, las toma por oráculos, procura imitarlas, y así vamos. Volvemos al punto de partida: la solución está en un buen aprendizaje, en unas lecturas sólidas, en una seria dedicación a todo. Una corbata no es más corbata porque se haya comprado en rápido y relajado fin de semana en Oxford Street. Incluso la misma cosa concreta puede encontrarse en una modesta tiendecita de un lugar serrano o costero, cuyo conocimiento no vendría nada mal a estos héroes de la fantasmagoría moderna. Así habrían pensado algo más antes de emplear asumir, «dar por bueno, incorporarse algo», con una frontera muy inestable aún; estimación por «valor, cálculo»; agresivo por «activo, decidido, emprendedor», etc.; audiencia, tractor, el ridículo enfatizar, «poner énfasis», auditar, etc.

Sin embargo esta invasión puede y debe dejar buenos resultados en la lengua. Hoy todas las lenguas tienden a parecerse, debido a la vigencia de una técnica de validez y uso universales. Ya no es como en los períodos anteriores que he citado. En los siglos anteriores, la penetración comenzaba por determinados lugares y por aún más determinadas minorías, las culturales, que sabían a qué atenerse ante la transformación. Y poseían, al tratarse de gentes cultas, las defensas y razonamientos pertinentes para enfrentarse con cada caso que se pusiera delante, individualmente. Pero ahora es muy distinto. En primer lugar, la invasión de lo nuevo, generalmente de origen inglés, ataca a toda la sociedad por entero. Por los medios nuevos se introduce en nuestra vida sin limitación alguna. Entra en nuestras alcobas, en la cocina, en la vida de relación toda. A través del cine y de la televisión llena nuestros cada vez más dirigidos ritos de ocio y, desde luego, impera en el negocio. Y esto lo mismo en las áreas urbanas y universitarias que en las rústicas y menos ilustradas. No hace falta, para entender lo que estoy diciendo, más que darse una vueltecilla -181- por cualquier pueblo de España a la hora de transmitir noticias deportivas. La gente sencilla, la que va a vivir todavía (muchos probablemente hasta su muerte) en la trama inexorable de la tarea campesina, escucha ciegamente la palabrería del locutor, que habla de penaltys, de carga, de referee de colegiado, o de meta, de dopping, de contra-reloj, etc., etc. (Escalofría si se trata de un partido de tenis o un campeonato de golf.) Una mezcla que le hará en un principio sentirse disminuido por no poder participar íntegramente de ella y que le llevará, como un mal menor, a imitarla. De ahí que la única medida posible sea la de una buena educación, que comenzaría, creo yo, por ser exigida a los que hacen un papel de trasmisores de español, de lengua española, y lo hacen sin dignidad alguna.

Pero no hay que desmelenarse: de todo este barullo, algo quedará en la lengua de útil y aprovechable. Todos buscamos hoy un chalet para vivir, lo más tranquilo posible. Hay

quien se pirra por el esmoquin, habla del trailer, tal o cual, pertenece a un staff, etc. Ya Unamuno, nos había dicho que «meter palabras nuevas, haya o no otras que las reemplacen, es meter nuevos matices de ideas» (Ensayos, I). Y nadie menos sospechoso de alienismos que don Miguel de Unamuno...

En esos años de la encrucijada de los dos siglos, XIX y XX, Unamuno era bien explícito. Azorín, el resucitador de tantas cosas clásicas, fue considerado galiparlante, y censurado por ello (lo hizo Julio Casares en su tantas veces citada Crítica profana, Madrid, 1916). Valle se reía de los dómines sacando a la guasa pública aquellas situaciones de La Reina Castiza, donde los académicos puristas son puestos en escorzo burlesco, o rellena de simpleza los galicismos inútiles de Max Estrella, en Luces de Bohemia. Y la escuela de Menéndez Pidal, ya en activo, organizó una reunión en Bilbao, importantísima (1920), para hablar, entre otras cuestiones, de la penetración de lo extranjero. (Curioso: siguen vigentes sus puntos de vista.) Pues bien, Unamuno dice cosas como éstas: -182- «Una de las más fecundas tareas que a los escritores en lengua castellana se nos abren es la de forjar un idioma digno de los varios y dilatados países en que se ha de hablar, y capaz de traducir las diversas impresiones e ideas de tan diversas naciones. Y el viejo castellano, acompasado y enfático, lengua de oradores más que de escritores -pues en España los más de estos últimos son oradores por escrito- el viejo castellano necesita refundición. Necesita para europeizarse a la moderna más ligereza y más precisión a la vez... Revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse. Sin ella, la revolución en las ideas no es más que aparente». (La reforma del castellano, Ensayos, I, pp. 92-93). Más importante es su ensayo Sobre la lengua española, en el que encontramos numerosos puntos de vista que no tenemos más remedio que compartir, aunque otros nos hagan hoy sonreír. Sí, se añaden nuevas cosas. Pero es importante mantener las cosas añejas que sean útiles y definitorias de una personalidad. Una ciudad española no va a ser mejor que las del resto del mundo porque en ella se hunda todo lo antiguo y se convierta en muestrario de arquitecturas más o menos ocasionales o funcionales. No, no es así. Hay que compaginarlo todo. Harto pesa sobre nosotros el prejuicio localista, tradicionalidad viva con monotonía intocable y pétreo solidificación. Son cosas hartamente diferentes. Un ejemplo nos dará diáfana visión de lo que intento decir. Recordemos los dos viáticos famosos, el de Peñas arriba y el de Sonata de primavera. Pereda no nos perdona nada, en la larga descripción del ritual, las preces, el estado del enfermo, la palabrería ocasional... Todo se reduce a tres adjetivos (campanilleo grave, argentino, litúrgico) en Valle. El salto ha sido enorme de 1894 a 1904. Los aires foráneos han fecundado la vieja savia.

Armar griterío por la simple entrada de voces que no tienen su equivalente en la lengua patrimonial no pasa de ser una vana flatulencia. Hay que pensar lo primero cuál es la razón o causa que permite esa invasión y luego -183- qué vamos a hacer con ella. Creo que no ha habido mayor invasión, auténtica invasión de léxico y de maneras de vida, que la italiana durante siglos (XV, XVI, XVII). Quizá el hecho de la unidad política permitía no considerarlo como extraño, el italiano, y de ahí que las voces puristas no tengan nada que decir. (Incluso Juan de Valdés habla alguna vez de preferencias por alguna voz italiana.) No encontramos gran disponibilidad en lo patrimonial dentro de los campos semánticos invadidos por el caudal de italianismos. La voz nueva era necesaria, y trajo consigo una realidad tangible: las formas poéticas o literarias, por ejemplo (soneto, terceto, madrigal, novela, estrambote, balada, estancia, bufón, comediante, jornada en sentido teatral o

narrativo, protagonista, saltimbanqui, etc., etc...). Y con esos términos estuvo funcionando para asombro de todo el mundo conocido la literatura española. Pasma la abundancia, la exclusividad diría yo, de términos musicales (dúo, recercada, alto y contralto, bajo, soprano, tenor, mordente, pavana, fantasía, fuga, batuta, aria, serenata). En el XVII prosigue la copiosa penetración. Todavía Tirso de Molina podía decir «a lo aragonés, regacho», para hablar de un ragazzo o mozo (La huerta de Juan Fernández). El hablar a lo aragonés significa para Tirso «ser de la Corona de Aragón», lo que era verdad, pero no explicaba la presencia de la voz en el habla coloquial de Zaragoza... Y así, en la pintura, y en la escultura y en la arquitectura. Y en la Banca, y, detrás de las artes, en la navegación: buenavolla, Cervantes, en El amante liberal, la usa ya con valor de «buena gana, gustosamente»; chusma, esquife, bergantín, fragata, mesana, crujía, piloto, dársena, zarpar, brújula. En fin, la lista de italianismos claros resulta, cuando se la mira, incluso sin apurar los detalles, sencillamente impresionante. Y sin embargo, con todos esos préstamos, la vida española creó una increíble escuela musical reconocida y admirada en todo el mundo, la de Guerrero, Vitoria, Milán, Flecha, Morales y Cabezón, y con ese léxico las naves españolas se hicieron presentes -184- en los mares conocidos y desconocidos: «Por mares de antes nunca navegados» dice Camões, y llevaron a sus costas formas de vida europeas, repletas de sentido. Tierra firme, terraferme, el continente, expresión tan noble para nosotros, es también italianismo. Ya está en Italia desde C. Villani, 1348. Quiero decir con esto que lo importante no es hablar de lenguas pobres o ricas, sino de la actitud cultural y decisoria de los hablantes. Si los españoles no sabemos crear, no nos esforzamos en la ciencia, la ciencia tendrá que hablar en otra lengua. Si no lo hacemos en doctrina política, tendremos que seguir sometidos a la lengua que impere en las cancillerías. Y no es otra la cuestión. El español embajada, embajador, etc., son voces italianas. Y el embajador español era (nunca mejor dicho en pasado) un personaje fundamental y temible. Ahora... Lope de Vega discutía, en el prólogo a Pedro Carbonero, si debería decirse embajadora o embajatriz...

¿Sabremos hacer algo así con los anglicismos que nos llegan? Contra lo que yo protesto y protestaré siempre es contra la actitud beatona del semiculto, que, por el hecho de salpicar su charla hueca con voces extrañas, hablarnos de piso con o sin standing, de refregarnos el marketing por las narices, o de paladear los términos de software, etc., se cree superior, con carnet de identidad expedido por las autoridades celestiales y poco menos que con derecho inalienable para él y sus descendientes a figurar en los sucesivos suplementos de la Enciclopedia Espasa. Bueno, con su pan se lo coma.

Cuando se trata de ensanchar la lengua, hay que conocer muy bien la anterior, percibir delicadamente los matices que ya no puede explicar la vieja. En materia literaria, Cervantes es lo más alto, pero su lengua no me sirve, como no me sirve la de casi ninguno de los grandes creadores que han ido por delante de mí. Pero todos escribieron para mí, para que yo pueda escoger de entre lo que ellos hicieron lo que siga sirviendo. Una -185- colectividad española o lapona o de donde diablos digamos, que no haga este ejercicio de humildad, está condenada a desaparecer como tal colectividad. Porque la «lengua es la sangre de su espíritu», la única patria que no tolera desmanes, altibajos, veleidades políticas.

V. Una Feria del Libro

Todos ustedes saben, y de muy buena tinta, que el diablo sabe mucho más por viejo que por diablo. A este supuesto apelo para poder hablar en el umbral de una Feria del Libro. Ya he visto muchas. Durante muchas primaveras, en diversas ciudades y países me ha tocado ver el crecimiento, dispar y seriado a la vez, de unas casetas que, en pedazos, con algo de recortable infantil en ocasiones, se dejaban caer por una plazuela, por un jardín; a veces, en calles muy ruidosas, y, en pocas horas, se armaban, martillazo va, griterío viene, y se trocaban en ilusorias tiendas repletas de maravillas, fotografías de países lejanos, libros que hablaban de mil cosas, estampas, catálogos, una multitud desazonada que pasa y vuelve a pasar por delante de todos los mostradores dispuesta a convertirse en el mayor almacenista de catálogos... He visto muchas veces, ya algunos años a través de la televisión, la ceremonia solemne de la inauguración, corte de cintas, famosos de todo tipo, que sonríen y recorren las casetas rápidamente, algunos deteniéndose y trabucando un poco el ritmo implacablemente previsto del acto, deteniéndose por haber visto algo llamativo, reconocimiento súbito de algo inesperado, ligera zozobra, los más del repentino gentío pensando en otra cosa, la mente colgada de otra obligación también amenazadora, -188- también sucesiva... Y he paseado largamente por las Ferias, ya cuando se ha perdido el aire alarmado de lo oficial, mirando despacito lo que se me ponía delante, reconociendo de lejos casi los libros familiares, los del oficio, los que se han visto en otros lugares y en otros paseos, y pasmándome ante los desconocidos, los que descubrimos de pronto en un rincón de un estante, o en la mano de un comprador curioso y revolvedor. Me ha gustado sobremanera andar por la Feria en esas horas extrañas, en las que no va casi nadie, un momento en que los libros se sienten notoriamente a sus anchas, como dueños de un respiro, de un silencio que solamente ellos pueden entender: la hora de la siesta, la primera de la mañana, quizá la última del anochecer, cuando ya todos los niños han dejado sembrado de papelotes el suelo y los altavoces están enronquecidos.

Hace muchos años que las Ferias del Libro nacieron más o menos en torno a la Fiesta del Libro, el aniversario cervantino. No tenían el aire de salida casi heroica a la calle que ahora tienen, durante unos días. Entonces eran solamente algún discurso, por lo general aburrido y valetudinario, a cargo de sesudos hombres de letras, bueno, ya se suponen ustedes qué clase de letras, y había también algún acto inevitablemente infantil, con teatrillo de aficionados, de tal o cual grupo escolar, y poemas tan tan alusivos que resultaban alusivísimos, es decir, una variante fonética de alevosísimos. Yo recuerdo alguna de estas conmemoraciones... Figúrense ustedes: qué inmensa zozobra desde unos días antes: hay que aprenderse de memoria un texto (no, no se froten las manos, no voy a decir al autor, pero era, eso sí, muy requeteortodoxo...). Era en versos larguísimos, hablaba de sus pergaminos, de sus libros encuadernados en pergamino, de los encuadernados en estilo mudéjar y en cuero de Córdoba, con litografías de tal y cual señor... Y, naturalmente, en alejandrinos: lo recuerdo muy bien. Nos enseñaban a recitarlos, aquellos versos tamborileros. Y sabíamos a la perfección cuándo había que levantar el brazo -189- derecho y bajar el izquierdo, y al contrario. Y cuándo había que elevar, ¡discretamente, niño, nada de afectación!, los ojos al techo... Y se recitaban, nada menos, que en el

escenario del Teatro Español. Ahora, les ruego, por favor, y no pretendo otra cosa que despertar su piedad por aquellos muchachitos, piensen, digo, en los afanes que se removían en casa para que el niño entendiera todo cuanto allí se decía: cordobanes, Golconda, impío, nenúfar... La pobre familia se despepitaba preguntando a las amistades, siempre con cierto miedo, no fuera a ser que aquella palabreja, eh, tengamos la fiesta en paz, claro que si la han escrito los maestros, cómo van a poner ahí los maestros palabras que no deba aprender el niño... El niño se aprendía inútilmente y para siempre, y le sigue siendo de lo más inútil, la fastuosa erudición de las faunesas, las canéforas, los nelumbos... Y se ahogaba inevitablemente al llegar a la mitad del nada ahorrativo poema... La fiestecita estaba precedida de largos días de preparativos. Permanente solicitud de invitaciones para el acto (hay que apresurarse, no están numeradas), visita a los almacenes de ropas para mocitos (este chico crece tanto, que le valga siquiera para el año que viene), y, Gran Dios, implacable estreno de zapatos, que hacían un daño que para qué voy a contar, y, que de propina, resbalaban en todo tipo de suelos. En fin, una verdadera revolución, y todo porque llegaba la Feria del Libro, con su fiesta previa, y había, quieras que no, que demostrar el caletre intelectual de la familia.

Había en esta esperada festividad cervantina, un día excepcional. El del ensayo general. Era realmente el estreno. Esas tías solteras que todos tenemos guardadas por ahí, por el interior de la casa, se deshacían en apasionados soliloquios y azorados temores. ¡A ver si te vas a poner ronco! ¡No comas de esto o de aquello, no te vayas a poner malo! ¡Ten mucho cuidado cuando recites, no te vaya a dar tos!... ¡Dios mío, pero si se ha comido las uñas...! Se reunían en la sala de casa, pulidísima, encendida la lámpara del centro y todos los apliques que -190- se habían podido acarrear, e iban llegando las personas invitadas, parientes o no, una elegancia desteñida, olorosa a naftalina y a membrillos, los hombres con leontina a la que daban vueltas impacientes, y las mujeres crujientes de sedas, manguitos, guantes, cuellos de piel y sombreros atiborrados de frutas de cera y grandes lazos de colores inverosímiles. Algún cura. Muchas viudas. Y varios chicos mayores, de otras familias, que no eran precisamente unos angelitos, sino que se empeñaban en tirar al recitante chinitas, huesos de aceituna, incluso pelotillas con una goma, con la sana idea de estropearle su entonación, su retahíla de raras palabras medidas. Ya saben ustedes, nuestro exquisito sentido de la colaboración, qué le vamos a hacer. Y el niño, muy puestecito delante del respetable, que, dicho sea de paso, devoraba emparedados y medianoches con un entusiasmo de campeonato, echaba su verso, como se decía, produciendo derroches de admiración, profecías sobre su porvenir, universal pasmo acompañado de agua de cebada y tisanas para las jovencitas, que, no sé por qué, eran todas víctimas de una cruel epidemia de clorosis. Todas estaban cloróticas, se ve que era elegante. Con este público, ni qué decir tiene que la Fiesta del Libro se convertía en algo sencillamente admirable, trascendente, vestido de intocable prodigio... En fin, que llegaba el día fatídico, solía ser un veintitrés de abril, o en sus cercanías. Aparecía en el almanaque, se madrugaba más, cambiaban de color las cosas cotidianas, hasta quizá había venido algún pariente del pueblo (entonces aún quedaban gentes en los pueblos, hay que ver), y había dormido en el sofá, o en el suelo, y había que levantarlo antes de tiempo... Y comenzaba el último y atormentador examen de la criatura... Por fin, al teatro. Solía estar cerrado al llegar, claro, la impaciencia había hecho correr demasiado. «¡Haz el favor de no refunfuñar, que tu hermano o tu prima ni siquiera se tomó el postre por llegar a tiempo...!», etc., etc., etc... Qué inmenso desgarrón la separación del recitante de las manos filiales, al tener que -191- irse solito, desamparo trágico,

camino del escenario. Besos y abrazos casi como los que reproducía el inevitable ABC siempre que había salida de soldados para las campañas africanas, o en las fotos de La Esfera sobre la guerra que después llamaríamos europea... ¡Qué lágrimas...! Y evidentemente no eran por emoción poética, sino por el desvalimiento en que se sumergía el endomingado personaje. Quizá desde entonces, el niño que recitaba, alberga muy hondo el complejo de que hablar en público es verdaderamente marcharse para un sitio peligrosísimo, donde Dios sepa qué oscuras amenazas nos acechan... En fin, que llegó el momento.

Se levantó el telón. Un coro de chicos de muy diverso origen y de idéntica perversidad musical canturreó como Dios le dio a entender una Oda que, Dios sea loado, duró poco. Abundaban los Salve, los Manco de Lepanto, los Inmortal Rocinante... Lo otro, una lástima, no se entendía. Además, el niño estaba muy pendiente de su repaso último y tenía ya más que bastante con lo suyo. Detrás del Himno aquel o lo que fuere, hubo un rapidísimo reparto de premios. Había muchos premios, pero no subió al escenario más que el primero, un grandullón lleno de granos, que, por lo visto, había escrito una larga redacción histórico-literaria sobre la imprenta, que fue muy elogiada por las personas mayores. Se repartió en el programa de mano, a dos tintas. Y finalmente, el niño de marras, andando con una cautela como no ha vuelto a emplear en su vida, debida, ya se dijo, a que los zapatos resbalaban, avanzó al centro del escenario, confundido por las sonrisas de la gente que allí había y presintiendo encima de él los ojos de toda la sala, de la que llegaban siseos, toses contenidas, algún portazo lejano...

El niño había tenido que memorizar mucho para tragarse el poema libresco, lleno de palabras difíciles y de sonsonetes pluscuamperfectos. Y, cosa natural, a pesar de que a muchos no les gustara, solía cerrar los ojos para repetir el palabreo... ¡Ah, minúsculo detalle! La -192- poesía tenía que decirse con los ojos bien abiertos, formaban parte de ella las miradas al cielo, los gestos, el inclinar de cabeza, el entornar los párpados en las situaciones clave... Pero todo ello se había hecho en casa, con la luz de la sala escondida detrás de sus faldillas verdes, o en el Colegio, a pleno día, frente a un enorme mapa del Imperio austrohúngaro, que el maestro no quería sustituir, porque se consideraba un imbatible enemigo de los aliados... Y allí, en el escenario, no estaban las butacas conocidas, con las gentes de casa soplando descaradamente en las lagunas de la memoria, diciendo entre dientes y sonriendo la rima que se olvidaba, ni estaba el mapa de Austria-Hungría, en el que nos habían pintado con rojo grueso unas nuevas fronteras de países con nombre que nadie sabía muy bien en casa, no, no había nada de eso, ni el crucifijo, ni el reloj, ni el encerado grandote donde, a veces, estaba escrita la poesía, o, por lo menos, las palabras aquellas rarillas, para que pudiéramos leerlas al ir declamando, sin tartajear. Había solamente allí, a dos pasos del desvalido crío, toda una agresiva fila de bombillas encendidas, sin protección, radiantes, cegadoras... Tan cegadoras que ni siquiera podía el niño ver a su familia, que, de seguro, estaría limpiándose la baba en el palco de la derecha, o en la primera fila algunos, esperando anhelantes el portento de oír, por vez primera, la voz más que conocida, disfrazada de drama, de inmortalidad... El niño se puso, digamos, algo nervioso, nervioso, muy nervioso, con aquellas luces impertinentes, tan fuera de programa. Tanta recomendación, tanto consejo, y nadie había pensado en aquellas bombillas, vaya, hombre, también es cosa. El niño empezó a ponerse colorado, le picaban las orejas con saña, también las corvas, trasudaba, intentaba comenzar su caudaloso

Oh, bello libro de viajes, con sus estampaciones,
con sus lomos dorados...

-193-

y no, que no, que no salía aquello ni a la de tres. Oía vagamente una voz detrás de él que le decía, cambiante el tono hacia la amenaza: «¡Empieza, muchacho...!». Casi esperaba ya el coscorrón, la palabrota quizá... Los maestros, es lo que tiene, eran entonces pero que muy muy efusivos. Y por fin, salió la voz, rotunda, chillona, un fleco de ira en sus contornos: «¡Que apaguen!». Notó el susurro extraño, creciente, alarmado, una infinita mezcla de aes y de oes, y de Dios míos, y ayes apenas entredichos, pero que llegaban allá arriba en oleadas, desde el otro lado de la muralla de bombillas. Una mano que evidentemente quería ser cariñosa se le acercó por detrás, se detuvo en su cuello de piqué, recién comprado y postizo, y oyó un apremiante: «Venga, hombre, si te lo sabes, dilo». Y otra vez el niño: «¡No me da la gana. Que apaguen!». Y no apagaron. El niño fue llevado rápidamente a su sitio y continuó el programa, un auto de Lope de Rueda triturado, nuevo tiento musical, el discurso monótono de un bibliotecario... Perdónenme que no les cuente lo que pasó a la salida, todo el honor de la familia en entredicho, lloros, jipíos, un oprobio sin orillas.

Sin embargo, no para todos era la Fiesta del Libro un espectáculo más o menos reluciente y donde las familias podían lucirse, intervenir, repartir cartulinas y preparar meriendas... Una mano familiar, que no paraba de reírse de la catástrofe y de proclamar la necesidad de que hubieran apagado aquellas luces, regaló al niño un libro, al día siguiente: un libro que no tenía canéforas, ni ludibrios, ni nenúfares, ni garambainas de las que había que preguntar al párroco, a los vecinos, al hijo de doña Fulana, que está estudiando para abogado... El libro se llamaba, se llama, Platero y yo. El entonces niño ha tenido muchas otras ediciones de Platero y yo, y las tiene, ilustradas y sin ilustrar, baratas y lujosas, nacionales y hechas en otros países, en su lengua y en otras extrañas y tiene incluso alguna dedicada cariñosamente por el propio autor. Pero ninguna encierra el lejano valor -194- único de aquélla, fruto de su primera Fiesta del Libro, cuando las Ferias eran solamente un montón de carromatos o tenderetes por la calle durante un sólo día de abril, generalmente lluvioso, y se podía comprar lo que fuera con una levísima rebaja.

Más tarde, las festividades y las ferias de los libros se fueron celebrando con cierta rigidez ortodoxa, reglamentaria. Había comenzado esa ladera de nuestra sociedad, donde el libro es también un producto de consumo, algo que está estrechamente relacionado con la economía, con las divisas, y que, entre nosotros, debe ser mimado cuidadosamente por la enorme amplitud del mundo de habla española. Es ya en mis años de estudiante. Comienzan tímidamente a plantarse las barracas por varios días, con su reclamo multiforme y colorista de los anuncios, de los autores firmando a determinadas horas. Hubo un par de años, quizá alguno más que no recuerdo, que las Cámaras del Libro editaban un texto recordatorio, hecho con cierto lujo incluso, tal y como entonces los procedimientos de imprenta permitían. Se regalaba a los compradores que hacían compra de otros libros por

cierto valor. Si mi memoria no se engaña (ojo, la memoria es la mejor artimaña para mentir con descaro), había que gastarse, en libros, quince pesetas, quizá fueran veinticinco. (Es evidentemente, absolutamente inmoral recordar cantidades, por el estremecimiento que producen.) Un estudiante de entonces, el niño del Teatro Español y del poema de marras, se pasaba largas semanas ahorrando, a base de patear calles y no tomar tranvías ni autobuses, para poder tener las pesetas necesarias, y poder llevarse a casa el tomo de regalo. Y se gastaban horas y horas en repasar catálogos para redondear la cantidad de acuerdo con los títulos que se necesitaban, o lo que se prefería tener, un repertorio de documentos medievales, dos o tres novelas de Unamuno o de Valle Inclán, quizá los últimos tomos de Proust llegados a Madrid, un Lorca o un Guillén recién salidos... Eran tantas y tantas las solicitudes, las premuras... -195- Cuántas sumas quitando y poniendo... Y se volvía a casa con el libro, que se añadía celosamente a los libros comprados. No recuerdo cuántas veces se hizo esto, pero yo tengo por lo menos dos: 1935, centenario de la muerte de Lope de Vega. Cuánto, cuánto hubo de memorietas vanas, esa oquedad inmensa de las conmemoraciones oficiales. Discursos, conferencias y conferencias, banquetes, comisiones nacionales y locales, zarandajas de todos los tonos... Pero el recuerdo de esa Feria del Libro permanecerá, con su personalidad emotiva y autónoma: es una edición facsímil de las Rimas de Tomé de Burguillos, hechas en Madrid, 1634. Aún emociona ver, en las guardas, las señas de identidad del volumen, quién regala el papel, qué gentes autorizan y ayudan a la reproducción, cómo se ha concebido para regalo en la Fiesta. En ese volumen, el estudiante, lejano niño de un poema frustrado, aprendió a decir algunos versos con el único acento que les es posible, sin disfraz, sin elocuencias huecas. En ese libro, la mayor parte pura broma, el estudiante de entonces pudo encontrar andando el tiempo uno de los más hermosos poemas de Lope a Marta de Nevaes, su último gran amor, poema que se esconde entre las páginas de las Rimas casi como avergonzado de su voz estremecida.

Marta de Nevaes ha muerto ya. Lope, viejo, cansado, tiene, quizá por primera vez en su vida, escrúpulos ante el qué dirán, y hasta la entierra de tapadillo, dando la cara un librero amigo. De la casa que hoy admiramos en Madrid había desaparecido, quién sabe si ya para siempre, la alegría exultante que le ha acompañado en toda su existencia. Y en esa casa, soledad creciente, Lope escribiría este soneto portentoso, verdadera confesión desgarrada:

Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa,
sin dejarme vivir, vive serena
aquella luz que fue mi gloria y pena
y me hace guerra, cuando en paz reposa.

-196-

Tan vivo está el jazmín, la pura rosa,
que blandamente ardiendo en azucena,
me abrasa el alma de memorias llena,
ceniza de su fénix amorosa.

¡Oh, memoria cruel de mis enojos!
¿Qué honor te puede dar mi sentimiento,
en polvo convertidos sus despojos?

Permíteme callar sólo un momento,
que ya no tienen lágrimas mis ojos,
ni conceptos de amor mi pensamiento.

Quién le iba a decir al estudiante de ese año, que, cuando andando el tiempo, tuviese que escribir un libro sobre Lope, iba a encontrar, en un libro-recuerdo de una Feria del Libro, uno de los soportes más dignos de lo que escribía.

Hubo más libros-recuerdo. Otro año fue Bécquer, y se lograba por el mismo procedimiento una preciosa edición de las Rimas, con dibujos oportunos y de época. Las Ferias se habían convertido ya en una tarea voluntariosa, en la que no cabía el despilfarro del tiempo. Se iba a tiro fijo, buscando ya lo que, en realidad, de verdad se iba necesitando.

En períodos sucesivos, ya todos estamos al cabo de la calle sobre la marcha de las Ferias del Libro. El libro ha salido a la calle, donde está el amigo y el enemigo, a ganarse la vida en nuestra sociedad contradictoria y poco dada al sosiego, al bendito ocio de las tareas intelectuales. Ya no existe el intelectual, tan bellamente recordado por Azorín, que, en el Renacimiento, disponía hasta de un criado que le pasase las hojas, cuidase de atizar el hogar encendido y le trajese un refrigerio de cuando en cuando, mientras los doctos latines se van pasando a la página nueva. Ahora, el intelectual tiene que aprender a hacérselo todo, incluso las pequeñas artesanías de la casa (ay, esos manualitos repletos de dibujos sobre carpintería, fontanería, jardinería, etc.), y correr alocado a las -197- redacciones de los periódicos, y a las reuniones editoriales, y hasta dejarse ver en la televisión, la más cruda arma contra la intimidad recogida y auténtica. Y tiene que hacerse, no amigo, sino aliado casi manu militari del libro para que los nuevos medios de comunicación no le condenen al olvido, sustituyéndole por un rato de duermevela ante una pantalla. El libro está ahí, viviendo como pocos este trance de cambio de vida, de una sociedad basada en los conceptos del humanismo clásico para entregarse a un nuevo humanismo, el de la tecnología. Abriguemos, sí, la esperanza de que no acabemos por ser todos desesperadamente iguales, y que, entre los millones de espectadores que devoran, después del cansancio de un día afanoso, un texto ilustre, dramatizado con mayor o menor gracia o desgracia, esperemos digo, que entre todos surja la voz que, disidente, acabe por volver al mismo texto y no se conforme con lo que le dan... Quizá un estudio detallado y no mentiroso de las estadísticas nos demuestre que muchos textos ilustres se han vendido muchísimo más después de haber sido dados por cine o por televisión. ¿Pasará lo mismo con otros textos del mismo autor? ¿Está preparado el mercado para suministrar textos de indudable honradez cuando se trate de textos venerables...? Son tantas las preguntas... Una

Feria del Libro puede ser así una especie de auténtico pulso nacional, del pulso que no se oye ni se registra en una clínica, pero que empuja la colectividad hacia horizontes de indudable dignidad.

Les he llevado a ustedes, abusando de su paciencia, a través de unas Fiestas del Libro de años pretéritos, utilizando la compañía de una persona que, por lo que sea, azar, vocación, circunstancias socioculturales, etc., acabó por verse entregada a los libros. Pero los años pasan, y con ellos, cambia el ángulo desde el que el hombre mira su contorno. ¿Qué es para ese mismo hombre, ya con mucha experiencia, infinitos desencantos a cuestas, qué es para ese hombre, hoy, una reunión callejera de libros? La Feria del Libro, en sí, es un escalón más de su cotidiano -198- vivir. Otra Feria más. Se compara con las otras, se percibe qué se lee, qué se desentierra, qué prestigio tienen los autores que consideró intocables en su juventud, y qué nuevos títulos y preocupaciones se desatan. Ve, con un gesto extraño, casi inmóvil, cómo muchas de las personalidades que leyó en sus años mozos con vivo interés, no aparecen por ninguna parte. Autores brillantes, que ocuparon la atención de los periódicos, que fueron llamados geniales por los críticos, ahora no los lee nadie. Nadie los conoce. Su nombre no suena a nada. Muchas veces he pensado en aquella lección prodigiosa de Antonio Machado. Un estudiante tiene que escribir en la pizarra una frase. Y, decidido: Los eventos que acaecen en la rua. El profesor dice: Muy bien. Ahora escríbalo literariamente. Lo que pasa en la calle. Sí, muchas veces nos dejamos arrastrar por ese brillo momentáneo y se nos olvida que la literatura es compromiso, vida, fe de existencia y sentimiento del idioma, lo que no quiere decir en manera alguna brillantología hueca de palabras sonoras. Esos eventos que acaecen en la rua son como las canéforas, nelumbos y demás zarandajas que se tuvo que aprender el niño aquel de que hablábamos al principio. Pero en la realidad de un momento, hay que contar con eso. Y más en nuestra sociedad plagada de servidumbres económicas y de grupo. Estoy hablando ahora para el joven aprendiz de literato, que puede desorientarse gravemente en el horizonte seudocultural que un montón de escaparates puede darle. No, no hay que dejarse llevar por la cáscara. Detrás de eso hay una vida multiforme, que no sólo es literatura (hablo de esto porque es mi oficio), sino todo lo demás, y todas las partes de una sociedad deben estar armónicamente apuntaladas las unas en las otras. Y por añadidura, es obligación del hombre no sentir nada ajeno, sino dejarse llevar por las curiosidades. Y así, ¡qué magnífica manifestación de realidades una Feria del Libro! Allí están las viejas voces amigas de los clásicos, de Cervantes y de Lope, del Lazarillo y de Santa Teresa, pero están -199- también los recovecos del quehacer y del pensamiento humanos: la política, la sociología, la química, la medicina, la astrología, las modas, la mecánica, la astronomía, el espiritismo, el ilusionismo, la cría de las abejas y la industrialización de los desperdicios, los viajes y los mundos de los astros remotos... La vida en fin... El hombre ya maduro, que vive de los libros y para los libros, ya apenas mira o curiosear por la Feria: se lo sabe ya de antemano por los catálogos, catálogos cada vez mejor hechos, que, en la soledad de su habitación de trabajo, le dicen ya dónde y cómo tiene que buscarlos. Un telefonazo basta. Pero el hombre de que hablo va a la Feria una vez y otra, por darse el gran placer, el incomparable placer, de ver a sus paisanos y compatriotas escarbar, curiosear, preguntar, poner cara de mal humor o de gran experto ante un libro. E incluso regatear ante el precio, pasmarse de lo que cuesta, o llevárselo con una secreta alegría, deseoso de verse a solas con él. Va creciendo la mañana, se va apretando la gente. Gritan en los mostradores las novelas, las traducciones, colecciones de bolsillo con su camisa coloreada, familiar y llamativa, y los lectores,

empleados de esto o de lo otro, estudiantes jovencillos, cogen una vez y otra a Faulkner, a Steinbeck, a Thomas Mann, a Sartre, y dialogan sobre los desenlaces. ¿Has leído Kapput? No, pero sí Archipiélago Gulag, y se esconde en los pliegues de la gabardina una edición bilingüe de Tito Livio, con la sana intención de no trabajar mucho en la traducción... Oye, este Gatopardo, es aquél que echaron en cine, pues anda, que no es gordo ni nada... Ah, mira Bertolt Brecht, El fulano ese resistible... Voy a comprarlo... Y el librero ayuda generosamente a un grupo de muchachitas que buscan textos baratitos de teatro del XIX para hacer sus trabajos de Cou, o de Preu, o de como demonios se llamen esas cosas, y van gozosas con un Tenorio que ha costado treinta pesetas... Y es un gozo ver al buen bibliófilo, que se entera de los plazos para adquirir una buena edición facsímil, ahora son tan bellas, y tan caras, -200- y hace números una y otra vez, y no se atreve a tocar el ejemplar de reclamo, y pasan ante los mostradores los buenos tipos de riñón bien cubierto, que compran libros bien encuadernados, sin importales qué títulos, solamente los metros que necesitan para llenar un estante decorativo en una casa que se están poniendo por ahí, por las afueras, encuadernaciones que hagan mono... Vaya por Dios... Sí, es la vida. Dar un paseo por la Feria del Libro es la vida entera, tumultuosa, sin barreras, cada cual manifestándose tal como es por el solo hecho de estar mirando un libro, todo el aliento en la yema de los dedos. El viejo clásico del XVII, en la Epístola moral a Fabio, nos lo dijo ya claro y para siempre:

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.

Sí, muchas veces, mientras la vida del hombre sea la que es, la mano se extenderá buscando la compañía silenciosa de alguien. Nada como un libro. Un gran escritor andaluz, Vicente Espinel, nos lo contaba ya en los albores del 1600. Uno de esos días del Madrid del XVII, Marcos de Obregón ha pasado largas horas arriba y abajo, corriendo de un lado para otro en la ciudad, trepando, tiene las piernas casi inútiles por los dolores, por las empinadas cuestas del Madrid austríaco. Está fatigado, lleva mucho tiempo sin comer. Busca el refugio de su casa, de su techo. Muchas veces han vuelto los héroes picarescos a sus casas, hartos de la sociedad que los rodea, incomprensiva, hipócrita, minada por vanidades sin cuento. Y en las casas no hay otra cosa que desnudez, incomodidad, frío, desamparo. Recordemos, por vía de ejemplo, el primer gran regreso a casa de un héroe picaresco, el Lazarillo. Toda una larga mañana callejeando por Toledo, cuesta arriba, cuesta abajo, bajo las campanadas catedralicias, amusgando las orejas y la nariz por el olor de las panaderías, de los puestos de frutas... Y el -201- hambre, un hambre atroz rodeando la soledad. Y cuando se llega a casa, la esperanza de un hogar, de una cocina, ha llegado a su propia cúspide, a la cima más dura y punzante. Y en aquella casa no hay otra cosa que desnudez, polvo, un jergón viejo y roto, un cacharro de barro desbocado, olor de humedad, de desamparo. ¿Cómo se va a estar bien en esa casa? Recordemos la vuelta de Don Pablos, el Buscón quevedesco. Va llegando a Segovia, quizá hay un estremecimiento interior al reclamo de la querencia. Y en su casa,

la casa del verdugo, no hay otra cosa que suciedad, unos cuantos borrachos despilfarrando en frases soeces su escasa dignidad humana. Tampoco estaremos a gusto en esa casa. Nos acosa la necesidad de huir, de escapar a aquella obstinada manifestación de zafiedad y de acumulada porquería. Pero en esa casa del alto repecho de la Costanilla de San Andrés a la que llega Marcos de Obregón, hay algo muy diferente. En esa casa donde vive Vicente Espinel, rondeño atezado por los fríos madrileños, hay libros. «Con ellos, dice el personaje, me dispuse a engañar la soledad que se me aparejaba». Y con este recuerdo del rondeño, nacido aquí cerca, tras la sierra, y muerto en Madrid, en la misma manzana donde siglos después nació el niño que intentó recitar el poema en aquella Fiesta del Libro que he contado, termino. Sé que es el capítulo de gracias. Pero también, reconózcanlo conmigo, conviene estar de enhorabuena por haber llegado al final sin haber gritado ni una sola vez que apaguen la luz, que no le daba la gana al conferenciante soltar lo que esta vez no se traía aprendido.

-202- -203-

VI. Un libro vuelve a salir

Este libro, El habla de Mérida y sus cercanías, que hoy vuelve a salir a la calle (1982), gracias al generoso gesto del Ayuntamiento de Mérida, se escribió en circunstancias difícilíllas, allá por los años 1940-1941. Hace, pues, muchos años. De entonces a hoy, han desaparecido gentes, paisajes, estímulos. Se ha trocado el aire total del clima que, voluntad tensa y ensimismada, le vio ir tomando cuerpo, día a día, minuto a minuto. Desde un punto de vista estrictamente filológico, el libro tiene ya poco valor. No lo digo con aire jeremíaco, ni con sombra alguna de coquetería. Al revés, lo digo con la satisfacción que me acosa al comprobar que ha cumplido su papel digna y enteramente, ha redondeado el aire perecible de toda empresa humana. Concebido con los procedimientos metodológicos de su tiempo, el libro fue reseñado en el mundo entero, con los diversos resquemores o entusiasmos que la situación española de aquellos días arrastraba consigo y hasta mereció ser tratado detenidamente en una obra capital, La dialectologie, de Sever Pop, el ilustre lingüista rumano (Lovaina, 1950), quien le calificó de «monografía modelo». Efectivamente, de este librito, hecho sin ayuda alguna y sin la bambolla que vino después, fueron saliendo, larga dinastía, copiosas monografías dialectales, que, en pocos años, -204- transformaron el conocimiento de las hablas locales peninsulares, colaborando así a llenar la penosa laguna del no existente y desventurado Atlas Lingüístico de la Península Ibérica, una de las tareas más cariñosamente emprendidas por el ya entonces pura nostalgia Centro de Estudios Históricos de Madrid, dependiente de la Junta para Ampliación de Estudios.

Llegué a Mérida en septiembre de 1940. Iba destinado al Instituto de Segunda Enseñanza, flamante catedrático de Lengua y Literatura Españolas, salido de las primeras oposiciones celebradas después de la Guerra Civil, «humilde profesor de un instituto rural». El instituto estaba por entonces en un viejo caserón destartalado, quizá dieciochesco, con una amplia escalera que iba a morir en unas habitaciones que nadie veía, y que disfrutaba, incrustados en sus paredes, de nobles mármoles romanos (relieves, algunas inscripciones). Apenas

recuerdo ya la distribución de las aulas, tampoco la cara de muchos compañeros de claustro (ya comenzó entonces el catedrático recién nombrado que tomaba posesión y desaparecía, llamado, al parecer, a insustituibles faenas). Sí, recuerdo nítidamente el gran patio con arquerías de macizos pilares, blancura deslumbrante, indudable aire colonial, con unas palmeras hermosísimas, que levantaban el suelo enlosado. En aquel patio, los chiquillos gritaban estruendosamente al infinito resplandor de las doce y toreaban a unas tres o cuatro vacas que, propiedad del conserje, andaban sueltas por allí. Aún me avergüenza un poco, como un dolor inexplicable y ciego, clandestino casi, el súbito silencio temeroso que inundó el claustro cuando el jovenzано catedrático recién venido se subió a una de las vacas... Siglos de valores jerárquicos, de férreas disciplinas se desmoronaron sin pena ni gloria por aquel gesto. El silencio me hizo bajarme rápidamente de la vaca, mansísima, ratina, una buena persona, qué le vamos a hacer, también entonces estaría profundamente pasmada...

-205-

Siete cursos de chicos por las mañanas, siete cursos de chicas por las tardes. Eran los años en que la coeducación sonaba a blasfemia imperdonable. A los pocos días, la rutina llenaba la vida. Unos profesores se van al casino (estaba en la esquina), otros, pocos, esperaban la inevitable película de folklore pseudoandaluz, o conquista del oeste americano, todos se escandalizaban de que el director del centro (cargo de confianza, es natural), no fuese catedrático, sino un viejo cursillista. Dicho de otro modo: reiteración, esta vez en carne viva, de las vanidades permanentes, de los requilorios y puñeterías que constituyen el meollo de tantos cuerpos profesionales cuando por hache o por be se quedan despoblados de ilusiones. Sin embargo, los días iniciales de Mérida, otoño creciente, fueron inolvidable liberación. El hecho de ser funcionario volvía a ponernos dentro de una relativa, precaria libertad. El hecho de tener un carné oficial nos ahorra los inacabables salvoconductos para viajar aunque fuera a unos pocos kilómetros de casa. Aquellos salvoconductos que expedían en las Comisarías (o no los expedían, dependía de muchos imponderables), tras las firmas avalantes de dos honrados vecinos de reconocida y moralísima conducta (el panadero, el mercero, el carnicero, el párroco, el sereno, el sacristán) y veinticinco pesetas de entonces por papelito-pólizas, vejaciones y colas aparte. Un verdadero delirio de simplezas disculpadas por la amenazada seguridad colectiva. Todo eso se sustituía con el carné oficial (tampoco era mala consecuencia el cese de las presentaciones periódicas en ciertos sitios, por aquello de la inevitable, eterna depuración). Creo que todo el mundo comprenderá fácilmente con qué afán deseaba yo que apareciese en el tren el policía, la primera vez que, vacaciones al frente, regresaba a Madrid con mi carné acabadito de hacer. Cómo le acariciaba en el bolsillo, entreteriéndome... Pues no lo necesité, también fue cosa. A la altura de Puertollano, subió al tren un grupo de gentes extrañas, mujeres pintarrajeadas, hombres muy encorbatados y ceremoniosos... Eran cómicos, -206- volvían muy apesadumbrados, Benavente y sus rosas otoñales no habían despertado entusiasmo entre el público manchegominero del momento. Y el policía, que apareció enseguidita, quizá atraído por el reclamo de tanto viajero junto, también fue casualidad, se limitó a ojear desdeñosamente el salvoconducto colectivo de la compañía. Ni se dignó mirar hacia mí, ni darse cuenta de que yo tenía levantada la mano con mi carné de catedrático, foto-estudio, ilustrísimo señor, veinticuatro años encima... Nada. Me incluyó en la mesnada teatral sin la menor vacilación. ¿Qué complejo o bobalicón personaje me asignaría, si es que entendía algo de teatro? ¿O me valoró como tramoyista o, aún los había,

apuntador? Señor, Señor, mi carné resplandeciente... Desde entonces, otro gesto más de mano levantada, levantada así, ya sabéis cómo, a la altura de la frente, para evitar las bofetadas...

En aquella Mérida de sol y melancolía, en un invierno excepcionalmente lluvioso seguido de un verano atroz, de calores exagerados, comencé mi vida de profesor y, a la vez, el acopio de materiales para lo que iba a ser mi tesis doctoral. Fui de aquí para allá, con los escasísimos medios de que disponía, utilizando los transportes más variopintos e inseguros, preguntando, preguntando, llenando papeles de notas y dibujos. Al cabo de algunas semanas estaba familiarizado con el hablar de la tierra. Debo recordar aquí, muy señaladamente, a los que, siguiendo los métodos usuales entonces, fueron los sujetos especiales de mis encuestas. Sobre todos ellos pesaba, de una u otra forma, la guerra aún cercana y, en muchos, la represión. Quizá las charlas conmigo, sobre materias tan inocentes como el tránsito de las estaciones, los ritos humanos de paso sobre la vida, los ciclos de las cosechas, etc., quizá, digo, fueron para muchos una lustración apacible. Tardes en la era de Trujillanos con Florencio García Higuero, locuaz, simpático, convencidísimo de que su interlocutor madrileño estaba majareta. Conversaciones con el párroco vasco, desterrado, que paseaba a grandes zancadas por los alrededores de San -207- Pedro de Mérida y caía en mutismo llamativo al rozar los motivos del trasplante. Entierros, bodas, bautizos, fiestas patronales en Aljucén, donde iba a pie, acompañando al cura, D. Pedro Redondo, bondadoso y fino, profesor de religión en el Instituto, solían mandarle una mula en los casos de urgencia... Juntos atravesamos muchas veces los hondos campos de encinar, campos que a la noche se volvían amenazadores. (Una noche me extravié y fui detenido por la tropa que vigilaba los movimientos de los alzados, maquis había que decir, y fui detenido gracias a Dios: en mi desorientación atravesé pastizales con reses bravas, cosa que no le sienta muy bien a un aprendiz de filólogo. Y aún hubo sabiazo, después, que, al reseñar el libro en la comodidad de su ultramarino despacho, me censuraba, muy campanudamente, la ausencia de la cantidad latina en algunas etimologías... ¡Bueno, hombre, bueno, tranquilícese!).

Volviendo a los que fueron mis «sujetos» he de recordar al tío Quico, Francisco García Aguilar, el lechero. Vivía por la antigua salida hacia Cáceres, pasado el paso a nivel, una puerta ancha guarnecida de macetas rabiosas de colores y perfume y nombres sugestivos, entremezclados con el olor agrio de cabras y vacas. Compartimos muchas veces el burranquino, en expediciones a los pueblos cercanos. Pareja cercana era el alfarero, del que apenas me queda otra imagen que algún pucherillo desperdigado entre los libros. ¡Cuánto, cuánto aprendí de su experiencia! Dichos, sucedidos, anecdótico irrestañable, el desencanto total de la guerra y la conciencia clara de su bárbara inutilidad... Cómo influían en su cháchara desengañada, con asombrosa naturalidad. Y aún se me pone de pie en la memoria el interminable, cambiante charloteo múltiple de las tabernas pueblerinas, humo, palabrotas, heroicidades de la guerra a troche y moche, tan enormes como falsas, siempre el erudito local malhumorado y próximo, acechando la ocasión de dejar en ridículo al advenedizo preguntón. Todavía me divierte la sorpresa de Alanje, donde, en el bar modesto y chirriante -208- de cortinas de canutillos, innumerables tiras pegajosas para atrapar las moscas, entablé diálogo con una persona muy, pero que muy enterada... Había sido el mismo sujeto que se utilizó para llenar los cuestionarios del Atlas lingüístico de la Península Ibérica. Después, receloso, había procurado informarse, tenía unos parientes en

Madrid, entre ellos un conserje del Observatorio astronómico, ahí, donde preparan los pedriscos... La consecuencia era que nadie en el pueblo sabía hablar, a no ser él, claro está, que recitaba, muy requetemal por cierto, romances de la Flor Nueva de Menéndez Pidal. Ah, claro, tal entidad era fuerza viva, cómo no. Una angelical y vulgarota pedantería que contrastaba con la timidez -y hasta el rubor- con que algunas mujeres oían nuestras eternas malas palabras.

Por eso este libro no sirve ya. Tiene, eso sí, el valor de testigo de una época en la Lingüística española, de signo abanderado de una manera de hacer dialectología bien hecha, pero el contenido, el resultado diríamos, ya pasó, ha pagado su tributo de ir muriéndose un poco cada día. Durante muchos años, ya lo he dicho en alguna ocasión, hemos estado haciendo dialectología con los criterios etnográfico-históricos, que, es indudable, aún pueden dar resultados, información justa e inequívoca, pero hemos de variar la meta de nuestras apetencias y tareas. Llegábamos al lugar elegido y pensábamos que las legiones romanas acababan de abandonarle, huyendo de Dios sepa qué. Y allí estábamos nosotros para, con supuestos conocidos, la vida de las legiones, etc., ver qué restaba de su paso o qué cambalaches se producían. Y una vez que, mal que bien, establecíamos estas diferencias o rupturas o continuidades, nos dábamos por satisfechos, limitábamos casi siempre a cierto tipo de hablantes los soportes de nuestra investigación, hablantes que, sí, eran representativos, pero no los únicos: renunciábamos previamente a buena parte de la colectividad. Hoy vemos con limpia claridad que en el fondo de toda diversificación lingüística subyace una norma idiomática, respaldada -209- por las diversas variantes socio-culturales que constituyen su entidad social. Habla el inculto, y el culto, y el iletrado y el sabihondo, el clérigo y el pastor. Entre todos surge el habla cotidiana, la que nos debe preocupar. Y cada uno de estos grupos humanos varía según sus apetencias momentáneas, las que terminan por retratar cumplidamente su yo histórico y social. La Mérida que yo estudié hace ya cuarenta años no es la misma que la actual. Ha pasado mucha agua bajo el puente. Quizá el Guadiana siga empleándose sin artículo en el habla local, pero ya no le dejarán, en época de avenidas, tapar los arcos del puente romano, con la zozobra a cuestras y creciente, ni le permitirán inundar las campiñas en extensiones desmesuradas. Han surgido nuevos pueblos, con habitantes importados de otras comarcas españolas, con diferentes cultivos y ganadería diversa, y las generaciones nuevas conocen nuevas preocupaciones y trabajan en industrias insospechadas en los años cuarenta. Ya no se bajará a la estación, en tumulto casi, a la llegada del tren correo de Madrid, para conseguir un número de ABC o cosa parecida, prensa atiborrada de unánimes gritos triunfalistas y la monotonía de sus ilustres prohombres, cotidianamente condecorados. No, ha cambiado todo, vamos que si ha cambiado. Pero, estoy seguro, seguirán cruzando la mañana, gloriosa de luz y de brillos, los pregones de los ajos, de los cacharros de Salvatierra (¿y los del picón, verdadero canto?) y, desde luego, aún las cigüeñas henchirán con su tableteo la primavera jovencilla y pondrán sus penachos sobre las ruinas, vistiéndolas de repetida hermosura. Hasta las mismas ruinas parece que se han desperezado, ensanchado, intentan fugarse de los libros tradicionales...

Si hoy tuviera que volver a considerar el habla de Mérida y su comarca, contaría, como entonces, con el apoyo de los alumnos originarios de los pueblecillos encausados, que miraban atónitos el funcionamiento del quimógrafo casero (el mismo quimógrafo con que María Josefa Canellada estudió, y no se ha hecho más que -210- valga la pena, la entonación extremeña), mientras los padres y amigos y vecinos, que acudían al reclamo de

lo inusual, le daban compasivamente a la cabeza. Hoy circulan aparatos portentosos, con los que hay que andarse con cuidado, y algunos muy caros, vaya si lo son. Y estamos familiarizados con ellos, obedecen al mandato subrepticio de un minúsculo, invisible botón: Ya no nos desvelaría que el sujeto que nos va a servir para registrar el rehilamiento de las palatales, típico del habla merideña, se obstine en declamar la Canción del pirata, gesticulando y todo. Sin embargo, esa Canción de Espronceda (al alimón con Nacencia, de Chamizo) envuelve en su halo de gratitud y simpatía mi recuerdo por la persona que la decía, un bondadoso maestro nacional, en cuya casa, grabando y grabando, una tarde inverniza de 1941, sufrimos el universal huracán que asoló el país, sin notarlo, el mismo ventarrón desesperado que provocó el incendio de Santander. Tal era la entrega y confianza entre investigador y sujeto investigado.

El Ayuntamiento de Mérida ha decidido reeditar este libro. Saben muy bien los consejeros de la Corporación cuál es la real situación de sus páginas en la ciencia lingüística española, y saben también que, al ponerle otra vez en circulación, dan nuevo empuje al impulso que le escribí. Este trabajo, como tantos otros que hice después, respondían a una apremiante necesidad de conocimiento, de entendimiento leal y rotundo entre las gentes de España. En esa España que había dado trágicas pruebas de no querer o no saber entenderse, muchos trabajos de este tipo nos hicieron sentirnos otra vez pueblo, compartir, a través de su lengua cotidiana y marginal, su inevitable penar o sus inexcusables alegrías. Ahí está ese hablar, ya en muchos casos apenas recuerdo, uniformado por la televisión, la radio, los viajes frecuentes y fáciles, el desarrollo material. Este libro de hace cuarenta años, salvando la ocasionalidad de la comparación facilona, es como aquellos trenecillos renqueantes, mañaneros, que iban de Mérida a Badajoz atestados de mujeres, de sufridas -211- mujeres que, violando conscientemente la ley, se acercaban a la frontera de Caia, para acarrear pan (aquellas hogazas de siete pesetas quilo, a las que adorábamos como ya lo hizo Lázaro de Tormes siglos atrás), legumbres, aceite. Se vivía en pleno estraperlo, rodeado de estraperlistas, tan tozudamente que el diccionario académico terminó por incluir esos términos en 1970. (Otras gentes, más cautelosas, y de orden, se limitaban a cortar el rabo a los cerdos imprudentes que lo asomaban entre las rejillas del vagón.) Mi parentela (muy querida) de Mérida se dispersó, y anda por otras ciudades, y no sabría ahora localizar a la gente que cariñosísimamente me albergó en su casa, Rambla de Santa Eulalia, no sé el número, y mis sujetos ya no están por estos barrios. Estas páginas escritas a los veintipocos años, cuando más de media España luchaba por integrarse en su real país inalienable y no le fue permitido, dan, por lo menos, testimonio de ese empeño. Menos da una piedra, y muy bueno, mucho, es comprobarlo.

-212- -213-

VII. Un tiento a la mala lengua

¡Atención, atención...!

Estamos asistiendo, ya hace algunos años, a una universal despreocupación por la norma. No se trata de una rebeldía, ni santa ni revolucionaria, sino de una total dejadez, una absoluta ausencia de responsabilidad. Parece que un irrefrenable gesto de hombros levantados revolotease por encima de la descuidada colectividad. Nos falta seriedad básica, radical, frente a casi todo. No somos puntuales, procuramos engañar al prójimo, a todo el que se nos ponga por delante, se falsean los impuestos, se derrochan los mínimos bienes ante una crisis escalofriante, se malbarata el paisaje, se destruyen los sistemas de equilibrio vital... Y tan huecos. Pero todo eso no es prácticamente mensurable frente al desdén que el español medio siente por uno de sus mayores tesoros (si no es el mayor): su propio idioma.

En efecto, nadie siente interés por depurar su expresión, perfeccionarla o embellecerla. Graves defectos, cuando no rotundas barbaridades, se han ido implantando en el habla sin el menor reparo, avaladas por el charloteo, a veces lamentable, de elevadas jerarquías y, desde luego, por el desmaño de los dichosos «medios de comunicación social». Una vena escandalosa de frivolidad acosa -214- la conciencia colectiva, y lo hace ayudada por la televisión, la radio, los anodinos articulejos balbucientes, con recuadro y toda la pesca, orillados por la falacia de su prestigio. No otra fue la base de sustentación de la enconada y larga polémica en torno al güisqui. En una España maltrecha, donde no había esquina sin llaga, todos esos «medios» se rasgaron las vestiduras ante la decisión académica de aceptar la voz güisqui. Se oyeron y se leyeron las «razones» más peregrinas en contra, aproximadas o no, pero, eso sí, cubiertas de hipócrita agresividad. Y todo porque una casta social, y no la dueña ciertamente de valores exquisitos, sino representativa de la casta adinerada o dirigente, o de otros grupos de presión, leía el whisky a la inglesa. Se disfrazaba así, invocando otras fronteras, su difusa apetencia de títulos que no poseía: prosapia, cultura, brillo, horizontes inasequibles al fácil esfuerzo o a la ruidosa calderilla. Whisky evocaba la taberna de las villas inglesas, lujo con luz cómplice, restoranes junto al Sena, cierto tipo de conversaciones susurradas, propinas aparatosas, viajes, compras tumultuosas y en competencia, etc., etc... Toda una serie de vivencias imposibles de aunar con el viejo chato de tintorro peleón con aceitunas y tristeza... (¿Dónde se escondió tanto y tanto «vino español» de los años autárquicos?). Whisky era algo no perteneciente a la sabiduría olvidada y asimilada, sino un acompañante de datos prestados, acumulados superficialmente, aún en trance inaugural, ajenos a la mayoría. La prueba de lo que estoy diciendo es que ninguna vez, absolutamente ninguna, se ha dicho la verdad, tan fácil y cercana como suele encontrarse: la Academia ha aceptado las dos formas, incluso la bárbara de barra adinerada, y ha cometido el imperdonable ademán de conceder libertad de elección... ¡Qué abrumador trabajo, pararse a pensar un poquito, Señor! Aunque sea con el vaso de güisqui en la mano...

De esta misma seudocultivada y deslumbrada clase social ha surgido la actitud de rendida beatería ante las voces extranjeras. Se salpica la conversación de términos -215- ingleses, que se sacuden como cascabeles -darling, on the rocks, ranking, marketing, obesity, underground tecnicismos de la televisión, cancioncillas sentimentales...-, que revisten al hablante de súbita trascendencia cosmopolita. Difícilmente se puede encontrar, en esta «espaciosa y triste España», algo más divertido que la exquisita fonética gringa de algunos locutores, al nombrar al recién elegido Presidente norteamericano, por ejemplo. Hay

locutores que pronuncian unas acicaladísimas uves labiodentales, que no existen en español, o, con un engolamiento astronómico, dicen pienso de que, me parece de que... y muchos más alaridos de dequeísmo (palabrón que ya nos vemos obligados a usar en estudios lingüísticos, aunque suene a herejía, como maniqueísmo, priscilianismo, quietismo, etc.). Cuentan personas muy allegadas al medio que, en una ocasión, un locutor fue fulminantemente «desaparecido» (otro dislate, como lo es fue dimitido) porque el pañuelo que le asomaba por el bolsillo alto de la chaqueta no quedaba a gusto pleno del director general de turno... Qué pena que no se hiciera lo mismo con los parlantes con v, o con esa entonación, tan desentonada ella, donde el español suena a desgraciadísimo cascajo...

La falta de respeto llega a extremos delirantes, que revelan hasta qué cotas de menosprecio llega la propia comunicación. Existe por ahí, agazapado en cualquier recoveco de nuestra falaz convivencia, un juicio universal: las mayúsculas no se acentúan. Qué más quiere el español comodón para demostrar su gran sapiencia esgrimiendo a cada paso «la ley», para él intocable. Es un torpe prejuicio, que, supongo, ha debido brotar de razones de imprenta, al resultar muy caro duplicar tipos, matrices, etc. Pero me gustaría a mí ver cómo se maneja cualquier semiculto de nuestros dolores (¡y cómo protestaría, claro!) al verse obligado a pronunciar voces que no le sean familiares. Aún no hace veinticuatro horas que he oído, en uno de los programas de mayor audiencia (otra simpleza consagrada: quiere decir auditorio), calcháqui -216- con acento en la segunda a. El error provenía del nombre de un grupo folklórico. Se trata de los calchaquíes (tampoco calchaquí, aunque esto sea más usual y pueda tolerarse). ¡Oh, el prestigioso parlante, ofendiendo, en realidad, a toda una comunidad humana de su misma lengua! Tan sólo por estar ayuno del tema. Ya ven por dónde un acento de menos puede delatar un nivel cultural y las carencias a él anexas. El que esto escribe peleó, inútilmente, para que la publicidad televisada sacara acentuadas las mayúsculas que debieran estarlo. Se recomendó a los protestatarios la adquisición de las Normas ortográficas oficiales (unas treinta pesetas en la España de los precios caóticos y de los millones borrachos), y aún hubo señor que replicó con palabras furiosas, donde recordaba, en arriscado batiburrillo, el opulento regalo de su maestro de primeras letras, que le dejaba poner mayúsculas sin acento (vaya maestro, ¿eh?) y se exorcizaba al académico desafortunado que pretendía, de la noche a la mañana, guillotinarle esa sacrosanta y añeja libertad. El maestro y el académico, vaya por Dios, qué dos entidades tan mal avenidas. Lo triste es la patente de corso de esa desdichada actitud. Ni el maestro podía haber dicho eso, si es que tenía alguna preparación en algo tan esotérico como su propio lenguaje, ni el académico dicta nada por su propia cuenta. Digo que lo malo es la divulgada comodidad. Mientras en el seno de la entidad se luchaba (repito: recomendando, es decir, procurando no levantar ampollas), los carteles cotidianos y oficialísimos, donde televisión, radiodifusión, conexión y tantísimas otras deben llevar su acentito, seguían y siguen sin él, tan campantes. ¿Dónde queda la autoridad? Evidentemente, estamos ante una nueva Numancia.

Sé, y muy bien, lo aparentemente inocuo de este problema. Pero esta minucia proclama la pecaminosa indisciplina, la universal falta de respeto y la colosal ignorancia. Se habla mal, se escribe peor. Y, claro es, no pasa nada. No se desploman las cordilleras, no se salen - 217- de madre los ríos, no se desmoronan las opulentas urbanizaciones de las costas. Probablemente, la afrentosa degradación del idioma, extendida pujantemente por esta sociedad a dos carrillos, es un hundimiento despacioso, poquito a poco, y que nos va

haciendo cada hora más ausentes y huérfanos de nuestra propia, inalienable personalidad (o que debería ser inalienable). Toda persona que hable en público, sea cual fuere su particular quehacer, es, ante todo, un ocasional y eficaz profesor de español. Y si su lengua funciona mal, ¿qué credibilidad podremos otorgarle? El problema es gravísimo y la responsabilidad enorme. Tenemos ahí delante muchos, muchísimos millones de hispanohablantes, a los que no podemos dirigirnos con esta lengua torpe que nos estamos fabricando para andar por casa y en zapatillas. Tenemos que darle un par de buenos tientos a la lengua, a la mala lengua.

¡Menos desdén...!

Hace ya una larga temporada que nos alarman con jeremiadas sobre el mal estado de salud de nuestra lengua. Ese clima ha invadido diversas esferas, y surgen, con pretensiones de curación, recetarios que quieren mitigar los desmanes lingüísticos. Hay quien siente los copiosos siglos de brillantísima Historia nacional colocados al borde de un precipicio, a la espera del locutor o del aficionado a la escritura que les regale el empujón fatal... Y es verdad que el desmaño expresivo está alcanzando límites extraordinarios, cimas de impensable medida. Hay quien suelta, y se queda tan pancho, disparates como demoler, en lugar del infeliz demoler. Hay quien cesa a alguien, o dimite al prójimo, o se nos habla de «la escasa eficacia de la política contra el empleo...». Y no pasa nada. Como se entiende lo que han pretendido señalar, nos rendimos a la vagancia mental, y ¡adelante! Todos tan contentos. No hace mucho una joven locutora, -218- gesto plácido y convincente, todo el país pendiente de sus labios, soltó algo parecido a esto: «...El barco tal ha sido disparado por una cañonera portuguesa...». Con lo que vimos al barco españolito atravesar los aires, marchoso él, hasta hacer blanco en Dios sepa qué remotísima diana. Una pena que disparar haya tenido siempre una muy precisa utilización. Si Felipe II hubiese conocido la posibilidad descubierta por nuestra locutora, la Invencible habría sobrevolado irrefrenable las costas inglesas y habríamos asistido al cambio total de la Historia por obra y gracia de la transitividad. ¡Qué hermosa idea para efectos especiales cinematográficos ver a los galeones asomando la proa entre las altas nubes para estrellarse, sañudos, contra la Torre de Londres...!

Casos parecidos son cada día más frecuentes. Nos ahogamos en torpes errores (contradizco, andó, etcétera) y entusiastas faltas de ortografía (adaliz, halgas, formas repetidas de haber sin la h, ocicos...); leemos afirmaciones regocijantes: «Precisamente desencadenar el proceso del envejecimiento es una de las principales finalidades de la gerontología». Aviados estamos con la medicina los que ya no somos muy niños. Claro que hay también casos para nivelar la pesadumbre. No hay más que mirar una fotografía. En ella, cinco personas sentadas tras una mesa, una mujer presidiendo, aparecen muy puestecitas ante la cámara. El pie de la foto es de un refrescante difícilmente superable: «El centro de... consta de catorce aulas y dos bibliotecas, dotadas de material bibliográfico y en las que se

desarrollan numerosas actividades, como la que muestra la fotografía». Menos mal, menos mal, mire usted que si les da por una actividad más movidita...

En fin, hay que reconocer que los lamentos por la mala salud de la lengua española aparecen bastante justificados. Y, sin embargo, creo que la lengua goza de bastante vitalidad. Por toda la ancha geografía hispánica, la lengua aparece en mantenido trance inaugural. Crea sin descanso, descubriéndose a sí misma en nuevos rumbos -219- de poesía, drama, novela, ensayo. Y, repito, en todas partes. Los fallos tan reiteradamente denunciados andan acogidos a ambientes semicultos, enorgullecidos por su insoslayable presencia. Un barniz de saberes, una irrespetuosa frecuentación superficial de elementos culturales, se embarcan en una lengua vacilante y sin matices y nos proporcionan una imagen tergiversada de la realidad lingüística. Añadamos a esto el prurito de distinción, de pueril «elegancia literatizante» que acosa a los medios de comunicación, agravado por la premura con que se produce, y tendremos claro el alcance de ese producto idiomático. Las censuras apuntan todas a los mismos blancos, sin percibir que tal desmaño se da en capas sociales de nivel cultural inferior, a las que los censurados, en vez de adiestrarlas, hunden aún más en su dejadez. Sucede, simplemente, que esas personas disfrutan de una formación casi nula en lo que a su propia lengua se refiere, no la han considerado ámbito ensanchable. Y así les sale: dime cómo hablas y te diré quién eres. Pero muy claramente sobrenada que esta impericia personal no debe confundirse con la lengua misma. A todos estos vendedores de mala lengua no les vendría de sobra poner algo de orden en sus cortos conocimientos. A veces, un bachiller abreviado y a edad rezagada da muy buenos resultados. También pueden ser fructíferos unos instantes de autoobservación: Comprobar que lo que alguien está diciendo o escribiendo no es una repetición mecánica, sino que, precisamente, ese alguien habla o escribe, es decir, puebla de vida y de sentido lo que pronuncia o traspasa al papel. Cautela, cautela. Es penoso, atentatorio a la buena imagen de la colectividad, pensar que por todas partes nos tropezamos con la ignorancia aplaudida y hasta condecorada. Se impone la corrección de ciertos hábitos o la desaparición de los mal habituados.

Que se trata de un espejismo seudocultural, que se remediaría eliminando de esos puestos a los que con frecuencia nos asustan (insistimos: en todos los medios hay gente consciente y aprovechable, pero no sé si tienen suficiente -220- resistencia al contagio), lo refleja el vigente desdén arrogante ante las normas. A cada aviso, en vez de disponerse a rectificar, mayor gesto suficiente y desdeñoso. Todas las admoniciones, la varia gama de dómines alarmas, se truecan en vanos conjuros. No. Lo urgente es despertar -¡en todos!- una actitud profunda ante el idioma, convencer a toda persona que, por la razón que fuere, desempeñe una función de relevancia social, de que, cada vez que se exprese ante un auditorio anónimo y extensísimo, estará, sin darse cabal cuenta, desatando una influencia rectora sobre la lengua general. Los modernos medios se han ido introduciendo en nuestra vida con deslumbradora facilidad. La radio suena en nuestras cocinas, en nuestros cuartos de estar y en nuestras mesas de trabajo... Nos persigue implacable en el tren dominguero, donde, quieras que no, has de escuchar la lluvia de fáciles venturas que nos pregona. Ya no podremos estar solos en ningún rincón del mundo por mucho que lo preparemos y nos dispongamos a la renuncia total: surgirá la voz mal entonada del locutor de turno, que descubre añejas verdades de a puño con el tono colombino de ¡Tierra...!

Hay un añadido que revela nítidamente la deleznable educación idiomática de algunos locutores a la vez que su frágil interioridad cultural: la entonación. Estamos muy lejos de la entonación normal del español, destrozada por la cursilería pedante; aquella entonación que fue asombro y envidia de las cortes europeas, y que reflejaba la gravedad y la desenvoltura del hombre español como norte exquisito de la conducta. El griterío de la pantalla proclama, con su entonación acezante y desvirtuada, algo muy diferente de lo que está diciendo. Una frase tan sencilla como América entera espera la reunión de los grandes para la paz se convierte en: América. Entera espera. La reunión de los Grandes para la paz. Y así durante interminables minutos. No hace falta más que seguir ese ritmo para desembocar en una angustia respiratorio-mental verdaderamente peligrosa. Y lo triste -221- es que con ese ridículo ritual se ha fabricado la estampa de un estupendo parlante. Por los bordes de la pantalla rebosan la satisfacción y la autocomplacencia. Una cenefa de sainete caduco orilla la sintonía final. Las revistas ilustradas hablan de estas personas al mismo nivel establecido para enjuiciar a sabios, artistas, creadores, etcétera, y sus fotografías llenan las salas de espera de consultorios, y rebosan por escaparates de quioscos y librerías...

Pienso que es urgente exigir, de manera eficaz, una rigurosa formación de estas voces destinadas a ser la cara visible de la lengua. Pido a los interesados la humildad necesaria para que escuchen las advertencias, en vez de escudarse en sonrisitas que quieren ser apicaradas y condescendientes y no pasan de manifestaciones de mala crianza. La lengua española es la gran herencia que hemos recibido y estamos obligados a transmitirla enriquecida, despojada de quincallas. Manos a la obra.

Palabros

Las páginas de muchos periódicos nos ofrecen frecuentemente artículos que abundan en expresiones consideradas por la mayor parte de los lectores como inapropiadas, incluso soeces o atentatorias a los añejos pudores. Ante todo debemos recordar que el habla de las ciudades o de los grandes núcleos urbanos supone, con muy claras delimitaciones, un ideal de lengua. Al hablar representativo de la gran agrupación humana aspiran todas las gentes que, por una u otra razón, se ven obligadas a vivir en ella en estrecha vecindad. Ya no podemos pensar en un ideal de lengua emanado de Madrid (el habla de las clases cultas madrileñas lo fue en los años veinte y treinta de este siglo), sino que hay, en el horizonte hispanohablante, otras muchas aglomeraciones que suponen grandes polos de atracción y de imitación: Buenos Aires, Lima, México. Y entre esos grandes focos hay que -222- contar también con las grandes ciudades españolas: Barcelona, Sevilla, Bilbao... Cada ciudad grande, en torno a la que viven y se desviven multitudes, irradia un influjo lingüístico de gran importancia, al que se somete voluntariamente el hablante medio, quien acaba por considerar esa habla como inalienable signo de identidad. Todos los madrileños de fines del siglo XIX sufrieron (y acataron) el peso del género chico y de sus estereotipos, a la vez que el influjo insoslayable de la vida cortesana y administrativa. Así nació esa extraña mezcla de achulapamiento y de cultismo agresivo, que produce situaciones que hoy

nos parecen simplemente divertidas. Un madrileño podía llamar a su propia mujer la susodicha, y todo el mundo estaba al cabo de la calle, como lo estaba el hablante de otros tiempos con mi oíslo, expresión de idéntico significado. La abundancia de latinismos hirientes en el habla judicial o elevada pudo influir muy directamente en la arrolladora presencia del sufijo = ilis o =is (busilis, guasíbilis, calentíbilis, pesquis, de extranjis, etc.; más rabiosa demostración latinizante exhibe cónquibus «dinero»). La conjunción de los dos extremos de lengua es la que aparece, depurada en creación burlesca de altísimo nivel literario, en algunos de los esperpentos de Valle-Inclán. Sirva de ejemplo la charla (escena IV de «Luces de bohemia») entre el capitán Pitito y Max Estrella. Este último pregunta al guardia si conoce los cuatro dialectos griegos, pregunta desmesurada a todas luces. (El ministro disculpará más tarde al interpelado, aduciendo que no se deben suponer a un guardia tan altas humanidades.) Pero, ante la réplica del équite, nada amable, como era de esperar, el poeta noctámbulo replica: «Yo también chanelo el sermo vulgaris». El clamoroso encabalgamiento de situaciones sociales y culturales que esa frase retrata nos anuncia claramente a qué extremos de mezcolanza se podía llegar. Sería muy larga, y muy atrayente a pesar de todo, la ejemplificación de esta vena parlante. El teatro de Carlos Arniches es un excelente caudal.

-223-

El uso frecuente del argot o de los gitanismos no era, para el hablante medio, ideal de lengua, ni tampoco podía serlo el abuso de cultismos vacíos. Sin embargo, la mezcla se daba con mayor o menor intensidad en todos los ámbitos sociales. Si recorremos las revistas literarias o políticas del tiempo, o resucitamos el anecdotario oral aún vivo, veremos con asombro que el fenómeno llegaba a los más recoletos salones de la vida palatina, entraba en la Universidad y en los círculos militares y se adormilaba con aquiescencia unánime en la literatura usual. Si esto fue posible en un tiempo en que la comunicación social era reducidísima, qué no podrá ocurrir ahora. Esto me despierta vivamente el sentimiento del enorme papel rector del idioma que los nuevos medios tienen. Si en aquellos años una revista tan bien pensante y comedida como «Blanco y Negro» publicó un vocabulario «de actualidad» para que pudieran entenderse, sobre todo, las señoras y señoritas de educación tradicional y de vida muy casera (está todavía muy cerca el tiempo en que se hablaba de manera radicalmente distinta ante las mujeres por razones de pudor, respeto, decencia, etc.), ahora nos encontramos escritos por todas partes, incluidas publicaciones sensatas o muy «progres», los tradicionales tacos, o la fraseología del argot, de la droga o del delito. Confío en que sea una moda pasajera, que se someterá a la natural decantación. Esas palabras, usadas provocativamente, con ostentación, acabarán por desgastarse, reducir su carga de marginalidad y quedarse deshuesadas, perdidas en el torrente del léxico usual. Pensemos en lo que ha ocurrido con incordio, palabreja que estuvo absolutamente desterrada de la parla familiar y educada. La palabra, todavía nefanda en los días de nuestra guerra, es hoy utilizada abrumadoramente en todos los ámbitos y por bocas exquisitas y pulcras a no poder más: un incordio es hoy el fontanero que no obedece a la llamada, una huelga inesperada, el retraso de un tren, la gripe inoportuna, la parentela que aparece cuando menos se la espera y que nunca trae grandes ganas de marcharse, las malas -224- notas que suelen traer los chavalillos, etc., etc. Todos estamos envueltos en incordios. Y ha nacido aprisita la familia: incordiante, incordiar, etc. Con cabreo, cabrearse, pasaba lo mismo. Muy restringido su uso anteriormente, hoy veo que existe una agrupación o asociación de gente cabreada. (¡Vaya por Dios, qué descubrimiento...!) Estas

circunstancias nos están avisando de la necesidad urgente de extremar las cautelas en nuestro hablar, y muy especialmente han de practicarlas todos aquellos que desempeñen una función de lengua viva ante un público. Mucho me temo que los dislates o simplemente apresuramientos de la conversación en la tele, o el aire andaluz de muchos de nuestros prohombres acaben por infiltrarse en el habla general. Por lo menos ya han contribuido a una seria pérdida de la gravedad y nobleza de la entonación española, a fuerza de acentuar mal por énfasis, pedantería o simplemente pseudoerudición. Por lo pronto, ya es general, aparte de la entonación extraña, el matiz de pregunta impertinente y acosadora, típica de muchos entrevistadores. Ya, al preguntarnos por una calle, la hora, etc., nos están amenazando. El tono no es el cortés de «Por favor, ¿me hace el favor?», etc., sino el de «No se le ocurrirá a usted tener una hora diferente de la que yo necesito, hasta ahí podíamos llegar». El tuteo generalizado sin distinción ni de edad ni de situaciones agrava aún más, si cabe, esta anomalía. En fin, lo que en el cruce de los siglos XIX y XX se percibía en el habla madrileña, hoy, a causa del portentoso influjo de los medios de comunicación y la extraordinaria facilidad de los desplazamientos, llega, ha llegado, a toda el habla nacional.

No, no hay que rasgarse las vestiduras, a pesar de los caracteres de alarmante dejadez que hoy se perciben por todas partes. La lengua refleja con rigor la realidad sociocultural que la rodea. La lengua española, por otra parte, ha participado siempre de un aliento integrador, igualitario, que ha hecho que, en los máximos momentos de exquisitez artística, estilística, haya habido la interpenetración -225- de elementos de climas muy alejados. Cervantes fue un buen ejemplo y Quevedo está en la cumbre de tal procedimiento. En el teatro menor del siglo XVIII podemos encontrarla sin gran esfuerzo y a lo largo del siglo XIX su presencia es palpable y eficaz. Ha obedecido, en los diversos momentos, a plurales motivos culturales, sí, pero ahí están sus frutos. Es muy importante no caer en su atractiva trampa. Todos los que han empleado esos recursos lingüísticos han sabido poner límites a la confusión, domeñar un movimiento de vaivén que acabó por reducir la aparición de lo estridente al campo de lo tolerable por todos y que, a la vez, dignificó lo marginal y dudoso, dotándolo de nueva función. Tal simbiosis desparrama un claro y grato sabor de convivencia, de preocupaciones y metas compartidas. Otra actitud, la que ahora parece acosarnos, no es más que una penosa exhibición de malos modos a la vez que detonante disimulo de la ignorancia o la incapacidad expresivas. Probablemente, un espejismo que pretende acentuar la voz de la calle, de la masa y de la esquina y el arrabal, voz multitudinaria y desgarrada. Es necesario un equilibrio, una tensa y solícita vigilancia sobre la propia expresividad y no andar con acusaciones apresuradas ni con plantos facilones.

Algo quedará, sin duda, del actual embrollo en la lengua general. Pero obligación nuestra es no adscribir la chabacanería al sentido de un cambio o adelantamiento social. Chabacanería y desorden, rutina y desmaño como norma, igual que el conservadurismo exagerado y pertinaz, hundien a las sociedades en un pozo del que cuesta muchos años salir. Un pequeño esfuerzo por parte de todos ayudará a evitar esta caída.

VIII. Nombres amigos

Samuel Gili Gaya, ausente

Don Samuel Gili Gaya nos ha abandonado. Se ha ido como fue su vivir, de puntillas, silencioso y con el gesto tranquilo de quien acude a una cita con la costumbre. Al tener que escribir estas palabras premiosas, aún caliente el hueco que deja a nuestro lado, es difícil ordenar recuerdos y sentimientos. Los elogios funerales no suelen pasar de estruendo fácil, algo así como una terapéutica urgente y pare usted de contar. Con Samuel Gili, gran maestro, hombre de ademán generoso, no puede ser así: no le van los clarines, no le fueron nunca. Toda su vida ha sido un constante laboreo -él mismo se conceptuaba siempre, inocente coquetería del que se sabe bien instalado en su quehacer, como un obrero-. Durante varios años le he visto acudir a su cita en el Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española, sonrisa pronta, transformada la cotidiana rutina en vida satisfactoria. Llegaba, saludaba, tosía, ordenaba sus fichas, tosía, escribía unas notas, verificaba una cita, volvía a toser procurando ahogar la tos, saludaba con una confiada deferencia a los que llegaban rezagados... Y se iba desangrando la tarde, larga, monótona, siempre repetida. Y el tajo de palabrejas para el Diccionario Histórico iba creciendo, creciendo, -228- con esa lentitud de lo grande, de lo que, de pronto, es algo nuevo, poderoso, abrumadoramente diferente.

Son numerosas las generaciones de estudiantes que hoy recordarán a Samuel Gili, su profesor de lengua y literatura españolas en sus años mozos, especialmente receptivos. Le recordarán gentes que hoy, en sus distintos lugares de trabajo, en desparramadas geografías, se apiñarán en un consenso unánime de afecto y gratitud por un hombre que, un día ya lejano, supo descubrirles algo, algo importante, sin revestir de importancia el descubrimiento. La calidad de maestro de Samuel Gili nos lleva a sus cuidadosos, certeros ensayos de educación que la Junta para Ampliación de Estudios colocó sobre la haz de España, y cuyo éxito se basaba precisamente en la entrega y en la modestia de sus luchadores. Especialmente los alumnos del Instituto Escuela madrileño notarán, al desaparecer don Samuel, que algo muy cercano y verdadero tuvieron entre las manos. Y los de otros sitios más. Algo impalpable, aliento, y consejo, y compañía, una serie de virtudes que la azacaneada vida actual ha desterrado casi de la falaz convivencia. Todos hemos recordado, además, cómo Samuel Gili supo enfrentarse a los años adversos con la misma sonrisa disculpadora. Aludo a cuando en la universal locura vengativa de los años subsiguientes a la Guerra Civil, Gili se vio injustamente postergado, sancionado... Acudió a su impuesto trabajo con la misma serenidad e idéntico empeño de las horas alegres, como siempre, gran testigo de una dignidad que por sí sola se sostiene en pie. Le hemos visto trajinar en tierras hispanoamericanas, el gran viaje de tantos filólogos españoles en los tiempos en que la escuela de Menéndez Pidal seguía proporcionando al país un prestigio que le era muy necesario. Don Samuel Gili Gaya iba dejando en el camino sus estudios fonéticos, su Curso de Sintaxis, que a tantos españoles ha guiado, sus ensayos sobre el

habla infantil... En fin, esa larga letanía de un guión bibliográfico en una vida que, desde muy temprano, se empeñó en no dejar pasar un día sin dar fe de su existir.

-229-

En los últimos años, la tarea de Gili Gaya en la Real Academia Española estuvo consagrada a la preparación de una parte del Esbozo de una nueva Gramática, donde le tocó precisamente la parte relativa a la sintaxis. En la sociedad que nos ha tocado en suerte, estos estudios no disfrutan, por ahora y a pesar de la gritería variopinta que nos acosa, de un gran prestigio. Estamos viviendo en creciente una cultura de signo muy opuesto. Y, sobre todo, totalmente enemiga de la anonimidad que la tarea académica conlleva. Samuel Gili Gaya sabía que su labor en el que, con el tiempo, será el manual normativo de la lengua, anulaba, en buena parte, su actividad privada, escondía el fruto y el brillo de sus propios libros. Y, sin embargo, no dudó en cumplir con el encargo. Es muy fácil ahora, sobre todo para la crítica más o menos ausente de la realidad de las cosas, detenerse en otros aspectos con intenciones negativas. Gili Gaya escribió su colaboración desde la cima de un método y de una doctrina, y nos importa hoy destacar más la actitud humana ante el trabajo propio que cualquier otra cosa. Dicho de otro modo: más que la ciencia, la decencia. Una virtud que no es precisamente la más abundante en nuestro calendario...

Promesas

Para Gili Gaya, el cumplir una palabra empeñada, o una vaga promesa, era cuestión gravísima, a la que había que someterse sin la menor vacilación. Y así, nunca se dejó plazo en blanco, ni página comprometida sin llenar. De sus aportaciones científicas, asépticas (Gili poseía estudios científicos, y quizá de ahí le viene su rigor, sus aparentes esquematicismo y asepsia), no se desprenderá nunca el recatado calor de su magisterio, magisterio llevado con humor, con eficacia, con esa maciza sencillez de lo espontáneo y seguro. Nada más lejano de la tradicional y hueca (y tendenciosa, perversamente tendenciosa) visión del académico, un buen hombre muy decorativo, que escribe cartas de recomendación a favor de requeteacreditados -230- pardillos y se pone una larga serie de mayúsculas bajo su nombre en las tarjetas de visita... La vida de don Samuel Gili Gaya es un excelente ejemplo imitable en esta sociedad nuestra de las petulantes condecoraciones, de la charlatanería y de la incompreensión, ejemplo perseguible, digo, de algo tan olvidado como esto: de hombre laborioso y bueno, fundamentalmente bueno.

Ya no está. Su sitio en el rincón de trabajo está vacío, y otros clamores, otras teorías, otros métodos vendrán a sustituirle, qué duda cabe. La vida no se para, ni aguanta quien la pare. Pero durante mucho tiempo, los que tuvimos la suerte de ir viéndole llegar a la vejez, gradual tiranía creciente, oiremos, imprevista zozobra, su respirar acezante al llegar, su zambullirse -en qué hondura, Señor- ante unas páginas que hoy relee después de muchos años, y le veremos encender ese cigarrillo furtivo, el que tiene prohibido, y le notaremos la ligera alegría niña de saber que está escabulléndose de una norma que él no ha hecho, y adivinamos cómo lo comenta en su catalán de Lleida, allá, donde ahora está, donde todas las lenguas coinciden en una última, definitiva semántica.

García de Diego: Cien años de curiosidad

La Real Academia Española acababa de celebrar con gozo los cien años de vida de uno de sus miembros de número, don Vicente García de Diego. Los había cumplido el pasado día 2. Y pensaba dedicarle una sesión especial, a manera de felicitación corporativa, hoy día 7, jueves del acostumbrado trabajo. Ya no se llevará a cabo esta sesión. Don Vicente García de Diego acaba de morir. De esa larga vida, tan llena de tenacidad en el trabajo, más de la mitad se ha desenvuelto en la Academia, estrechamente enlazada a ella. Don Vicente ingresó en la Corporación en 1926. Hagamos la cuenta: más de medio siglo de asistencia asidua y clara a las sesiones académicas, en -231- las que don Vicente siempre ha destacado por su constante amor a la lengua popular, que conocía hasta sus últimos recovecos. Hoy presenta don Vicente, en el escalafón de asistencias, un número mucho mayor que el de cualquier otro colega, a gran distancia. Para todos cuantos le trataron era muy familiar el gesto repetido de don Vicente: solicitaba hablar; lo pedía con voz susurrada, como temeroso de interrumpir algo; escarbaba en su bolsillo y manaban, torrenciales, las fichas. Las leía pausadamente, desbordando el silencio de la escucha con geografías que son todas de nuestras tierras, de esas tierras que están ahí, al lado mismo, y cobran nueva resonancia al ser enunciadas con sus palabras más peculiares. Oír a don Vicente volcar sobre la mesa ese imponente caudal de voces dialectales, regionales, a veces puramente locales, me ha despertado con frecuencia un ligero resquemor, un sí es no es avergonzadillo: el de haber pasado muchas veces por esos mil sitios que él cita y no haber sabido estar atento a sus voces más hondas, a los giros en los que se enreda lo más entrañable de la vida colectiva, la vida callada que no suele figurar en las revistas ilustradas (como no sea para falsearla), ni aparece en las opulentas fantasmagorías de la televisión; no. Son manifestaciones de vida que, escondidamente, revelan situaciones socioculturales diversas, extrañamente añudadas al pasado clásico de nuestra lengua, voces de la vida intrahistórica unamuniana, que don Vicente sabía escuchar con atención y abrumador cariño y con las que ha operado casi médicamente, con urgente afán de reinstalarlas en la vida actual, devolviéndonoslas. Un gran caudal de voces y variantes de la ancha geografía española que hoy han pasado al diccionario lo han hecho como fruto de los desvelos de don Vicente. Don Vicente García de Diego ha perseguido la penetración en el área castellana de palabras que eran de otro origen o que tuvieron vigencia en otra contextura, y esto le ha servido para ir trazando unas fronteras ideales dentro de la comunidad castellano-hablante. Fronteras ayudadas por las del folklore, los hábitos sociales, -232- las peculiares actitudes o conductas ante las peripecias humanas. Y todas ellas se han obtenido de viva voz, escuchándolas en carne viva, a la sombra de un refugio, al abrigo de un descanso (don Vicente ha sido un infatigable andarín), aprovechando la excursión o el pasajero respiro para enriquecer el área léxica. Cuando don Vicente ha terminado, en una sesión cualquiera, de exponer sus opiniones sobre la palabra que ha leído y examinado, palabreja a la que ha encerrado en una rígida malla de etimologías, testimonios literarios, paisaje y cálidas vivencias, la dimensión de nuestra lengua común ha crecido. Ha crecido un poquito o un mucho, según sea la suerte del hallazgo, y lo ha hecho por todas las direcciones del territorio y de la vida españoles.

Y esto se lo hemos estado viendo hacer sin reposo, sesión tras sesión. No sólo en los plenarios, sino más aún, en el seno de las comisiones de diccionarios. Cuánto saber, cuánta familiaridad con esa apoyatura de la brillante lengua culta que es el habla popular. Y nunca se le han trabucado recuerdos, nunca ha desplazado de área una voz. Lo leonés, pues leonés; lo aragonés, pues que aragonés, y se terminó. Qué familiaridad con los secretos de las plantas, con sus nombres misteriosos y olvidados por la asepsia científica. Qué profunda sabiduría para encontrar a los nombres de animales o de accidentes del terreno su genealogía latina, o más lejana aún, y vestirla de calor terruñero. Y esto sin alharacas, sin escándalo de campanas al vuelo. Y durante más de dos mil jueves. Dos mil jueves que han de ser triplicados por la misma asiduidad a las comisiones de jueves y viernes. Escalofrío ver ahora esa cifra de casi más de siete mil asistencias dándole y dándole vueltas a la lengua española. Cuánta, cuánta gratitud le debemos. Si en alguna ocasión se puede poner algún reparo a los resultados obtenidos o a la metodología empleada, siempre sobrenadará la ejemplaridad, la tenaz vocación y la entrega total a un quehacer. Esto debe hacer, todavía si cabe, más intensa nuestra gratitud.

-233-

Desde la Nochebuena de 1943 don Vicente García de Diego era bibliotecario de la Academia. Un cargo perpetuo, ese eufemismo del que tanto se abusa en la palabrería extraacadémica, con una no muy disimulada tendencia a la guasa. Pues bien: don Vicente García de Diego ha servido a la Academia también con idéntico fervor desde ese puesto. Desde que desempeño la secretaría le he oído mil veces preguntarme: «¿Podremos comprar ese libro?». Es decir, nunca se ha entregado a disparatadas aventuras bibliográficas, sino que un buen tacto y un olfato todavía más exigente han sido puestos a colaborar con las necesidades crecientes de la Corporación en materia de impresos. Necesidades especialmente agravadas por la acuciante de aumentar los fondos para la renovación de los diccionarios. Hoy podemos estar orgullosos de nuestra biblioteca, a pesar de sus innegables lagunas. La llegada a la Academia de los lingüistas más destacados del país ha ensanchado y transformado la biblioteca. Nunca hemos tenido con don Vicente-bibliotecario otra cosa que un incondicional asentimiento para la búsqueda, el gasto o el esfuerzo. Es una pena que en nuestros escalafones y anuarios y resúmenes no figuren, como sí figuran las asistencias a las sesiones, las horas dedicadas a lo que para muchos no es más que un cargo. Si esas horas pudieran contabilizarse, saldrían muchas más, muchos miles más que los que hace un instante recordaba. Quizá sea mejor no poder contabilizar lo que en el fondo no es más que la satisfacción rotunda del trabajo bien hecho.

Para terminar quiero destacar la sencillez, la modestia viva de don Vicente, cuando ha sido menester ponerla en ejercicio. Durante los penosos años de la enfermedad del común maestro don Ramón Menéndez Pidal, don Vicente, por razones reglamentarias, desempeñó accidentalmente la dirección de la Academia. Durante tres años y medio. De marzo de 1965 a diciembre de 1968. Supo conducir la vida de la Corporación con tino y acierto indiscutibles, sin olvidar ni un solo momento su condición de accidental. Otra lección que debemos agradecerle.

-234-

En fin, que nuestro don Vicente García de Diego vio llegar los cien años a la ventana de su cuarto con el aliento esperanzado de seguir, seguir... Una larga y lograda vida, y lograda tan

sólo por la tarea ejemplar, la total entrega a un quehacer. He visto a don Vicente, durante muchos años, en sitios muy diversos: en la Facultad de Letras, en algunas ciudades donde hemos coincidido por temporadas, en las comisiones de diccionarios o de gramática... Hoy prefiero recordarle aquí, guardar avariciosamente, en la hora de su tránsito, el recuerdo de mis encuentros con él en esas horas mediodiurnas, cuando, con puntualidad casi británica, don Vicente paseaba por el Retiro sin alterar el ritmo de su paso, mirándolo todo con curiosidad inextinguible, bautizando quizá con palabras olvidadas el arbustillo modesto o la arroyada de un camino. Es decir, regalando al estudio de la lengua española hasta los intervalos del ocio y la soledad. Hoy, ya cruzado el portalón del último silencio, recordemos con respeto su tarea y aprendamos su lección. No cabrá mayor homenaje.

José María de Cossío, un recuerdo

Durante muchos años, Cossío dirigía, con sus enormes dotes de conversador ameno y variopinto, la tertulia literaria del café Lion, acompañado por Antonio Rodríguez Moñino. No ha habido seguramente, desde las grandes tertulias del Romanticismo, o desde las academias literarias del Siglo de Oro, un lugar más fácil y discreto para la convivencia. Por allí pasaban todos los eruditos o escritores extranjeros que llegaban a Madrid, nos enterábamos de las primicias editoriales de muchos lugares y en general del mundo universitario. Allí por vez primera vimos o tuvimos la noticia inicial de libros o artículos de la máxima importancia para la cultura hispánica, trabajos vedados por la cultura oficial. Creo que no habrá hispanista, en cualquier lugar del mundo donde esté anclado, -235- que no evoque con vivo, cariñoso despertar aquellas tardes del Lion. Solía llegar Cossío ya comenzada la reunión, y se sentaba en un ángulo, su sitio, contra el rincón del radiador. Se pagaba el café a quien llegaba a la tertulia por vez primera a condición de que no se adivinase en él un antofagasta, designación ramoniana del pelma inevitable, socializador y pseudoerudito. Y Cossío soltaba el chorro de su charla, anécdotas de todo tipo, burlescas, grotescas o muy delicadas, pero que siempre sabía terminar con un esguince hacia lo serio, como buscando la justificación última a la broma. Cuánto, cuánto aprendimos de él, de esa viva charla gráfica, tras la que se ocultaba su frecuente convivir con deportistas, con toreros, con escritores, con aristócratas, con el personal de su editorial. Su talento se vertía en aquellas palabras a borbotones, de inspiración quebrada y desenvuelta. Y se vertía por igual, en una vocación integradora, sin distingos ni apartados. La voz de José María de Cossío sonó y resonó, desde aquella tertulia y desde el Ateneo, y desde cualquier sitio donde se apoyara su tarea, con generosidad sin límites y con una ancha comprensión.

Recuerdo de su vida académica su verdadera manía con la metáfora. Nunca llegué a entender bien qué quería decir José María con su escapada a la metáfora. Todo lo que era metáfora podía ser realmente una metáfora, como ordenan los cánones de la retórica tradicional más rigurosa. Pero también era la forma de bautizar a lo que no nos gusta, a lo que provoca una discusión que no lleva a ninguna parte, a lo que está mal dicho y peor pensado, a lo insuficiente y descaradamente analfabeto, a... a... a... A todo cuanto haya que

empezar a dejar en un rincón, olvidado y sin calidad recuperable. Su voz sonaba por encima de todas: «Eso es una metáfora». Y los oyentes comenzaban a callar. Algunos, intentando buscar la metáfora ortodoxa. Otros, los que ya estábamos familiarizados con sus metáforas, a callar e incluso a buscar en nuestras últimas intervenciones la razón ocultable sin duda de aquel metaforismo. Hoy sé, hoy, cuánto tarda uno en -236- oír de verdad la voz de la corrección cariñosa, que aquella metáfora no era más que una sutil manera de enseñar, de llamar al examen de conciencia, de imponer silencio sobre huecas charlatanerías.

Vi a José María vivo por última vez en su casa de Tudanca. Una excursión familiar, desde el verano de la Magdalena. Ya andaba regularcilla su memoria. Me reconoció, y me reconoció muchas veces, porque otras tantas se olvidó, y volvió a enseñarme los mismos papeles, los mismos autógrafos... ¿Qué escondida y conceptual metáfora se escondería tras de su volver a sus papeles queridos? ¿Qué viaje ignorado descubriría? Asistí a su entierro en Valladolid, una de esas mañanas neblinosas de la meseta, sol alto del mediodía. Recordaré toda la vida la escena última, que tuvo los quiebras de su charla, los saltos de su arrolladora personalidad. El féretro de José María no cabía en aquella tumba familiar, hecha con grandes bloques de granito, probablemente centenaria... Los enterradores luchaban por acoplar la caja en el hueco sin conseguirlo. Por allá, por acá, de costado... Otra metáfora, José María, otra metáfora... Veinte largos minutos de esperpéntico forcejeo... No insistamos. Como siempre, se entiende la metáfora de José María muy tarde. Hoy comprendo que no quería estar allí, en la sequedad de la meseta, que quería salir, que ya pensaba en venir a su tierra montañesa, a la Casona, con sus libros y recuerdos, él, que tantos amontonó y con tanta devoción. A su tierra de Tudanca, donde hoy vuelve, donde la primera claridad del alba le soñará de nuevo, vivo entre nosotros, la cabeza inclinada sobre sus papeles.

Estoy aquí en nombre de la Real Academia Española para recordar a quien fue su ilustre miembro, José María de Cossío, cuyos restos vienen a descansar en el terruño que él amaba y al que dedicó gran parte de sus desvelos. Hablar de José María de Cossío como académico supondría una larga expedición a un pasado difícil, contradictorio, manchado de rivalidades y rencores. Y, sin embargo, hay que hacerlo. Porque su voz fue precisamente - 237- en esos momentos de encontradas opiniones y diversas decisiones, una constante llamada a la serenidad, al entendimiento. José María representaba, por su formación, linaje y dotes personales, lo mejor del viejo liberalismo de la Restauración, algo hoy ya olvidado, pero de cuyas virtudes tendríamos mucho que aprender, si no fuéramos, como somos, tan dados a tirar por la borda lo que creemos que no hemos inventado nosotros mismos. Nos gusta olvidarnos de los valores insoslayables que nos han enseñado con su ejemplo y su obra algunos nombres egregios. José María de Cossío fue un maravilloso ejemplo de convivencia, de voluntad de entendimiento, que los que le tratamos recordaremos siempre con encendida gratitud.

Conocí a José María de Cossío, personalmente, en los años difíciles de la postguerra. Aún no era académico (lo fue a la muerte de Eduardo Marquina, en 1949, ya andaba yo por América). Trabajaba en la Editorial Espasa-Calpe, en aquel despachito de la calle de Ríos Rosas, presidido por el dibujo-retrato de Zuloaga. Allí, por su intervención, se publicó mi primer libro en la colección de Clásicos Castellanos. Hablo de mí mismo porque es el ejemplo que tengo más a mano. Pero quiero dejar constancia ahora mismo, de lo que era, a

mi juicio, el máximo valor de Cossío: su atenta escucha a cualquier joven que se acercase a él, pidiendo algo relacionado con sus actividades o su saber. Generosidad, atención viva y leal, consejos oportunos, todo lo daba sin escatimar. Mi recuerdo de aquel primer encuentro se ha visto redondeado con situaciones muy parecidas y muy frecuentes que le he visto desentrañar y llevar a buen término.

Antonio Tovar

Antonio Tovar nos ha dejado. Ha llegado el momento en que, según nuestros ritos sociales, además de lamentaciones, se desaten los elogios, los recuerdos elegíacos, casi siempre ceñidos a nuestras personales circunstancias. -238- No es éste el caso de Antonio Tovar, personalidad egregia y de anchuroso ámbito cultural. Durante largo tiempo le he visto estar siempre atento, el espíritu alerta para todo cuanto supusiera trabajo y dedicación. Siempre tenía abierto de par en par el portillo hacia lo nuevo, curiosidad viva hacia los pequeños descubrimientos de nuestro oficio. Su enorme saber se acompañaba de una correlativa capacidad de comprensión y de escucha. Rarísima virtud en intelectuales destacados, ésta de escuchar al adversario, predispuesto el ánimo a la rectificación de lo propio. Durante innumerables tardes en las académicas comisiones de diccionarios, o en la Permanente de la Asociación de Academias, le he visto afanarse, ir, venir, subir o bajar buscando fichas o libros, pistas o aclaraciones, siempre con una secreta alegría a flor de piel, sin desfallecimientos ni gestos cansados. Antonio Tovar era feliz instalándose, sin más, en el trabajo y entregándose a él plenamente, sin resquicios ni reservas.

Todo esto, dicho así, puede parecer una simple alabancilla circunstancial. Nada más lejos de lo que quiero decir. ¿En qué clave se armonizarían estas palabras apresuradas para sacarles su resonancia última? ¿Cómo vestirlas de su real trascendencia? Entre nosotros, el trabajo gozoso no suele ser moneda cotizable. Tovar se limitaba a exhibir, al amigo y al enemigo, su profunda fe en el esfuerzo consciente. Nunca mejor dicho aquello de «predicar con el ejemplo». Creo que no ha habido persona más reacia al desaliento. Apenas acabado un trabajo, recién superada una dificultad de cualquier tipo, Antonio Tovar, sonrisa adentro, ya estaba pensando en otra nueva aventura investigadora. ¡Cuántas, cuántas expediciones a través del campo de sus conocimientos ha reducido su muerte a inexpresada ansia, a esbozado además...! Con una obra copiosa e importantísima a sus espaldas, Antonio Tovar rebosaba juvenilmente de proyectos, de ilusión para llevarlos a cabo. Como siempre, cuando más ardía el fuego, vino la muerte a volcar su cántaro encima.

-239-

Antonio Tovar ha sido un excelente ejemplo de humanista. En sus tiempos salmantinos, hizo, secundado por valiosos colaboradores, una extraordinaria Facultad de Letras. Se ensancharon las enseñanzas, se creó una biblioteca extraordinaria por su número y su modernidad, única en la España disminuida y desencantada de su tiempo. Después, ha dejado muy alto nuestro prestigio en exigentes universidades europeas y americanas. Y

finalmente, en la Real Academia Española, su colaboración ha sido inestimable y muy a lo vivo perceptible.

Hace unas aún cortas semanas, asistimos a un cordial homenaje que le tributaron amigos y discípulos. Allí se pudo percibir con claridad lo que Antonio Tovar es para la juventud actual, su magisterio y su ejemplaridad. Hoy, en esta hora del asombro y el silencio, en numerosas universidades, en aún más numerosos centros de enseñanza, sus discípulos vestirán su voz de duelo y le recordarán horacianamente

Integer uitae scelerisque purus.

No, a la voz de Antonio Tovar no sucede una dura mudez, sino los copiosos ecos de la semilla por él sembrada.

-240- -241-

Nota bibliográfica

Al llevar a cabo una agrupación de trabajos dispersos, se corre el peligro de caer en notorias contradicciones, principalmente por el desequilibrio existente entre las fechas de las varias publicaciones. Muy especialmente si se trata de escritos nacidos ante una urgencia inesperada o ante la inesquivable obligación que imponen determinadas obligaciones (periódicos, homenajes, etc.). Con el intento de reducir en lo posible estos desajustes, doy una sucinta justificación bibliográfica de lo contenido en el presente volumen.

Los apartados En torno al habla actual aparecieron en diversos lugares: Así, en la madrileña Revista de Occidente se publicaron Más palabras nuevas (núm. 108, marzo, 1972), Contestación (núm. 115, octubre, 1972), Siguen palabras nuevas (núm. 117, diciembre, 1972), Voces recién estrenadas (núm. 121, abril, 1973), Otra lista de novedades (núm. 128, noviembre, 1973), Abril-Junio, 1973 (núm. 134, mayo, 1974), Las palabras son noticia (núm. 142, enero, 1975), El Diccionario de 1970 (Para el uso del Diccionario, núm. 101-102, agosto, 1971), Y más palabras (Sobre nuevas palabras, núm. 103, octubre, 1971). Sobre el género gramatical de pueblos y ríos españoles apareció en ABC, 2, agosto, 1961. En el milenario de la lengua salió en Ya, 13, noviembre, 1977. -242- Significación de las Glosas Emilianenses tiene su base en las palabras pronunciadas en el Monasterio de San Millán de la Cogolla, con motivo de la primera conmemoración (hubo luego otras) del milenario de la lengua castellana, y apareció en el Boletín de la provincia de San José,

O.A.R., núm. 87, Logroño, 1974, pp. 15-23. Finalmente, Se habla mucho del idioma vio la luz en el periódico El País, 31 marzo-1 abril, 1977.

Del primero de los artículos arropados bajo La Real Academia Española, poco puedo decir. Debió de ser publicado en algún sitio, revista hispanoamericana que no acierto a encontrar en la selva de traslados y papeleos. Pero debió de ser escrito hacia 1970-72. ¿Una explicación al público? ¿Una simple lección ante escolares que necesitan responder a un cuestionario sobre la Academia? No he logrado aclararlo. El segundo, Congreso en Lima, encierra las palabras pronunciadas en la clausura del VIII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, celebrado en Lima, abril de 1980.

Publicidad, publicidad fue la charla inaugural del Primer Coloquio sobre la lengua de la Publicidad, celebrado en México, D. F., y publicado en Madrid, 1970 (Instituto Nacional de Publicidad). ¿Una lengua más pobre? apareció en República de las Letras, núm. 18, julio, 1987, y tenía en su base la lección pronunciada en la reunión Últimas tendencias de la literatura española, que tuvo lugar en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, en colaboración con la Asociación Colegial de Escritores. Una Feria del Libro fue la conferencia inaugural de los actos de una feria dedicada al autor, celebrada en Algeciras, marzo de 1976. Se pronunció, como es natural, en aquella ciudad andaluza y se imprime, sin retoque ni arreglo alguno, en el presente libro. Un libro vuelve a salir es el prólogo que figura en la segunda edición de El habla de Mérida y sus cercanías, de 1943, reeditado por el Excmo. Ayuntamiento de Mérida, en cordial homenaje al autor. [Mérida, s. a., quizá 1985.]

-243-

Los artículos agrupados bajo Un tiento a la mala lengua se publicaron: ¡Atención, atención...!, en el periódico madrileño Ya (con el título Un tiento a la mala lengua), 20 febrero 1977. Menos desdén, con igual título que el anterior, vio la luz en ABC, 22 noviembre 1986. Palabros salió también en ABC, 15 febrero 1987.

Bajo Nombres amigos se incluyen cuatro recuerdos de otros tantos ilustres nombres que ya no nos acompañan. Samuel Gili Gaya, ausente, apareció en El País, 13 mayo 1976; García de Diego, cien años de curiosidad, lo hizo en Ya, 6 diciembre 1978. Antonio Tovar figuró en Ya, 17 diciembre 1985. Fue reproducido posteriormente, con alguna ligera variante, en Gaceta Complutense, revista de la Universidad Complutense de Madrid. El titulado José María de Cossío, un recuerdo, constituye lo que debió leerse y no se leyó (unas súbitas y trágicas inundaciones impidieron el acceso a Tudanca de las autoridades y personalidades santanderinas) en el traslado y entierro definitivo de los restos del escritor en su querido lugar de la Montaña, junto a la casona que tanto quiso (agosto, 1985).

Creo que estas breves indicaciones aclaran los posibles tropiezos con que un lector atento puede encontrarse en las páginas que anteceden.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo